Varlam Shalámov

Relatos de Kolimá

Volumen V

El guante o RK-2

Traducción de Ricardo San Vicente



BARCELONA

Título original: *Колымские рассказы*

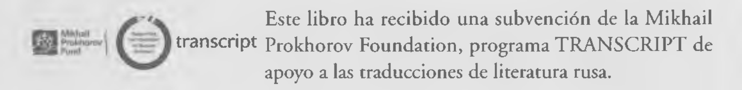
Para la traducción se utilizó la edición: Shalámov V. T., *Kolimskie rasskazi (Relatos de Kolimá)*; en *Sobranie Sochineni v 6-ti tomaj* (SS6) [Obra en 6 tomos], t. II, redacción, introducción y notas a cargo de I. P. Sirotínskaya. Moscú, Terra, 2004.

Revisión: Santiago Celaya

Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163
08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: enero de 2013

Diseño gráfico: Pepe Far
Fotografía de la cubierta: cortesía de Svetlana Bichenko



Este libro ha recibido una subvención de la Mikhail Prokhorov Foundation, programa TRANSCRIPT de apoyo a las traducciones de literatura rusa.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Winihard Gràfics S. L., Av. del Prat, 7, 08180 Moià

ISBN obra completa: 978-84-95587-35-0
ISBN volumen V: 978-84-95587-92-3
Depósito legal: B-1.242-2013

Printed in Spain



Para Irina Pávlovna Sirotínskaya

El guante

En algún lugar de la tierra helada se encuentran mis guantes de caballero, los guantes que, durante todos mis treinta y seis años, envolvieron mis dedos, más ajustados que una piel de cabritilla o que la delicadísima gamuza de Ilse Koch.

Estos guantes viven en el museo del hielo, son una prueba, un documento, una muestra del realismo fantástico de mi experiencia de entonces y esperan su turno, como los tritones o los celacantos, para convertirse en la latimeria de los celacantos.

Yo confío en las anotaciones protocolarias, pues soy «factógrafo» de profesión, soy cazador de hechos; en cambio, ¿qué hacer cuando no hay actas? No hay expedientes personales, no hay archivos, no hay historias clínicas...

Los documentos de nuestro pasado han sido destruidos; las torres de vigilancia, taladas; los barracones, arrasados, y el oxidado alambre de espino, enrollado y llevado a algún otro lugar. Sobre las ruinas de la Serpantinka ha crecido el epilobio, la flor de los incendios, del olvido, el enemigo de los archivos y de la memoria humana.

Pero ¿hemos existido?

Y yo respondo: Sí. Sí, con toda la elocuencia de un acta, con la responsabilidad y la precisión de un documento.

Es este el relato sobre mi guante de Kolimá, un ejemplar más propio de un museo de la sanidad o, tal vez, de la artesanía. ¿Dónde te encuentras, mi reto al tiempo, mi guante de caballero, lanzado a la nieve, a la cara del hielo de Kolimá en 1943?

Soy un «terminal», un inválido profesional condenado a morir en un hospital, salvado —diría incluso que arrancado— de las zarpas de la muerte por los médicos. No veo, sin embargo, nada bueno en mi inmortalidad, ni para mí ni para el Estado. Los conceptos que empleamos han alterado la escala de valores, han sobrepasado las fronteras del bien y del mal. La salvación puede ser un bien, pero puede no serlo: es una cuestión que en lo que a mí respecta todavía no he resuelto.

¿Se puede sujetar una pluma con este guante, con algo que debería estar en formalina o alcohol en algún museo y que en cambio yace en el hielo sin nombre?

El guante que en treinta y seis años se ha convertido en una parte de mi cuerpo, en parte y símbolo de mi alma.

Todo acabó en nada y la piel creció de nuevo. Los músculos volvieron a crecer sobre el esqueleto, sufrieron algo los huesos, retorcidos por las osteomielitis tras las congelaciones. Incluso, según parece, el alma rebrotó en torno a estos huesos mutilados. Hasta las huellas dactilares de aquel guante muerto son las mismas que las de este vivo de hoy,

el que sostiene ahora el lápiz. He aquí un auténtico milagro de la criminalística. Estos guantes gemelos. Algún día escribiré una novela policíaca con un argumento que hable de estos guantes y haré una gran contribución a este género literario. Pero ahora no estoy para historias policíacas. Mis guantes son dos hombres, dos dobles con las mismas huellas dactilares, un milagro de la ciencia. Un objeto digno de estudio para los criminalistas de todo el mundo, para los filósofos, los historiadores y los médicos.

Pero no solo yo conozco el secreto de mis manos. El practicante Lesniak, la médica Savóyeva tuvieron en sus manos estos guantes.

¿La piel, la piel que creció de nuevo, los músculos de los huesos tienen acaso derecho a escribir? Y, puestos a escribir, hacerlo con las mismas palabras que podría haber trazado aquel guante de Kolimá, el guante de un trabajador, la palma callosa, desgastada por el pilón hasta hacerse sangre, con los dedos doblados en torno al mango de la pala. Aquel guante no hubiera escrito este relato. Aquellos dedos no se podían desdoblar para tomar una pluma y escribir sobre uno mismo.

¿Aquel fuego de la piel nueva, la llama rosada del candelabro de diez brazos de las manos congeladas, no era acaso un milagro?

¿Acaso en el guante, que se adjunta a la historia clínica, no se escribe la historia no solo de mi cuerpo, de mi suerte, de mi alma, sino también del Estado, del tiempo, del mundo?

Con aquel guante se podía escribir la historia.

Ahora, en cambio, aunque las huellas dactilares sean las mismas, miro a la luz la piel fina y rosada, y no aquellas palmas sucias y ensangrentadas. Ahora estoy más lejos de la muerte que en 1943 o en 1938, cuando mis dedos eran los dedos de un difunto. Como una serpiente, arrojé sobre la nieve mi piel vieja. Pero incluso hoy mi nueva mano reacciona ante el agua fría. Los golpes de las congelaciones son irreversibles, eternos. De todos modos, mi mano ya no es la mano de aquel «terminal» de Kolimá. La piel arrancada de mi carne se desprendió de mis músculos, como un guante, y se adjuntó a mi historia clínica.

El dibujo dactiloscópico de ambos guantes es el mismo; es el dibujo de mis genes, de mis genes de víctima y no de conquistador. El primer guante se quedó en el museo de Magadán, en el museo de la administración de sanidad, y el segundo fue a parar al Continente, al mundo de los hombres,[1] para abandonar tras el océano, tras la cordillera de Yablonovi, todo lo inhumano.

En Kolimá, a los fugitivos capturados les cortaban las manos, para de este modo no cargar con el cuerpo, con el cadáver. Las manos cortadas se pueden llevar en la cartera, en el macuto, porque el pasaporte del hombre en Kolimá, del libre o del preso fugitivo, es el mismo: el dibujo de sus dedos. Todo lo necesario para el reconocimiento se puede

1. En el argot de los campos de trabajo, se denominaba Continente o Tierra Grande al mundo en libertad e incluso a la prisión central. Nota del traductor. En adelante solo se señalarán las que no lo sean.

llevar en la cartera, en el macuto, no hace falta un camión ni un *pick-up* o un Willys.

Pero ¿dónde se encontrará mi guante? ¿Dónde estará guardado? Porque a mí no me han cortado las manos.

En pleno otoño de 1943, al poco de recibir mi nueva condena de diez años, sin fuerzas ya, ni esperanzas de vivir —eran demasiado escasos los músculos, muy poca la carne pegada a los huesos para conservar en ella aquel sentimiento que hacía mucho había olvidado, que había arrojado como algo innecesario, un sentimiento parecido a la esperanza—, yo, una «colilla», al que echaban de todos los ambulatorios de Kolimá, di con la afortunada campaña oficial contra la disentería. Yo, un antiguo diarreico, adquirí entonces todas las credenciales para que me hospitalizaran. Me sentía orgulloso de poder plantar mi trasero ante cualquier médico y, lo más importante, ante cualquier no médico, un trasero que escupiría un pedacito de la salvadora mucosidad, que mostraría al mundo la esmeralda gris-verdosa con vetas sangrientas: la piedra preciosa del disentérico.

Este era mi salvoconducto al paraíso, un lugar que no había visitado en mis treinta y ocho años de existencia.

Se me incluyó en la lista del hospital —en las inacabables listas de cierta tarjeta perforada—; fui incluido, colocado en un providencial salvavidas. Aunque la verdad es que en la salvación era en lo que menos pensaba entonces, ni siquiera sabía lo que era un hospital; me sometía tan solo a la secular ley del automatismo carcelario: diana, for-

mación, desayuno, comida, trabajo, cena, a dormir, o a ver al delegado.

He resucitado muchas veces y llegado de nuevo al final, dando tumbos del hospital a la mina durante muchos años. No días ni meses, sino años, años de Kolimá. Me curaron hasta que empecé a curar yo a los otros, y por la misma rueda automática de la vida fui arrojado al Continente.

Yo, un «terminal», esperaba una «etapa», pero no para ir a una mina de oro, donde acababan de echarme diez años más de condena. Para ir a una mina estaba demasiado agotado. Mi destino fue el de las expediciones «vitamínicas».

Esperaba la «etapa» en el campo de Yágodnoye. Es conocido el reglamento de los presos en tránsito: a todos los «terminales» los echan a las zonas de trabajo, custodiados por perros, bajo escolta. Lo primordial es que haya escolta, los trabajadores ya los encontraremos. El trabajo de estos no se registra en parte alguna; los sacan a trabajar a la fuerza —aunque sea antes de comer—: dale con la barra de hierro al suelo helado, o carga troncos para hacer leña, o sierra aunque sea tocones para amontonarlos a diez kilómetros del poblado.

¿Que te niegas? Celda de castigo, trescientos gramos de pan y una escudilla de agua. Otro expediente. Y en 1938, por tres negativas seguidas, en la Serpantinka, la prisión de instrucción del Norte, se fusilaba a todo el mundo. Buen conocedor de esta práctica, ni se me ocurría rehuir o rechazar nada, nos condujeran a donde nos condujeran.

En uno de los viajes nos llevaron a un taller de costura. Tras una empalizada se hallaba un barracón donde se cosían guantes hechos de viejos pantalones, y suelas, también hechas de pedazos de guata.

Unos guantes nuevos hechos de gabardina con remates de cuero, cuando se horada la roca con una barra de hierro —y no fue poco lo que horadé a mano—, duran cerca de media hora. Y los de guata, unos cinco minutos. La diferencia no era tan grande como para que se pudiera contar con partidas de ropa de trabajo llegadas del Continente.

En el taller de costura de Yágodnoye cosían guantes unos sesenta presos. Había allí hasta estufas y una empalizada para el viento, por eso eran muchas las ganas que yo tenía de ir a trabajar a ese taller. Por desgracia, los dedos doblados por el mango de la pala y el pico, mis dedos de picador en una mina de oro, no podían sostener una aguja en la posición correcta; incluso para remendar guantes eligieron a gente más fuerte que yo. El maestro, al comprobar cómo me las veía y deseaba con la aguja, hizo un gesto de rechazo con la mano. De modo que suspendí el examen de sastre y me preparé para el largo viaje. Aunque si era largo o corto, eso me daba exactamente igual. La nueva condena que había recibido no me asustaba en absoluto. Pensar en vivir más allá de un día no tenía ningún sentido. El propio concepto de «sentido» era algo que difícilmente podíamos permitirnos en nuestro fantástico mundo. La conclusión a la que había llegado —la de una perspectiva de un día— no

era fruto de mi cerebro, sino que se debía a cierto instinto animal, de preso, era una sensación que me nacía de los músculos. Había alcanzado un axioma ajeno a toda duda.

Se diría que ya había recorrido los caminos más largos, las travesías más oscuras, las más remotas, que se me habían iluminado los rincones más recónditos del cerebro, que había experimentado las humillaciones más extremas, palizas, bofetones, golpes, tundas diarias. Todo esto lo experimenté a fondo. Todo lo fundamental me lo apuntaba el cuerpo.

Ante el primer golpe propinado por un escolta, un jefe de brigada o de grupo, por un hampón o cualquier superior, yo me derrumbaba en el suelo, y no era que fingiera. ¡Qué va! Kolimá ponía a prueba una y otra vez mi aparato vestibular, no solo ponía a prueba mi «síndrome de Ménière», sino también mi ingravidez en un sentido absoluto, es decir, carcelario.

Superé el examen, como el cosmonauta para volar a los cielos, en las centrífugas heladas de Kolimá.

Me llegaba de manera confusa: me han golpeado, tirado al suelo, me han roto el labio, me sangran las encías escorbúticas. Había que encogerse, pegarse al suelo, a la húmeda madre tierra. Pero la tierra era nieve, hielo, y en verano roca, no tierra húmeda. Me han pegado muchas veces. Por todo. Por trotskista, por «Iván Ivánich». Yo respondía con mis costillas por todos los pecados del mundo, hasta colmar la venganza permitida oficialmente. Pero, de todos modos, el último golpe, el último dolor, no llegaba.

Entonces no pensaba en el hospital. «Dolor» y «hospital» son conceptos distintos,[2] sobre todo en Kolimá.

El que me pilló desprevenido fue el golpe del médico Mojnach, el responsable de la sección sanitaria de Dzhelgalá, donde me habían juzgado hacía apenas unos meses. Cada día me presentaba en la recepción del ambulatorio en el que trabajaba el doctor Vladímir Ósipovich Mojnach, con la intención de que me liberara del trabajo siquiera un día.

Cuando me arrestaron en mayo de 1943 exigí que se me hiciera un examen médico y se me entregara un certificado dando fe de que estaba siendo tratado en el ambulatorio.

El instructor de la causa apuntó mi solicitud y aquella misma noche las puertas de la celda de castigo en la que debía permanecer una semana, donde me habían encerrado sin luz, con una taza de agua y trescientos gramos de pan —yacía en el suelo de tierra, pues en la celda de castigo no había ni litera ni mueble alguno—, se abrieron de par en par y en el umbral apareció un hombre con una bata blanca. Era el médico Mojnach. Sin acercarse a mí, me miró después de que me sacaran a empujones de la celda, me iluminó la cara con una linterna y se sentó a una mesa para, sin pensarlo dos veces, escribir algo en un papel. Y se marchó. Ese papel lo vi el 23 de junio de 1943, durante mi juicio ante el tribunal revolucionario. En la nota ponía letra por letra —me acuerdo del texto de memoria—: «Certifi-

2. En ruso, «dolor» *(bol)* y «hospital» *(bolnitsa)* tienen la misma raíz léxica.

cado. En el ambulatorio n.º 1 de la zona especial de Dzhelgalá no consta visita alguna del recluso Shalámov. El responsable del centro médico, el doctor Mojnach.»

El certificado fue leído en voz alta durante mi juicio, para mayor gloria del instructor Fiódorov, que era quien llevaba mi causa. Todo fue mentira en mi proceso, tanto la acusación como los testimonios y las pruebas periciales. Lo único cierto era la miseria humana.

Durante aquel junio de 1943 ni siquiera tuve tiempo de alegrarme por los diez años de condena, un regalo por mi aniversario. «Un regalo —eso me decían todos los expertos en tales situaciones—. Porque no te han fusilado. No te han echado una condena de siete gramos de plomo de peso.»

Todo parecía carecer de importancia ante la realidad de una aguja, que me resultaba imposible sujetar como un sastre.

Pero tampoco esto tenía importancia.

En alguna parte —arriba o abajo, es algo que no he logrado descubrir en toda mi vida— giraban unas ruedas de molino que movían la nave del destino, un péndulo que oscilaba entre la vida y la muerte, si hemos de expresarnos en un estilo elevado.

En alguna parte se escribían circulares, crepitaban los teléfonos de las centralitas. En alguna parte alguien contestaba. Y como mísero material de la más oficial resistencia médica a la muerte, ante la espada del castigo del Estado nacían instrucciones, órdenes y notas del alto mando. Olas

de un mar de papel rompiendo en las orillas de un destino que no era en absoluto de papel. Los «terminales», los distróficos de Kolimá, no tenían derecho a asistencia médica, a un hospital, en caso de una verdadera enfermedad. Incluso en la morgue el especialista en anatomía patológica deformaba con rotundidad el diagnóstico, mentía incluso después de la muerte, señalando otro diagnóstico. El verdadero diagnóstico de distrofia alimentaria no apareció en los documentos médicos de los campos hasta después del bloqueo de Leningrado; durante la guerra se permitió llamar hambre al hambre, pero hasta entonces a los «terminales» se les dejaba morir con el diagnóstico de poliavitaminosis, neumonía gripal y, en raras ocasiones, AFA: Agotamiento Físico Agudo.

Incluso con el escorbuto se establecían cifras de control, más allá de las cuales no se recomendaba a los médicos excederse en los «días-cama» ni alcanzar los grupos «C» y «B». Con un índice de «días-cama» elevado llegaba del alto mando un rugido tras el cual el médico dejaba de ser médico.

Disentería: solo con este diagnóstico estaba permitido hospitalizar a los presos. El torrente de pacientes disentéricos se llevaba por delante todos los obstáculos. El «terminal» tiene buen olfato para los puntos débiles: dónde y por qué puerta se puede acceder a cierto descanso, a un respiro, aunque sea apenas por una hora o un día. El cuerpo, el estómago, no es un barómetro. El estómago no avisa. Pero el instinto de conservación obliga al «terminal» a mirar a la puerta del ambulatorio, una puerta que lo puede llevar a la muerte o quién sabe si a la vida.

La expresión «mil veces enfermo» —de la que se ríen todos los enfermos y los mandos médicos— es un término serio, profundo, justo y exacto.

El «terminal» arrancará a su destino aunque solo sea un día de descanso, para recorrer de nuevo su senda terrenal, un camino muy parecido al del cielo.

Lo que más importa es la cifra de control, el plan. Caer dentro de este plan es una tarea ardua: sea cual sea el torrente de diarreicos, las puertas del hospital son estrechas.

El centro vitamínico en el que yo vivía no tenía más que dos plazas de aquejados de disentería para mandarlos a la clínica del distrito, dos preciosos destinos, plazas ganadas además tras una dura batalla para la *vitaminka*, pues la disentería de una mina de oro o de un yacimiento de plomo, o la disentería de una obra de carretera, cuestan más caras que la del centro vitamínico.

Se llamaba centro vitamínico lo que no era más que un cobertizo donde se cocía en unos calderos el extracto de *stlánik*, una pócima de color marrón venenosa, repugnante y amarguísima que se hervía durante varios días hasta convertirla en una mezcla espesa. La mezcla se hacía con la pinaza que los presos, las «colillas», arrancaban por toda Kolimá tras agotar sus fuerzas en las minas de oro. A los hombres que habían logrado salir de las vetas de oro los obligaban a morir preparando aquel producto vitamínico, un extracto de pinaza. Pero lo más amargo de aquella ironía estaba en el nombre mismo del centro. Las autoridades, según la secular experiencia de los viajes internacionales por el polo Norte,

creían que la pinaza era el único medio para luchar contra la enfermedad de los viajeros y los presos, el escorbuto.

La medicina de los campos del Norte consideró oficialmente que este extracto era el único medio de salvación, en el sentido de que si el *stlánik* no era una ayuda, ya nada lo sería.

Nos daban aquella pócima nauseabunda tres veces al día; sin ella no recibías tu ración en el comedor. Por mucho que el estómago del recluso, presto a honrar la llegada de cualquier alimento, esperara cualquier tropezón de harina en ese momento decisivo, que se producía tres veces al día, la administración lo echaba a perder inevitablemente obligándonos a ingerir el trago previo de extracto de pinaza. Aquella amarguísima pócima te producía hipo, hacía que el estómago se te estremeciera durante varios minutos, y el apetito se esfumaba sin remedio. En aquel *stlánik* había también cierto elemento de castigo, de venganza.

Las bayonetas protegían la estrecha entrada al comedor, la mesita donde, con un cubo y un diminuto cazo de hojalata hecho con un bote de conservas, se sentaba el «matasanos» —un sanitario—, que vertía en la boca de cada preso una dosis curativa de la pócima.

La particularidad de aquel interminable tormento con el *stlánik*, de aquel castigo con cazo que se aplicaba en toda la Unión, consistía en que en aquel extracto cocinado en siete calderos no había ninguna vitamina C que te pudiera salvar del escorbuto. La vitamina C es muy inestable y desaparece después de quince minutos de cocción.

No obstante, las autoridades llevaban una estadística médica, plenamente fiable, que demostraba fehacientemente, «con cifras en la mano», que la mina daba más oro y que el indicador de «días-cama» disminuía. Que las gentes, o mejor dicho los «terminales», que se morían de escorbuto lo hacían tan solo porque escupían aquel líquido salvador. Incluso se levantaron actas contra los que lo habían escupido, a quienes encerraban en celdas de castigo, en los RUR.[3] Hubo no pocos casos de ese tipo.

Toda la lucha contra el escorbuto era una farsa sangrienta y trágica, plenamente acorde con el realismo fantástico de nuestra vida de entonces.

Ya después de la guerra, se empezaron a mandar al Norte grandes cantidades de frutos del escaramujo, que sí contenían realmente vitamina C.

En Kolimá hay infinidad de escaramujo, un arbusto de montaña, de pequeño tamaño, con unas bayas de carne lilácea. En cambio, a nosotros, en aquel tiempo, se nos prohibía acercarnos al escaramujo durante la jornada de trabajo, se disparaba incluso a matar contra los que querían comer aquellas bayas, un fruto cuyas propiedades curativas se desconocían. La escolta protegía el escaramujo de los presos.

Los frutos se pudrían, se secaban y se hundían bajo la nieve, para surgir de nuevo en primavera y aparecer de entre el hielo como una atractiva trampa, dulcísima y delicada,

3. Compañías de Régimen Intensivo.

tentando al paladar solo por su gusto, por una misteriosa fe y no por algún conocimiento, no por la ciencia anotada en las circulares donde se recomendaba solo el *stlánik*, el cedro, el extracto del centro vitamínico. Hechizado por el escaramujo, el «terminal» atravesaba la zona, el círculo mágico trazado por las torres, y recibía un tiro en la nuca.

Si uno quería ganarse el permiso para ser tratado de disentería, tenía que presentar las «heces»: mostrar la bolita mucosa salida del ano. Un preso «terminal», en caso de alimentarse normalmente en el campo, produce «heces» una vez cada cinco días, no menos. Un nuevo milagro de la medicina. Cada migaja es absorbida por alguna célula del cuerpo, cualquiera, no solo por el intestino y el estómago, como se creería. Hasta la piel querría, estaría dispuesta a absorber un alimento. El intestino suelta, expulsa algo difícil de entender; hasta cuesta explicar qué es lo que expulsa.

El preso no siempre puede obligar a su recto a expulsar en manos del médico el documental y salvador grumo de mucosidad. No se trata en absoluto, por supuesto, de una cuestión de incomodidad o de vergüenza. Eso de avergonzarse es un concepto demasiado humano.

Pero he aquí que se presenta la oportunidad de salvarse, y el intestino en cambio no está por la labor, no arroja aquella bolita mucosa.

El médico está allí mismo esperando pacientemente. Si no hay grumo, no habrá hospital. Sacará provecho del viaje algún otro, y los otros no son pocos. Tú eres el afortu-

nado, pero tu trasero, tu recto, no puede sacar nada, no puede escupir nada, dar la señal de salida hacia la inmortalidad.

Finalmente algo cae, exprimido de los laberintos del intestino, de esos veinte metros de conductos cuya capacidad peristáltica de pronto ha desaparecido.

Estaba yo sentado tras una valla, me apretujaba la barriga con todas mis fuerzas, implorando a mi recto que estrujara y echara la soñada porción de mucosidad.

El médico esperaba paciente, fumando su pitillo de *majorka*. El viento agitaba el precioso volante que se hallaba sobre la mesa, aplastado por una linterna de bencina. Solo podía firmar estos volantes el médico, el diagnóstico era responsabilidad suya.

Invoqué la ayuda de toda mi rabia. Y el intestino reaccionó. El recto arrojó algo parecido a un escupitajo, una chispa, si es que puede emplearse esta palabra, un grumo de mucosidad de un color gris verdoso con un precioso hilillo rojo, con una capa de un valor inusitado.

La cantidad de heces cupo en el medio de una hoja de aliso, y al principio me pareció que en mi muestra no había sangre.

Pero el médico era más experimentado que yo; acercó aquel escupitajo de mi recto a sus ojos, olió la mucosidad, tiró la hoja de aliso y sin lavarse las manos firmó el volante.

Aquella misma noche, una noche blanca del Norte, me trasladaron al hospital de distrito Bélicha. El hospital Bélicha llevaba el membrete de «Hospital Central de Dis-

trito de la Administración Minera del Norte» —esta combinación de palabras se empleaba también en las conversaciones, en el día a día y en la correspondencia oficial—. No sé qué surgió primero, si fue la vida diaria la que dio curso legal a aquel arabesco burocrático o si fue la fórmula la que puso de manifiesto el espíritu del burócrata. «¿Que no te lo crees? Pues tenlo por un cuento», como dice el proverbio del hampa. En realidad, el de Bélicha era un hospital de distrito, en este caso del Norte, como los de los demás distritos de Kolimá —los del Oeste, Suroeste y Sur—. Pues el hospital central para reclusos era un centro enorme que se elevaba cerca de Magadán, en el kilómetro 23 de la carretera central Magadán-Susumán-Nera, un hospital para mil camas, trasladado más tarde a la orilla izquierda del río Kolimá.

Un hospital enorme, con empresas auxiliares, con su unidad de pesca y una granja estatal, un centro para mil camas, para mil muertes de «terminales» de Kolimá al día en los meses «punta». Aquí, en el kilómetro 23, se realizaba la selección de las bajas —la última etapa antes del mar—, se decidía la libertad o la muerte en algún campo para inválidos cerca de Komsomolsk. En el kilómetro 23 las fauces del dragón, tras abrirse por última vez, dejaban en «libertad» a los que se habían salvado, casualmente, claro está, de los combates y las heladas de Kolimá.

En cambio Bélicha se hallaba en el kilómetro 501 de esta carretera, cerca de Yágodnoye, a tan solo seis kilómetros del centro del Norte, convertido desde hace tiempo en una ciudad, y en 1937 yo mismo vadeé el río y un escolta le pegó

un tiro a un gran urogallo, allí mismo, sin apartarse a un lado siquiera, sin obligar a sentarse en el suelo a la «etapa».

Era precisamente en Yágodnoye donde me habían juzgado hacía unos meses.

Bélicha era un hospital penitenciario para unas cien camas, con un personal reducido: cuatro médicos, cuatro practicantes y un sanitario, todos reclusos. Solo la médica jefe era una contratada y miembro del partido: Nina Vladímirovna Savóyeva, una osetia a la que llamaban la «Madre Negra».

Además de este personal, el hospital podía disponer de todo tipo de OP y OK,[4] pues ya no estábamos en el treinta y ocho, en los tiempos sangrientos de Garanin, cuando en el hospital del campo Partizán no existía nada que se pareciera a los Centros y Unidades Salutíferos.

La falta o la pérdida de personas se suplía entonces fácilmente con gente llegada del Continente, no paraban de arrojarse «etapas» y más «etapas» al carrusel de la muerte. En el año treinta y ocho, las «etapas» a Yágodnoye se conducían incluso a pie. De una columna de trescientos hombres, solo ocho llegaban a Yágodnoye, el resto se quedaba en el camino, se les helaban los pies y morían. Nada de Unidades Salutíferas para los enemigos del pueblo.

Otra cosa ocurría durante la guerra. Moscú no podía proporcionar más contingentes humanos. Los mandos de

4. Literalmente, Centros y Unidades Salutíferos, donde los presos trataban de recuperar la salud.

los campos recibieron orden de cuidar del personal registrado en las listas, de los presos enviados y anotados. Y fue entonces cuando a la medicina se le concedieron algunos derechos. En aquella época, en la mina Spokoini[5] me encontré con una cifra sorprendente. Del personal de 3000 hombres registrados en el primer turno, trabajan 98. Los demás o se hallaban en clínicas, ambulatorios y hospitales, o los habían declarado convalecientes.

Pues bien, también Bélicha tenía derecho a disponer de una unidad de enfermos convalecientes. Una OK e incluso un OP, una unidad o un centro salutífero.

Justamente entre el personal de los hospitales es donde se concentraba la mayor cantidad de fuerza de trabajo reclusa, gratuita, gente que por una ración, por un día más en el hospital, era capaz de derribar montañas enteras de cualquier roca, siempre que no fuera la tierra rocosa de la mina de oro.

Los convalecientes de Bélicha podían y sabían derribar y ya habían acarreado montañas de oro —una muestra de su trabajo son los taludes auríferos de las minas del Norte—, pero no consiguieron llegar a desecar Bélicha, el sueño dorado de la médica jefe, la Madre Negra. No consiguieron rellenar el pantano que rodeaba el hospital. Bélicha se levanta sobre una colina, a un kilómetro de la carretera central de Magadán-Susumán. En invierno este kilómetro no representaba problema alguno para el tráfico, ya fuese

5. *Spokoini* significa «tranquilo».

a pie, a caballo o en coche. El invierno es el gran aliado de los caminos de Kolimá. Pero en verano el pantano chapotea y chasca, el convoy conduce a los enfermos de uno en uno, obligándolos a saltar de tocón en tocón, de piedra en piedra, de sendero en sendero, por mucho que en invierno, con la tierra helada, la mano experimentada de algún paciente ingeniero haya abierto un camino trazado de manera ideal.

Pero en verano la helada empieza a ceder y nada se sabe de los límites, de los últimos márgenes a los que se retirará el suelo helado. ¿A un metro? ¿A mil metros? Nadie lo sabe. Ni un solo hidrógrafo llegado en un Douglas desde Moscú, ni ningún yakuto cuyos padres y abuelos hayan nacido ahí mismo, en esa tierra cenagosa.

Las zanjas se rellenaban de piedras. Se amontonaban en el lugar montañas de tierra caliza, pero al lado se producían temblores subterráneos, derrumbes, desprendimientos y aludes que ponían la vida en peligro, y todo ello bajo un cielo brillante y cegador, pues en Kolimá no llueve, las lluvias y la niebla solo se dan en la costa.

El único capaz de arreglar la situación es el propio sol, que nunca se pone.

En este camino cenagoso —el kilómetro de Bélicha hasta la carretera— se han consumido miles de jornadas, millones de horas de trabajo de los convalecientes. Cada uno debía arrojar una piedra en la impracticable profundidad de la ciénaga. Cada día de verano el servicio arrojaba piedras al pantano. El cenagal chascaba y engullía las ofrendas.

Los pantanos de Kolimá son tumbas mucho más serias que cualquier kurgán eslavo o que el estrecho rellenado por el ejército de Jerjes.

Todo enfermo, cuando se le daba el alta de Bélicha, debía arrojar una piedra al pantano del hospital, una plancha de caliza preparada allí mismo por otros enfermos o por el servicio en los días de «trabajo de choque». Miles de hombres arrojaban piedras a la ciénaga. El pantano chascaba y se tragaba las planchas.

En tres años de enérgico trabajo no se alcanzó resultado alguno. De nuevo en invierno había que trazar el camino de hielo, y la ignominiosa guerra con la naturaleza se aplazaba hasta la primavera. Y en primavera todo empezaba de nuevo. Durante tres años no se logró construir ninguna carretera hasta el hospital por la que pudiera abrirse paso un automóvil. Como antes, no había más remedio que sacar a los pacientes dados de alta saltando de tocón en tocón. Y trasladar del mismo modo a los que venían a tratarse.

Tras aquellos tres años de esfuerzos ininterrumpidos por parte de todos, tan solo se dibujó un trazo discontinuo, algo parecido a una senda zigzagueante e insegura desde la carretera hasta Bélicha, una senda por la que no se podía ni correr, ni caminar ni viajar, sino tan solo avanzar dando saltos de placa en placa, como mil años antes, de tocón en tocón.

Este vergonzoso duelo con la naturaleza hizo montar en cólera a la Madre Negra.

El pantano había vencido.

Yo llegué al hospital dando saltos. El chófer, un muchacho experimentado, se había quedado en la carretera junto al vehículo para que nadie se llevara el camión o le desmontara el motor. En noches blancas como aquella, los ladrones surgían de no se sabe dónde, de modo que los conductores no se separaban de sus vehículos ni por una hora. Así era.

El escolta me obligó a dirigirme al hospital saltando por las blancas planchas y, tras dejarme sentado en el suelo junto al zaguán, llevó mi paquete a una casita.

Algo más allá de dos barracones de madera se extendían, grises como la propia taiga, hileras de enormes tiendas de campaña. Entre las tiendas se había colocado un entarimado de juncos, una acera de mimbre, alzada considerablemente sobre piedras. Bélicha se hallaba en la desembocadura de un río y temía las inundaciones, las lluvias torrenciales y las avenidas de Kolimá.

Las tiendas de lona no solo evocaban la brevedad de la existencia, sino también aseguraban en el tono más riguroso que tú, un «terminal», no eras bienvenido, aunque no te encontraras allí por casualidad. Que allí tu vida no iba a contar mucho. Bélicha no ofrecía un aspecto acogedor, sino tan solo el ambiente de un zafarrancho.

El cielo de lona de las tiendas de Bélicha no se diferenciaba en nada del cielo de lona de las tiendas de la mina Partizán en 1937, desgarrado y atravesado por todos los vientos. Tampoco se distinguía del cielo de las chozas cubiertas de turba, aisladas bajo tierra, con literas de dos pi-

sos, del centro vitamínico, protegido solo del viento, no de las heladas. Aunque la protección del viento, para un «terminal», ya era una gran cosa.

En cuanto a las estrellas que se veían a través de los agujeros del techo de lona, eran en todas partes las mismas: el dibujo torcido del firmamento del Extremo Oriente.

Entre las estrellas y las esperanzas no había diferencia alguna, aunque tampoco hacían falta ni las unas ni las otras.

En Bélicha el viento se paseaba por todas las tiendas, habitáculos que se denominaban «secciones del hospital central de distrito», abriéndole las puertas al enfermo y cerrando los despachos.

Esto me preocupaba poco. Sencillamente no me era dado saborear la comodidad de una pared de madera, compararla con la lona. De lona eran mis paredes, de lona era mi cielo. Las casuales pernoctas entre paredes de madera en los campos de tránsito, yo no las percibía ni como algo grato, ni como una esperanza, una posibilidad, algo que uno pudiera alcanzar.

La mina de Arkagalá. Allí lo que más había era madera. Pero también mucho sufrimiento, y justamente de allí me mandaron a Dzhelgalá a que me echaran otra condena: en Arkagalá ya era una víctima marcada, ya estaba en las listas y en las sabias manos de los provocadores de la zona especial.

La lona del hospital defraudaba al cuerpo, no al alma. Mi cuerpo temblaba al menor soplo de viento, y yo me encogía sin poder detener los temblores de toda mi piel, desde los dedos hasta el cogote.

En la oscura tienda de campaña ni siquiera había una estufa. En alguna parte en medio de una enorme cantidad de camastros recién cortados, se hallaba mi lugar, mi plaza para mañana, para hoy, un camastro con un cabezal de madera, sin colchón, sin almohada, solo un camastro, el cabezal, una manta gastada y ancestral en la que uno se podía envolver como en una toga romana o como en la capa de los saduceos. A través de la gastada manta verás las estrellas romanas. Pero las estrellas de Kolimá no eran las estrellas romanas. La disposición del firmamento celeste en el Extremo Norte es distinta a la que luce en los lugares bíblicos.

Me envolví la cabeza entera en la manta, como si del cielo se tratara, calentándome del único modo posible según mi propia experiencia.

Alguien me agarró de los hombros y me condujo hacia alguna parte por un camino de tierra. Tropezaba descalzo y me golpeaba con algún obstáculo. Los dedos me supuraban por las congelaciones, las llagas no se me habían curado desde el año treinta y ocho.

Antes de meterme en la cama, tenían que lavarme. Me lavaría cierto tipo llamado Alexandr Ivánovich, un hombre cubierto con dos batas debajo del chaquetón, el sanitario del centro; era un recluso, y además «enemigo del pueblo», es decir, con el artículo cincuenta y ocho;[6] o sea

6. El artículo que se refiere a los «enemigos del pueblo», a aquellos que «atentan contra la seguridad del Estado», el peor crimen de los denominados políticos.

constaba como aún de baja, sin ser fijo, pues solo podían serlo los comunes.

Una palangana de madera, una barrica llena de agua, un cazo, el armario para la ropa: todo cabía en un rincón del barracón, donde se encontraba el camastro de Alexandr Ivánovich.

Alexandr Ivánovich me llenó una palangana con el agua de la barrica, pero yo, tras muchos años, me había acostumbrado a los baños simbólicos, a un consumo ultraconservador del agua, que en verano se obtiene de unos riachuelos medio secos y en invierno fundiendo la nieve. Yo podía y sabía lavarme con cualquier cantidad de agua, desde con una cucharilla de té hasta con una cisterna. Con una cucharilla, me habría lavado los ojos y ya está. En cambio, esta vez no se trataba de una cuchara sino de toda una palangana.

No hacía falta cortarme el pelo, el excoronel del estado mayor y hoy peluquero Rudenko me había pelado como es debido, con una maquinilla.

El agua, el agua simbólica del hospital, estaba fría, cómo no. Pero no helada, como toda el agua de Kolimá en invierno y en verano. Pero esto tampoco tenía importancia. Ni siquiera el agua hirviendo me habría calentado el cuerpo. Si me hubieran echado encima de la piel un cazo de resina infernal hirviendo, ese fuego del infierno tampoco me habría calentado las vísceras. No pensaba ni en las quemaduras ni en ese infierno cuando me apretaba con la barriga desnuda al tubo ardiendo del *boiler* en la veta de oro del yacimiento Partizán. Eso ocurría durante el invierno de

1938, hace mil años. Desde Partizán soy inmune a la resina del infierno. Pero en Bélicha aquella resina del infierno no se usaba para nada. Una palangana de agua fría, a ojo, o, mejor dicho, al tacto de Alexandr Ivánovich, en opinión del dedo de Alexandr Ivánovich, no podía estar ni caliente ni fría. No estaba helada, y esto era más que suficiente, en opinión de Alexandr Ivánovich. Pero, en opinión de mi propio cuerpo, a mí todo aquello me era del todo indiferente, y el cuerpo es más serio, más caprichoso que el alma humana, el cuerpo goza de más méritos morales, más derechos y deberes.

Antes de lavarme, Alexandr Ivánovich me afeitó el pubis él mismo, después me pasó la cuchilla por las axilas y, tras vestirme con una ropa vieja y remendada pero limpia, del hospital, me condujo al despacho del médico; el despacho era un cubículo separado dentro de aquellas mismas paredes de lona de la tienda de campaña.

La cortina de lona se apartó y en el umbral apareció un ángel con una bata blanca. Bajo la bata asomaba un chaquetón. El ángel vestía unos pantalones acolchados, y sobre la bata llevaba echado un viejo semiabrigo, de segunda mano, aunque de buena calidad.

Las noches de junio no son cosa de broma, y esto vale tanto para los libres como para los presos, tanto para los remolones como para los que dan el callo. De los «terminales» no hay ni que hablar. Los «terminales» sencillamente habían rebasado las fronteras del bien y del mal, del frío y del calor.

Era el médico de guardia, el doctor Lébedev. Lébedev no era médico ni doctor, ni siquiera practicante, sino simplemente un profesor de historia de la escuela secundaria, especialidad, como es sabido, inflamable.

Después de haber sido paciente del centro, se puso a trabajar de practicante. El que lo llamaran doctor hacía tiempo que le había dejado de preocupar. Lo cierto es que no era mala persona, delataba de manera moderada o puede que ni siquiera delatara a nadie. En cualquier caso, el doctor Lébedev no participaba en las intrigas, práctica que hace trizas cualquier institución médica —y Bélicha no era una excepción—, pues comprendía que cualquier mal paso podía costarle no solo su carrera médica, sino también la vida.

A mí me recibió con indiferencia, rellenó mi «historia clínica» sin interés alguno. En cambio, yo no cabía en mí de asombro. Alguien apuntaba mi apellido con una bonita letra en un auténtico impreso de historias clínicas, en realidad no impreso ni salido de una tipografía, es cierto, pero con sus puntos cuidadosamente dispuestos por alguna mano diestra.

El impreso era más auténtico que las espectrales, fantásticas noches blancas de Kolimá, que la tienda de lona para doscientos camastros de reclusos. Una tienda a través de cuya lona me llegaba el rumor carcelario de la noche de Kolimá, un rumor que yo conocía muy bien.

Quien tomaba nota era un hombre con bata blanca que golpeaba con furia la pluma escolar contra un tintero escolar inderramable, sin recurrir al gran y hermoso escritorio que se hallaba en el centro de la mesa, una pieza de

artesanía, hecha por algún preso del hospital: una rama tallada, la horquilla de alerce de tres años o tres mil —coetánea de algún Ramsés o de Asarhaddon—, pues no me fue dado conocer su antigüedad, contar los anillos de los años de aquel corte. La mano hábil del artesano había sabido captar con gracia cierta curvatura natural, única, irrepetible, del árbol, que había luchado, retorciéndose, contra las heladas del Extremo Norte. Su mano de maestro había captado la sinuosidad, había detenido la rama talada con destreza, sabiendo recoger la esencia de la torsión, mostrar al desnudo la naturaleza del árbol. Bajo la corteza aparecía el estándar de los estándares, un producto perfectamente comercial: la cabeza de Mefistófeles inclinada sobre una barrica de la que de un momento a otro debía brotar un chorro de vino. Vino y no agua. El milagro de Canaá o el milagro en la bodeguilla de Fausto no se podían convertir en verdadero milagro, porque en Kolimá de una fuente solo podía manar sangre humana, no alcohol —en Kolimá no solía haber vino— ni un géiser de agua caliente subterránea como el manantial yakuto del balneario de Talaya.

Era este el peligro —si uno arrancaba el tapón, no manaría agua sino sangre— que retenía al mago, ya fuera este Mefistófeles o Cristo, lo mismo daba.

El médico de guardia Lébedev también temía esta inesperada posibilidad, por eso prefería usar el tintero inderramable. A mi expediente del trabajo vitamínico se pegó con cuidado un nuevo impreso. En lugar de cola, Lébedev

usaba aquel mismo extracto de *stlánik*, una bota del cual se encontraba allí mismo. El *stlánik* fijaba por los siglos de los siglos aquel pobre papel.

Alexandr Ivánovich me condujo a mi lugar haciéndose entender por signos; al parecer, oficialmente aún era de noche, aunque había luz como si fuera de día, y según las instrucciones, o según mandaba la tradición médica, se debía hablar bajo, por mucho que a los habitantes de Kolimá, a aquellas «colillas» que dormían, no se los pudiera despertar ni siquiera a cañonazos disparados junto al oído del paciente, ya que cada uno de mis doscientos nuevos vecinos no se consideraba a sí mismo más que un futuro difunto.

El lenguaje gestual de Alexandr Ivánovich se reducía a unos cuantos consejos: si quiero hacer mis necesidades, Dios me libre de echar a correr hacia el lavabo, la letrina, el «hoyo», unas tablas cortadas en un extremo de la tienda. Primero debo inscribirme, registrarme con Alexandr Ivánovich, y después, sin falta, mostrarle el resultado de mi deposición en el retrete.

Alexandr Ivánovich, personalmente, debe arrojar con un palo el resultado al mar agitado y maloliente de las heces humanas de ese hospital para disentéricos, un mar que no desaparecía, a diferencia de las planchas de yeso, por entre aquella tierra helada, sino que esperaba a ser transportado a algún otro lugar del hospital.

Alexandr Ivánovich no empleaba ni cloro en polvo, ni fenol ni el gran y universal permanganato; lo cierto es que por allí cerca no había nada parecido. Pero ¿qué me

importaban a mí todos aquellos asuntos demasiado humanos? Nuestra suerte no necesitaba de desinfecciones.

Corrí al «hoyo» varias veces, y Alexandr Ivánovich apuntaba el resultado del trabajo de mi intestino, que funcionaba tan caprichosa y arbitrariamente como tras la tapia del centro vitamínico. Alexandr Ivánovich se acercaba mucho a mis heces y escribía unas misteriosas notas en una tabla de madera que sostenía con una mano.

El papel de Alexandr Ivánovich en la sección era muy importante. La tabla de madera de la sección de disentéricos mostraba cada día, cada hora, con la mayor exactitud, un cuadro de la evolución de la enfermedad en cada uno de los pacientes...

Alexandr Ivánovich tenía en gran estima a su tabla, la guardaba bajo el jergón durante las pocas horas en que, extenuado por el rigor de su permanente vigilancia, caía en una especie de desmayo, el sueño habitual de los moradores de Kolimá, sin quitarse el chaquetón ni sus dos viejas y grises batas, simplemente recostándose en la pared de lona de su habitáculo y perdiendo al instante el conocimiento, para, al cabo de una hora, como mucho dos, levantarse de nuevo, llegarse a rastras hasta la mesa de guardia e iluminar el lugar encendiendo el quinqué.

En el pasado, Alexandr Ivánovich había sido secretario de un comité regional de la república de Georgia, y había llegado a Kolimá merced al artículo 58 con una condena astronómica.

Alexandr Ivánovich no tenía formación médica, no

era un empleado de contabilidad, pero era «contable» en la terminología de Kalembet. Alexandr Ivánovich pasó por la mina, «llegó a término» y dio con sus huesos, siguiendo el camino acostumbrado de los «terminales», en el hospital. Era un buen «servidor», un alma fiel a cualquier jefe.

De un modo u otro, los médicos mantenían a Alexandr Ivánovich en la «historia clínica», y no porque fuera un fino especialista en cirugía o en el estudio de las tierras. Alexandr Ivánovich era un campesino convertido en hombre de «servicio». Servía con fidelidad a la autoridad, fuera la que fuera, y podía mover montañas si así se lo mandaba el alto mando. No fue a él a quien se le ocurrió lo de la tabla, sino a Kalembet, el responsable de la sección. La tabla debía estar en manos seguras, y Kalembet encontró estas manos en la persona de Alexandr Ivánovich. El interés era mutuo. Kalembet mantenía a Alexandr Ivánovich en la «historia clínica», y Alexandr Ivánovich proporcionaba a la sección una información preciosa y, por si fuera poco, dinámica.

Alexandr Ivánovich no podía ser enfermero de plantilla, esto lo adiviné al instante. ¿Qué enfermero de contrato lava él mismo a los pacientes? Un sanitario de plantilla es Dios, un común sin falta, un peligro para todos los condenados por el artículo cincuenta y ocho, el ojo avizor de los «órganos». Un enfermero de contrato tiene muchos ayudantes, los consigue entre los voluntarios dispuestos a todo por un «plato de sopa». Quizá lo único que el enfermero contratado entre los comunes hace él mismo sea ir a la cocina para recoger la comida, y eso si no va acompañado de

una docena de esclavos de diversa familiaridad con el semidiós —ese repartidor de la comida, dueño de la vida y la muerte de los «terminales»—. Siempre me ha sorprendido esta costumbre auténticamente rusa consistente en disponer sin falta de un servicial esclavo. Entre los comunes, el responsable de día, que no es un simple responsable sino un Dios, conseguía los servicios de un peón del cincuenta y ocho a cambio de un pitillo, *majorka* o un pedazo de pan. Pero el del cincuenta y ocho no es ningún bobo. Sea como sea, ahora tiene poder, de ahí que busque a sus propios esclavos. El tipo se echa al bolsillo la mitad del tabaco, o divide en dos partes el pedazo de pan o la sopa, y lleva a hacer las labores de limpieza de los comunes a sus compañeros, a los picadores de la mina de oro, unos seres que casi no se tienen en pie después de una jornada de catorce horas en la mina. Yo mismo fui uno de estos peones, esclavo de esclavos, y conozco el precio de todo esto.

Por eso comprendí enseguida por qué Alexandr Ivánovich se esforzaba tanto en hacerlo todo con sus propias manos, ya se tratara de lavar y fregar, repartir la comida o medir la temperatura.

La versatilidad debía convertir necesariamente a Alexandr Ivánovich en una persona valiosa para Kalembet, para cualquier preso que fuera responsable de una sección. Pero la cuestión no se limitaba al expediente, al pecado original. Pues cualquier médico de los comunes que no hubiera dependido tanto del trabajo de Alexandr Ivánovich como Kalembet le habría dado el alta y lo habría mandado

a la mina, donde habría muerto, ya que el XX Congreso del partido aún quedaba lejos.[7] Habría muerto como un hombre virtuoso, seguramente.

Este era el mayor peligro para muchos «terminales» agonizantes: el carácter incorruptible de Alexandr Ivánovich, el hecho de que él mismo dependiera de su propia «historia clínica». Alexandr Ivánovich apostó desde el primer día, y así lo hizo siempre y en todas partes, por la autoridad, por la aplicación, por la honestidad en su principal tarea: la caza de las heces humanas de doscientos enfermos disentéricos.

Alexandr Ivánovich era la piedra angular del trabajo terapéutico de la sección de disentéricos. Y eso lo comprendían todos.

La tabla de madera estaba dividida en cuadrículas, tantas como enfermos de diarrea necesitados de control. Ningún hampón que hubiera llegado al hospital tentado por la moda de la disentería podría haber sobornado a Alexandr Ivánovich. Este habría informado al punto a sus superiores. Sin atender a la voz del miedo. Alexandr Ivánovich tenía sus cuentas pendientes con los hampones ya desde los trabajos en la mina, en el tajo. Pero los hampones sobornaban a los médicos, no a los enfermeros. Amenazaban a los médicos, no a los enfermeros, y menos aún a los enfermeros seleccionados entre los pacientes gracias a su «historia clínica».

7. En ese congreso, celebrado en 1956, se «revelaron» los crímenes y la tiranía de Stalin, que en aquel entonces se llamaban «transgresiones a la legalidad» y «culto a la personalidad» del dictador.

Alexandr Ivánovich trataba de hacer honor a la confianza que los médicos depositaban en él. El espíritu vigilante de Alexandr Ivánovich no se extendía a los asuntos políticos. Alexandr Ivánovich se limitaba a realizar puntualmente todo lo que tuviera que ver con el control de los excrementos humanos.

En el torrente de los que simulaban (¿simulaban?) estar enfermos de disentería, era muy importante controlar las deposiciones diarias del paciente. ¿Qué más se podía controlar? ¿El infinito cansancio? ¿El agotamiento agudo? Todo esto estaba fuera del alcance de la vigilancia no solo del enfermero, sino incluso del responsable de la sección. El único obligado a controlar las heces del paciente era el médico. En Kolimá, cualquier dato apuntado «de palabra» era dudoso. Y como el centro de los centros del enfermo de disentería era el intestino, era extraordinariamente importante conocer la verdad, si no con tus propios ojos, sí al menos a través de una persona de confianza, de un representante personal en el mundo fantástico del subsuelo penitenciario; descubrir la verdad a través de la luz deformada de las ventanas hechas de vidrio de botellas, aunque fuera en su forma más grosera y aproximada.

En Kolimá, las escalas de los conceptos, de las estimaciones, están alteradas y a veces incluso puestas patas arriba.

Alexandr Ivánovich no estaba llamado a controlar la curación sino el engaño, el robo de «días-cama» al Estado bienhechor. Alexandr Ivánovich consideraba una suerte poder llevar el control de los excrementos del barracón de di-

sentéricos, y el doctor Kalembet —en realidad un médico y no un doctor, como el simbólico doctor Lébedev— se creía un tipo con suerte por poder llevar el control de la mierda y no tener que empujar una carretilla, que es lo que debería haberle tocado hacer, como a todos los intelectuales, todos los «Iván Ivánich», todos los «contables», sin excepción.

En 1943, Piotr Semiónovich Kalembet, aunque era médico profesional e incluso había sido profesor de la Academia Militar de Medicina, creía que para él era una suerte apuntar las «heces» en las historias clínicas y no soltar sus propias «heces» en una letrina para que fueran controladas y analizadas.

La maravillosa tabla de madera —el principal documento para el diagnóstico y la observación clínica de la sección de disentería de Bélicha— contenía la lista, siempre cambiante, de todos los aquejados de diarrea.

Había una norma: durante el día las deposiciones solo se hacían en presencia del practicante. Y el practicante, o, mejor dicho, el que ejercía las funciones de practicante, resultó ser el angelical doctor Lébedev. He aquí a Alexandr Ivánovich, entonces en duermevela, saltando de pronto para ponerse en situación de combate, siempre dispuesto a la lucha nocturna contra los disentéricos.

Ya ven de qué auténtico provecho para el Estado puede ser una simple chapa de madera puesta en las virtuosas manos de Alexandr Ivánovich.

Por desgracia, no alcanzó a vivir hasta el XX Congreso. Tampoco llegó a vivir hasta aquel congreso Piotr Semió-

novich Kalembet. Tras cumplir sus diez años de condena y, ya en libertad, ocupar el cargo de jefe del departamento de sanidad de cierta sección, Kalembet se dio cuenta de que en esencia nada había cambiado, salvo el nombre de su cargo: saltaba a la vista que los antiguos presos no tenían ningún tipo de derechos. Como todos los habitantes honestos de Kolimá, Kalembet no albergaba esperanza alguna. La situación tampoco cambió al acabar la guerra. Kalembet se suicidó en 1949 en Elguén, donde ejercía de jefe del departamento de sanidad: se inyectó en vena una solución de morfina y dejó una nota de un contenido extraño pero muy propio de él: «Imposible vivir entre tanto imbécil.»

También murió Alexandr Ivánovich, murió como un «terminal», sin haber cumplido su condena de veinticinco años.

La tabla de madera se dividía en columnas verticales: número, apellido. El apocalíptico apartado del artículo y los años de condena no aparecía allí, lo cual me asombró un poco cuando tomé contacto con aquella valiosísima tabla, aquella chapa de madera raspada con un cuchillo, frotada con vidrio molido. El apartado que venía detrás del apellido rezaba «color». Pero aquí no se trataba de gallinas o de perros.

El siguiente apartado no tenía nombre, aunque la denominación existiera. Es posible que a Alexandr Ivánovich el término le resultara difícil, olvidado hacía tiempo o incluso totalmente desconocido, sacado de la sospechosa cocina latina. La palabra era «consistencia», pero los labios de Alexandr Ivánovich no podían repetirla correctamente

para así trasladar aquel término tan importante a la tabla. Alexandr Ivánovich sencillamente lo ignoraba, lo guardaba en «la cabeza» y comprendía a la perfección el sentido de la respuesta que se debía dar a este apartado.

Las «heces» podían ser líquidas, duras, semilíquidas o semiduras, con forma o sin ella, pastosas, etcétera, y estas pocas respuestas Alexandr Ivánovich las retenía mentalmente.

Aún más importante era el siguiente apartado, denominado «frecuencia». Los redactores de los diccionarios de frecuencias podrían tener presente que Alexandr Ivánovich y Kalembet fueron de los primeros en emplearla.

Eso es lo que en verdad era aquella tabla de madera: un diccionario de frecuencias del trasero.

En este apartado es donde Alexandr Ivánovich trazaba un palito con una punta de lápiz químico, donde señalaba, como en una máquina cibernética, las unidades de deposiciones fecales.

El doctor Kalembet se sentía muy orgulloso de su ingenioso invento, que le permitía matematizar la biología y la fisiología, irrumpir por medio de las matemáticas en el proceso intestinal.

Incluso en cierta conferencia demostró, defendió la utilidad de su método, confirmó sus ventajas; es posible que se tratara de una distracción, una manera de reírse de su propio destino de profesor de la Academia Militar de Medicina, o puede que fuera un verdadero trastorno propio del Norte, un trauma que no solo afectaba a la psicología de los «terminales».

Alexandr Ivánovich me condujo a mi catre y me dormí. Lo hice sumido en un desmayo, era la primera vez que en tierras de Kolimá no dormía en un barracón de trabajo, una celda o el RUR.

Casi al instante, o puede que hubieran pasado muchas horas, años, siglos, me desperté por la luz de un quinqué, por una linterna que me iluminaba directamente la cara, aunque era una noche blanca y se veía bien sin luz.

Alguien con una bata blanca, cubierto por un semiabrigo echado sobre los hombros, encima de la bata —Kolimá era igual para todos—, me iluminaba la cara. Y allí mismo se alzaba el angelical doctor Lébedev sin el chaquetón sobre los hombros.

Una voz desconocida sonó encima de mí en tono interrogante:

—¿Contable?

—Sí, Piotr Semiónovich —afirmó convencido el angelical doctor Lébedev, el mismo que había apuntado mis datos en la historia clínica.

El jefe de la sección llamaba «contables» a todos los intelectuales caídos en aquella devastadora tormenta de Kolimá en el año treinta y siete.

El propio Kalembet era un contable.

Como lo era también Lesniak, el practicante de la sección de cirugía, estudiante de primer curso en la Facultad de Medicina de la primera Universidad Estatal de Moscú, paisano mío de Moscú y colega en los estudios superiores, un hombre que en Kolimá desempeñó un papel capital

en mi vida. No trabajaba en la sección de Kalembet; trabajaba con Traut, en la sección de cirugía. En la tienda vecina, la de cirugía, como enfermero de operaciones.

Aún no había intervenido en mi destino, todavía no nos conocíamos.

También era contable Andréi Maxímovich Pantiujov, que fue quien me mandó a los cursos de practicante para reclusos, circunstancia que decidió mi suerte en 1946. Al acabar aquellos cursos de practicante, el diploma que me daba derecho a curar a los demás fue a su vez una respuesta a todos mis problemas de entonces. Pero el año 1946 aún quedaba lejos, faltaban tres años enteros, es decir, toda una eternidad tratándose de Kolimá.

También era contable Valentín Nikoláyevich Traut, un cirujano de Sarátov, quien, por ser de origen alemán, recibió más que los demás y cuyos problemas no se resolvieron ni siquiera tras cumplir su condena. Solo el XX Congreso le trajo la calma a Traut, aportando seguridad y paz a sus hábiles manos de cirujano.

Como persona, Traut estaba completamente aniquilado en Kolimá, se asustaba ante cualquier superior, difamaba a quien le mandaran los de arriba, no defendía a nadie perseguido por la autoridad. Pero conservó su alma y sus manos de cirujano.

Aunque lo más importante es que también era contable Nina Vladímirovna Savóyeva, una osetia, contratada, miembro del partido y médica jefe de Bélicha, una mujer joven, de unos treinta años.

Ella sí que podía hacer mucho bien. Y mucho mal. Lo importante era dirigir de forma conveniente su inusitada y heroica energía de espléndida administradora, una fuerza puramente masculina.

Nina Vladímirovna se hallaba muy lejos de las cuestiones elevadas. Pero aquello que entendía, lo entendía profundamente, y se esforzaba en demostrar con hechos sus razones o simplemente su fuerza. La fuerza de la amistad, de la protección, de la influencia y de la mentira también se puede emplear para hacer el bien.

Siendo una persona con un amor propio extremo, que no soportaba réplica alguna, Nina Vladímirovna se enfrentó a los estratos superiores de la oficialidad de entonces, a todos los ruines privilegios de aquellos jefes, y emprendió ella sola la lucha contra la villanía empleando sus mismos métodos.

Extraordinariamente dotada para la administración, Nina Vladímirovna solo necesitaba una cosa: poder recorrer con su mirada todos sus dominios y gritar en persona a todos sus trabajadores.

Su ascenso al cargo de jefe de sanidad del distrito fue un fracaso. Nina Vladímirovna no sabía dirigir por medio de papeles.

Tras una serie de conflictos con los superiores, Savóyeva fue a parar a la lista negra.

En Kolimá todos los jefes se autoabastecen. Nina Vladímirovna no era una excepción. Pero ella al menos no escribía denuncias contra otros jefes, y sufrió las consecuencias.

Empezaron a denunciarla, la llamaron a declarar, la interrogaron, le dieron los consejos que se acostumbran a dar en el restringido círculo de la dirección del partido.

Y cuando se marchó su paisano y protector, el coronel Gachkáyev, aunque el destino de este fuera un cargo en Moscú, a Nina Vladímirovna la empezaron a acosar.

Su vida en común con el practicante Lesniak acabó con su expulsión del partido. Fue entonces cuando conocí a la famosa Madre Negra. Hasta hoy sigue en Magadán. También Borís Lesniak vive en Magadán, al igual que sus hijos. Cuando Borís Lesniak obtuvo la libertad, Nina Vladímirovna se casó enseguida con él, aunque este hecho no alteró su suerte.

Nina Vladímirovna siempre formaba parte de algún partido o bien lo encabezaba, y consumía energías sobrehumanas para conseguir que echaran de su cargo a los miserables. Y empleaba la misma energía sobrehumana para superar a las personalidades más relevantes.

Borís Lesniak introdujo en la vida de su mujer otros objetivos, unos objetivos morales, aportó a su vida la cultura, elevándola al mismo nivel que tenía en la suya, según la educación que él había recibido. Borís era un «contable» de raza. Su madre había conocido la prisión, la deportación. Era judía. El padre era aduanero de la Línea Férrea de la China Oriental.

Borís encontró las fuerzas suficientes para aportar su criterio en cuestiones morales, juró cumplir con ciertos principios y se mantuvo fiel a su juramento.

Nina Vladímirovna seguía sus pasos, vivía según los valores de él y trataba con odio a todos sus compañeros de trabajo contratados.

A la buena voluntad de Lesniak y Savóyeva les debo haber sobrevivido en los peores momentos de mi vida.

Nunca olvidaré como cada noche, literalmente cada noche, Lesniak me traía pan y un puñado de *majorka* al barracón: auténticos tesoros en la semivida de «terminal» que yo llevaba entonces en Kolimá.

Cada noche esperaba que llegara aquel momento, aquel pedazo de pan, aquella pizca de *majorka*, y temía que Lesniak no se presentara, que todo aquello no fuera más que un invento, un sueño, un hambriento espejismo de Kolimá.

Pero Lesniak se presentaba, aparecía en el umbral de la puerta.

Yo entonces ignoraba por completo que Nina Vladímirovna, la médica jefe, mantenía una relación, amistosa al parecer, con mi bienhechor. Yo recibía aquellas limosnas como un milagro. Todo lo bueno que Lesniak podía darme, me lo daba: trabajo, comida, descanso. Él conocía bien Kolimá. Pero lo que hacía solo podía realizarlo gracias a Nina Vladímirovna, la médica jefe. Ella era una persona fuerte, crecida entre todo tipo de reyertas, intrigas y acechos. Y Lesniak le mostró otro mundo.

Resultó que yo no tenía disentería.

La enfermedad que padecía se llamaba pelagra, distrofia alimentaria, escorbuto, poliavitaminosis extrema, pero no disentería.

Después de dos semanas de tratamiento, llamémoslo así, y tras dos días de descanso ilegal, fui dado de alta del hospital; ya me estaba poniendo mis harapos —con la más absoluta indiferencia, por cierto— en la salida de la tienda de lona, pero aún dentro, cuando en el ultimísimo momento fui llamado al despacho del doctor Kalembet, allí mismo, tras el biombo, donde se hallaba el Mefistófeles del tintero, justo donde me había recibido Lébedev.

No sé si fue Kalembet quien inició aquella conversación por iniciativa propia o si se lo aconsejó Lesniak, no sabría decirlo. Kalembet no era amigo de Lesniak ni de Savóyeva.

O a lo mejor Kalembet descubrió en mis ojos hambrientos cierto brillo especial que le infundió esperanzas, no lo sé. Pero durante mi hospitalización acercaron en varias ocasiones mi cama a diferentes vecinos, los más hambrientos, los más desesperados de entre los «contables». Así, colocaron mi catre junto al de Román Krivitski, el secretario jefe del diario *Izvestia*, tocayo pero no pariente del conocido viceministro de las Fuerzas Armadas fusilado por Rujímov.

Krivitski se alegró de tenerme como vecino, me contó algo de su vida, pero la hinchazón y morbidez de su piel preocupaban a Kalembet. Román Krivitski murió a mi lado. Todo su interés se centraba, claro está, en la comida, como nos pasaba a todos nosotros. Pero, siendo un «terminal» aún más antiguo, Román cambiaba la sopa por gachas, las gachas por pan y el pan por tabaco, todo esto en migajas, en pizcas, en gramos. No obstante, se trataba de pérdi-

das mortales. Román murió de distrofia. La cama de mi vecino quedó libre. No era el catre habitual hecho de ramas. La cama de Krivitski era una auténtica cama de muelles, estaba hecha de tela metálica, con unos bordes redondeados y pintados, una verdadera cama de hospital entre doscientos catres. También este fue un capricho de aquel distrófico grave, y Kalembet lo satisfizo.

Pero entonces Kalembet dijo:

—A ver, Shalámov, disentería no tienes, pero estás extenuado. Te puedes quedar dos semanas para hacer de sanitario, medirás la temperatura, conducirás a los pacientes y limpiarás el suelo. En una palabra, todo lo que hace Makéyev, el actual sanitario. Este ya ha reposado y comido bastante, hoy le daremos el alta. Tú decides. No tengas miedo de ocupar el sitio de otro. No te prometo mucho, pero te mantendré dos semanas inscrito en la «historia clínica».

Acepté y ocupé el lugar de Makéyev, el protegido del practicante de los libres que se apellidaba Mijnó.

En realidad se trataba de un enfrentamiento, de una auténtica guerra por el poder; Mijnó, el practicante contratado, el miembro de las Juventudes Comunistas, estaba organizando su cuartel general para luchar contra Kalembet. La posición de Kalembet, dado su expediente, era más que vulnerable; un regimiento de soplones encabezado por Mijnó se proponía amordazar al responsable de la sección. Pero el golpe lo dio Kalembet al firmar el alta del común Makéyev, mandando a la mina al hombre de confianza de Mijnó.

Todo esto no lo comprendí hasta más tarde; yo entonces me limité a hacer de sanitario con el mayor empeño. Pero no tenía la más mínima fuerza, no ya menos que Makéyev, sino ninguna en absoluto. No era lo bastante diligente, ni lo bastante respetuoso con los de arriba. En una palabra, que me echaron al día siguiente, después de que trasladaran a algún otro lugar a Kalembet. Pero en este período, durante aquel mes, tuve tiempo de conocer a Lesniak. Y fue justamente Lesniak quien me dio una serie de consejos importantes. Lesniak me decía:

—Hazte con una comisión de servicios; si te destinan a un trabajo, ya no te mandarán atrás, no te negarán la hospitalización.

Borís, con sus buenos consejos, no comprendía que yo ya era un viejo «terminal» y que no había ningún trabajo —ni tan solo el más simbólico, como por ejemplo el de escribir listas, o el más saludable, como el de recolectar bayas y setas, recoger leña o pescar, sin norma alguna, al aire libre— que me pudiera ser de ayuda.

No obstante, Borís hacía todo aquello junto con Nina Vladímirovna, asombrándose de lo poco que se restablecían mis fuerzas. Yo no padecía ni tuberculosis ni nefritis, el diagnóstico más seguro; llamar a la puerta del médico con mi agotamiento, con mi distrofia alimentaria, era muy arriesgado: podía uno errar el tiro y no dar con sus huesos en el hospital sino en la morgue. Sin embargo, logré ingresar por segunda vez en el hospital; con gran dificultad, pero lo logré. El practicante del centro vitamínico, no me acuer-

do de su apellido, me pegaba y dejaba que los de la escolta también me apalearan cada día al romper filas, tratándome de gandul, de remolón, de especulador, como si fuera un absentista, y me negaba de plano la hospitalización. Pero logré engañar al practicante: por la noche apuntaron mi apellido en otra lista; todo el campo odiaba a aquel practicante, alguien me hizo de buen grado el favor de ayudarme, como ocurre en Kolimá, y a rastras pude escaparme a Bélicha. Me arrastré literalmente seis kilómetros, y alcancé a rastras la sala de ingresos. Las tiendas de disentéricos estaban vacías, y me colocaron en el pabellón principal, cuyo médico era Pantiujov. Todos, los cuatro nuevos enfermos, nos echamos encima los colchones y mantas, nos acostamos juntos y juntos no paramos de castañetear con los dientes hasta el amanecer: no encendían las estufas en ninguna de las salas. Al día siguiente me trasladaron a una sala con estufa y allí me quedé junto a ella hasta que me llamaron para ponerme una inyección o para examinarme, comprendiendo con dificultad lo que me estaba pasando y sintiendo solo hambre, hambre, hambre.

Mi enfermedad se llamaba pelagra.

Y fue en esta segunda hospitalización cuando conocí a Lesniak y a la médica jefe Nina Vladímirovna Savóyeva, a Traut, a Patiujov y a todos los médicos de Bélicha.

Era tal mi estado que ya nada bueno se podía hacer por mí. Y a mí me daba igual si era bueno o malo lo que me hacían. Darle a mi cuerpo pelagroso de «terminal» de Kolimá una gota de algo bueno era un acto inútil. El calor

era para algo más importante que para el bienestar. Pero intentaron tratarme con inyecciones calientes. Los hampones compraban las inyecciones de vitamina PP por una ración de pan, y los «pelagrosos» cambiaban las inyecciones calientes por pan, la ración del almuerzo más trescientos gramos, y en el despacho de las inyecciones entraba algún chorizo en lugar del «terminal». Y recibía su inyección. Yo no le vendí a nadie mi PP y recibía toda la inyección en mi propia vena, no por «vía oral» en forma de pan.

Quién tenía razón, quién la culpa, no es algo que yo deba juzgar. Yo no critico a nadie, ni a los que vendían las inyecciones calientes ni a los hampones que las compraban.

Nada cambiaba. El deseo de vivir no surgía. Me lo comía todo como en un sueño y me tragaba sin apetito todo lo que me daban.

En esta segunda hospitalización sentí como se me descamaba la piel de manera imparable, como me picaba la piel de todo el cuerpo, me escocía, se me caía en escamas, en capas incluso. Era un «pelagroso» con un diagnóstico clásico, el caballero de las tres D: demencia, disentería, distrofia.

No es mucho lo que recuerdo de esta segunda hospitalización en Bélicha. Ciertas nuevas amistades, algunas caras, no sé qué cucharas lamidas, el río helado, las excursiones en busca de setas, en una de las cuales me pasé toda una noche deambulando por las montañas a causa del desbordamiento del río, retirándome ante el avance del agua. Vi como las setas, unos gigantes agáricos y boletos, crecían literalmen-

te a ojos vistas, convirtiéndose en setas de un *pud*,[8] tan grandes que no cabían en el cubo. No era una señal de demencia, sino un espectáculo completamente real, una muestra de los milagros a los que puede conducir la hidropónica: las setas se convertían en Gulliveres ante tus propios ojos. Las bayas las recogía a la manera de Kolimá, sacudiendo violentamente con el cubo los arbustos de arándanos negros... Pero todo esto vino después de que me descamara.

Entonces la piel se me caía como si fueran escamas. Por añadidura, además de mis úlceras provocadas por el escorbuto, me supuraban los dedos después de la osteomielitis provocada por las congelaciones. Mis tambaleantes dientes escorbúticos, las úlceras hipodérmicas, cuyas huellas siguen hasta hoy en mis pies. Recuerdo el irrefrenable y constante deseo de comer, un ansia que nada podía calmar, y coronando todo esto la piel que se me caía en capas enteras.

Yo no tenía disentería, sino pelagra. La bolita de mucosidad que me condujo a aquel apartado camino terrenal fue una bolita expulsada por el intestino de un escorbútico. Mis heces eran unas heces escorbúticas.

Esto era mucho más grave, pero ya todo me daba igual. Yo no era el único escorbútico en Bélicha, pero sí el más grave, el más manifiesto.

Hasta me inventaba versos como «El sueño de un avitaminoso»; entonces no me atrevía a llamarme escorbú-

8. Medida de peso rusa, equivalente a algo más de dieciséis kilogramos.

tico ni en los versos. Aunque la verdad es que tampoco sabía a ciencia cierta qué era la pelagra. Yo solo notaba que mis dedos escribían, escribían con rima y sin ella, que mis dedos aún no habían dicho la última palabra.

En aquel momento noté que de mi mano se desprendía, caía un guante. Era curioso, en absoluto pavoroso, ver como del cuerpo se te caía a capas tu propia piel, como se te deshojaban los hombros, la barriga, las manos...

Era un escorbútico tan manifiesto, tan clásico, que pudieron extraerme enteros dos guantes de las manos y dos calcetines de los pies.

Me mostraron a las autoridades médicas de paso, pero aquellos guantes no asombraron a nadie.

Llegó el día en que mi piel se renovó toda, pero mi alma no.

Se descubrió que de mis manos debían sacarse dos guantes escorbúticos y de mis pies dos calcetines «pelagrosos».

Estos guantes y calcetines me los retiraron justamente Lesniak, Savóyeva, Pantiujov y Traut, y se adjuntaron a mi «historia clínica». Los mandaron a Magadán junto con mi «historia clínica», como una muestra viva para el museo de historia de la región, o al menos de historia de la sanidad de la región.

Pero Lesniak no mandó todos mis restos junto con la historia clínica. Mandaron solo los calcetines y uno de los guantes, el otro me lo guardé yo junto con la prosa que escribía entonces, bastante tímida, y con mis indecisos versos.

Con un guante muerto no se pueden escribir buenos versos ni buena prosa. El propio guante era prosa, el documento de la acusación, un expediente.

Pero el guante desapareció en Kolimá; por eso mismo escribo este relato. Y el autor da su palabra de que las huellas dactilares de ambos guantes eran iguales.

Debería haber escrito hace mucho sobre Borís Lesniak y Nina Vladímirovna Savóyeva. Pues justamente a Lesniak y a Savóyeva, como también a Pantiujov, les debo la ayuda real que me prestaron durante los días y las noches más difíciles de Kolimá. Si hemos de considerar la vida como un bien —cosa que dudo—, yo debo la ayuda real prestada, no la compasión, sino la ayuda real, a tres personas reales de 1943. Conviene saber que ellos entraron a formar parte de mi vida después de que yo pasara ocho años de andanzas por minas de oro, interrogatorios en cadena y una cárcel de Kolimá para condenados a muerte; entraron a formar parte de la vida de un «terminal» de una mina de oro en el treinta y siete y el treinta y ocho, de una escoria que había dejado de percibir la vida como un bien. Por aquella época yo solo envidiaba a los hombres que en julio del treinta y siete habían encontrado el valor suficiente para acabar con su vida en el pabellón de «etapas» de la prisión Butirka, cuando se estaba preparando nuestra expedición para marchar a Kolimá. A esta gente es a la que de verdad envidio, pues ellos no vieron lo que yo vi en los diecisiete años siguientes.

Yo dejé de entender la vida como un bien, como algo feliz. Kolimá me enseñó algo completamente distinto.

El principio que rige mi tiempo, mi existencia personal, toda mi vida, la conclusión extraída de mi experiencia personal, la regla que me he procurado de esta experiencia, se puede expresar en pocas palabras. Primero hay que devolver la bofetada y solo luego dar la limosna. Hay que recordar antes el mal que el bien. Recordar todo lo bueno durante cien años, y todo lo malo, durante doscientos. Justamente en esto me diferencio del resto de los humanistas rusos de los siglos diecinueve y veinte.

[1972]

Galina Pávlovna Zibálova

Durante la guerra, en el primer año, la mecha humeante de la linterna de la vigilancia estaba algo baja. Del barracón del artículo cincuenta y ocho se retiró el alambre de espino, y a los enemigos del pueblo se les permitió realizar funciones tan importantes como, por ejemplo, la de encargado de la calefacción, responsable de guardia o vigilante del barracón, empleos que, según la constitución de los campos, solo podía ocupar un común o, en el peor de los casos, un hampón reincidente.

El doctor Lunin, el jefe de nuestra sección de sanidad, un preso, persona realista y pragmática, pensó razonablemente que había que aprovechar el momento, que había que picar el hierro mientras estuviera caliente. Al responsable del laboratorio químico del distrito hullero de Arkagalá lo atraparon robando glicerina del botiquín (¡miel pura, a cincuenta rublos el frasco!), y el vigilante que sustituyó al anterior, justo en la primera noche de guardia, se llevó el doble, de modo que la cosa se puso seria. Durante mis largos años en los campos he observado que todo preso, cuando llega a un nuevo trabajo, lo primero que hace es echar

un vistazo al lugar y ver qué puede agenciarse. Esto se refiere a todos, desde los vigilantes de guardia hasta los jefes de administración. Hay una especie de principio místico en esta inclinación del hombre ruso al robo. Así ocurre, en cualquier caso, en las condiciones de los campos, en las condiciones del Norte, de Kolimá.

Estos momentos, estos desenlaces de la situación, que surgen con regularidad, son justamente los que persiguen los enemigos del pueblo. Después de que fracasara la carrera del segundo vigilante, escogido de entre los comunes, tras dos fiascos seguidos, Lunin me recomendó a mí para que me encargara del laboratorio químico, viniendo a decir que yo no robaría los tesoros químicos y que, en cuanto a la tarea de mantener encendido el bidón que hacía las veces de estufa, sobre todo si el combustible era carbón de piedra, cualquier preso del artículo cincuenta y ocho, en aquella época de Kolimá, sabía y podía hacerla mejor que cualquier calderero. Lavar el suelo a la marinera, con un trapo atado a un palo, era algo que yo dominaba por mi experiencia del año 1939, en el campo de tránsito de Magadán. En cualquier caso, yo, célebre lavasuelos de Magadán, dedicado a este menester durante toda la primavera de 1939, aprendí el oficio para el resto de mi vida.

Entonces trabajaba en la mina, cumplía con los «tantos por ciento»; el carbón no era lo mismo que los yacimientos de oro, pero el fabuloso trabajo de vigilante en el laboratorio químico era algo en lo que, claro está, ni siquiera se me ocurría soñar.

Allí tuve la oportunidad de descansar, de lavarme la cara y las manos; solo después de muchos meses de vigilante, si no fueron años, los esputos impregnados de polvo de carbón se tornaron más claros. Aunque entonces no tenía oportunidad de pensar en el color de mis esputos.

El laboratorio, que ocupaba en el poblado todo un barracón y que contaba con numeroso personal —dos ingenieros químicos, dos técnicos y tres ayudantes—, lo dirigía la joven komsomol[9] Galina Pávlovna Zibálova, una contratada llegada de la capital, como su marido, Piotr Yákovlevich, que era ingeniero de automóviles y el responsable del parque móvil del distrito hullero de Arkagalá.

Los presos miran la vida de los libres como si se tratara de una película: ya sea como un drama, un filme cómico o una película documental, siguiendo la clasificación tradicional de los géneros cinematográficos anteriores a la revolución. Rara vez los héroes de los filmes (y no films, como se dice ahora) abandonaban la pantalla para aparecer en la sala de espectadores del «electroteatro» (así se llamaba antes el cinematógrafo).

Los presos miran la vida de los libres como si se tratara de un filme. Y obtienen de ello un placer de tipo especial. No hay que resolver nada. No conviene interferir en estas vidas. La coexistencia de mundos diferentes no le

9. Abreviatura de las Juventudes Comunistas de la Unión Soviética, organización del partido en la que era obligado ingresar para ejercer algún cargo de responsabilidad.

plantea al preso problema real alguno. Es simplemente otro mundo.

Allí yo mantenía caldeadas las estufas. Hay que saber manejarse con el carbón de piedra, aunque no sea una ciencia compleja. Fregaba los suelos. Y, lo principal, me curaba los dedos de los pies: la osteomielitis del treinta y ocho no se me cicatrizó, ya en el Continente, hasta poco antes del XX Congreso del partido. O quizá ni siquiera se me cicatrizó entonces.

Después de envolverme con trapos limpios los dedos de mis pies purulentos, de cambiarme el vendaje, me quedaba petrificado, en el séptimo cielo, ante la estufa caldeada, notando un fino dolor, como un reuma, en aquellos dedos destrozados en la mina, reventados por el oro. Un gozo, para ser completo, necesita de una pizca de dolor; es algo que sabemos por la historia de la sociedad y por la literatura.

Ahora me dolía con un dolor sordo la cabeza; me había olvidado del constante dolor de los dedos; una sensación había sido expulsada por otra, más relevante, más vital.

Aún no había recordado nada, no había tomado ninguna decisión, ni encontrado cosa alguna, pero las células resecas de todo mi cerebro se esforzaban llenas de alarma. La memoria, algo inútil para el habitante de Kolimá —porque, en verdad, ¿para qué necesita el preso de un campo una memoria tan insegura y tan frágil, tan tenaz y tan omnipotente?—, tenía que abrirme el camino para encontrar una solución. ¡Y qué memoria la mía en otro tiempo, cua-

tro años atrás! Mi memoria era como un disparo: si no me acordaba de algo al instante, me ponía enfermo; no me podía dedicar a nada más hasta que recordaba lo que quería. Los casos en los que había tardado en llegarme una respuesta eran muy pocos en mi vida, casos contados. El propio recuerdo de semejante retraso parecía azuzarme, me aceleraba el ya de por sí rápido curso de la memoria.

Pero mi cerebro de entonces, en Arkagalá, torturado por la Kolimá del treinta y ocho, martirizado por cuatro años de idas y venidas del hospital a la mina, guardaba algún secreto y no quería someterse de ninguna manera a la orden, al ruego, a la plegaria, a la queja.

Yo le imploraba a mi cerebro, como se implora a un ser superior, que respondiera, que me abriera cierta barrera, que me iluminara la rendija oscura donde se escondía algo que necesitaba.

Y mi cerebro se apiadó de mí, atendió a mi plegaria y me concedió la respuesta.

Pero ¿en qué consistía mi ruego?

Yo repetía sin parar el nombre de la responsable del laboratorio: ¡Galina Pávlovna Zibálova! ¡Zibálova, Pávlovna! ¡Zibálova!

En alguna parte había oído aquel apellido. Conocía a alguien con aquel apellido. Zibálov; no Ivanov, ni Petrov, ni Smirnov. Era un apellido de la capital. Y de pronto, cubierto por el sudor de la tensión, lo recordé. No era Moscú, ni Leningrado, ni Kiev el lugar donde la persona con aquel apellido de la capital había estado cerca de mí.

En 1929, durante mi primera condena, cuando trabajaba en el norte de los Urales, en Bereznikí, me encontré en la fábrica de sosa de Bereznikí con un economista, el jefe del departamento de planificación, el deportado Zibálov, Pável Pávlovich, creo. Zibálov había sido miembro del Comité Central de los mencheviques, y, desde el umbral de la puerta de las oficinas de la fábrica donde él trabajaba, los demás deportados lo señalaban de lejos. Pronto Bereznikí se vio inundado por una avalancha de reclusos de distinto género, tanto deportados como condenados a campos de trabajo, y también deportados de los koljoses, debido a los sonoros procesos que se iniciaron entonces, así que entre tantos nuevos héroes el apellido de Zibálov se sumergió en las sombras. Zibálov dejó de ser la atracción de Bereznikí.

La propia fábrica de sosa, la antigua Solvay, entró a formar parte del complejo químico de Bereznikí, se integró en una de las gigantescas construcciones del primer plan quinquenal, el Bereznikjimstrói, que daba cabida a centenares de trabajadores, ingenieros y técnicos, nacionales y extranjeros. En Bereznikí había un poblado de extranjeros, de simples deportados, de deportados especiales y de presos. Contando solo los presos de los campos, en cada turno había hasta diez mil hombres. Una construcción con unas fluctuaciones increíbles, donde en un mes podían entrar tres mil libres por contrato o reclutamiento y salir cuatro mil sin verse reflejados en las cuentas. Esta construcción espera aún al narrador que la describa. Las esperanzas puestas en Paustovski resultaron en vano. Allí estuvo el escritor y escribió *Kara-*

Bugaz, escondido de la impetuosa e hirviente muchedumbre, en el hotel de Bereznikí y sin asomar la nariz a la calle.

De trabajar en la fábrica de sosa, el economista Zibálov pasó al Bereznikjimstrói; allí había más dinero, las dimensiones eran mayores y el sistema de racionamiento se hacía notar.

En el complejo químico de Bereznikí, Zibálov llevaba un círculo de economía para aficionados. Un círculo gratuito para quienes desearan asistir. El grupo era el reflejo de la labor social que realizaba Pável Pávlovich Zibálov, que trabajaba en la oficina central del Jimstrói. Yo asistí a algunas reuniones de este círculo para escuchar las lecciones de Zibálov.

Zibálov, un profesor llegado de la capital, un deportado, realizaba sus clases con buena disposición y sin esfuerzo. Añoraba su labor académica, sus clases. No sé si en toda su vida alcanzó las once mil lecciones impartidas por otro de mis conocidos del campo, pero no había duda de que las clases que él había dado se contaban por miles.

En Bereznikí, al deportado Zibálov se le murió la esposa, le quedó una hija, una niña de unos diez años que a veces venía a ver a su padre durante nuestras clases.

En Bereznikí me conocían bien. Yo me había negado a viajar con Berzin a Kolimá, a la apertura del Dalstrói,[10] y había intentado colocarme en Bereznikí.

10. Eduard Berzin (1894-1938) dirigió la construcción de la Fábrica Química de Víshera, donde Varlam Shalámov cumplió su primera condena. En noviembre de 1931 fue mandado a Kolimá y en diciembre de ese mis-

Pero ¿de qué? ¿De abogado? Tenía estudios inacabados de derecho. Pero fue justamente Zibálov quien me aconsejó que aceptara el cargo de responsable de la Oficina de Economía del Trabajo (OET) en la Central Termoeléctrica de Bereznikí (CTB), según los célebres hallazgos lingüísticos de la época, que nacían allí mismo, en las obras del primer plan quinquenal. El director de la CTB era el ingeniero Kapeller, individuo juzgado por sabotaje que pasó por los procesos no recuerdo si de Shajtí,[11] o por alguna otra lista. La CTB era una explotación, ya no era una obra; el período de puesta en marcha se alargaba de manera catastrófica, pero esta situación se había elevado a la categoría de ley. Kapeller —un condenado a diez o quince años en los campos— no podía ponerse en sintonía con esta estruendosa construcción, donde cada día cambiaban los obreros, los técnicos, y donde, finalmente, se detenía y fusilaba a los jefes y se descargaban convoyes de trenes repletos de deportados después de la colectivización. En Kizel, su lugar de origen, Kapeller había sido condenado por cometer errores mucho menos graves que las barbaridades que aquí se producían y crecían como un poderoso alud. Junto a su despacho aún se oían los marti-

mo año lo nombraron director del Dalstrói —abreviatura del organismo que administraba las obras y construcciones *(stroiki)*, es decir, los campos del Extremo *(dalni)* Oriente—. Arrestado en diciembre de 1937, Berzin fue fusilado en agosto de 1938.

11. En el proceso de Shajtí (1928) se juzgó y condenó a un grupo de cincuenta y tres especialistas entre ingenieros y técnicos; según el tribunal, habían saboteado la minería soviética en la cuenca hullera de Donbass.

llazos, y para la caldera, que montaba la sociedad Hanomag, enviaban telegramas desde Moscú a especialistas extranjeros, como quien llama a un médico.

Kapeller me admitió en el trabajo, lo hizo de manera harto indiferente, pues lo ocupaban las cuestiones técnicas, que no eran menores que las económicas ni que las cotidianas.

Para ayudar a Kapeller, la organización del partido recomendó, en calidad de ayudante de director en las reuniones de producción, a Timoféi Ivánovich Ráchev, una persona poco instruida pero enérgica, que aceptó el empleo con una condición principal: «Tener la boca cerrada.» La Oficina de Economía del Trabajo estaba bajo el mando de Ráchev, y yo guardé durante largo tiempo un documento con su resolución.

Los caldereros habían redactado una larga y fundamentada solicitud sobre los pagos atrasados y los cálculos erróneos, y visitado repetidamente a Ráchev para hablar sobre el tema. Sin leer siquiera la declaración, Ráchev escribió: «El resp. de la OET al cam. Shalámov. Ruego que se aclare el problema y en lo posible se rechace la petición.»

Yo, un abogado con los estudios sin terminar, fui a parar a este trabajo justamente por consejo de Zibálov.

—Actúe usted con valor. Hágase cargo del tema y empiece. Incluso si le echan dentro de dos semanas (antes no podrán hacerlo, por el convenio), al menos durante esas dos semanas adquirirá algo de experiencia. Luego ingrese de nuevo. Cinco despidos como este, y acabará usted convertido en un economista hecho y derecho. No tenga mie-

do. Si tiene algún problema, venga a verme. Le ayudaré. Porque a mí no me va a pasar nada. Yo no estoy sometido a la ley de los cambios de personal.

Acepté aquel cargo bien remunerado.

Por aquel entonces Zibálov organizó una escuela técnica vespertina de economía. Pável Pávlovich (creo que Pávlovich) era el profesor jefe de la escuela. Allí también me estaban preparando para un puesto de profesor de «higiene y fisiología del trabajo».

Ya había presentado la solicitud para ingresar en aquella nueva escuela, y ya estaba pensando en el plan de la primera clase, cuando de pronto recibí una carta de Moscú. Mis padres estaban vivos, mis compañeros de universidad también. Seguir en Bereznikí era lo más parecido a la muerte. Así que me marché sin cobrar lo que me debían en la CTB, mientras que Zibálov se quedó en Bereznikí.

De todo esto me acordé en Arkagalá, en el laboratorio químico del distrito hullero de Arkagalá, a las puertas del misterio de los ácidos húmicos.

El papel de la casualidad es grande en la vida, y aunque el orden mundial universal castiga a aquellos que se aprovechan de las casualidades para alcanzar sus propios fines, sucede que el castigo no llega. O tal vez sí. Por entonces yo ya no sentía la falta de un pedazo de pan. La galería no es una mina abierta, el carbón no es oro. Puede que no hubiera valido la pena construir aquella casa hecha de naipes, el viento haría caer el edificio y lo esparciría por los cuatro costados.

Y es que la detención por el «caso de los juristas» hacía tres años[12] me había enseñado una importante ley del campo: nunca te dirijas con una petición a las personas que has conocido personalmente en libertad. El mundo es un pañuelo, estos encuentros ocurren. En Kolimá, una petición así casi siempre resulta desagradable, a veces imposible, y otras conduce a la muerte de quien la hace.

Peligros como este se dan en Kolimá, aunque también en cualquier otro campo. Tuve un encuentro con Chekánov, mi compañero de celda en la Butirka. Chekánov no solo me reconoció entre el tumulto de trabajadores cuando se hizo cargo de nuestra zona en calidad de responsable, sino que diariamente me sacaba en persona de la formación, me golpeaba y me destinaba a los trabajos más duros, trabajos de los que, claro está, no sacaba ningún tanto por ciento. Chekánov informaba cada día al jefe de zona sobre mi conducta, asegurándole que destruiría esa peste y que, si bien no negaba conocerme personalmente, demostraría su entrega y haría honor a la confianza en él depositada. Chekánov había sido condenado por el mismo artículo que yo. Finalmente Chekánov me arrojó a una celda de castigo y así conservé la vida.

Yo también conocía al coronel Ushakov, el jefe del departamento de investigación y más tarde del departamento fluvial de Kolimá; recordaba cuando Ushakov era un

12. Véase el relato «La conspiración de los juristas», en *Relatos de Kolimá. Volumen I*, Minúscula, Barcelona, 2007.

simple agente del departamento de Interior de Moscú, condenado por algún delito cometido en acto de servicio.

Nunca intenté que el coronel Ushakov se acordara de mí. Me hubieran matado a la mayor brevedad.

Finalmente, yo también conocía a todo el alto mando de Kolimá, empezando por el mismo Berzin: a Vaskov, Maisuradze, Filípov, Yegórov y Tsvirko.

Sabedor de la tradición carcelaria, nunca me destaqué de las filas de presos para realizar alguna petición a un jefe al que conociera personalmente, ni para atraer su atención hacia mi persona.

En el «caso de los juristas», me salvé de que me liquidaran por pura casualidad; eso fue a finales de 1938, en la época de los fusilamientos de Kolimá, cuando me hallaba en la mina Partizán. En el «caso de los juristas», toda la provocación iba dirigida contra Vinográdov, el presidente del tribunal del Dalstrói. Se le acusó de dar pan y colocar a Dmitri Serguéyevich Parféntiev, compañero suyo en la Facultad de Derecho Soviético, antiguo fiscal de Cheliábinsk y también de Karelia.

Cuando visitó la mina Partizán, el presidente del tribunal no consideró necesario ocultar su relación con uno de los picadores, el profesor Parféntiev, y le pidió al jefe de la mina, L. M. Anísimov, que le diera a Parféntiev un trabajo más llevadero.

La orden se cumplió al instante, y Parféntiev fue nombrado herrero —no se encontró en la mina un trabajo menos duro—, aunque, de todos modos, se libró del vien-

to a sesenta grados bajo cero a cielo abierto, del pico y de la pala. Es cierto que la herrería era un local con una puerta batiente y mal cerrada y con las ventanas abiertas, pero allí estaba el fuego del horno y te podías proteger si no del frío sí al menos del viento. Además, al trotskista Parféntiev, al enemigo del pueblo Parféntiev, le habían operado de un pulmón por una tuberculosis.

El jefe de la mina Partizán, Leonid Mijáilovich Anísimov, cumplió el deseo de Vinográdov, pero lo denunció al instante con un informe que mandó a todas las instancias necesarias y posibles. Y así se colocó la primera piedra del «caso de los juristas». El capitán Stolbov, el jefe de la sección político-secreta de Magadán, arrestó a todos los juristas que había en Kolimá, comprobando sus relaciones, echando leña al fuego, haciendo crecer y apretando el cepo de la provocación.

En la mina Partizán nos arrestaron a Parféntiev y a mí, nos condujeron a Magadán y nos encerraron en la cárcel.

Pero al cabo de unos días el propio capitán Stolbov fue arrestado, y todos aquellos a los que se había detenido por orden suya fueron puestos en libertad.

Todo esto lo he contado en «La conspiración de los juristas», donde cada letra es documental.

Salí, pero no en libertad, pues la libertad de Kolimá es la que uno tiene en el mismo campo; sin embargo, entré en un barracón común, donde tenía los mismos derechos que los demás. En Kolimá no existe la libertad.

Me mandaron junto a Parféntiev a un campo de

tránsito, al campo de tránsito treinta mil, acompañado de un sello lila especial en mi expediente: «Llegado de la cárcel de Magadán.» Este estigma me condenaba a estar expuesto durante un número infinito de años a los focos de la vigilancia constante, a la atención de los superiores, hasta el momento en que el estigma color lila se viera sustituido en mi viejo expediente personal por la cubierta limpia de un nuevo expediente, una nueva condena, un nuevo castigo. Menos mal que esta nueva condena no me la echaron «a peso», con una bala de siete gramos. Aunque tampoco sé si debería decir «menos mal», pues una condena «a peso» me hubiera librado de todos los sufrimientos futuros, de los muchísimos años de sufrimientos del todo inútiles, ni siquiera provechosos para enriquecer mi experiencia espiritual o moral, o para fortalecer físicamente mi cuerpo.

En cualquier caso, al recordar todas mis andanzas después del arresto por el «caso de los juristas» en la mina Partizán, me impuse la norma siguiente: nunca dirigirme a un conocido por iniciativa propia ni invocar en Kolimá las sombras de mi pasado.

Pero en el caso de Zibálova, no sé por qué, me pareció que no haría ningún daño a la portadora de aquel apellido. Era una buena persona, y si distinguía a un preso de un hombre libre, no lo hacía desde la postura de un enemigo activo de los reclusos, tal como les enseñaban a todos los contratados en todas las secciones políticas del Dalstrói aun antes de que firmasen los contratos. El preso siempre nota en el hombre libre este matiz: si en su contrato había o no

algo más aparte de las instrucciones de rigor. Y estos matices podían ser muchos, tantos como personas. Pero hay una frontera, una línea, una divisoria entre el bien y el mal, una barrera moral que se aprecia al instante.

Galina Pávlovna, al igual que su marido Piotr Yákovlevich, no ocupaba la posición extrema de los que se consideraban enemigos activos de todo recluso por el solo hecho de ser un recluso, aunque Galina Pávlovna fuera la secretaria de la organización de las Juventudes Comunistas de la región hullera de Arkagalá. Piotr Yákovlevich no era del partido.

A menudo, por las tardes, Galina Pávlovna permanecía largo tiempo en el laboratorio; el barracón familiar, donde vivía, difícilmente sería más cómodo que los diminutos despachos del laboratorio químico.

Un día le pregunté si había vivido en Bereznikí, en los Urales, a finales de los años veinte y principios de los treinta.

—¡Pues claro!

—¿Y su padre es Pável Pávlovich Zibálov?

—Pável Ósipovich.

—¡Eso mismo! Pável Ósipovich. Era usted una niña de diez años.

—Catorce.

—Llevaba usted un abrigo de color burdeos.

—Era de pieles y del color de las guindas.

—De pieles, si usted lo dice. Y le llevaba el desayuno a Pável Ósipovich.

—Sí, así es. Allí murió mi madre, en Churtán.

Piotr Yákovlevich también se hallaba presente.

—Ya ves, Petia. Varlam Tíjonovich conoce a papá.

—Asistí a las clases de su círculo.

—Pues Petia nació en Bereznikí. Es de allí. Sus padres tienen una casa en Veretié.

Podosénov me citó varios apellidos de conocidos en Bereznikí, en Usolie, en Solikamsk, en Veretié, en Churtán y en Dediujin, apellidos como Sobiánikov o Kichin, pero yo, dada mi biografía, no tuve la posibilidad de conocer ni frecuentar a la población local.

A mí todos estos nombres me sonaban a sioux y comanches, a versos leídos en otra lengua, pero Piotr Yákovlevich los recitaba como si se tratara de una plegaria, sintiéndose cada vez más y más inspirado.

—Ahora todo esto está cubierto de arena —dijo Podosénov—. Me refiero al complejo químico.

—Y papá está ahora en Donbass —dijo Galina Pávlovna, y comprendí que su padre había sido deportado de nuevo, al destino de turno.

Y allí acabó todo. Yo experimentaba una verdadera satisfacción, festejaba el hecho de que mi pobre cerebro hubiera funcionado tan bien. Una satisfacción puramente académica.

Pasaron unos dos meses, no más, y Galina Pávlovna al llegar al trabajo me llamó a su despacho.

—He recibido una carta de papá. Aquí está.

Leí las líneas claras de una letra grande y para mí completamente desconocida:

«A Shalámov no lo conozco ni me acuerdo de él. Lo cierto es que he dado charlas como esas durante mis veinte años de deportación, me hallara donde me hallara. Las sigo dando ahora. Pero no es esta la cuestión. ¿A qué viene la carta que me has escrito? ¿Qué control es este? ¿Y a quién quieres controlar? ¿A Shalámov? ¿A mí? ¿A ti? Por lo que a mí se refiere —escribía con su letra grande Pável Ósipovich Zibálov—, esta es mi respuesta. Trata a Shalámov igual que me hubieras tratado a mí de haber dado conmigo en Kolimá. Pero para conocer mi respuesta no hacía falta que me escribieras esa carta.»

—Ya ve qué resultado —dijo disgustada Galina Pávlovna—. Usted no conoce a mi padre. Y él no olvidará nunca este desliz.

—Yo no le he dicho nada especial.

—Ni yo le he escrito nada especial a mi padre. Pero ya ve cómo considera él estas cosas. Ahora ya no podrá usted trabajar aquí —reflexionaba con tristeza Galina Pávlovna—. Otra vez a buscar un nuevo vigilante de guardia. Lo inscribiré como técnico, tenemos una plaza vacante, aunque es para contratados libres. Svíschev, jefe de la zona hullera, se irá y será sustituido por el ingeniero jefe Yuri Ivánovich Kochura. Y por su mediación lo inscribiré.

Del laboratorio no echaban a nadie, de modo que no tuve que ocupar una plaza «viva», y bajo la dirección y con la ayuda de los ingenieros Sokolov y Oleg Borísovich Maxímov, actualmente con vida y miembro de la Academia de

Ciencias del Extremo Oriente, empecé mi carrera de ayudante y de técnico.

Al marido de Galina Pávlovna, Piotr Yákovlevich Podosénov, le escribí, a petición de este, un extenso trabajo de literatura: compuse de memoria un diccionario, un diccionario del argot penitenciario, sobre el origen, los cambios y las interpretaciones de las palabras. El diccionario reunía cerca de seiscientos términos; nada que ver con las publicaciones especiales que editan los servicios de Interior para sus colaboradores, sino llevado a cabo en otro plano, de manera más amplia y más incisiva. El diccionario que le regalé a Podosénov es mi único trabajo en prosa escrito en Kolimá.

Mi completa felicidad no se vio empañada por el hecho de que Galina Pávlovna dejara a su marido; el melodrama seguía siendo un melodrama. Yo solo era un espectador, y a un espectador ni siquiera un primer plano de una vida ajena, de un drama ajeno, de una tragedia ajena, le produce la ilusión de una vida.

Pero no era Kolimá —un lugar donde se intensifican extraordinariamente todos los aspectos del problema familiar y de la cuestión de la mujer, una agudización que llega a lo monstruoso, hasta la alteración de todas y cada una de las proporciones— la causa del desmembramiento de aquella familia.

Galina Pávlovna era una gran mujer, inteligente, hermosa, de tipo ligeramente mongol, una ingeniera química, representante de la profesión de moda por aquel en-

tonces, la profesión más nueva, e hija única de un deportado político ruso.

Oriundo de Perm, Piotr Yákovlevich era un hombre tímido, siempre iba a la zaga de su mujer: tanto por su desarrollo e intereses como por su grado de exigencia. Que los esposos no hacían buena pareja saltaba a la vista, y aunque para la felicidad conyugal no hay leyes, en este caso, a mi parecer, aquella familia estaba condenada a romperse, como, por cierto, ocurre con todas.

Kolimá catalizó el proceso de ruptura.

Galina Pávlovna vivía un romance con el ingeniero jefe de la zona hullera, Yuri Ivánovich Kochura, o, mejor dicho, no un romance sino un segundo amor. Aunque Kochura tenía familia e hijos. Yo también fui presentado a Kochura antes de mi consagración en el campo de la técnica.

—Yuri Ivánovich, este es el hombre.

—Bien —dijo Yuri Ivánovich sin mirarme a mí o a Galina Pávlovna, sino directamente enfrente, al suelo—. Hágame llegar el informe del alta.

No obstante, en aquel drama todo estaba por llegar. La mujer de Kochura mandó un escrito a la dirección política del Dalstrói, empezaron las comisiones, los interrogatorios a los testigos y la recogida de firmas. El Estado, con todo su aparato, salió en defensa de la primera familia, que era con la que el Dalstrói había firmado un contrato en Moscú.

Las instancias superiores de Magadán, por consejo de Moscú, confiando en que la separación necesariamente acabaría con aquel amor y haría volver a Yuri Ivánovich

con su esposa, despidieron del trabajo a Galina Pávlovna, la trasladaron a otro lugar.

Por supuesto, estos cambios nunca son eficientes ni podían serlo. No obstante, la separación de los enamorados era la única vía aprobada por el Estado para arreglar la situación. No existen otros métodos, salvo el indicado en *Romeo y Julieta*. Es esta una tradición heredada de la sociedad primitiva, y la civilización no ha aportado nada nuevo al respecto.

Después de la respuesta del padre, mis relaciones con Galina Pávlovna se hicieron más confiadas.

—Mire, Varlam Tíjonovich, es Póstnikov, el de las manos.

¡Quién querría perderse la ocasión de ver a Póstnikov, el de las manos!

Hacía unos meses, cuando yo aún seguía dando el callo en Kadikchán, y el traslado a Arkagalá, no ya al laboratorio, sino incluso a la mina, me parecía un milagro imposible, llegó a nuestro barracón, o, mejor dicho, a nuestra tienda de lona —protegida de los sesenta grados bajo cero por una capa de cartón asfáltico o de *ruberoid*, no me acuerdo, y veinte centímetros de aire, la cámara de aire según las instrucciones de Magadán-Moscú—, un fugitivo.

Por Arkagalá, por la taiga de Arkagalá, por sus ríos, colinas y desfiladeros, pasa el camino por tierra firme más corto que lleva al Continente, a través de Yakutia, Aldán, Kolimá e Indiguirka.

La vía migratoria de los fugitivos, su mapa secreto, se

esconde en el pecho de los fugados; la gente avanza adivinando la orientación gracias a su intuición. Y esta orientación es certera, como lo es el rumbo migratorio de los gansos o las cigüeñas. Pues Chukotka no es una isla, sino una península, tierra firme. Se llama «tierra firme» por infinitas analogías: es un largo camino por mar, con paradas en los puertos, dejando atrás Sajalín, que fue tierra de reclusión en tiempos de los zares.

Todo esto también lo sabían los de arriba. Por eso en verano, justamente en torno a Arkagalá, se colocaban puestos de guardia, destacamentos volantes, personal operativo vestido tanto de civil como con uniforme militar.

Unos meses atrás, el teniente Póstnikov había atrapado a un fugitivo; no tenía ningunas ganas de llevar durante diez o quince kilómetros al preso hasta Kadikchán, y el teniente lo mató allí mismo de un tiro.

¿Qué se debe presentar de un fugitivo en la sección de control cuando se da la orden de búsqueda y captura, como quien dice, en todo el mundo? ¿Cómo reconocer a un individuo? Este tipo de pasaporte existe y es muy preciso, son las huellas dactilares de los diez dedos. Estas huellas se guardan en el expediente personal de cada recluso, en Moscú, en el Archivo Central, y en Magadán, en la administración local.

Para no cargar con el preso capturado hasta Arkagalá, el joven teniente Póstnikov le cortó con un hacha ambas manos, las metió en el zurrón y se llevó así el informe sobre su captura.

Pero el fugitivo se puso en pie y por la noche se presentó en nuestro barracón; el hombre, pálido tras perder mu-

cha sangre, no podía hablar, solo alargaba los brazos. Nuestro jefe de brigada corrió en busca del convoy y los guardias se lo llevaron a la taiga.

O bien lo trasladaron vivo a Arkagalá, o bien se lo llevaron y lo remataron entre los matorrales; esta hubiera sido la salida más simple, tanto para el fugitivo como para el convoy, y también para el teniente Póstnikov.

Póstnikov no fue objeto de amonestación alguna. Aunque tampoco nadie esperaba que lo amonestasen. Pero los comentarios sobre Póstnikov, incluso en aquel mundo de hambre y trabajos forzados en el que yo vivía entonces, fueron muchos, el caso era reciente.

Por eso, tras hacerme con un pedazo de carbón para avivar el fuego, para alimentar la estufa, entré en el despacho de la responsable.

Póstnikov era un tipo de pelo rubio claro, pero no de la especie de los albinos, sino más bien de fisonomía nórdica, con los ojos azules, como los naturales del norte de Rusia, algo más alto de la estatura media. El tipo más ordinario del mundo.

Recuerdo que examiné su fisonomía con avidez, intentando captar siquiera el más imperceptible detalle —del tipo que describen Lavater o Lombroso— en el rostro espantado del teniente Póstnikov.[13]

13. En la primera versión: «Se le veía terriblemente nervioso. Pues se había saltado dos clases enteras de formación política, y Zibálova, la secretaria de la organización de las Juventudes Comunistas, le estaba

Nos encontrábamos sentados aquella tarde junto a la estufa, y Galina Pávlovna dijo:

—Quiero pedirle su consejo.

—¿Sobre qué?

—Sobre la vida.

—Galina Pávlovna, yo desde que me hice mayor me guío ante todo por un mandamiento: «No darás lecciones a tu prójimo.» A la manera de los Evangelios. Cada destino es insondable. Y cualquier receta, falsa.

—Yo, en cambio, pensaba que los escritores...

—La desgracia de la literatura rusa, Galina Pávlovna, consiste en que se mete donde no la llaman, en que rige los destinos ajenos, opina sobre cuestiones sobre las que no tiene ni idea, sin derecho alguno a inmiscuirse en cuestiones morales ni a juzgar a los demás, y sin saber ni querer saber nada.

—De acuerdo. Entonces le contaré una historia y usted me dará su opinión como si fuera una obra literaria.

soltando un buen rapapolvo. Después de conseguir con gran dificultad que su superior no le manchara el expediente, a él, a Póstnikov, con una falta, el teniente se marchó, rojo de la emoción, deshaciéndose en excusas y casi sin poder acertar en las mangas de su chaqueta recién estrenada. Para aquella visita tan importante el teniente se había puesto su uniforme nuevo, y la medalla "Por un servicio excelente" temblaba, nueva, reciente, en su chaqueta. No pude aclarar si Póstnikov había recibido la medalla por las manos del fugitivo de Arkagalá o si le habían concedido la condecoración con anterioridad por alguna hazaña parecida.» *(Nota de I. P. Sirotínskaya.)*

Toda la responsabilidad sobre lo convencional o realista de la historia (que para mí es lo mismo) será, pues, mía.

—Espléndido. Probemos con esa historia.

Galina Pávlovna esbozó rápidamente uno de los esquemas más banales del triángulo amoroso, y yo le aconsejé que no dejara a su marido.

Por mil razones. En primer lugar, está la costumbre, el hecho de conocer a una persona, algo que, sea como sea, es único, mientras que el otro es una sorpresa, una caja llena de posibilidades inesperadas. Aunque también uno puede salir de esta.

La segunda razón era que Piotr Yákovlevich Podosénov era sin duda una buena persona. Yo había estado en su tierra natal y, llevado por una simpatía sincera hacia él, le había escrito un ensayo sobre el hampa. En cambio, a Kochura no lo conocía en absoluto.

Y, finalmente, en tercer lugar y lo más importante, no me gusta ningún tipo de cambio. Yo regreso a dormir a mi casa, la casa en la que vivo, y no me gusta encontrar nada nuevo, ni siquiera en el mobiliario, me cuesta mucho acostumbrarme a los muebles nuevos.

Los cambios bruscos en mi vida siempre surgían al margen de mis propios deseos, por alguna voluntad claramente malvada, pues yo nunca busqué ningún cambio, ni siquiera mejorar lo que ya era bueno.

Había también una razón que aliviaba al consejero de su pecado mortal. Por razones que no conoce más que el corazón, solo se aceptan los consejos que no contradicen

la voluntad interior de la persona; todo lo demás se rechaza o se ignora alterando los conceptos.

Como todo oráculo, era poco el riesgo que yo asumía. Ni siquiera arriesgaba mi buen nombre.

Previne a Galina Pávlovna de que mi consejo era puramente literario y no escondía prescripción moral alguna.

Pero antes de que Galina Pávlovna tomara una decisión, en el asunto intervinieron fuerzas superiores que, en plena consonancia con las tradiciones de la naturaleza, se apresuraron a prestar su ayuda a Arkagalá.

A Piotr Yákovlevich Podosénov, el marido de Galina Pávlovna, lo mataron. Una trama propia de Esquilo. Con una situación argumental bien estudiada. A Podosénov lo atropelló un coche de paso en medio de la oscuridad del invierno, y el hombre murió en el hospital. En Kolimá abundaban los accidentes de carretera como ese, y la posibilidad de un suicidio ni se mencionó siquiera. Tampoco se hubiera suicidado. Se recurrió al fatalismo: mala suerte, qué se le iba a hacer. Pero resultó que sí hubo mala suerte, demasiada mala suerte. Porque a Podosénov justamente no hacía falta que lo mataran. ¿O es que se mata a alguien por su buen carácter? Es cierto que en Kolimá la bondad es un pecado, aunque también lo es la maldad. Aquella muerte no resolvió nada, no deshizo nudo alguno, como tampoco lo cortó; todo quedó igual. Solo se hizo patente que las fuerzas superiores se habían interesado por aquella pequeña, aquella nimia tragedia de Kolimá, y que se habían fijado en la suerte de una mujer.

Un nuevo químico, un nuevo responsable, ocupó el lugar dejado por Galina Pávlovna. Su primera disposición fue relevarme de mi puesto, algo que ya esperaba. En lo que se refiere a los presos, aunque por lo visto también a los libres, los mandos no necesitan formular las causas de sus decisiones, así que yo no esperaba que lo hiciera. Habría sido demasiado literario, a la manera de los clásicos rusos. Sencillamente, el capataz del campo, al pasar lista una mañana, gritó mi apellido entre la relación de los presos que mandaban a la mina. Yo ocupé mi lugar en las filas, me arreglé los guantes, el convoy nos contó, dio la orden y eché a andar por el camino que tan bien conocía.

A Galina Pávlovna nunca más la volví a ver en toda mi vida.

1970-1971

Liosha Chekánov o los compañeros de causa en Kolimá

Liosha Chekánov, campesino de pura cepa y técnico constructor de formación, fue mi vecino de litera en la celda n.º 69 de la cárcel Butirka durante la primavera y el verano de 1937.

Al igual que muchos otros, yo, como *stárosta*[14] de la celda, le presté a Liosha Chekánov la primera ayuda; le puse la primera inyección de aquel elixir compuesto por ánimos, esperanza, sangre fría, rabia y amor propio, la compleja fórmula medicinal que el hombre necesita en la cárcel, sobre todo si es un novato. Los hampones —a quienes nadie les puede negar una experiencia de siglos— expresan este mismo sentimiento mediante sus tres conocidas máximas: no creas, no temas, no pidas.

El espíritu de Liosha Chekánov salió fortalecido y en julio el hombre partió hacia las lejanas tierras de Kolimá. Lo juzgaron justo el mismo día que a mí, nos condenaron

14. Responsable de cualquier grupo, sea un pueblo o una celda, elegido entre sus miembros.

por el mismo artículo y a la misma pena. Y nos condujeron a Kolimá en el mismo vagón.

No valoramos en su justa medida la perfidia de los superiores; de paraíso terrenal, Kolimá debía pasar a ser nuestra llegada al infierno en la tierra.

A Kolimá nos llevaban a morir. A partir de diciembre de 1937 nos esperaban los fusilamientos de Garanin, las palizas y el hambre. Las listas de los fusilados se leían día y noche.

A todos los que no cayeron en la Serpantínnaya —en la cárcel de instrucción de la Administración de Minas del Norte, donde en 1938 se fusiló, entre el rugido de los tractores, a decenas de miles de presos— los ajusticiaron según se leían las listas, a diario, al son de la orquesta, de las fanfarrias, listas que se leían dos veces al día en los controles, en los turnos de día y de noche.

Salvado por casualidad de estos sucesos sangrientos, no evité mi suerte, marcada con antelación ya en Moscú: en 1943 recibí una nueva condena de diez años.

Llegué a «terminal» decenas de veces, fui dando tumbos de la galería al hospital y de vuelta a la mina, y en diciembre del cuarenta y tres formé parte de una pequeñísima expedición que estaba construyendo un nuevo yacimiento: el Spokoini.

Los capataces, o, como los llaman en Kolimá, los inspectores, eran para mí figuras de un rango demasiado elevado, unos seres con una misión especial, con un destino especial y cuyas líneas de la vida no se podían cruzar con las mías.

A nuestro capataz lo trasladaron a alguna parte. Cada preso tiene su destino, una suerte que se trenza en los combates de ciertas fuerzas superiores. El hombre-preso o el preso-hombre, sin saberlo, se convierte en arma de cierto combate ajeno a él, y sucumbe a dicho combate sabiendo en nombre de qué muere pero no por qué. O sabiendo por qué pero no en nombre de qué.

Y así fue como, por estas mismas leyes del misterioso destino, a nuestro capataz lo sacaron de nuestra unidad y lo mandaron a otro lugar. No sé, aunque tampoco tendría por qué saberlo, ni el apellido del capataz ni su nuevo destino.

Y a nuestra brigada, formada por tan solo diez «terminales», nos mandaron un nuevo capataz.

Kolimá, y no solo Kolimá, se distingue por el hecho de que todos son jefes, absolutamente todos. Hasta en una pequeña brigada de dos personas hay un superior y un subalterno; a pesar de la universalidad del sistema binario, a las personas nunca se las divide en dos partes iguales, siempre en dos partes distintas. Para cinco individuos se destina a un capataz permanente, a quien no se libera del trabajo, porque, claro está, es un trabajador como el resto. Pero una brigada de cincuenta presos siempre tiene un capataz liberado, es decir, un capataz armado con un palo.

Y a pesar de que uno vive sin esperanzas, la rueda del destino es inescrutable.

Instrumento de la política del Estado, medio para la eliminación física de los enemigos políticos del Estado:

esta es la función principal del capataz en el campo de trabajo, sobre todo si está empleado en un campo de exterminio.

El capataz aquí no puede defender a nadie, él mismo está condenado, pero se arrastrará hacia arriba, agarrándose a cualquier paja que le arroje la autoridad, y en nombre de esta quimérica salvación destruirá a los demás.

La elección del jefe de brigada es para los superiores una tarea de primer orden.

El capataz es como quien dice el que da de comer y de beber a la brigada, pero tan solo dentro de los límites que marcan los de arriba. Él también está sometido a un riguroso control, en las minas no se puede ir muy lejos: el agrimensor de la mina descubrirá en la siguiente medición los metros cúbicos falsificados, adelantados, y entonces adiós al capataz.

Por eso el capataz de la brigada sigue un camino ya hollado, bien probado, que consiste en sacarles estos metros cúbicos a palos a los «terminales», a los peones, sacárselos en el sentido físico y real: a golpe de pico en la espalda; y en cuanto no haya nada que sacar, el capataz deberá convertirse él mismo en peón y compartir la suerte de los hombres que ha matado.

Pero no siempre es así. A algún capataz lo trasladan a una nueva brigada, para que de este modo no se pierda la experiencia adquirida. Y el capataz aniquila una nueva brigada. Pero mientras este sigue vivo, su brigada se va bajo tierra. Además del propio capataz, vive en la brigada su

sustituto según el escalafón: el responsable de guardia, el ayudante del asesino, quien vela el sueño de su jefe.

En los años de la guerra, durante las cacerías de los capataces en Spokoini, se hubo de volar con amonita todo un extremo del barracón donde dormía el jefe de brigada. Aquello fue ir a lo seguro. Cayeron el capataz, el responsable de guardia y todos sus amigos íntimos, que duermen junto al jefe para que la mano del vengador no lo alcance con el cuchillo.

Los delitos que los capataces cometían en Kolimá eran incontables, pues en los tiempos de Stalin eran ellos los ejecutores físicos de la alta política de Moscú.

Pero también el jefe de brigada está bajo control. Lo observan los vigilantes del campo en sus actividades cotidianas, durante las pocas horas en que el preso no está inmerso en el trabajo y, semiinconsciente, duerme.

También lo vigila el jefe del campo de trabajo, así como el instructor operativo.

Todos en Kolimá se vigilan los unos a los otros, y cada día todos mandan sus denuncias a donde es debido.

Los delatores, los soplones, tienen pocas dudas: hay que denunciarlo todo, los de arriba ya aclararán luego qué hay de verdad y de mentira en la denuncia. La verdad y la mentira son categorías absolutamente desconocidas para el informador.

Pero estas son observaciones hechas desde el interior de la zona, desde dentro del alma del campo. También vigilan el trabajo del capataz, y además de manera harto es-

crupulosa y del todo oficial, sus jefes de producción, es decir, el vigilante de zona, que, a la manera de Sajalín, en Kolimá se denomina «inspector». A este lo vigila el inspector jefe; al inspector jefe lo controla el responsable de zona; a este lo vigila el jefe de zona; y al jefe de zona, el ingeniero jefe y el jefe de la mina. Hacia arriba no quiero seguir con la jerarquía, pues está extraordinariamente ramificada, es muy diversa y ofrece espacio y da alas a la imaginación de cualquier ser dogmático o poéticamente inspirado.

Es importante subrayar que, en la vida de los campos, el jefe de brigada es justamente el punto de contacto entre el cielo y la tierra.

De entre los mejores jefes de brigada, aquellos que han demostrado su entrega como asesinos, se eligen los inspectores, los vigilantes de zona, un rango mucho más alto que el de los capataces. El inspector ya ha recorrido el camino sangriento del anterior. Para los trabajadores, el poder del inspector es ilimitado.

A la temblorosa luz del quinqué de Kolimá —una lata de conservas provista de cuatro tubos con sus mechas de trapo ardiendo; la única luz, a excepción de las estufas y el sol, la luz de los peones, de los «terminales» de Kolimá—, vislumbré algo familiar en el aspecto del nuevo inspector, del nuevo amo de nuestra vida y nuestra muerte.

Una alegre esperanza dio calor a mis músculos. Había algo en el aspecto del nuevo inspector que me resultaba familiar. Algo muy lejano en el tiempo, pero existente, eternamente vivo, como la memoria humana.

Con un cerebro reseco y hambriento es muy difícil darle vueltas a la memoria, el esfuerzo de recordar se ve acompañado de un dolor penetrante, de un dolor puramente físico.

Los rincones de la memoria hace tiempo que han barrido toda la basura inútil, como por ejemplo los versos. Un pensamiento más importante y eterno que el arte se tensaba, tañía, pero no había modo de que irrumpiera en mi vocabulario de entonces, de que alcanzara las escasas zonas del cerebro que aún funcionaban en un «terminal». Unos dedos de hierro me oprimían la memoria, como un tubo con un pegamento echado a perder, estrujando, echando afuera, gota a gota, todo lo que conservara alguna cualidad humana.

Este proceso de rememoración en el que participaba todo el cuerpo —un sudor frío que salía de la piel seca, aunque ni sudor me quedaba para ayudarme a acelerar aquel proceso— acabó en victoria… En el cerebro surgió un apellido: ¡Chekánov!

Sí, era él, Liosha Chekánov, mi vecino en la cárcel Butirka, aquel a quien yo había librado del miedo hacia el instructor. La salvación apareció en mi frío y hambriento barracón. Habían pasado ocho años desde entonces, ocho siglos, hacía tiempo que había empezado el siglo veinte, los escitas habían ensillado a los caballos en las rocas de Kolimá, los escitas enterraban a los zares en mausoleos y millones de peones sin nombre se amontonaban en las fosas comunes de Kolimá...

Sí, era él, Liosha Chekánov, el compañero de mi lu-

minosa juventud, de las brillantes ilusiones de mediados del año treinta y siete, de un año que aún no conocía lo que le depararía la suerte.

La salvación apareció en mi frío y hambriento barracón en la persona de Liosha Chekánov, un técnico, especializado en construcción, nuestro nuevo inspector.

¡Esta sí que era buena! ¡Qué fantástica casualidad, algo por lo que valía la pena esperar ocho años!

«Llegar a término»: me permito reclamar el derecho a ser el primero en usar este neologismo, o, al menos, su forma temporal. El «terminal», el que «llega a término», no lo hace en un día. Se le van acumulando diversas pérdidas, primero físicas, luego morales, y lo que le queda de nervios, vasos y tejidos ya no es suficiente para retener los viejos sentimientos.

Y su lugar lo ocupan unos sentimientos nuevos, unos sucedáneos de sentimientos, de esperanzas.

En el proceso de «llegar a término» hay un cierto límite, que es cuando uno pierde los últimos puntos de apoyo, la frontera después de la cual todo se encuentra más allá del bien y del mal, y el propio proceso de «llegar a término» se precipita como si se tratara de un alud. De una reacción en cadena, dicho en el lenguaje actual.

Entonces no sabíamos nada de la bomba atómica, ni de Hiroshima ni de Fermi. Pero el carácter incontenible e irreversible de «llegar a término» sí lo conocíamos a la perfección.

Para esta reacción en cadena hay en el argot del ham-

pa un hallazgo genial: «caer pendiente abajo», expresión que entró a formar parte del diccionario, absolutamente exacto y creado sin ninguna estadística, de Fermi.

Por eso mismo, en las escasas estadísticas y en las abundantes memorias se señaló una fórmula exacta, verificada históricamente: «El hombre puede llegar a término en dos semanas.» Esta es una norma para un tipo corpulento, siempre que lo pongan al frío de Kolimá, a cincuenta, sesenta grados bajo cero, durante catorce horas de trabajo duro, que le peguen y le den de comer solo la ración de campo, y que no le dejen dormir.

Por lo demás, aclimatarse al Extremo Norte no es nada sencillo.

Por eso los hijos de Medvédev no podían comprender por qué había muerto tan pronto su padre, un hombre sano de unos cuarenta años, que después de mandar la primera carta desde Magadán, desde el barco, mandó una segunda desde el hospital Seimchán, pero esta carta llegada del hospital fue la postrera. Por esa misma razón el general Gorbátov, tras caer en la mina Maldiak, se convirtió en dos semanas en un completo inválido, y solo la casual expedición de pesca a Ola, a la costa, le salvó la vida. Por esa misma razón también Orlov, el asesor personal de Kírov, cuando lo llevaron a Partizán para fusilarlo en el invierno de 1938, ya era un «terminal», un ser que de todos modos ya no hubiera hallado su lugar en la Tierra.

Dos semanas es justo el plazo de tiempo en que un hombre sano se convierte en «terminal».

Yo sabía todo esto, y comprendía que en el trabajo no había salvación, de modo que durante ocho años di tumbos del hospital a la mina y de vuelta al hospital. Pero, por fin, la salvación había llegado. En el momento más necesario la mano de la providencia condujo a Liosha Chekánov a nuestro barracón.

Me dormí tranquilamente con un sueño profundo y dichoso, con la vaga sensación de que cierto acontecimiento alegre iba a llegar de un momento a otro.

Al día siguiente, en la formación —así se denomina brevemente el procedimiento de distribuir los diversos trabajos, que en Kolimá, tanto para los inspectores como para millones de hombres, se lleva a cabo a la misma hora del día, al son de un golpe de riel, cual llamada del muecín, cual tañido de la campana desde la torre de Iván el Grande; porque Terrible y Grande son sinónimos en ruso—, por fin pude convencerme de mi maravillosa certeza, de mi milagrosa esperanza.

El nuevo inspector era en efecto Liosha Chekánov.

Pero en estas situaciones no basta con que uno conozca a alguien, hace falta que también te reconozcan a ti en esta irradiación recíproca, de dos direcciones.

Por la cara de Liosha Chekánov estaba claro que me había reconocido y que, por supuesto, me iba a ayudar. Liosha Chekánov me lanzó una cálida sonrisa.

Al instante le preguntó al jefe de brigada sobre mi conducta en el trabajo. Y la calificación que recibí fue negativa.

—¡De modo que el muy puta se cree —dijo en voz alta Liosha Chekánov mirándome directamente a los ojos— que porque estuvimos en la misma cárcel ya no tiene que trabajar! Yo no ayudo a los gandules. Gánate la confianza con tu trabajo. Con un trabajo honrado.

A partir de entonces me atosigaron con más ahínco que antes. Y al cabo de unos días Liosha Chekánov me dijo ante la formación:

—No quiero pegarte por tu trabajo, perro; lo que haré sencillamente es mandarte al campo, a la zona. Ese es tu sitio. Irás a la brigada de Polupán. ¡Él te enseñará cómo hay que vivir! Se ha creído que porque me conoce... Porque en libertad... ¡Conque mi amigo! ¡Habéis sido vosotros, perros, los que nos habéis hundido! ¡Estos ocho años las he pasado canutas por culpa de estos gusanos, los sabios!

Aquella misma noche el jefe de la brigada me trasladó a la sección con un paquete. En la sección central de la administración de la mina Spokoini, me instalaron en el barracón donde se hallaba la brigada de Polupán.

Al jefe de brigada lo conocí a la mañana siguiente, en la formación.

Serguéi Polupán era un joven de unos veinticinco años, con una cara despejada y un flequillo rubio, como lo llevaban los hampones. Pero Serguéi Polupán no lo era. Era un campesino de pura cepa. La escoba de hierro se llevó por delante a Polupán el año treinta y siete; lo condenaron por el cincuenta y ocho, y el preso les propuso a los de arriba una manera de purgar su culpa: enderezar a los enemigos.

La propuesta fue aceptada, y la brigada de Polupán se convirtió en algo parecido a un batallón de castigo, formado por personal temporal y de turnos corridos. Una unidad de castigo en un campo de castigo, una cárcel dentro de otra en el yacimiento más duro que pueda haber. Y éramos nosotros quienes construíamos el campo y el poblado.

Un barracón hecho de troncos de alerce recién cortados, de un árbol que, al igual que los hombres en el Extremo Norte, lucha por su vida, y que por esta razón es nudoso y está lleno de ramas y tiene retorcido hasta el tronco. Aquellos barracones húmedos no se calentaban con las estufas. No habría existido leña suficiente para secar aquellos cuerpos tricentenarios, crecidos en un pantano. Los barracones se secaban con la gente, con los cuerpos de los hombres.

Fue ahí donde dio comienzo uno de mis calvarios.

Cada día, a la vista de toda la brigada, Serguéi Polupán me golpeaba: lo hacía con los pies, con los puños, con un leño, con el mango de un pico o de una pala. Y me arrancaba a palos la cultura.

Las palizas se repetían a diario. El jefe de brigada Polupán llevaba un chaquetón de piel de ternero, una prenda de color rosa hecha de piel de ternero; algún regalo o soborno de alguien que se había librado de sus puñetazos o que había conseguido un día, al menos, de descanso.

Conocí muchos casos como ese. Yo no tenía chaquetón alguno, pero si lo hubiera tenido no se lo habría dado a Polupán; si acaso los hampones me lo habrían quitado a la fuerza de las manos o arrancado de los hombros.

Después de entrar en calor, Polupán se quitaba el chaquetón y se quedaba solo con una casaca, manejándose con la barra de hierro o el pico aún con más soltura.

Polupán me sacó a golpes unos cuantos dientes y me rompió una costilla.

Todo esto se llevaba a cabo a la vista de toda la brigada. Formaban la brigada de Polupán unas veinte personas. La brigada estaba compuesta por personal de turno corrido, era una brigada de aprendices.

Las palizas matutinas se prolongaron durante todo el tiempo en que estuve en aquel yacimiento, en el Spokoini...

Con base en el informe redactado por el jefe de brigada Polupán, informe refrendado por el jefe de la mina y las autoridades del campo, me mandaron a la Administración Central del Norte, al poblado de Yágodni, por ser un gandul redomado, para que me abrieran un nuevo expediente y me echaran una nueva condena.

De modo que me quedé en Yágodni, en una celda de castigo, mientras se me instruía la causa; me abrieron un expediente y empezaron los interrogatorios. La iniciativa de Liosha Chekánov se dibujaba con meridiana claridad.

Corría la primavera del cuarenta y cuatro, una clara primavera de Kolimá en aquellos años de guerra.

En la celda, a los presos encausados los mandaban a trabajar, pretendiendo arrancarles siquiera unas horas de trabajo al día mientras estuvieran en el campo de tránsito; a

los encausados no les gustaba nada esta enraizada tradición de los campos de trabajo y de tránsito.

Pero yo no iba al trabajo para cumplir una norma, cualquiera que esta fuera, dentro de un hoyo hecho de piedras, sino sencillamente para respirar aire fresco y, si se terciaba, hacerme con un plato más de sopa.

En una ciudad, incluso en una ciudad carcelaria como lo era el poblado de Yágodni, se estaba mejor que en una celda de castigo, donde cada tronco estaba impregnado del olor a sudor y muerte.

Por salir a trabajar nos daban sopa y pan. O sopa y engrudo, o sopa y arenque. Aún tendré tiempo de escribir un himno al arenque, la única proteína del preso, pues no es la carne la que mantiene en Kolimá el balance proteínico. El arenque es el alimento que arroja la última leña a la estufa energética del «terminal». Y si este logra conservar la vida es justamente gracias a que ha comido arenque, salado, claro está, y a que ha bebido, aunque el agua no cuenta en este mortal balance.

Y lo más importante: en libertad uno podía agenciarse tabaco o echar una calada, o al menos oler el humo cuando un compañero fumaba. Ningún preso se cree eso de que la nicotina es perniciosa o que el tabaco es cancerígeno. Aunque lo cierto es que la cosa se podría explicar por lo muy disuelta que está esa gota de nicotina, una cantidad capaz de matar a un caballo.

Seguramente oler el humo o echar una calada proporcionaba poco veneno y mucha imaginación y placer.

El tabaco es la alegría suprema del preso, es la prolongación de la vida. Aunque repito que no sé si la vida es un bien o no.

Me movía por las calles de Yágodni confiando tan solo en la intuición animal. Trabajaba, abría hoyos a golpes, daba paladas con la intención de sacar alguna piedra de los hoyos para los postes de aquel poblado que tan bien conocía. Allí me habían juzgado un año antes y echado otros diez años, me habían empapelado como «enemigo del pueblo». Esta sentencia de diez años, una condena más, que había empezado a cumplir hacía tan poco, fue la que detuvo los trámites de la nueva causa por absentismo. Por negarte a trabajar, por escaqueo, te podían echar más años, pero si justo entonces habías empezado a cumplir una condena, entonces era más complicado.

Nos conducían al trabajo con una numerosa escolta. Fuera como fuera, éramos personas encausadas, si es que aún éramos personas…

Yo ocupaba mi lugar en un hoyo de piedra y me esforzaba por examinar a los transeúntes; trabajábamos justo al lado de la carretera, pues en invierno no se abrían nuevas rutas en Kolimá, ni en Magadán, ni en Indiguirka.

El rosario de hoyos se extendía a lo largo del camino, así que nuestra escolta, por numerosa que fuera, estaba más dispersa de lo previsto por el reglamento.

A nuestro encuentro, a lo largo de nuestros hoyos, una escolta conducía una gran brigada, o un grupo de gente que aún no se había convertido en una brigada. Para ello

hacía falta dividir a los hombres en grupos de tres como mínimo y darles un convoy armado de fusiles. A aquella gente acababan de descargarla de unos camiones. Los coches estaban allí mismo.

Un soldado de la escolta que conducía a aquellos hombres a nuestro campo de trabajo de Yágodni le preguntó algo a nuestro escolta.

Y de pronto oí una voz, un grito lleno de alegría exultante:

—¡Shalámov! ¡Shalámov!

Era Rodiónov, de la brigada de Polupán, un peón y «terminal» como yo de la mina de castigo Spokoini.

—¡Shalámov! Me he cargado a Polupán. Con un hacha, en el comedor. Me llevan a juicio por eso. ¡Lo he dejado seco! —gritaba exultante, bailando, Rodiónov—. Fue en el comedor, con un hacha.

Por lo alegre de la noticia, en efecto, experimenté un sentimiento parecido al calor.

Los escoltas nos separaron en diferentes direcciones.

Mi causa acabó en nada: no me endosaron una nueva condena. Alguien de arriba decidió que el Estado iba a sacar poco provecho de mi nueva condena.

Me soltaron de la cárcel de instrucción para mandarme a una de las expediciones vitamínicas.

No sé cómo acabó el asunto del asesinato de Polupán. Entonces rodaron no pocas cabezas de jefes de brigada; en nuestra brigada vitamínica los hampones incluso le cortaron la cabeza a uno con una sierra de dos asas.

A Liosha Chekánov, mi vecino en la cárcel Butirka, nunca más lo volví a ver.

1970-1971

Triangulación de tercera clase

En el verano de 1939, arrojado por una turbulenta marea a las orillas cenagosas del lago Chorni,[15] en una expedición en busca de carbón, yo —un inválido, incapaz de trabajar después de pasar por las minas de oro en 1938, en el yacimiento Partizán, susceptible de ser fusilado, aunque no fusilado— no me pasaba las noches pensando en lo que me había ocurrido. ¿Por qué? En lo referente a la relación entre el hombre y el Estado, dicha pregunta estaba fuera de lugar.

Pero, con mi débil voluntad, quería que alguien me explicara el misterio de mi propia existencia.

En la taiga recibí la primavera y el verano del año treinta y nueve, pero seguía sin entender quién era yo, no podía entender que mi vida continuara. Era como si me hubiera muerto en el yacimiento Partizán en el año treinta y ocho.

Ante todo tenía que enterarme de si el treinta y ocho había existido realmente. ¿O el año había sido una pesadilla, y daba igual de quién, si mía, tuya o de la historia?

15. *Chorni* significa «negro».

Mis vecinos, los cinco hombres que habían llegado conmigo de Magadán hacía unos meses, no podían contarme nada: sus labios estaban cerrados para siempre, y sus lenguas, atadas por siempre jamás. Tampoco esperaba nada de ellos: del jefe Vasilenko, el peón Frizorguer, el escéptico Naguibin. Incluso había un soplón, Gordéyev. Todos ellos juntos eran Rusia.

Pero no era de ellos de quienes esperaba la confirmación de mis sospechas, la comprobación de mis sentimientos y reflexiones, no de ellos. Ni tampoco de los jefes, por supuesto.

El jefe de la expedición, Paramónov, cuando en Magadán se hacía cargo de sus «hombres» para su zona, escogía sin dudarlo a los inválidos. El exdirector de Maldiak sabía bien cómo morían y cómo se agarraban a la vida. Y qué pronto olvidaban.

Al cabo de cierto período de tiempo, que pudo ser de muchos meses o quién sabe si un solo instante, a Paramónov le pareció que el descanso ya era suficiente, y a los inválidos se los dejó de considerar como tales. Pero Filippovski era maquinista de locomotora, Frizoguer carpintero, Naguibin calderero y Vasilenko capataz de minas. Solo yo, un literato de Rusia, resulté útil para el trabajo de peón.

A mí ya me habían mandado a hacer este tipo de trabajo. El capataz Bistrov examinó displicente mi cuerpo sucio y piojoso, las heridas purulentas de mis pies, los rasguños de los piojos, el brillo famélico de mis ojos, y pronunció con placer su gracia preferida:

—¿Qué trabajo quiere? ¿Blanco o negro? Aquí no hay trabajo blanco, todo es negro.

Entonces trabajé de encargado del agua hirviente. A pesar de que hacía tiempo que habían construido unos baños donde se hervía el agua, alguna tarea me tenían que dar.

Un hombre alto, con un traje nuevo, barato pero de hombre libre, se encontraba sobre un tocón ante la tienda de campaña.

Bistrov era un capataz de construcción, de los libres pero exrecluso, llegado al lago Chorni para ganar dinero antes de regresar al Continente. «Regresaréis al Continente con un sombrero de copa», como decía con sorna el jefe Paramónov. Bistrov me odiaba. Bistrov veía en la gente instruida el peor mal del mundo. Veía en mí la encarnación de todas sus desgracias. Me odiaba y se vengaba de mí con furia ciega.

Bistrov había pasado por las minas de oro en 1938, como capataz, como inspector. Y soñaba con ahorrar tanto como ahorraba antes. Pero su sueño se vio truncado por la misma ola que se nos llevó por delante a todos, la ola del treinta y siete.

Y ahora, sin un cópec en el bolsillo, vivía en aquella Kolimá donde los enemigos del pueblo no querían trabajar.

Quería darme de palos a mí, que había pasado por el mismo infierno, solo que por abajo, por la galería, con la carretilla y el pico —y Bistrov sabía lo que era aquello, lo había visto: nuestra historia se reflejaba a las claras en nuestro rostro, en nuestro cuerpo—, pero no tenía poder para hacerlo.

Bistrov me hizo por segunda vez la misma pregunta sobre el trabajo blanco o negro —la única gracia de Bistrov—, aunque yo ya le había contestado en primavera. Pero a Bistrov se le había olvidado. O puede que no: tal vez me la había formulado de nuevo por el mero placer de hacerlo. ¿A quién se la había hecho con anterioridad, y dónde?

O tal vez todo me lo había inventado yo, y a Bistrov le daba exactamente igual lo que me hubiera preguntado e incluso la respuesta que yo le hubiera dado.

Puede que todo Bistrov fuera fruto de mi cerebro enfebrecido, que no quería perdonar nada.

En una palabra, me dieron un nuevo trabajo, el de ayudante de topógrafo, o, mejor dicho, de portamira.

Al distrito hullero del lago Chorni había llegado un topógrafo, un libre. Miembro de las Juventudes Comunistas y periodista del periódico de Ishim, Iván Nikoláyevich Bosij, de mi misma edad, había sido condenado por el artículo cincuenta y ocho, punto 10, a tres años y no a cinco como en mi caso. Juzgado mucho antes que yo, ya en el treinta y seis, y llevado entonces a Kolimá. Al igual que yo, pasó el treinta y ocho en las minas, en los hospitales, «llegando a término», pero, para su propio asombro, salvó la vida e incluso recibió los documentos para abandonar Kolimá. En aquel momento estaba realizando una breve estancia de trabajo, con el objetivo de hacer un croquis topográfico del distrito del lago Chorni para Magadán.

De modo que me destinaron a trabajar con él, a que llevara la mira y el teodolito. Y si hiciera falta otro portami-

ra, se tomaría a otro obrero. Pero intentaríamos hacerlo todo los dos solos.

Yo, dada mi debilidad, no podía llevar el teodolito sobre la espalda, así que Iván Nikoláyevich Bosij cargaba él mismo con el aparato. Yo solo me ocupaba de la mira, y aunque incluso la mira me resultaba pesada, al final me acostumbré.

Entonces el hambre más intensa, el hambre de la mina de oro, ya había pasado, pero la avidez seguía siendo la misma y yo, como antes, me comía todo lo que veía, todo lo que estaba al alcance de mi mano.

Cuando nos dirigimos por primera vez a trabajar y nos sentamos en la taiga a descansar, Iván Nikoláyevich desenvolvió un paquete con comida para mí. Aquello no me hacía falta y aunque tampoco me sintiera cohibido, solo piqué algo de las galletas, la mantequilla y el pan. Iván Nikoláyevich se extrañó de mi mesura, y yo le expliqué la razón de esta.

Siberiano de pura cepa, poseedor de un clásico nombre ruso, Iván Nikoláyevich Bosij intentó obtener de mí una respuesta a cuestiones insolubles.

Estaba claro que el topógrafo no era un soplón. En el treinta y ocho no hacían falta soplones, todo se hacía al margen de la voluntad de estos, gracias al poder de las leyes supremas de la sociedad humana.

—¿Recurriste a los médicos cuando te pusiste enfermo?

—No, tenía miedo del practicante de la mina Partizán, Legkoduj. El tipo no salvaba a los «terminales».

—Pues quien decidió mi destino en la Utínaya fue el doctor Beridze. En el caso de los médicos de Kolimá, se daban dos tipos de crímenes: el primero era el crimen por acción, que es cuando el médico mandaba al preso a la zona de castigo, a que le dieran un tiro, porque jurídicamente sin la sanción de un médico no podía firmarse ningún acta sobre la negativa a trabajar. Este era uno de los crímenes de los médicos en Kolimá.

»El otro tipo de crimen de los médicos lo era por omisión. En el caso de Beridze, se trató de un crimen por omisión. No hizo nada para ayudarme, no hizo caso de mis quejas. Me convertí en un "terminal", pero no alcancé a morirme. ¿Por qué hemos sobrevivido tú y yo? —se preguntaba Iván Nikoláyevich—. Porque somos periodistas. La explicación es razonable. Sabíamos agarrarnos a la vida hasta el final.

—Creo que eso es más propio de animales que de periodistas.

—Qué va. En la lucha por la vida, los animales son más débiles que los hombres.

No se lo discutí. Era algo que ya sabía por mí mismo. Que en el Norte los caballos mueren porque no pueden resistir una estación entera en una mina de oro, o que los perros la diñan con una ración humana.

En otra ocasión Iván Nikoláyevich sacó a la luz sus problemas familiares.

—Estoy soltero. Mi padre murió durante la guerra civil. Mi madre falleció mientras estuve encerrado. No tengo a nadie a quien transmitir mi odio, ni mi odio ni mis

conocimientos. Pero tengo un hermano, un hermano pequeño, que cree en mí como si yo fuera Dios. Así que vivo para alcanzar el Continente, llegar a la ciudad de Ishim, entrar en nuestra casa, en la calle Vorontsova, 2, mirar a mi hermano a los ojos y contarle toda la verdad. ¿Entiendes?

—Sí —le dije—. Eso vale la pena.

Todos los días, y fueron muchos, más de un mes, Iván Nikoláyevich me traía su comida, que no se diferenciaba en nada de nuestra ración del Norte, y yo, para no ofender al topógrafo, comía con él su pan y su mantequilla.

Bosij incluso me traía su alcohol, ya que a los libres les daban alcohol.

—Yo no bebo.

Yo sí bebía. Pero el alcohol, después de haber pasado por varios almacenes y unos cuantos jefes, era de una graduación tan baja que Bosij no tenía nada que temer. Era casi agua.

En el verano del treinta y siete, Bosij estuvo varios días en la mina Partizán; eran aún los tiempos de Berzin, y asistió al arresto de la célebre brigada de Guerásimov. Era aquel un caso misterioso del que casi nadie sabía nada. Cuando me llevaron a la mina Partizán el 14 de agosto de 1937 y me instalaron en una tienda de lona, frente a nuestra tienda se encontraba un barracón de madera medio subterráneo, una construcción baja hecha de troncos, cuyas puertas colgaban de argollas. En Kolimá las argollas de las puertas no son de hierro, sino que se hacen con un pedazo de neumático de automóvil. Los viejos residentes me explicaron

que en aquel barracón había estado la brigada de Guerásimov, setenta y cinco hombres, unos trotskistas que no trabajan en absoluto.

Ya en el treinta y seis la brigada llevó a cabo varias huelgas de hambre y consiguió de Moscú el permiso para no trabajar, recibiendo una ración «de producción» y no una «de castigo».

La alimentación se dividía entonces en cuatro «categorías» (los mandos empleaban la terminología filosófica en los lugares más inadecuados): la «estajanovista», cuando se cumplía una norma en un 130% o más, y que consistía en 1000 gramos de pan; la «de choque», del 110 al 130%, con 800 gramos de pan; la «de producción», del 90 al 100%, con 600 gramos de pan, y la «de castigo», con 300 gramos de pan. En mi época, los que se negaban a trabajar recibían la ración de castigo, a pan y agua.

La lucha se desarrolló durante el año treinta y cinco y el treinta y seis, y con una serie de huelgas de hambre los trotskistas de la mina Partizán consiguieron sus legales 600 gramos.

No tenían derecho a la cantina, a los pedidos, pero no los obligaban a trabajar. Aquí lo más importante era la calefacción; el invierno en Kolimá dura diez meses. Se les permitía ir a por leña para su uso y para el de todo el campo. Estas eran las condiciones en las que vivía la brigada de Guerásimov en la mina Partizán.

Si alguien, en cualquier momento del día y en cualquier época del año, expresaba su deseo de pasar a una

brigada «normal», lo transferían de inmediato. Por otro lado, cualquiera que se negara a trabajar podía abandonar la formación y no solo dirigirse a un RUR, a un regimiento o a una celda de castigo, sino también a la brigada de Guerásimov. Durante la primavera de 1937, en el barracón aún quedaban setenta y cinco hombres. Una noche de aquella primavera se los llevaron a todos a la Serpantínnaya, a la entonces cárcel de instrucción de la administración minera del Norte.

Nadie volvió a ver nunca más a ninguno de aquellos hombres. Iván Nikoláyevich Bosij había conocido a aquellos presos, en cambio yo no vi más que la puerta abierta de aquel barracón batida por el viento.

Iván Nikoláyevich me explicó los misterios del oficio topográfico: tras haber clavado en el desfiladero unas cuantas estacas, colocábamos el teodolito sobre un trípode y atrapábamos las estacas en la «cruz de hilos» de la mirilla:

—Buena cosa, la topografía. Es mejor que la medicina.

Abríamos claros, dibujábamos cifras en los cortes de los troncos, que sudaban resina amarilla. Las cifras se marcaban con un simple lápiz. Pues solo el grafito, hermano del diamante, era de fiar. Ningún color de pintura sintética, azul, o verde, servía para medir la tierra.

Nuestra expedición dibujaba paulatinamente una línea circular imaginaria a través de los claros, por la que el ojo del teodolito trazaba el número del siguiente poste.

Poco a poco el fino hielo, una blanca película, fue

aprisionando los ríos y riachuelos. Pequeñas hojas de fuego cubrían nuestros senderos, e Iván Nikoláyevich empezó a darse prisa:

—He de regresar a Magadán y entregar cuanto antes el trabajo en la oficina, cobrar mi sueldo y marcharme. Aún salen barcos. Pagan bien, pero he de apresurarme. Mis prisas se deben a dos razones. La primera es que quiero regresar al Continente; tres años en Kolimá son suficientes para estudiar la vida. Aunque dicen que el Continente todavía se pierde en la niebla para unos viajeros como tú y como yo. Pero he de ser valiente por la segunda razón.

—¿Y cuál es?

—No soy topógrafo. Soy periodista. He aprendido topografía aquí mismo, en Kolimá, en el yacimiento Razvédchik,[16] donde trabajé de portamira con un topógrafo. Aprendí este oficio porque no confiaba en el doctor Beridze. Fue mi jefe quien me recomendó que cogiera este trabajo, el de cartografiar estos lugares partiendo del lago Chorni. Pero en algún punto me he perdido, me he saltado algo. Y ya no me queda tiempo para empezar el trazado de nuevo.

—O sea que es eso…

—El trabajo que estamos haciendo tú y yo es el borrador de un plano. Se llama triangulación de tercera clase. Pero hay niveles superiores, de segunda y de primera clase. A mí ni se me pasa por la cabeza alcanzarlos, y además dudo que algún día me dedique a esto.

16. *Razvédchik* significa «explorador».

Nos despedimos e Iván Nikoláyevich se marchó a Magadán.

Al año siguiente, durante el verano del cuarenta, aunque ya hacía tiempo que trabajaba a pico y pala en otra expedición, volví a tener suerte: un nuevo topógrafo llegado de Magadán debía realizar un nuevo mapa. Y me cogieron, como experto portamira que era. Por supuesto, no dije ni media palabra sobre las dudas de Iván Nikoláyevich. De todos modos, le pregunté al nuevo topógrafo sobre la suerte de Iván Bosij.

—Hace tiempo que está en el Continente, el muy perro. Y lo que estamos haciendo ahora es corregir su obra —soltó con aire tenebroso el nuevo topógrafo.

1973

La carretilla I

La temporada del oro es corta. Hay mucho oro, lo difícil es extraerlo. La fiebre del oro de Klondike, el vecino de Chukotka en la otra orilla del mar, podía devolver a la vida a los moribundos, y además en muy breve tiempo. Pero ¿no se podría encauzar esta fiebre, dominar el pulso del buscador, del explorador de oro, y que en vez de un compás febril tuviera un ritmo ralentizado, incluso un latido casi imperceptible, para que la vida solo titilase en los hombres agonizantes? Entonces el resultado sería mucho más brillante que el de Klondike. Un resultado del que nada sabría aquel que se agarra al canalón, o a la carretilla, aquel que extrae el oro. Este no es más que un minero, un cavador, un picapedrero. No se interesa por lo que hay en la carretilla. Y no solo porque «no está permitido», sino por el hambre, por el frío, por el agotamiento físico y anímico.

Llevar a Kolimá un millón de hombres y darles trabajo para el verano es difícil, aunque no imposible. Pero ¿qué hace esta gente en invierno? ¿Andar de borrachera por Dawson? ¿O por Magadán? ¿En qué ocupar a cien mil, a un millón de hombres en invierno? En Kolimá el clima es

continental extremo, las heladas en invierno llegan a sesenta grados bajo cero, y a cincuenta y cinco grados bajo cero se considera que se puede trabajar.

Durante todo el invierno del treinta y ocho se obligó a trabajar a los presos, y estos solo se quedaban en el barracón cuando la temperatura alcanzaba los cincuenta y seis grados, cincuenta y seis grados Celsius, claro está, no Fahrenheit.

¡En el cuarenta el nivel se subió hasta los cincuenta y dos grados!

¿Cómo colonizar un territorio?

En 1936 se encontró la solución.

La extracción y la preparación de las tierras, el dinamitado y el empleo del pico, así como la carga del material: el conjunto de estas actividades se fundía en un todo inseparable. Los ingenieros calcularon la velocidad óptima de la carretilla, el tiempo que tardaba en regresar, el tiempo de cargarla con la pala y la ayuda del pico, y también, a veces, de barras, en caso de que fuera necesario partir rocas que contuvieran oro.

Nadie cargaba por su cuenta, eso solo ocurría en el caso de los buscadores individuales. Para los presos, el Estado había organizado el trabajo de otro modo.

Mientras un hombre llevaba la carretilla, su compañero o compañeros debían alcanzar a llenar otra carretilla.

Este era el cálculo: cuánta gente se debía emplear para la carga y cuánta para el transporte. Si era suficiente con dos personas para cada punto de extracción o hacían falta tres.

En esta mina de oro siempre había carretillas de recambio. Era una peculiar cadena de trabajo continuo.

En determinadas circunstancias se trabajaba con carros tirados por caballos; este era el sistema acostumbrado en los «levantamientos», cuando se retiraba la capa de turba en verano.

Aclarémoslo enseguida: en las minas de oro, la turba era la capa que no contenía oro, y la arena, la que sí lo contenía.

Este trabajo estival con carro y caballos consistía en sacar la turba, en dejar al descubierto la arena. La arena ya desnuda se la llevaban otras brigadas, no nosotros. Pero eso a nosotros nos daba igual.

El carro también era de recambio: desenganchábamos el carro vacío y enganchábamos el lleno, que ya estaba listo. La cadena de Kolimá funcionaba.

La temporada del oro es corta. Desde la segunda mitad de mayo hasta mediados de septiembre: tres meses tan solo.

Por eso, para llevar cabo el plan a toda costa, se estudiaban todas las recetas técnicas y supertécnicas.

El trabajo en cadena del yacimiento era el mínimo necesario, aunque era justamente esta carretilla de recambio la que nos dejaba sin fuerzas, nos destrozaba y nos obligaba a convertirnos en «terminales».

No había mecanismo alguno, salvo la pasarela sobre la inacabable cabria. La cadena de trabajo en la mina es una aportación de Berzin. En cuanto no hubo dudas de que todas las minas tendrían el contingente laboral necesario al precio que fuera y en cantidades ilimitadas —si hacía falta, la compañía naviera del Dalstrói mandaría cien

barcos al día—, dejaron de tener piedad de los hombres. Y empezaron a sacar adelante el plan literalmente a golpes. Con la aprobación, la comprensión y el apoyo plenos de arriba, de Moscú.

¿Y en cuanto al oro? Que en Kolimá había oro era algo sabido desde hacía trescientos años. En los inicios de la actividad del Dalstrói, había en Kolimá muchas compañías: impotentes, carentes de derechos y temerosas de sobrepasar cierta línea divisoria para con sus trabajadores contratados. En Kolimá también había oficinas de Tsvetmetzoloto[17] y centros culturales, y en todos los casos empleaban a personas libres, contratadas en Vladivostok.

Berzin llevó a los presos.

Berzin no se puso a buscar caminos, sino a construir una carretera, una vía hacia Kolimá a través de pantanos, montañas, desde el mar...

17. Acrónimo de Metales No Ferrosos y Oro.

La carretilla II

La carretilla es el símbolo de la época, un emblema de la época, la carretilla de los campos.

La máquina OSO te espera:
dos brazos y una rueda.

OSO significa Comisión Especial adjunta al ministro, al comisario del pueblo de la OGPU, la Administración Unificada de la Política Estatal, con cuya firma fueron enviados a los campos, sin juicio, millones de hombres, seres que hallaron la muerte en el Extremo Oriente. Cada expediente personal, una carpeta de cartón, finita, nueva, contenía dos documentos: el extracto de la resolución de la OSO y la orden especial según la cual el recluso X debía destinarse solo a trabajos físicos duros y verse privado de la posibilidad de emplear las comunicaciones de correos y telégrafos, en cuanto sujeto sin derecho a correspondencia. Y las autoridades del campo debían informar sobre la conducta del recluso X a Moscú con una frecuencia no inferior a una vez cada seis meses. Y este in-

forme-memorando debía mandarse cada mes a la administración local.

«Con cumplimiento de la pena en Kolimá» significaba una condena a muerte, era sinónimo de ejecución, rápida o lenta en función de las preferencias del jefe local del yacimiento, de la mina, del campo de trabajo correccional.

Esta fina y nueva carpeta debía llenarse luego con una montaña de datos, hincharse de actas de negativas a trabajar, de copias de denuncias de los compañeros, de memorandos de los órganos de investigación sobre todo género de «datos». A veces la carpeta no tenía tiempo de hincharse, de crecer en volumen; no poca gente moría el primer verano de su trato con la «máquina OSO... dos brazos y una rueda».

Yo era de aquellos cuyo expediente personal se hinchó, se tornó pesado, como si las hojas se hubieran impregnado de sangre y las letras no se hubieran desleído, pues la sangre humana es un buen fijador.

En Kolimá, a la carretilla se la denomina «mecanización menor».

Yo soy un carretillero de alta categoría. Llevé carretillas en las explotaciones abiertas de la mina Partizán, en la dorada Kolimá del Dalstrói durante todo el otoño del treinta y siete. En invierno, cuando se acaba la temporada del oro, el período de lavado, en Kolimá se trajina con cajones llenos de tierra, a razón de cuatro hombres por cajón, se levantan montañas de derrubio, se retira la camisa de turba y se dejan al desnudo los arenales para el verano: la capa que contiene

el oro. A principios de la primavera del treinta y ocho, de nuevo agarré los brazos de la máquina OSO, y no los solté hasta diciembre de 1938, cuando me arrestaron en la mina y me llevaron a Magadán por el «caso de los juristas».

El carretillero atado a su carretilla es el emblema del penal de Sajalín. Pero Sajalín no es Kolimá. Junto a la isla de Sajalín pasa la corriente cálida de Kuroshio. Allí hace más calor que en Magadán, que en la costa, treinta o cuarenta grados, en invierno nieva y en verano no para de llover. Pero el oro no está en Magadán. El paso de Yablonovi es una frontera de unos mil metros, es la frontera del clima del oro. Mil metros sobre el nivel del mar, el primer paso de montaña serio en el camino hacia el oro. A cien kilómetros de Magadán y más allá por la carretera, cada vez más arriba, donde cada vez hace más frío.

El Sajalín penitenciario no nos sirve de ejemplo. Atarte a una carretilla era más bien una tortura moral. Al igual que los grilletes. Los grilletes de la época de los zares eran ligeros y se quitaban con facilidad de los pies. Los presos hacían etapas de miles de verstas con aquellos grilletes. Era una medida humillante.

En Kolimá no te ataban a una carretilla. En la primavera del treinta y ocho, durante unos cuantos días, trabajé en pareja con Derfel, un comunista francés de Cayena, de las canteras de piedra. Derfel estuvo en el penal francés unos dos años. Allí la vida era más llevadera, hacía calor y no había políticos. No se pasaba hambre, ni hacía el frío infernal que congelaba manos y pies.

Derfel murió en la mina, se le paró el corazón. Pero, de todos modos, la experiencia de Cayena le fue de ayuda: Derfel aguantó un mes más que sus compañeros. ¿Es bueno o malo, este mes más de sufrimientos?

Fue pues en la cuadrilla de Derfel donde llevé una carretilla por primerísima vez.

No se puede querer una carretilla. Solo se la puede odiar. Como todo trabajo físico, en Kolimá el trabajo del carretillero es extraordinariamente humillante por el carácter esclavo que asume. Pero, como todo trabajo físico, el trabajo con una carretilla exige algún tipo de práctica, cierta atención y entrega.

Y en cuanto el cuerpo llega a entender un poco esta circunstancia, llevar la carretilla resulta más fácil que darle al pico, golpear con la barra de hierro o emplear una pala.

Toda la dificultad estriba en el equilibrio, en mantener la rueda en la pasarela, sobre el estrecho tablón.

En los yacimientos de oro, para los del artículo cincuenta y ocho no hay más que el pico, la pala con su mango largo, una colección de barras para taladrar la roca, una cucharilla de hierro para extraer la tierra de los hoyos. Y la carretilla. Otro trabajo no hay. En el aparato de lavado —donde uno tiene que «sacudir», mover adelante y atrás una pieza de madera, para arrastrar y desmenuzar la tierra— ya no hay lugar para los del cincuenta y ocho. Este trabajo es para los comunes. Allí es más fácil trabajar y se está más cerca del oro. Los del cincuenta y ocho tenían prohibido trabajar de lavador. Podían trabajar con los caba-

llos, a los del cincuenta y ocho les dejan trabajar de arrieros. Pero el caballo es un animal frágil, que puede padecer todo género de enfermedades. Los mozos de cuadra, los jefes de los mozos y los arrieros le roban al animal su ración del Norte. Con un frío de sesenta grados bajo cero, el caballo se debilita y muere antes que el hombre. Las complicaciones son tantas que el trabajo de la carretilla resulta más sencillo, mejor que el del carro, te hace sentir más justo contigo mismo y más cercano a la muerte.

El plan estatal se aplica hasta en las minas, alcanza las zonas, los yacimientos, la brigada y la cuadrilla. La brigada está formada por cuadrillas, y a cada una se le entregan varias carretillas; dos o tres, las que hagan falta, ¡pero nunca una!

Se esconde aquí un gran secreto productivo, el enigma carcelario de Kolimá.

Hay también otro trabajo en la brigada, un trabajo fijo, con el que sueña todo trabajador cada mañana de cada día: es el trabajo de servidor de herramientas.

Los picos se gastan rápidamente con los golpes contra la roca. Las barras se vuelven romas enseguida. Exigir una herramienta en condiciones es un derecho de todo esclavo, y los superiores tratan de hacer todo lo posible para que la herramienta esté afilada, la pala manejable y la rueda de la carretilla bien engrasada.

Cada zona de producción aurífera tiene su herrería, donde las veinticuatro horas del día hay un herrero y un forjador que pueden enderezar un pico o afilar una barra de hierro. El herrero tiene mucho trabajo, y el único instante

en que el preso puede darse un respiro es cuando se ha quedado sin su herramienta, cuando se la han llevado a la herrería. Por supuesto, no se queda sentado sin dar golpe, sino que se pone a vaciar un hoyo o a llenar una carretilla. De todos modos, algo es algo…

Justamente este trabajo, el de servidor de herramientas, es el que todos querrían hacer aunque solo fuera un día, o al menos antes de la comida.

Las autoridades han estudiado bien la cuestión de las herrerías. Hubo muchas propuestas para mejorar el mantenimiento de los instrumentos, para cambiar los procedimientos que entorpecían el cumplimiento del plan, para que el brazo de la autoridad fuera una carga aún más pesada sobre los hombros del preso.

¿No hay aquí cierta similitud con los ingenieros que trabajaban en la solución técnica del problema teórico de la creación de la bomba atómica? La primacía de la física, como solían decir Fermi y Einstein.

¿Qué me importa el hombre, el esclavo? Yo soy ingeniero y lo mío es dar respuesta a una cuestión técnica.

Sí, en Kolimá, en una reunión en la que se estudiaba cómo se podía organizar mejor el trabajo en una mina de oro —es decir, cómo matar mejor, matar más rápido—, intervino un ingeniero y dijo que pondría patas arriba toda Kolimá si le daban unos cuernos de caza, unos cuernos de caza hechos en la herrería. Que con la ayuda de estos cuernos se resolvería todo. No haría falta transportar los instrumentos. Los servidores de herramientas llevarían una carre-

tilla y recorrerían la mina, en vez de esperar en la herrería y retardar todo el proceso.

En nuestra brigada el servidor de herramientas era un muchacho, un escolar de dieciséis años de Ereván, acusado de atentar contra Jandzhián, el primer secretario del Comité Regional de Ereván. Al muchacho le había caído una sentencia de veinte años de reclusión y pronto murió, no pudo soportar la dureza del invierno de Kolimá. Al cabo de muchos años me enteré por los periódicos de la verdad sobre el asesinato de Jandzhián. Resulta que fue el propio Beria quien le pegó un tiro en su despacho. Toda esta historia, la de la muerte del escolar en una mina de Kolimá, me ha venido casualmente a la memoria.

Yo tenía muchas ganas de ser un servidor de herramientas, aunque solo fuera por un día, pero comprendía que aquel muchacho, un escolar, con los dedos congelados envueltos en unas sucias manoplas, con el brillo del hambre en sus ojos, era una candidatura mejor que la mía.

A mí solo me quedaba la carretilla. También debía saber darle al pico, emplear la pala y la barra de hierro, es verdad, pero en aquel hoyo rocoso del terreno aurífero yo prefería la carretilla.

La temporada del oro es corta, dura desde mediados de mayo hasta mediados de septiembre. Pero en medio del calor de cuarenta grados que hacía durante el día, bajo los pies de los presos, corría un agua helada. Se trabajaba con unas botas de goma. Las botas de goma, al igual que las herramientas, escaseaban en las minas.

En el fondo de la zanja, un irregular hoyo rocoso, se colocan unos gruesos tablones, pero no de cualquier manera, sino unidos sólidamente con un artilugio técnico especial, formando la pasarela central. La anchura de esta pasarela es de medio metro, no más. Y está fijada para mantenerse inmóvil, para que los tablones no se doblen, para que la rueda no resbale, para que el portador de la carretilla pueda pasar corriendo por ella.

La pasarela tiene una longitud de unos trescientos metros. Hay una pasarela en cada talud, forma parte de este, es el alma del talud y del trabajo manual carcelario que emplea la «mecanización menor».

De la pasarela salen ramas, muchas ramas, que se dirigen a cada yacimiento, a cada rincón del talud. Los tablones corren hacia cada brigada, unidos no tan sólidamente como en la pasarela central pero también seguros.

Cuando los tablones de alerce de la pasarela central se gastan por el enloquecido correr de las carretillas —la temporada del oro es corta—, se sustituyen por unos nuevos. Como los hombres.

Hay que saber salir a la pasarela central: salir de tu pasarela con la carretilla, girar sin introducir la rueda en el surco central, desgastado en el centro del tablón y que corre como una cinta o como una serpiente —en Kolimá, por cierto, no hay serpientes— desde el yacimiento hasta el viaducto, desde el comienzo mismo hasta el definitivo final, hasta el búnker. Y al alcanzar con la carretilla la pasarela central, lo importante es darle la vuelta, manteniéndola en

equilibrio gracias a tus propios músculos, y, en el momento idóneo, incorporarte a la enloquecida carrera hacia la pasarela central, pues allí no te pueden rebasar, no te pueden adelantar, no hay sitio para adelantarte, y entonces debes empujar tu carretilla al galope hacia arriba, más alto, más alto, hasta la pasarela central, que asciende lentamente sobre los soportes, invariablemente hacia arriba, al galope, para que así no te echen del camino aquellos a los que se alimenta como es debido o los recién llegados.

Aquí no puedes distraerte, debes tener cuidado de que no te tiren hasta llegar con la carretilla al viaducto; entonces ya no has de seguir —ahí está el búnker de madera, recubierto de troncos, que es donde debes vaciar la carretilla, dejar caer la carga—, lo que pueda pasar luego no es de tu incumbencia. Bajo el viaducto corre una vagoneta de hierro, pero no serás tú quien lleve esta vagoneta al aparato de lavado, al tambor de criba. La vagoneta se mueve por unas vías hasta el tambor, el aparato de lavado. Pero esto ya no es asunto tuyo.

Debes vaciar la carretilla levantando los brazos, dejándola caer del todo sobre el búnker —que es lo más chic—, y luego atrapar la carretilla vacía y hacerte deprisa a un lado, para echar un vistazo, darte un ligero respiro, ceder el paso a aquellos a los que todavía dan bien de comer.

De vuelta del viaducto a la mina corre una pasarela de reserva, hecha de viejos tablones, gastados después de haber estado en la pasarela central, pero también sólidos, asegurados firmemente con clavos. Cede el paso a aquellos

que vienen corriendo, déjalos pasar, retira tu carretilla de la pasarela —oirás un grito de aviso— si no quieres que te echen de un empujón. Descansa de alguna manera, limpiando la carretilla y dejando pasar a los demás, pues recuerda: cuando regreses por la pasarela de servicio a tu hoyo, no descansarás ni un instante; en la pasarela te espera una nueva carretilla, que han llenado tus compañeros mientras tú llevabas la anterior hacia el viaducto.

Por eso, recuerda: el arte de llevar la carretilla consiste también en no llevar la carretilla de la misma manera en el camino de vuelta que cuando la has llevado cargada por la pasarela. Hay que darle la vuelta a la carretilla vacía, empujar con la rueda por delante, colocando los dedos sobre las asas levantadas de la carretilla. Aquí es donde está el descanso, la economía de fuerzas, el retorno de la sangre agolpada en los brazos. El carretillero regresa con los brazos levantados. La sangre retorna a su lugar. El carretillero conserva sus fuerzas.

Cuando llegues con la carretilla a tu yacimiento, sencillamente la tiras. Ya tienes lista otra sobre la pasarela de trabajo; nadie puede quedarse sin hacer nada, sin moverse, sin dar golpe en la mina, en todo caso nadie del artículo cincuenta y ocho. Bajo la dura mirada del jefe de brigada, del inspector, del escolta, del jefe del campo, del jefe de la mina, agarras de nuevo las asas de otra carretilla y te diriges a la pasarela central; esto es lo que se llamaba cadena de montaje, la carretilla de turnos. Una de las leyes más terribles de la producción es que siempre te vigilan.

Afortunado aquel cuyos compañeros sean misericordiosos, pues no esperes nada parecido del jefe de brigada, pero de tu superior... En todas partes hay superiores e inferiores, y la posibilidad de llegar a ser superior no está vedada a nadie, tampoco a los del cincuenta y ocho. Si los compañeros se apiadan de ti y te dejan respirar algo al menos... Aunque ni hablar de pausa alguna. Las pausas para fumar se convirtieron en 1938 en delito político, en sabotaje, un crimen que se castigaba de acuerdo con el artículo cincuenta y ocho, punto catorce.

No. Tus propios compañeros vigilan que no engañes al Estado, que no descanses cuando no está permitido. Para que te ganes tu ración. Los compañeros no quieren maltratarte, no quieren alimentar tu odio, tu rabia, tu hambre ni tu frío. Y si a tus compañeros les da igual —de estos había muy, muy pocos en Kolimá en el año treinta y ocho—, tras ellos está el jefe de brigada, y si el jefe de brigada se ha ido a algún lugar a calentarse, ha dejado en su lugar a un observador oficial, a su ayudante, escogido entre otros presos. Así el doctor Krivitski, exviceministro del Comisariado del Pueblo para la Industria Militar, me chupaba la sangre un día tras otro en una zona especial de Kolimá.

Y si el brigada no veía algo, entonces lo vería el encargado, el vigilante, el capataz del sector o el jefe del campo. Lo vería el guardia de escolta y te sacaría a culatazos de tu escaqueo. Lo vería el vigilante de la mina, miembro de la organización local del partido, el responsable de los órganos del distrito y su red de informadores. Lo vería el re-

presentante de la Administración del Oeste, del Norte y del Suroeste del Dalstrói o del mismo Magadán, el representante del gulag de Moscú. Todos vigilan cada uno de tus movimientos, toda la literatura y todas las publicaciones, no vaya a ser que cagues fuera de hora: cuesta abrocharse los pantalones, las manos no obedecen. Las manos se crispan dibujando el mango del pico, el asa de la carretilla. Son casi contracturas. Y el escolta grita:

—¿Dónde está tu mierda? ¡Te estoy preguntando que dónde está tu mierda!

Y alza amenazador la culata. El escolta nada ha de saber ni de la pelagra, ni del escorbuto ni de la disentería.

Por eso el carretillero descansa sobre la marcha.

Ahora nuestro relato sobre la carretilla se verá interrumpido por un documento, una extensa cita del artículo «El problema de la carretilla», publicado en el periódico *Sovétskaya Kolimá* en noviembre de 1936:

«Nos vemos obligados a relacionar estrechamente por un cierto tiempo el problema de la extracción de tierras, de turba y de arena con el problema de la carretilla. Es difícil precisar cuánto durará este período, el tiempo durante el cual nos veremos obligados a realizar la extracción a mano mediante carretillas, pero podemos decir con suficiente exactitud que de la construcción de las carretillas dependen en enorme medida tanto los ritmos de producción como el valor real de esta. La cuestión es que estas carretillas han resultado tener una capacidad de 0,075 metros cúbicos, mientras

que la capacidad necesaria no debería ser inferior a 0,12 metros cúbicos... Para nuestros yacimientos harán falta en los próximos años varias decenas de miles de carretillas. Si estas carretillas no correspondieran a todas las exigencias que nos demandan los propios trabajadores, así como los ritmos de producción, entonces en primer lugar retrasaremos la producción, en segundo lugar consumiremos improductivamente la fuerza muscular de los trabajadores y en tercer lugar gastaremos inútilmente enormes cantidades de dinero.»

Todo como debe ser. Solo hay una inexactitud: en 1937 y en adelante fueron necesarias no varias decenas de miles, sino varios millones de estas grandes carretillas, con una capacidad de una décima parte de un metro cúbico, y que «correspondían a las exigencias que demandan los propios trabajadores».

Muchos años después de este artículo, unos treinta, un buen amigo mío recibió un apartamento y nos reunimos para estrenar el piso. Cada uno le regaló lo que pudo, y por aquel entonces un regalo muy útil eran las lámparas con su propio cable. En los años sesenta ya se podían comprar lámparas como esas.

Los presentes no supieron arreglárselas con la instalación eléctrica del regalo. En aquel instante llegué yo, y una de mis amigas gritó:

—¡Quítese el abrigo y, por favor, muéstreles a estos inútiles de lo que es capaz un superviviente de Kolimá, preparado para hacer cualquier trabajo!

—Se equivoca usted —le dije—. En Kolimá solo me enseñaron a manejar la carretilla. Y a picar piedra.

En efecto, de Kolimá no me traje ni saber ni habilidad alguna.

Pero sé cómo hay que empujar, cómo hay que llevar una carretilla, es algo que domino y puedo repetir con el cuerpo.

Antes de agarrar una carretilla, la más odiosa de ellas, la grande (diez carretillas por metro cúbico), o la «preferida», la pequeña, lo primero que debes hacer es enderezarte. Poner recto todo el cuerpo, bien derecho, y extender los brazos hacia atrás. Luego los dedos de ambas manos han de coger bien las asas de la carretilla.

El primer empujón para ponerla en movimiento se da con todo el cuerpo, con la espalda, las piernas, los músculos de la región escapular, para que el esfuerzo lo hagan los hombros. Cuando la carretilla se ha puesto en movimiento y la rueda ha empezado a girar, se pueden avanzar algo los brazos y aliviar un poco la región escapular.

El carretillero no ve la rueda, solo la nota, y todos los giros los realiza a tientas desde el principio hasta el final del camino. Los músculos de los hombros y de los antebrazos sirven para girar, recolocar y empujar la carretilla hacia arriba por la cuesta del viaducto. Pero estos músculos no son los más importantes en el propio movimiento de la carretilla por la pasarela.

La unión de la rueda y el cuerpo, así como la orientación y el equilibrio, se mantienen y sostienen con todo el

cuerpo, con el cuello y la espalda en no menor medida que con los bíceps. Hasta que no se adquiere el automatismo de este movimiento, este vector de la fuerza sobre la carretilla, sobre la rueda de la carretilla, no hay carretillero.

Y los hábitos adquiridos los recuerda el carretillero el resto de su vida, eternamente.

En Kolimá las carretillas son de tres tipos: la primera, la carretilla ordinaria del buscador de oro, con una capacidad de 0,03 metros cúbicos, tres centésimas de metro cúbico, treinta carretillas por metro cúbico de mineral. ¿Cuánto pesa esta carretilla?

En Kolimá, en sus minas de oro, en la temporada del treinta y siete, se suprimieron las carretillas de los buscadores de oro por ser unos instrumentos de una capacidad ínfima, casi de sabotaje. Las carretillas del gulag o de Berzin, en la temporada del treinta y siete y el treinta y ocho, tenían una capacidad de 0,1-0,12 metros cúbicos y se denominaban «carretillas grandes». Diez carretillas por metro cúbico. Se construyeron para Kolimá centenares de miles de este tipo de carretillas y se trajeron del Continente como una carga mucho más importante que las vitaminas.

En las minas también había carretillas metálicas, asimismo construidas en el Continente, remachadas y de hierro. Estas carretillas tenían una capacidad de 0,075 metros cúbicos, el doble que las de los buscadores de oro, pero no eran, por supuesto, del gusto de los amos. El gulag cobraba fuerza.

Estas carretillas no servían para las minas de Kolimá.

Un par de veces en mi vida tuve ocasión de trabajar con carretillas de esta clase. Su construcción adolecía de un error: mientras empujaba la carretilla, el carretillero no podía enderezarse, no se producía la fusión entre el cuerpo y el metal. El cuerpo del hombre se acopla más fácilmente a una construcción de madera, se funde con ella.

Esta carretilla solo la podías empujar doblado, con la espalda encorvada, y la rueda se salía de la pasarela. Solo no podías volver a ponerla sobre el tablón. Necesitabas ayuda.

La carretilla metálica no se podía sujetar por las asas después de que uno se enderezara y empujara el instrumento hacia delante, y por otro lado era imposible modificar la longitud de los brazos o el ángulo de inclinación. Así pues, estas carretillas sirvieron su tiempo torturando a la gente más que las grandes.

He tenido ocasión de ver estados de cuentas de Kolimá sobre «la producción principal», sobre «el primer metal», pero hemos de recordar que la estadística es una ciencia falsa y que nunca se publicaba una cifra exacta. Sin embargo, aun si aceptamos las cifras dadas oficialmente, el lector o el espectador podrá formarse una idea clara de los secretos de Kolimá. Estas cifras de Kolimá pueden tomarse por verdaderas; son las siguientes:

1. Extracción de arena de los taludes con transporte a mano de hasta 80 metros, etcétera.

2. Descubierta de turbas (es decir, trabajos de invierno, extracción de piedras y yacimientos) con transporte a mano de hasta 80 metros.

Ochenta metros es un buen trayecto. Esta cifra media significa que a las mejores brigadas —es decir, las de los comunes, los hampones, los «trabajadores de choque de la producción», que aún no recibían las cargas de los «terminales», aquellos a los que todavía les daban raciones «estajanovistas» o «de choque», que aún cumplían la norma— les asignaban yacimientos cercanos, ventajosos, con un transporte de cinco o seis metros hasta el búnker del viaducto.

Había en eso una explicación que tenía que ver con la producción, una explicación política, y la explicación era inhumana, asesina.

Durante el año y medio que trabajé en la mina Partizán, desde agosto del treinta y siete hasta diciembre del treinta y ocho, no recuerdo que yo, que nuestra brigada trabajara siquiera un día o una hora junto a una excavación cercana, provechosa, la única posible para los «terminales».

Pero nosotros no producíamos el deseado tanto por ciento, por eso a nuestra brigada (siempre había una brigada así, y yo siempre trabajaba justamente en una de estas brigadas, de «terminales») se la destinaba a un lugar lejano. Doscientos cincuenta, trescientos metros hasta el lugar de la descarga era un asesinato, un asesinato planificado para cualquier brigada de choque.

Así que recorríamos aquellos trescientos metros bajo los alaridos de los perros, pero incluso aquellos trescientos metros, si la media eran ochenta, ocultaban un secreto. A los del artículo cincuenta y ocho, carentes de todo derecho, siempre los estafaban adjudicando sus cantidades a aquellos

mismos comunes o hampones que recorrían solo cincuenta metros hasta el viaducto.

Recuerdo bien una noche de verano en que ascendí por la pasarela con una carretilla grande cargada por mis compañeros. En nuestro yacimiento no dejaban usar carretillas pequeñas. Una carretilla cargada de arcilla; en Kolimá la capa que contenía oro era variable: podía ser una mezcla de guijarros y arcilla, o arcilla con roca.

Mis músculos se estremecían de debilidad y temblaban a cada instante en mi cuerpo extenuado, torturado, cubierto de llagas por el escorbuto, de sabañones no del todo curados, dolorido por los golpes recibidos. Había que alcanzar la pasarela central desde nuestro ángulo, por una tabla que iba de nuestro yacimiento a la pasarela central. Hacia allí corrían con sus carretillas, entre el estruendo y el ruido, varias brigadas. Allí nadie te iba a esperar, a lo largo de la pasarela se paseaban los jefes y arreaban entre bastonazos y blasfemias, alabando a los que avanzaban con las carretillas corriendo y cubriendo de insultos a los hambrientos caracoles como yo.

En cualquier caso, entre golpes, entre denuestos, entre rugidos, había que moverse, así que empujé la carretilla hacia la pasarela central, doblé a la derecha y yo mismo giré siguiendo la inercia de la carretilla para alcanzar a corregir su marcha en caso de que la rueda se desviara.

Solo la llevabas bien cuando el cuerpo se fundía con la carretilla, solo entonces la podías guiar. Es algo parecido a la bicicleta en lo que se refiere a la sensación física. Pero

la bicicleta era en su tiempo una victoria. En cambio, la carretilla es una derrota. Es un insulto que suscita el odio, el desprecio hacia uno mismo.

Alcancé la pasarela con la carretilla, esta corrió hacia el viaducto y yo corrí tras la carretilla, balanceándome de un lado a otro con tal de mantener la rueda en la tabla.

Unas cuantas decenas de metros más allá se encontraba el acceso a la pasarela central de otra brigada, y a partir de ese tablón, de ese punto, solo se podía avanzar corriendo.

Fue en aquel instante cuando me echaron de un empujón de la tabla, me echaron sin miramientos y casi no alcancé a mantener la carretilla en equilibrio; lo que llevaba era arcilla, y todo lo que se te cae por el camino debes recogerlo y llevarlo a su destino. Casi me sentí contento de que me hubieran empujado, así podía descansar un poco.

En la mina no se podía descansar ni un solo instante. Si lo hacías, te pegaban los jefes de brigada, los vigilantes, los escoltas —eso lo sabía bien—, por eso «me removí», sencillamente cambiando de músculos, en lugar de poner en movimiento los de la región escapular y los del hombro, moví otros, que eran los que me sostenían de pie.

La brigada con sus carretillas grandes pasó a mi lado. De nuevo podía salir a la pasarela central.

Si aquel día me darían o no de comer era algo en lo que ni siquiera pensaba; por lo demás, no podía pensar en nada, en el cerebro no me quedaban más que insultos, ira e impotencia.

No pasó menos de media hora hasta que alcancé con

mi carretilla el viaducto. Era una pasarela baja, de no más de un metro de alto, una capa de gruesos tablones. Allí estaba el hoyo, el búnker, en ese búnker-embudo rodeado de una valla era donde había que arrojar la tierra.

Bajo el viaducto corren unas vagonetas de hierro que se deslizan con una maroma hacia el tambor de la criba, el aparato de lavado, donde se lava la tierra con un chorro de agua y el oro se sedimenta en el fondo del recipiente. Arriba, junto a la criba y el recipiente, de unos veinte metros de largo, trabajan unos hombres que arrojan la tierra con unas palitas, cribándola. Los carretilleros no criban la tierra; a los del cincuenta y ocho ni siquiera les dejan acercarse al oro. Por alguna razón, solo se permitía trabajar en la criba —que resulta, claro está, más llevadero que hacerlo en la mina— a los «amigos del pueblo».

Escogí el momento en que en el viaducto no había carretillas de otras brigadas.

El viaducto no es elevado. He trabajado en otros más altos, con unos diez metros de ascenso. Allí, en la entrada del viaducto, se encontraba un hombre especialmente destinado a ayudar a los carretilleros a llevar su carga hasta lo alto, al búnker. Esto era algo más serio. Aquella noche el viaducto era bajo, pero aun así uno no tenía fuerzas para empujar la carretilla hacia arriba.

Notaba que iba retrasado y, reuniendo mis últimas fuerzas, impulsé la carretilla hasta el inicio del ascenso. Pero no tenía fuerzas para empujar la carretilla, aquella carretilla medio llena, hacia arriba. Hacía ya tiempo que caminaba

por aquella tierra de las minas chapoteando con mis suelas, arrastrando los pies, sin levantar las suelas del terreno, sin fuerzas ni para levantar los pies ni para ir más deprisa. Hacía ya tiempo que andaba de este modo por el campo y por la mina, bajo los golpes de los jefes de brigada, de los vigilantes, de los capataces, de los encargados, de los inspectores.

Noté un empujón en la espalda, un ligero golpe, y me di cuenta de que me caía del viaducto junto con la carretilla, que aún sujetaba con las manos, como si aún tuviera que ir a alguna parte, que dirigirme a algún otro lugar que no fuera el infierno.

Simplemente me echaron de un empujón: las grandes carretillas del cincuenta y ocho corrían hacia el búnker. Eran compañeros nuestros, una brigada que vivía en la sección vecina. Pero su jefe Fursov no quería sino mostrar que él y su brigada, con sus grandes carretillas, nada tenían que ver con un fascista hambriento como yo.

Junto al búnker se encontraba el capataz de nuestro sector, el libre Piotr Brázhnikov, y el jefe de la mina, Leonid Mijáilovich Anísimov.

Me puse entonces a recoger con la pala la arcilla, aquella pasta resbaladiza de piedras, parecida por su peso al mercurio, mezclada con una masa de grava tan resbaladiza como imposible de recoger. Con la pala se tenían que romper las piedras en pedazos y recogerlas para arrojarlas a la carretilla. Aquello me resultaba imposible, me faltaban las fuerzas, de modo que me puse a recoger con las manos aquella arcilla, aquella pesada, viscosa y valiosa arcilla.

A mi lado se encontraban Anísimov y Brázhnikov esperando a que yo recogiera hasta el último guijarro en la carretilla. Arrastré la carretilla hasta arriba e inicié el ascenso empujándola de nuevo. A los jefes solo les preocupaba que yo no obstruyera el paso a las demás brigadas. De nuevo coloqué la carretilla sobre la pasarela e intenté impulsarla hasta el viaducto.

Y me arrearon de nuevo. En esta ocasión esperaba el golpe, así que tuve tiempo de apartar la carretilla justo al inicio de la subida. Llegué y arrojé la carga —había poca—, rasqué con la pala los restos de la preciosa arcilla pegada a los bordes y conduje la carretilla de vuelta por la pasarela, hacia la de reserva, la segunda, por donde corrían las carretillas vacías, de regreso a la mina de oro.

Brázhnikov y Anísimov esperaron a que acabara mi trabajo y entonces se colocaron a mi lado, mientras yo dejaba pasar las otras brigadas que iban de vacío.

—¿Y dónde está el compensador de altura? —preguntó con voz de tenor el jefe de la mina.

—Aquí no debe haberlo —respondió Brázhnikov.

El jefe de la mina pertenecía al NKVD[18] y por las tardes se dedicaba a estudiar para técnico de minas.

—El jefe de brigada no quiere darnos otro hombre; que la brigada, dice, ponga un «terminal» de los suyos. Tampoco Venka Bik quiere. Poner un gancho, dice, no es

18. Iniciales del Comisariado del Pueblo de Interior; una de las múltiples siglas de los órganos de Interior soviéticos.

cosa mía en un viaducto como este. A ver, ¿quién no puede subir una carretilla hasta dos metros de altura por una suave pendiente? Solo un enemigo del pueblo, un criminal.

—Sí —dijo Anísimov—, ¡eso mismo!

—Si se ha caído adrede a nuestros pies. Aquí no hace falta un compensador de altura.

Llamaban compensador de altura a un «enganchador», un trabajador de más que en el ascenso enganchaba la carretilla al búnker por delante, con un gancho especial, y así ayudaba a arrastrar la preciosa carga hasta el viaducto. Los ganchos se hacían con cazos de perforación de un metro de longitud; el cazo se aplastaba en la herrería y tras doblarse se convertía en un gancho.

Nuestro jefe de brigada no quería ceder a ningún hombre para que ayudara a las demás brigadas.

Ya podía regresar a la mina.

El carretillero debe notar la carretilla, el centro de gravedad de la carretilla, su rueda, el eje de la rueda, la dirección de la rueda. Porque el carretillero no ve la rueda, ni en el camino de ida, mientras lleva la carga, ni en el de vuelta. Debe sentir la rueda. Las ruedas de las carretillas son de dos tipos: unas tienen la franja del aro más fina y un diámetro mayor; las otras tienen la franja más ancha. En plena consonancia con las leyes de la física, la primera es más ligera en marcha, pero la segunda es más estable.

A la rueda se le pone un eje, se unta con grasa, *solidol*, con pasta de ruedas, y se introduce hasta el fondo en el

orificio situado en la base de la carretilla. Hay que engrasar la carretilla con cuidado.

Por lo general hay toneles con esta pasta en la sección de los instrumentos.

¿Cuántos centenares de miles de carretillas se hacen añicos durante una temporada del oro en Kolimá? Solo en las administraciones más pequeñas ya se cuentan por decenas de miles.

En la administración de carreteras, donde no se extrae oro, se emplean las mismas carretillas, tanto grandes como pequeñas. La piedra es piedra en todas partes. El metro cúbico también. El hambre es en todas partes hambre.

La propia carretera es una peculiar pasarela central de la zona aurífera de Kolimá. De ambos lados de la carretera central salen los ramales de piedra de las carreteras de dos vías; en la carretera central hay ocho carriles para la circulación de los vehículos que comunican las minas y yacimientos con la carretera.

La carretera que conduce a Nera en línea recta tiene mil doscientos kilómetros, pero la que va de Deliankir-Kulu en dirección a Tenkin supera los dos mil kilómetros.

Durante la guerra llegaron a la carretera los bulldozers. Y aún antes, las excavadoras.

En 1938 no había excavadoras.

Se construyeron seiscientos kilómetros de carretera más allá de Yágodni; las vías hacia los yacimientos de las administraciones del Sur y del Norte ya se habían construido. Kolimá ya producía oro y los superiores ya recibían medallas.

Todos esos miles de millones de metros cúbicos de rocas dinamitadas, todas esas carreteras, caminos y vías, la instalación de los aparatos de lavado, la construcción de poblados y cementerios, todo eso se hizo a mano, a golpe de pico y carretilla.

[1972]

Cicuta

Así lo acordaron: si los mandaban a un campo numerado, al campo especial Berlag, los tres se suicidarían; ellos a ese mundo numerado no irían.

El típico error del presidiario. Cada preso se rige en el campo por el día vivido y cree que en alguna parte fuera de su mundo hay lugares peores que aquel en el que ha pasado la noche. Y es cierto. Esos lugares existen, y el peligro de que lo trasladen allí siempre pende sobre la cabeza del preso, ningún presidiario aspira a ir a otra parte. Ni siquiera los vientos de la primavera traen consigo deseos de cambio. Cambiar es siempre peligroso. Es una de las lecciones importantes que el hombre aprende en el campo.

Quien cree en los cambios no ha estado nunca en un campo. El presidiario es contrario a todo cambio. Por mal que estemos aquí, allá, pasada aquella esquina, aún puede ser peor.

Por eso, llegada la hora decisiva, uno decide morir.

El pintor modernista Anti, estonio, admirador de Churlenis, hablaba en estonio y en ruso. El médico sin diploma Draudvilas, lituano, estudiante de quinto curso,

enamorado de Mickiewicz, hablaba en lituano y en ruso. El estudiante de segundo curso de medicina Garleis hablaba en letón y en ruso.

Los tres bálticos habían acordado suicidarse en ruso.

Anti, estonio, era el cerebro y la voluntad de esta hecatombe báltica.

Pero ¿cómo?

¿Hacían falta cartas? ¿Testamentos? No. Anti era contrario a las cartas, y Garleis también. Draudvilas no estaba de acuerdo, pero los amigos lo convencieron de que si el intento fracasaba las cartas serían una prueba acusatoria, una complicación que los obligaría a dar explicaciones en el interrogatorio.

Decidieron no dejar carta alguna.

Los tres habían caído hacía tiempo en aquellas listas y los tres lo sabían: les esperaba un campo especial. Los tres decidieron no tentar más a su suerte. A Draudvilas, como médico, el campo no le suponía una amenaza. Pero el lituano recordó cuánto le había costado conseguir aquel trabajo de médico en un campo ordinario. Tendría que producirse un milagro. Lo mismo pensaba Garleis, y el pintor Anti comprendía que su arte era peor que el de un actor o un cantante, y que lo más probable es que no hiciera falta alguna en el campo, como había sido el caso hasta entonces.

La primera manera de suicidarse era arrojándose contra las balas de los guardias. Pero esto quería decir heridas y palizas. ¿A quién lo iban a matar a la primera? Los guardias del campo eran como los soldados del rey Jorge en

la comedia de Bernard Shaw *El discípulo del diablo*, podían errar el tiro. Los guardias no inspiraban confianza, de modo que se abandonó esta idea.

¿Ahogarse en el río? El Kolimá estaba allí al lado, pero entonces era invierno, ¿dónde encontrar un agujero para introducir el cuerpo? El hielo, de un espesor de tres metros, congela los hoyos abiertos ante tus propios ojos casi al instante. Encontrar una cuerda era fácil. El sistema era seguro. Pero ¿dónde puede colgarse el suicida, en el trabajo, en el barracón? Ese lugar no existe. Te salvarán y te avergonzarán para siempre.

¿Pegarse un tiro? El preso no tiene armas. Atacar a un guardia es peor que huir de ellos, sería un tormento y no llevaría a la muerte.

Cortarse las venas, como Petronio, es del todo imposible. Se necesita agua caliente, un baño, porque en caso contrario te convertirás en un inválido con el brazo encogido, en un inválido si confías en la naturaleza, en tu propio cuerpo.

Solo quedaba el veneno, una taza de cicuta; este era el método más seguro.

Pero ¿qué haría las veces de cicuta? Porque el cianuro no hay modo de conseguirlo. Sin embargo, el hospital, la farmacia, es un almacén de venenos. El veneno persigue a la enfermedad eliminando lo enfermo y abriéndole el camino a la vida.

No, solo el envenenamiento. Solo una taza de cicuta, la copa mortífera de Sócrates.

Encontraron la cicuta, y Draudvilas y Garleis dijeron responder de su seguro efecto.

Era fenol, una solución de ácido fénico. Un poderosísimo antiséptico del que siempre se guardaba una reserva permanente en la mesilla de la sección quirúrgica donde trabajaban Draudvilas y Garleis.

Draudvilas le enseñó esa mágica botella a Anti, el estonio.

—Es como coñac —dijo Anti.

—Se parece.

—Le pondré una etiqueta: Tres estrellas.

El campo especial recoge a sus víctimas una vez cada trimestre. Simplemente se organizan redadas, pues incluso en una institución como el hospital central hay lugares donde uno puede «esfumarse» y esperar a que pase la tormenta. Pero si no eres capaz de esfumarte, has de vestirte, recoger tus cosas, pagar tus deudas, sentarte en el banco y esperar pacientemente a que se derrumbe el techo sobre la cabeza de los que vienen a buscarte o, en otra variante, sobre la tuya. Debes esperar pacientemente que el jefe del hospital te deje en tu puesto: a ver si consigue arrancarle al comprador una mercancía necesaria para él y que, en cambio, al comprador le resulta indiferente.

Llega esa hora o ese día, y queda claro que no hay nadie que te pueda salvar o proteger y que sigues en las listas para la «etapa».

Y entonces llega el momento de la cicuta.

Anti tomó la botella de las manos de Draudvilas y

le pegó la etiqueta del coñac, dado que Anti debía ser un pintor realista y ocultar en el fondo de su alma sus gustos modernistas.

La postrera obra del seguidor de Churlenis fue la etiqueta del coñac Tres estrellas, una imagen puramente realista. De este modo Anti cedió en el último momento ante el realismo. El realismo resultó ser en esas circunstancias el más apropiado.

—¿Por qué tres estrellas?

—Las tres estrellas somos nosotros tres; es una alegoría, un símbolo.

—¿Y cómo es que has representado esa alegoría de manera tan naturalista? —bromeó Draudvilas.

—Pues porque si entran y nos pescan, les diremos que tomamos coñac para celebrar nuestra partida, cada uno con su lata de conserva.

—Sabia idea.

Y, en efecto, entraron pero no los pescaron. Anti tuvo tiempo de esconder la botella en el armario del botiquín y la sacó en cuanto el vigilante salió del barracón.

Anti vertió el fenol en las tazas.

—Y bien, ¡a vuestra salud!

Anti bebió, también lo hizo Draudvilas. Garleis, en cambio, dio un sorbo pero no se lo tragó, escupió el veneno y, arrastrándose por encima de los cuerpos de los caídos, alcanzó el grifo y se enjuagó la boca abrasada. Mientras Draudvilas y Anti se retorcían entre estertores, Garleis intentaba imaginar qué debería decir en el interrogatorio.

Garleis se pasó dos meses en el hospital, hasta que se le curó la laringe abrasada.

Al cabo de muchos años, Garleis me visitó de paso por Moscú. Me juró por lo más sagrado que aquel suicidio había sido un trágico malentendido, que el coñac Tres estrellas era auténtico, que Anti se confundió de botella y en vez del coñac sacó del armario del botiquín una botella parecida llena de fenol, de muerte.

La instrucción de la causa duró mucho, pero Garleis no fue condenado, se le declaró inocente. La botella de coñac no apareció nunca, si es que había existido. El instructor no puso ninguna objeción a la versión de Garleis; ¿por qué romperse los cuernos para conseguir que confesara, que reconociera el delito y demás? Garleis le ofreció un desenlace lógico, razonable. Draudvilas y Anti, los organizadores de la hecatombe báltica, nunca se enteraron de si se habló mucho o poco de ellos. Y de ellos se habló mucho.

Durante aquel tiempo, Garleis cambió de especialidad médica, la afinó. Se hizo protésico dental hasta dominar este rentable oficio.

Garleis me visitó en busca de consejo legal. No le habían permitido empadronarse en Moscú. Solo podía residir en Riga, en la patria de su esposa. La mujer de Garleis, también médica, vivía en Moscú. Pero sucedió que, cuando Garleis escribió su solicitud de rehabilitación, pidió consejo a uno de sus amigos de Kolimá, a quien le había contado con todo detalle su causa de juventud en Letonia, relacionada con los scouts o algo parecido.

—Le pedí consejo y le pregunté si debía explicarlo todo. Y mi mejor amigo me dijo: «Escribe toda la verdad. Todo tal como ocurrió.» Así lo hice, y no me rehabilitaron. Solo me permitieron residir en Riga. Cómo me engañó. Mi mejor amigo…

—No le engañó, Garleis. Usted le pidió consejo sobre un asunto sobre el que no se puede aconsejar. Ante cualquier otra respuesta, ¿qué habría hecho usted? Su amigo podía pensar que era usted un espía, un soplón. Y si no lo era, ¿a qué arriesgarse? Recibió usted la única respuesta que se puede dar en estos casos. El secreto ajeno es más pesado de llevar que el propio.

1973

El doctor Yampolski

En mis recuerdos de la época de la guerra aparecerá a menudo el apellido del doctor Yampolski. Durante la guerra, el destino nos unió en repetidas ocasiones en los campos de castigo de Kolimá. Tras la contienda, yo mismo trabajé de practicante después de acabar los cursos de medicina en Magadán en 1946 y dejé de cruzarme con las actividades del doctor Yampolski como médico en ejercicio o como jefe de la sección de sanidad del yacimiento.

El doctor Yampolski no era ni doctor ni médico. Yampolski, un moscovita condenado por algún delito común, pronto comprendió en prisión la sólida posición que trae consigo el título de médico. Pero Yampolski no tenía tiempo para adquirir la formación de médico, ni siquiera la de practicante.

Sí consiguió, desde la cama de un hospital, midiendo la fiebre de los pacientes, recogiendo los pabellones, cuidando a los enfermos graves, cumplir con las obligaciones de practicante de planta. Esta labor, que incluso se realiza en los hospitales de la vida civil, en un campo abre además grandes perspectivas. La experiencia de practicante es fácil

de adquirir y, ante la eterna falta de cuadros médicos en los campos, para algunos es un pedazo de pan seguro.

Yampolski tenía estudios de enseñanza media, por eso alguna cosa captaba de las explicaciones del médico.

Las prácticas, bajo la dirección de un médico —y no de uno solo sino de varios, pues los jefes médicos de Yampolski cambiaban con frecuencia—, incrementaban también sus conocimientos, pero lo más importante es que hacían crecer su seguridad en sí mismo. No era un aplomo puramente médico, sino una prestancia que hace ya tiempo que se ha convertido en chiste: los practicantes, como se sabe, tras constatar en su fuero interno que el enfermo ya no tiene pulso, pueden no obstante seguir palpándole el brazo, contando y mirando el reloj.

Yampolski era más listo. Tras varios años de practicante, comprendía que al auscultar a un paciente con el fonendoscopio, este no le descubriría ningún secreto si carecía de conocimientos médicos.

La carrera de practicante como recluso le permitió a Yampolski pasar tranquilamente sus años de condena y cumplir su pena. Y fue entonces, en aquella importante encrucijada, cuando se trazó un plan de vida seguro y jurídicamente impecable.

Yampolski decidió quedarse como médico después de la condena. Pero no con el fin de recibir una formación médica, sino para entrar en las listas oficiales de los cuadros médicos, en vez de en las de los contables o los agrónomos.

A Yampolski, como exrecluso, no le correspondía complemento alguno, pero él no pensaba en enriquecerse.

Los beneficios ya venían con el cargo de médico.

Pero si un practicante clínico puede ejercer su profesión bajo la dirección de un médico, ¿quién dirigirá entonces el trabajo médico del propio doctor?

En el campo, y también en Kolimá, al igual que en todas partes, existe el cargo de jefe de la sección de sanidad. Dado que el 90% del trabajo del médico consiste en rellenar papeles, la idea es que ese cargo debería liberar a los especialistas del tiempo dedicado a ello. Se trata de un cargo económico-administrativo, burocrático. Está bien que lo ocupe un médico, pero si no lo es tampoco es grave, en el caso de que se trate de una persona enérgica y que se aclare en la organización de las tareas.

Así son todos los jefes de hospital, los jefes de las secciones sanitarias: médicos sanitarios o simplemente jefes de hospital. Y su sueldo es mayor que el de un médico especialista.

Y este es el cargo que despertó el interés de Yampolski.

Curar no sabía, ni podía. Pero valor no le faltaba. Ocupó toda una serie de puestos médicos, pero siempre se situaba en un segundo plano y acababa ocupando el cargo de jefe de la sección sanitaria, de administrador. En este cargo era inmune a cualquier revisión.

La mortalidad es elevada. ¡Qué se le va a hacer! Se necesita un especialista. No lo hay. De modo que tendremos que dejar al doctor Yampolski en su empleo.

Poco a poco, de cargo en cargo, Yampolski fue adquiriendo inevitablemente experiencia médica y, lo que es más importante, aprendió el arte de callar a tiempo, de escribir oportunamente denuncias, de informar.

Todo esto no habría estado mal si al mismo tiempo no hubiera crecido en él el odio hacia todos los «terminales» en general y hacia los «terminales» intelectuales en particular. Junto con el resto de los mandos de Kolimá, Yampolski veía en cada «terminal» a un gandul y a un enemigo del pueblo.

Y como no sabía entender a los hombres, ni quería creer en ellos, hacía suya la gran responsabilidad de mandar a los hornos de los campos de Kolimá, es decir, al frío de 60 grados bajo cero, a aquellos hombres agonizantes por la extenuación, que morían en estos hornos. Yampolski asumía valientemente su parte de responsabilidad, firmaba las actas de defunción preparadas por la autoridad e incluso las redactaba.

Me encontré por primera vez con el doctor Yampolski en la mina Spokoini. Tras interrogar a los enfermos, un doctor con bata blanca y fonendoscopio al hombro me eligió a mí para el cargo de sanitario: para medir la fiebre, recoger el pabellón y cuidar a los enfermos graves.

Todo esto yo ya lo sabía hacer gracias a mi experiencia en Bélicha, que fue el inicio de mi duro camino en el campo de la medicina. Después de que yo mismo «llegara a término», de que me ingresaran con pelagra en el hospital de distrito del Norte y de que inesperadamente me curara,

me pusiera en pie y me quedara allí a hacer de sanitario, para luego verme arrojado por la autoridad superior a aquel mismo Spokoini y ponerme de nuevo enfermo, con fiebre. El doctor Yampolski, tras estudiar mi dossier oral de Kolimá, se limitó a valorar la parte médica del expediente, y al comprender que yo no lo engañaba y que no me equivocaba en los nombres y patronímicos de los médicos del hospital, él mismo me propuso el cargo de sanitario.

Yo me encontraba en tal estado que ni eso podía hacer. Pero los límites de la resistencia humana son inescrutables: tras recibir en mano un termómetro de verdad, todo un tesoro, me puse a medir la fiebre y a rellenar los estadillos de las temperaturas.

Por parca que fuera mi experiencia hospitalaria, comprendía con claridad que en el hospital solo había moribundos.

Cuando a un gigante hinchado traído del campo lo encajonaban en una bañera de agua caliente, aquel distrófico ni siquiera allí podía entrar en calor.

Para cada uno de aquellos pacientes se rellenaba una historia clínica, se apuntaban ciertas recomendaciones que nadie cumplía. En el botiquín de la unidad no había nada salvo permanganato. Y era esto lo que se recetaba, o bien para uso interno, muy disuelto, o bien como compresas en las heridas escorbúticas o de pelagra.

Es posible que este no fuera en esencia el peor tratamiento, pero a mí me producía una penosa impresión.

En el pabellón había seis o siete personas.

Pues bien, a estos futuros o quién sabe si inminentes difuntos los visitaba cada día el jefe de la sección de sanidad de la mina, el doctor Yampolski, un civil con una camisa blanca como la nieve, una bata planchada, un traje gris de hombre libre que le habían regalado unos hampones por haberlos mandado al hospital central, a la Orilla Izquierda, destinó allí a aquellos tipos sanos y se quedó con los difuntos.

Fue en este lugar donde me encontré con Riabocón, un guerrillero de Majnó.[19]

El doctor, con su refulgente bata almidonada, pasaba junto a los ocho catres con sus colchones rellenos de ramas de *stlánik*, de pinaza, convertida en arena, en polvo verde, y de ramas que se doblaban como si estuvieran vivas o al menos como si fueran manos humanas muertas, tan escuálidas y negras como estas.

Sobre estos jergones, cubiertos de unas mantas gastadas en diez temporadas, incapaces de retener ni una gota de calor, no había quien se calentara, ni yo ni mis agonizantes vecinos, un letón y el guerrillero de Majnó.

El doctor Yampolski me informó que el jefe le había mandado construir su hospital de manera rentable, de modo que nosotros, él y yo, empezaríamos mañana esta obra.

19. Néstor Majnó (1889-1934), guerrillero campesino ucraniano. Nacionalista, anarquista y antisemita, luchó contra la intervención extranjera en Ucrania, luego contra los blancos y finalmente contra el Ejército Rojo.

—De momento te quedas como paciente con historia clínica.

La propuesta no me llenó de alegría. Lo único que yo quería era morirme, pero no me decidía a suicidarme, le daba largas al asunto un día y otro.

Al ver que yo no podía ayudarlo en sus planes —no podía acarrear troncos, ni siquiera las varas más finas, simplemente me sentaba (me proponía escribir «en el suelo», pero en Kolimá la gente no se sienta en el suelo, por los hielos perpetuos, por la posibilidad de un desenlace letal) sobre algún tronco, me sentaba sobre unas ramas cortadas y miraba a mi jefe y sus ejercicios sobre la corteza de un tronco que llamaban «balán»—, Yampolski decidió no mantenerme en el hospital y, sin perder tiempo, se hizo con otro sanitario.

El capataz del yacimiento Spokoini me mandó a que ayudara al calderero. Con este trabajé unos cuantos días, luego me marché a hacer algún otro trabajo, pero más tarde mi encuentro con Liosha Chekánov le dio a mi vida un giro que me precipitaba a la muerte.

En Yágodnoye, durante la causa contra quienes se negaban a trabajar, causa que finalmente se cerró, conseguí ponerme en contacto con Lesniak, mi ángel de la guarda en Kolimá. No es que Lesniak fuera el único salvador que me había enviado el destino —para eso el poder de Lesniak y de su mujer Nina Vladímirovna Savóyeva no era suficiente—, esto lo comprendíamos los tres. Pero, de todos modos, nada se perdía con intentarlo, con probar a meter un palo en las ruedas de aquel mecanismo de la muerte.

Sin embargo, yo, persona «de mano pronta», como dicen los hampones, prefiero saldar cuentas con mis enemigos antes de devolver una deuda a mis amigos.

Primero les toca a los pecadores y luego a los justos. Por eso Lesniak y Savóyeva ceden su lugar al maldito Yampolski.

Así es como debe ser, según creo. A mí me cuesta honrar a un justo si antes no he desenmascarado al sinvergüenza. Y después de este excurso, de ningún modo lírico, sino más bien necesario, regreso al relato sobre Yampolski.

Cuando regresé a Spokoini tras salir de la celda de castigo, para mí, como es evidente, estaban cerradas todas las puertas del centro sanitario; había apurado todas mis posibilidades, y, al encontrarme al doctor Yampolski en el campo, este me dio la espalda, como si nunca me hubiera visto.

Pero antes de nuestro encuentro en el campo, el doctor Yampolski ya había recibido una carta, una carta de la jefa del hospital de distrito Savóyeva, una libre, empleada por contrato, miembro del partido, en la cual la médica solicitaba que se me prestara ayuda —Lesniak la había informado de mi situación—, es decir, en una palabra, que me destinaran al hospital de distrito como si fuera un enfermo. Que es lo que yo era, un enfermo.

La carta la llevó a Spokoini uno de los médicos.

Yampolski no me llamó ni me dijo nada al respecto, sino que simplemente entregó la carta a Yemeliánov, el jefe del campo. Es decir, denunció a Savóyeva.

Cuando yo, informado también de la carta, le corté el paso a Yampolski en el campo y, por supuesto, en los términos más respetuosos, como me sugería la experiencia carcelaria, me interesé por la suerte de la carta, él me dijo que la había entregado, que se la había transmitido al jefe del campo; de modo que tenía que dirigirme a este y no a la sección sanitaria, es decir, a Yampolski.

No perdí el tiempo y me apunté en la lista de visitas de Yemeliánov. El jefe del campo me conocía un poco, incluso personalmente, pues habíamos estado juntos durante la tormenta en medio de la cual nos habíamos dirigido a este yacimiento: el viento nos tumbaba a todos, a libres y a presos, a jefes y a peones. Él no se acordaba de mí, claro está, pero trató la carta de la médica jefe como una solicitud del todo normal.

—Lo mandaremos, lo mandaremos.

Al cabo de unos días aparecí en Bélicha, gracias a la expedición al bosque del campo de Yágodnoye, donde ejercía de practicante cierto Efa, también sin título, como casi todos los practicantes de Kolimá. Efa aceptó informar a Lesniak sobre mi llegada. Bélicha se encontraba a seis kilómetros de Yágodnoye. Aquella misma noche vino un coche de Yágodnoye, así que aparecí por tercera y última vez en el hospital del distrito del Norte, el mismo donde un año antes me habían retirado los guantes para mi historia clínica.

Allí trabajé como organizador cultural de manera plenamente oficial, si es que en Kolimá hay algo que pueda ser oficial. Allí les leí la prensa a los enfermos hasta el final

de la guerra, hasta la primavera del cuarenta y cinco. Y en la primavera del cuarenta y cinco trasladaron a la médica jefe Savóyeva y el hospital pasó a ser dirigido por una nueva médica jefe, una mujer con un ojo, no sé si el izquierdo o el derecho, postizo, apodada «la Lenguado».

La Lenguado me echó de inmediato del cargo y aquella misma tarde me destinó bajo escolta al campo de trabajo de Yágodnoye, donde aquella misma noche me mandaron a hacer postes para una línea de alta tensión en el manantial Almazni.[20] He descrito los sucesos que allí se produjeron en el relato «El manantial Almazni».[21]

Allí, a pesar de que no había escolta, las condiciones eran inhumanas, poco comunes incluso para Kolimá.

A aquel que no cumplía la norma sencillamente no le daban pan. A tenor de los resultados de la jornada, se colgaban listas de aquellos a los que al día siguiente no les darían pan.

He conocido muchas arbitrariedades, pero algo como aquello no lo había visto nunca, en parte alguna. Cuando yo mismo fui a parar a esas listas, no esperé más y hui, me marché andando a Yágodnoye. Mi fuga fue un éxito. Se la podía haber llamado abandono voluntario del lugar de trabajo, pues lo que hice no fue irme «a los hielos», sino que me presenté en la comandancia. De nuevo me

20. *Almazni* significa «de diamantes, diamantino».

21. Incluido en *Relatos de Kolimá. Volumen III. El artista de la pala*, Minúscula, Barcelona, 2010.

encerraron y de nuevo me abrieron una causa. Y una vez más el Estado consideró que mi nueva condena había comenzado demasiado temprano.

Pero en esta ocasión no me mandaron a un campo de tránsito, sino que me destinaron a la zona especial de Dzhelgalá, la misma donde un año atrás me habían juzgado. Por lo común nunca te devuelven al mismo lugar donde te han juzgado. Pero entonces fue diferente, quién sabe si por algún error.

Ingresé por el mismo portón, subí a la misma montaña del yacimiento, donde ya había estado y donde me habían echado diez años de condena.

Ni Krivitski ni Zaslavski se encontraban ya en Dzhelgalá, y entonces comprendí que las autoridades trataban con justicia a sus colaboradores, no se limitaban a darles unas colillas o un plato de sopa aguada.

De pronto descubrí que en Dzhelgalá tenía a un enemigo muy poderoso entre el personal libre. ¿Quién era?

Era el nuevo jefe de la sección de sanidad de la mina, el doctor Yampolski, al que acababan de transferir. Yampolski gritaba a voz en cuello que me conocía muy bien, que era un reconocido soplón, que le constaba la existencia de una carta personal de la doctora Savóyeva, una contratada libre, que trataba sobre mí y decía que era un gandul, que me escaqueaba, que era un soplón de profesión y que casi había acabado con los pobres Krivitski y Zaslavski.

¡La carta de Savóyeva! ¡Yo un soplón, sin duda! Pero él, Yampolski, había recibido el encargo desde arriba de

hacerme la vida más llevadera, y el hombre cumplía la orden y le conservaba la vida a este sinvergüenza. En cambio aquí, en esta zona especial, él, Yampolski, no se apiadaría de mi suerte.

No había ni que hablar de ocupar algún cargo médico. Y una vez más me preparé para morir.

Esto ocurría durante el otoño de 1945. De pronto cerraron Dzhelgalá. Aquella zona, con su geografía y su topografía bien pensada, se hizo imprescindible, y además con urgencia.

De modo que mandaron todo el «contingente» hacia el oeste, a la Administración del Oeste, cerca de Susumán, y mientras buscaban una nueva ubicación para la zona especial, nos alojaron en la cárcel de Susumán.

A Dzhelgalá habían mandando a unos repatriados, la primera gran captura extranjera llegada directamente de Italia. Eran soldados rusos que habían servido en las tropas italianas. Aquellos mismos repatriados que después de la guerra respondieron a la llamada de regresar a casa.

En la frontera sus vagones se vieron rodeados de tropas de escolta y todos ellos viajaron en el expreso Roma-Magadán-Dzhelgalá.

Todos, a pesar de no tener ya ni ropa interior ni objetos de oro —todo lo habían cambiado por pan durante el viaje—, llevaban todavía el uniforme italiano. Aún se mantenían animados. Les daban de comer igual que a nosotros. Después de la primera comida en el comedor del campo, uno de los «italianos» más curiosos me preguntó:

—¿Por qué todos vosotros os coméis en el comedor la sopa y las gachas, y en cambio el pan, la ración de pan, os la guardáis y os la lleváis? ¿Por qué?

—Lo comprenderás tú mismo dentro de una semana —le contesté.

A mí también me llevaron con la «etapa» de la zona especial a Susumán, a la zona pequeña. Allí fui a parar al hospital y, con la ayuda del médico Andréi Maxímovich Pantiujov, pude ingresar en los cursos de practicante para reclusos en Magadán, o, más exactamente, en el kilómetro 23 de la carretera.

Aquellos cursos, que terminé felizmente, dividen de hecho mi vida en dos mitades: de 1937 a 1946, diez años de peregrinajes del hospital a la mina y de la mina al hospital, con el complemento de diez años más de condena en 1943. Y de 1946 a 1953, cuando trabajé de practicante, aunque en 1951 salí en libertad por la redención de los días trabajados.

Después de 1946 comprendí que en efecto había sobrevivido y que viviría hasta cumplir la condena, y que, después de cumplirla, mi tarea —la más importante— sería la de seguir viviendo, seguir adelante tal como había vivido aquellos catorce años.

Me impuse unas pocas normas, pero las he cumplido; y las sigo cumpliendo.

1970-1971

El teniente coronel Fraguin

El teniente coronel Fraguin, el jefe de la sección especial, era un general de la milicia degradado. Un general de la milicia de Moscú que en toda su heroica carrera había luchado con éxito contra el trotskismo y durante la guerra había sido un fiel servidor del SMERSH.[22] El mariscal Timoshenko, que odiaba a los judíos, degradó a Fraguin a teniente coronel y le propuso que abandonara el ejército. Las grandes tajadas, los cargos y las perspectivas de futuro, independientemente de que te degradasen, solo se conseguían sirviendo en los campos, solo allí los héroes de la guerra conservaban sus grados, cargos y privilegios. Después de la guerra, el general de la milicia se convirtió en los campos en teniente coronel. Fraguin tenía una familia numerosa, de modo que en el Extremo Norte se veía obligado a buscarse un trabajo allí donde sus asuntos familiares hallaran una solución satisfactoria: guardería, parvulario, escuela, cine.

Así es como Fraguin fue a parar a la Orilla Izquierda, al hospital para presos, no en calidad de oficial en activo,

22. Servicio de Contraespionaje Militar.

como era el deseo de él y de los superiores, sino en calidad de jefe de la UEC, la Unidad Educativo-Cultural. Lo convencieron de que se las arreglaría con la educación de los reclusos. Los argumentos fueron de peso. La designación de Fraguin fue recibida favorablemente o en cualquier caso con indiferencia, pues todo el mundo estaba al tanto de lo inane de cualquier género de UEC, de que era una sinecura. En efecto, aquel teniente coronel elegante, de pelo blanco y abundantes rizos, con el cuello siempre limpio, empapado de una colonia barata, pero no la más tirada, era mucho más simpático que el teniente Zhivkov, el predecesor de Fraguin en el cargo de jefe de la UEC.

Zhivkov no se interesaba ni por los conciertos, ni por el cine ni por las reuniones, sino que toda su actividad giraba en torno de la cuestión matrimonial, felizmente resuelta. Zhivkov, un solterón con buena salud y bien parecido, vivía con dos presas a la vez. Las dos trabajaban en el hospital. En el hospital, como en cualquier villorrio perdido, no había secretos: se sabe todo. Una de sus amigas había dejado el mundo de los hampones para pasarse al de los «gentiles», era una valiente y bella mujer de Tiflis. En más de una ocasión los hampones intentaron hacerla entrar en razón. Pero todo fue inútil. Y a todas las órdenes de los «capos» para que se presentara en tal o cual lugar y cumpliera con sus clásicas obligaciones, Tamara respondía con blasfemias y risas, en ningún caso con temeroso silencio.

La segunda pasión de Zhivkov era una enfermera estonia, del artículo cincuenta y ocho, una hermosa rubia

de aspecto acusadamente germánico, la otra cara de la morena Tamara. Entre ambas mujeres no existía parecido alguno. Ambas aceptaban de muy buen grado las atenciones del teniente. Zhivkov era una persona generosa. Por aquel entonces había dificultades con las raciones. A los contratados libres les entregaban productos determinados días, y Zhivkov siempre traía al hospital dos paquetes iguales: uno para Tamara y otro para la estonia. Se sabía también que las visitas amorosas se producían determinados días, y se diría que casi a la misma hora.

Un día este Zhivkov, un buen tipo, le asestó un golpe en el cuello a un preso delante de todos, pero como los mandos pertenecían a otro mundo, a una esfera superior, estos golpes no se castigaban. Esta fue una de las cosas que cambió el canoso y bien parecido Fraguin. Fraguin iba a la caza del cargo de jefe de la SII, la Sección de Información e Investigación, la Tercera Sección, es decir, quería trabajar en su especialidad, pero no lo consiguió. Y aquel especialista y oficial en activo tuvo que dedicarse a la educación cultural de los presos. Las condiciones en ambas secciones eran las mismas, de modo que en esto Fraguin no perdía nada. Además, el canoso teniente coronel no tenía romances con las presas. Por primera vez nos leyeron un periódico en voz alta y, aún más importante, escuchamos una narración en primera persona sobre la guerra a cargo de alguien que había participado en ella.

Hasta entonces quienes nos contaban historias sobre la guerra eran los soldados de Vlásov, los *Polizei*, los ladro-

nes y aquellos que habían colaborado con los alemanes. Nosotros entendíamos la diferencia en las informaciones y teníamos ganas de escuchar la de un héroe vencedor. Eso era para nosotros el teniente coronel, que en su primera reunión con los presos nos hizo un informe sobre la guerra, nos habló de los mandos militares. Naturalmente, especial interés suscitó el general Rokossovski. De él habíamos oído historias hacía tiempo. Y Fraguin había sido justamente un oficial del SMERSH con Rokossovski. Fraguin alabó a Rokossovski por ser un comandante que iba en busca del combate; en cambio, a la pregunta crucial de si Rokossovski había estado en prisión y de si era verdad que en sus unidades había hampones, Fraguin no dijo nada. Era el primer relato sobre la guerra que yo oía por boca de un testigo directo desde enero de 1937, desde el día de mi detención. Recuerdo que cazaba cada palabra. Esto sucedía durante el verano de 1949 en una expedición a los bosques. Entre los taladores se encontraba un tal Andrusenko, un rubio comandante de una unidad de tanques que había participado en la toma de Berlín, héroe de la Unión Soviética, condenado por merodeo, por robar en Alemania. Nosotros conocíamos bien la frontera jurídica que dividía la vida de un hombre en los sucesos anteriores y posteriores a la adopción de una ley, la misma persona con una conducta idéntica era hoy un héroe y mañana un delincuente, y ni él mismo sabía si era o no un criminal.

Andrusenko fue condenado a diez años por merodeo. Como la ley se acababa de adoptar, el teniente Andru-

senko cayó bajo su peso y, proveniente de la prisión militar soviética de Berlín, dio con sus huesos en Kolimá. Cuanto más tiempo pasaba, más difícil le resultaba demostrar que era un auténtico héroe de la Unión Soviética, con este título y otras medallas.

La cantidad de falsos héroes crecía. Los arrestos y desenmascaramientos de los aventureros, y la venganza, seguían el mismo curso, con un retraso de pocos meses. Así, en 1949 arrestaron, de entre los mandos del frente, al jefe médico, un Héroe de la Unión Soviética, que no era ni héroe ni médico.

Las quejas de Andrusenko no hallaban respuesta. A diferencia de otros presos que durante la guerra fueron a parar a Kolimá, Andrusenko guardaba el recorte de periódico del diario del frente de 1945 con su propia fotografía. Fraguin, como jefe local de la UEC y en el pasado servidor del SMERSH, pudo valorar la sinceridad de Andrusenko y contribuyó a su liberación.

Durante toda mi vida me ha guiado un acusado sentido de la justicia, sin saber distinguir entre el grado de importancia de los acontecimientos. En el caso de este hospital, al evocar los nombres de Andrusenko y Fraguin, lo primero que me viene a la memoria es el torneo de ajedrez entre presos organizado por Fraguin, con un tablón enorme que colgaba en el vestíbulo del hospital, un tablón que reflejaba el desarrollo del torneo y en el que, según los cálculos de Fraguin, Andrusenko debía ocupar el primer lugar. Hasta había comprado ya un premio, un regalo. El premio

era un ajedrez de bolsillo, un artilugio parecido a una pitillera de cuero. El jefe le había regalado la pitillera a Andrusenko sin esperar al final torneo, pero fui yo quien gané. Y sin embargo no recibí premio alguno.

Portugálov intentó presionar a las autoridades, pero fue un completo fiasco, y Fraguin, después de salir a recibir a los presos al pasillo, les dijo que la UEC no tenía medios para adquirir el premio. No los tenía, y se acabó.

Pasó la guerra, vino la victoria, el fin del culto a Stalin, el XX Congreso, y la línea de mi vida cambió bruscamente de rumbo. Llevo ya muchos años en Moscú, pero recuerdo aquellos primeros años de la posguerra con aquella espina clavada en mi amor propio, con aquel golpe bajo de Fraguin contra mi persona. El hambre y los fusilamientos los recuerdo junto a esta nimiedad. Aunque Fraguin era capaz de algo más que nimiedades.

Me trasladé al hospital, a la sala de admisiones, y, dado el cargo que yo ocupaba, nos encontrábamos más a menudo. Por entonces Fraguin pasó de la UEC a la UCC, la Unidad de Contabilidad, departamento que controlaba los asuntos de los reclusos, y allí dio muestras de celo y vigilancia. Yo tenía a mi servicio a un sanitario, Grinkévich, un buen muchacho, de los que habían ido a parar al campo claramente por error, también llegado de la guerra, en medio de aquel turbio torrente de los falsos generales y los hampones enmascarados. Su familia había mandado muchas solicitudes y reclamaciones, de modo que un día llegó la notificación de la revisión de su causa y la supresión de

su condena. El teniente coronel Fraguin no llamó a Grinkévich a su UCC para notificarle la decisión, sino que se presentó en mi sala de admisiones en persona y le leyó en voz alta el texto del documento recibido.

—Ya lo ve, ciudadano Shalámov —dijo Fraguin—, a quien corresponde lo liberan. Todos los errores se corrigen, y a quien no le corresponde no lo liberan. ¿Me ha entendido usted, ciudadano Shalámov?

—Perfectamente, ciudadano jefe.

Cuando salí en libertad en octubre de 1951, gracias a la reducción de la pena por los días trabajados, Fraguin estaba decididamente en contra de que yo siguiera trabajando en el hospital como contratado civil hasta la primavera, hasta que se abriera de nuevo la navegación. Pero la intervención del jefe del hospital de entonces, N. Vinokúrov, zanjó el asunto. Vinokúrov me prometió mandarme en primavera al Continente, y me inscribió como trabajador temporal; entretanto él encontraría a alguien para que me sustituyera. Jurídicamente esto era posible, existía este estatus.

Los liberados de los campos conservaban el derecho a viajar gratuitamente, a cargo del Estado, en una expedición que se dirigiera al Continente. En cambio, viajar como contratado era demasiado caro, un billete de Kolimá a Moscú desde la Orilla Izquierda valía más de tres mil rublos, sin hablar ya de los precios de los productos, pues la mayor desgracia, el principal inconveniente en la vida de un hombre es que necesita comer tres veces al día. En el

trayecto había cantinas de paso, comedores, calderos en barracones como los de las prisiones de tránsito. A veces el mismo barracón se denominaba «de tránsito» cuando viajabas en un sentido y *karpunkt*, es decir, «centro de cuarentena», cuando te movías en el otro. Aunque los barracones fueran los mismos y no apareciera ningún cartel colgado en las barreras de alambre de espino.

En una palabra, que el invierno del 1951 al 1952 me quedé en el hospital trabajando de practicante en la sala de admisiones, con el estatus de «personal en tránsito». Al llegar la primavera no me mandaron a parte alguna y el jefe del hospital me dio su palabra de dejarme marchar en otoño. Pero tampoco en otoño me dejó marchar.

—Sea como sea —dijo dejándose ir durante una guardia en la sala de admisiones el nuevo y joven psiquiatra Shafran, un liberal y charlatán vecino del teniente coronel—, ¿quieres que te cuente por qué te has quedado en el hospital, por qué no te han soltado?

—Dime, Arkadi Davídovich.

—Ya desde otoño estabas en las listas, incluso te habían preparado el coche. Y te habrías marchado de no ser por el teniente coronel Fraguin. El tipo examinó tus documentos y comprendió quién eras. «Un trotskista declarado y un enemigo del pueblo», eso es lo que consta en tus papeles. Se trata, ciertamente, del memorando de Kolimá, no el moscovita. Pero, como sabrás, los memorandos no los fabrican de la nada. Fraguin es de la escuela moscovita y comprendió al instante que aquí se tenía que mos-

trar vigilante, y que además el resultado no podía ser más que positivo.

—Gracias por sus palabras, doctor Shafran. Incluiré al teniente coronel Fraguin en mi cuaderno de plegarias.

—¡Es la cultura del servicio! —dijo alegre, a gritos, Shafran—. Si las listas las hubiera confeccionado un teniente cualquiera… En cambio Fraguin es un general. Y su vigilancia es la de un general.

—O la cobardía de un general.

—¿No ves que en nuestros días la vigilancia y la cobardía son casi la misma cosa? Y no solo en nuestros días, me parece —añadió el joven médico, formado en la especialidad de psiquiatría.

Pedí por escrito que me dieran de baja, pero recibí la siguiente resolución de Vinokúrov: «Despedido, de acuerdo con el Código Laboral.» De este modo yo perdía los derechos del «trabajador en tránsito», el derecho a viajar gratis. De mi sueldo no me quedaba ni un cópec, pero aun así no pensaba cambiar mi decisión. Tenía pasaporte, aunque no permiso de residencia. En Kolimá te registran de manera diferente a como lo hacen en el Continente: te ponen todos los sellos a posteriori, cuando te dan de baja. Yo confiaba en que en Magadán conseguiría el permiso de salida, en que me incluirían en la «etapa» que se me había escapado el año anterior. Reclamé mis papeles, tramité mi primer y último libro de vida laboral, que aún conservo, empaqueté mis cosas, vendí todo lo sobrante: el chaquetón de piel, las almohadas; quemé mis versos en la cámara de

desinfección de la sala de admisiones y me puse a esperar el primer coche que se dirigiera a Magadán. No estuve mucho rato esperando.

Aquella misma noche me despertó el teniente coronel Fraguin acompañado de dos escoltas, me retiró el pasaporte, metió el documento en un paquete sellado junto con otro papel y se lo entregó a uno de los escoltas, tras lo cual alzó la mano hacia las alturas.

—Allí entregas a este.

«Este» era yo.

Acostumbrado, tras muchos años de presidio, a tratar con bastante respeto a todo uniforme «armado» y a ver millones de casos de una arbitrariedad mil veces peor —Fraguin era tan solo un tímido aprendiz de sus innumerables maestros de la más alta graduación—, me quedé callado y me sometí a aquel insultante, ilegal e inesperado golpe por la espalda. No me pusieron esposas, es verdad, pero me señalaron con meridiana claridad cuál era mi sitio, que era un expreso en nuestro serio mundo. Y recorrí de nuevo, bajo escolta, las quinientas verstas que hay hasta Magadán, distancia ya tantas veces recorrida. En la sección local no me admitieron, y el escolta se quedó en la calle sin saber qué hacer conmigo. Le aconsejé que me entregara a la sección de personal del departamento de sanidad, adonde, de acuerdo con mi despido, tenían que mandarme. El jefe de la sección de personal —no me acuerdo de su apellido— expresó la mayor de sus sorpresas ante aquella forma de transportar a un contratado libre.

No obstante, le firmó al escolta la entrega, me devolvió mi pasaporte y yo me dirigí a la calle, bajo la lluvia gris de Magadán.

[1973]

Hielos perpetuos

Trabajé por primera vez como verdadero practicante cuando me hice cargo de una zona sanitaria donde los médicos solo aparecían de tarde en tarde, en Adigalaj, una sección perteneciente a la administración de carreteras; por primera vez sin la tutela de un médico, como ocurría en la Orilla Izquierda, en el hospital central, donde trabajaba de manera no del todo independiente.

En lo referente a la medicina, yo era la máxima autoridad. En solo tres centros había cerca de trescientos presos a mi cargo. Después de una ronda, tras examinar uno a uno a todos mis pacientes, tracé algo parecido a un plan que debía servirme para arreglármelas en Kolimá.

En mi lista había seis apellidos.

El número uno era Tkachuk. Tkachuk era el jefe del campo en el que yo tenía que trabajar. A Tkachuk le tocó oír de mi boca que a todos los presos les habían encontrado piojos en todas las inspecciones, pero que yo, el nuevo practicante, tenía un plan para liquidar definitiva y rápidamente estos parásitos, y que lo realizaría yo mismo, bajo mi entera responsabilidad y delante de quien quisiera ver el espectácu-

lo. Los piojos son un antiguo flagelo de los campos. Todas las cámaras de desinfección de Kolimá, a excepción de la prisión de tránsito de Magadán, no eran más que una tortura para los presos, no lograban eliminar los parásitos. Yo, en cambio, conocía un sistema seguro, lo había aprendido del bañero de una expedición en el bosque de la orilla izquierda: consistía en escaldar la ropa en un bidón de gasolina mediante vapor caliente, tras lo cual no quedaban ni piojos ni liendres. Salvo que en cada bidón no se debían introducir más de cinco mudas. Practiqué este método en Debin durante un año y medio y lo demostré en Baragón.

El número dos era Záitsev. Záitsev era cocinero, un preso al que yo conocía ya del kilómetro 23, del hospital central. Ahora trabajaba de cocinero bajo mi vigilancia. A él hacía falta demostrarle, apelando a su conciencia de cocinero, que con las raciones que recibía, y ambos conocíamos, podían obtenerse cuatro veces más platos de los que se servían debido a la pereza del propio Záitsev. Aquí no se trataba de robos de los vigilantes ni de nada parecido. Tkachuk era una persona severa, mantenía a raya a los ladrones; era simplemente el capricho del cocinero lo que empeoraba la alimentación de los reclusos. Conseguí convencer a Záitsev, avergonzarlo, Tkachuk le prometió algo, y Záitsev empezó a preparar mucha más comida e incluso hizo llevar la sopa y las gachas calientes en bidones a los lugares de trabajo, algo inaudito para Kiubiuma y Baragón.

El tercero era Izmáilov. Era el bañero, un contratado libre que lavaba la ropa de los presos, y la lavaba mal. Era

imposible mandar a la mina o a una expedición a aquel tipo, cuya salud era de hierro. El bañero de los presos cobra una miseria. Pero Izmáilov no dejaba su trabajo y no quería escuchar ningún consejo, la única solución era echarlo del cargo. En su comportamiento no había misterio alguno. Izmáilov lavaba de cualquier manera la ropa de los presos, mientras que la de todos los jefes libres, incluido el jefe operativo, la lavaba a la perfección, y recibía por ello generosos regalos —tanto dinero como productos—; pero Izmáilov era un contratado libre, y yo confiaba en colocar en este cargo a un recluso.

El cuarto se llamaba Lijonósov. Era un recluso que no apareció en la revisión médica en Baragón, y como me tenía que marchar, decidí no retrasar la partida por una sola persona y confirmar las viejas fórmulas contenidas en su expediente personal. Pero el expediente de Lijonósov no apareció en la sección de contabilidad y control, y como Lijonósov trabajaba de vigilante, me vi obligado a regresar a este delicado tema. Cierta vez, de paso, di con Lijonósov en la zona y charlé con él. Era un tipo fuerte, cebado, con las mejillas sonrosadas, de unos cuarenta años, con los dientes brillantes, una espesa mata de cabello canoso y una enorme barba blanca. ¿Su edad? El expediente de Lijonósov me interesaba justamente por este aspecto.

—Sesenta y cinco años.

Lijonósov se consideraba jubilado dada su edad, y por esta condición trabajaba de vigilante en la oficina. Aquella situación ocultaba un evidente engaño. Tenía ante mí a un

hombre maduro y sano que perfectamente podía emplearse en trabajos comunes. La condena de Lijonósov era de quince años, y su artículo no era el cincuenta y ocho sino el cincuenta y nueve, aunque esto también según sus propias palabras.

El quinto era Nishikov. Nishikov era mi sanitario en el ambulatorio, era un paciente. Este tipo de sanitario existe en todos los ambulatorios de los campos. Pero Nishikov era demasiado joven, tendría unos veinticinco años, y de mejillas demasiado sonrosadas. Convenía pensar qué hacer con él.

Cuando estaba escribiendo el número seis, llamaron a la puerta y Leónov, el sexto de la lista, atravesó el umbral de mi cuarto en el barracón de los libres. Apunté junto al apellido de Leónov un signo de interrogación y me volví hacia el recién llegado.

Leónov llevaba dos trapos para el suelo y un barreño. No era un barreño del tipo reglamentario, claro está, sino de los de Kolimá, hecho ingeniosamente con botes de conservas. En los baños también había barreños de este tipo.

—¿Cómo es que te han dejado pasar por el control a esta hora, Leónov?

—Me conocen, yo siempre le fregaba el suelo al practicante anterior. Era una persona muy limpia.

—Pues yo no lo soy tanto. Hoy no toca fregar. Vete al campo.

—¿Y a los demás libres?

—Tampoco les hace falta. Que frieguen ellos mismos.

—Quisiera pedirle, ciudadano practicante, que me deje en este cargo.

—Tú no tienes ningún cargo.

—Pues deme alguno. Fregaré el suelo, todo estará en orden; estoy enfermo, tengo algo dentro.

—Tú no estás enfermo, solo engañas a los médicos.

—Ciudadano practicante, me da miedo la mina, la brigada, me dan miedo los trabajos comunes.

—A todos les dan miedo. Eres una persona completamente sana.

—Pero usted no es médico.

—Es verdad, no soy médico, pero o mañana te vas a trabajos comunes, o te mando a la administración. Que allí te examinen los médicos.

—Le aviso, ciudadano practicante, no voy a seguir con vida si me quitan este trabajo. Me quejaré.

—Basta de cháchara, vete. Mañana te vas a la brigada. Y dejarás de pintarlo todo tan negro.

—Yo no pinto nada negro.

Leónov cerró en silencio la puerta. Se oyeron sus pasos tras la ventana y me acosté.

Leónov no se presentó al recuento de la mañana; según Tkachuk, se habría montado en algún coche de paso y haría tiempo que se encontraría en Adigalaj con sus quejas.

Hacia las doce de un día del veranillo de San Martín, remarcable por los cegadores rayos del frío sol de Kolimá en medio de un cielo azul brillante, por el aire frío y en calma, me llamaron al despacho de Tkachuk.

—Vamos a levantar un acta. El recluso Leónov se ha suicidado.

—Pero ¿dónde?

—Está colgando en el antiguo establo. He ordenado que no lo bajen. He mandado a por el jefe operativo. Y tú como médico certificarás su muerte.

En el establo era difícil colgarse, era demasiado estrecho. El cuerpo de Leónov ocupaba el lugar de dos caballos; el único objeto elevado que había encontrado para poder subirse a él y después darle una patada era el barreño de los baños. Leónov se había colgado hacía tiempo, en el cuello se le dibujaba ya la marca. El jefe operativo, el mismo al que le lavaba la ropa el bañero libre Izmáilov, escribió: «El surco de la estrangulación recorre…»

Tkachuk dijo:

—Los topógrafos hablan de la triangulación. ¿No tendrá algo que ver con la estrangulación?

—En absoluto —dijo el jefe operativo.

Todos firmamos el acta. El recluso Leónov no dejó escrita ninguna carta. Se llevaron su cadáver para luego atarle en el pie izquierdo una tablilla con el número de su expediente personal y enterrarlo entre las piedras de los hielos perpetuos, donde el difunto se quedaría esperando el Juicio Final, o cualquier otra resurrección de los muertos.

Y de pronto comprendí que en mi caso ya era tarde para aprender medicina, y aprender de la vida.

1970

Iván Bogdánov

Iván Bogdánov, que tenía el mismo apellido que el jefe del distrito del lago Chorni, era un hombre guapo, de constitución atlética, pelo claro y ojos grises. A Bogdánov lo habían condenado a diez años por el artículo ciento nueve —por un delito cometido en acto de servicio—, pero estaba al tanto de la situación en un tiempo en que, segadas por la guadaña de Stalin, rodaban cabezas. Bogdánov comprendía que solo la pura casualidad lo había librado del estigma mortal del artículo cincuenta y ocho.

Bogdánov trabajaba con nosotros de contable en la prospección de carbón, un contable escogido expresamente entre los reclusos, a quien se podía gritar, a quien se podía ordenar que remendara, que parcheara las cuentas de pérdidas mal hechas gracias a las cuales se alimentaba la familia del primer jefe del distrito, Paramónov, y su entorno más cercano, gentes agraciadas con la lluvia de oro que representaban los concentrados alimenticios, las raciones polares y demás.

La tarea de Bogdánov, al igual que la de su tocayo, el jefe del distrito, un antiguo instructor del treinta y siete

—he escrito sobre él con todo detalle en el relato «Bogdánov»—,[23] no consistía en poner al descubierto los abusos, sino más bien en lo contrario, en remendar todos los agujeros y dar a los parches un aspecto más cristiano.

En 1939, cuando empezó la prospección, los reclusos no eran más que cinco (yo incluido, un inválido tras la tempestad soportada en 1938 en las minas de oro), y, claro está, del trabajo de los presos nada se podía exprimir.

La costumbre —esta multisecular tradición de los campos que data de los tiempos de Ovidio Nasón, quien, como es sabido, fue jefe en el gulag de la Antigua Roma— dice que cualquier descosido se puede remendar con el trabajo forzado y gratuito de los presos, trabajo que merced a su precio constituye, según Marx, el valor principal del producto. En esta ocasión no había modo de aprovechar el trabajo de los esclavos, éramos demasiado pocos para fundar cualquier género de esperanzas económicas.

Pero sí era posible aprovecharse del trabajo de los libres, unos medio esclavos, expresos, que eran más de cuarenta y a quienes Paramónov había prometido que al cabo de un año regresarían al Continente «con sombreros de copa». Paramónov, exjefe del yacimiento Maldiak, donde el general Gorbátov había cumplido con sus dos o tres semanas hasta llegar a «término», a «colilla», engrosando las filas de los «terminales», tenía una gran experiencia en «abrir»

23. Incluido en *Relatos de Kolimá. Volumen III. El artista de la pala*, Minúscula, Barcelona, 2010.

empresas polares, sabía bien cómo hacerlo. De ahí que Paramónov no fuera juzgado por «comportamiento arbitrario», porque en Maldiak no se produjo nada parecido, sino que se manifestó la mano del destino, que con el libre balanceo de la guadaña se cargó a los libres y, lo principal, a los reclusos condenados por KRTD, Actividades Contrarrevolucionarias Trotskistas.

Paramónov fue exonerado, pues Maldiak, donde en el treinta y ocho morían treinta personas al día, no era en modo alguno el peor lugar de Kolimá.

Paramónov y su ayudante en cuestiones económicas Jojlúshkin sabían muy bien que había que actuar con rapidez mientras el distrito no estuviera controlado y no se creara una contabilidad responsable y cualificada.

Aquello era un robo, y cosas como el concentrado de carne, las conservas, el té, el vino o el azúcar convierten en millonario a cualquier jefe que entre en contacto con el reino del moderno Midas de Kolimá; todo esto Paramónov lo comprendía perfectamente.

También comprendía que estaba rodeado de soplones, que cualquier paso que diera sería investigado. Pero el descaro es una segunda suerte, como dice el proverbio del hampa, y Paramónov conocía bien este mundo.

En pocas palabras, después de su gestión, muy humana, que en cierto modo restableció el equilibrio tras los excesos del año anterior, es decir, el treinta y ocho, cuando Paramónov había estado en Maldiak, se produjo una enorme carencia de las materias más suculentas y ventajosas.

Paramónov halló la manera de saldar las cuentas, de hacer buenos a sus delegados. No lo arrestaron, solo lo retiraron de su lugar de trabajo. Mandaron a poner orden a los dos Bogdánov, el jefe y el contable. Se puso orden, pero quienes tuvieron que pagar todos los gastos de los jefes fueron aquellos cuarenta hombres libres que no habían recibido nada (al igual que nosotros), que recibían diez veces menos de lo estipulado. Mediante actas falsas, los dos Bogdánov lograron taponar el agujero, un hueco tan enorme que se veía en todo Magadán.

Esta fue la tarea que se le encomendó a Iván Bogdánov. Su formación se reducía a los estudios de secundaria y a unos cursos de contabilidad mientras había estado en libertad.

Bogdánov era de la misma aldea que Tvardovski,[24] y nos contó bastantes detalles de la verdadera biografía del poeta, pero entonces la suerte de Tvardovski nos interesaba poco, teníamos problemas mucho más serios...

Trabé amistad con Iván Bogdánov, y aunque, según las instrucciones, un preso común debe estar por encima de un presidiario de un campo de trabajo, como lo era yo, en nuestra minúscula expedición Bogdánov se comportó de manera completamente distinta.

A Iván Bogdánov le gustaba bromear, escuchar «no-

24. Alexandr Tvardovski (1910-1971), poeta y redactor jefe de la revista literaria *Novi mir* en la época del «deshielo». Sus padres fueron represaliados por kulaks, campesinos ricos.

velas» y contarlas él mismo, y fue a través de uno de sus relatos como entró en mi vida la historia clásica sobre los pantalones del novio. La historia se contaba en primera persona y la trama consistía en que a cierto novio llamado Iván su novia le encargaba antes de la boda unos pantalones. El novio era pobre, la familia de la novia más rica, y el hecho estaba en plena sintonía con el espíritu de su tiempo.

También en mi caso, en mi primer matrimonio, a instancias de mi novia, me retiraron todo el dinero de la libreta de ahorros y me encargaron unos pantalones negros de la mejor calidad y en el mejor sastre de Moscú. Es cierto que mis pantalones no sufrieron las transformaciones de los pantalones de Iván Bogdánov. Pero la verdad psicológica, la veracidad del documento, estaba presente en el episodio de los pantalones narrado por Bogdánov.

El argumento de los pantalones de Bogdánov consistía en que su novia le había encargado un traje para la boda. Y el traje estuvo listo un día antes de la ceremonia, pero los pantalones resultaron demasiado largos, unos diez centímetros. Se decidió que al día siguiente le llevarían los pantalones al sastre. El sastre vivía a decenas de kilómetros de allí; ya estaba decidido el día de la boda, convocados los invitados, hechos los pasteles. Y la boda estaba a punto de echarse a perder por culpa de los pantalones. El propio Bogdánov se conformaba con asistir a la boda con el traje viejo, pero la novia no quería ni oír hablar del asunto. Así, entre disputas y reproches, el novio y la novia se fueron cada uno a su casa.

Pero por la noche sucedió lo siguiente. La mujer decidió resolver el error del sastre personalmente y recortó diez centímetros los pantalones de su futuro marido, tras lo cual, alegre y contenta, se sumió en el sueño profundo de una buena esposa.

Entretanto se despertó la suegra, a la que se le ocurrió resolver el problema de la misma forma. La suegra se levantó y, tras tomar la cinta métrica y la tiza, recortó los pantalones otros diez centímetros, planchó para mayor seguridad los pliegues y el borde, y se sumió en el sueño profundo de una buena suegra.

Quien descubrió la catástrofe fue el propio novio: le habían recortado sus pantalones veinte centímetros, estropeándolos sin remedio. De modo que tuvo que celebrar la boda con los pantalones viejos, que es lo que de hecho él había propuesto al principio.

Luego leí la misma historia no sé si en algún libro de Zóschenko o de Avérchenko, o tal vez en algún *Decamerón* moscovita. Pero este argumento apareció en mi vida justamente en un barracón del lago Chorni, en la prospección del Dalulgl.[25]

En nuestra expedición quedó libre el empleo de vigilante nocturno, suceso que había que considerar seriamente, pues ofrecía la posibilidad de una existencia venturosa para un largo período de tiempo.

25. Acrónimo de Carbón del Extremo Norte.

El vigilante era uno de los contratados libres, un civil, y en aquel tiempo era un puesto envidiable

—¿Por qué no te presentas para ese empleo? —me preguntó Iván al poco de aquel importante suceso.

—No me darían nunca un puesto como ese —le dije recordando el año treinta y siete y el treinta y ocho, cuando en la mina Partizán me dirigí al jefe de la sección de educación y cultura, al libre Shárov, pidiéndole que me permitiera ganarme un poco la vida haciendo de escribiente.

«¡Tú no vas a escribir ni las etiquetas de las latas de conservas!», me replicó alegre el jefe de la sección de educación y cultura, palabras que me trajeron vivamente a la memoria la charla mantenida con el camarada Yezhkin en el Servicio de Instrucción Pública de Vólogda en 1924.

Al cabo de dos meses de aquella conversación, el jefe de la sección de educación y cultura, Shárov, fue arrestado y fusilado por el caso Berzin. No es que me crea la encarnación del genio de las *Mil y una noches*, pero lo que he visto supera la imaginación de los persas, al igual que la de las demás naciones.

—No me darán ese puesto.

—¿Por qué no?

—Porque llevo la marca KRTD.

—En Magadán, decenas de amigos míos con esas mismas siglas consiguieron trabajos como ese.

—Sería porque funcionaba la privación del derecho a correspondencia.

—¿Y eso qué quiere decir?

Le expliqué a Iván que en el expediente personal de cada preso enviado a Kolimá se endosa un anexo impreso con un espacio en blanco para el apellido y los demás datos, y con los apartados: 1. Privar del derecho a correspondencia. Y 2. Emplear exclusivamente en trabajos físicos pesados. El segundo apartado era el principal; comparado con este, el derecho a mantener correspondencia era una nimiedad, una burbuja de aire. Seguían otras normas como la de no permitir el uso de aparatos de comunicaciones, una evidente tautología si tenemos en cuenta la privación del derecho a correspondencia contenida en las condiciones del régimen especial.

El último punto decía que todo superior de las secciones del campo debe informar sobre el preso —le siguen el nombre y apellido— al menos una vez cada trimestre.

—Pues yo no he visto ese anexo. Y eso que he examinado tu expediente, porque ahora además soy el responsable de la Unidad de Contabilidad y Registro.

Luego pasó un día, no más. Estuve trabajando en la mina, en una hondonada en la ladera de la montaña, junto a un riachuelo, en el lago Chorni. Encendí una hoguera contra los mosquitos sin preocuparme demasiado por cumplir la norma.

Los arbustos se abrieron y a mi hoyo se acercó Iván Bogdánov; se sentó, encendió un pitillo y escarbó en sus bolsillos.

—¿No será esto?

Llevaba en la mano uno de los dos ejemplares del

anexo en el que aparecía mi privación del «derecho a correspondencia», arrancado de mi expediente personal.

—Es cierto que el expediente se redacta en dos ejemplares —dijo pensativo Iván Bogdánov—: uno se guarda en el archivo central de la Unidad de Contabilidad y Registro y el segundo viaja con el preso por todos los campos y sus rincones. Pero, de todos modos, ningún jefe local preguntará a Magadán si en tu expediente está el papel de la privación del derecho a correspondencia.

Bogdánov me mostró de nuevo el papel y lo quemó en el fuego de mi pequeña hoguera.

—Ahora ya puedes mandar tu petición para el empleo de vigilante.

Pero el puesto no me lo dieron a mí, se lo dieron a Gordéyev, un esperantista con una condena de veinte años por el artículo cincuenta y ocho, pero un soplón.

Al cabo de poco tiempo a Bogdánov, el jefe del distrito, no el contable, lo echaron por borracho, y su lugar lo ocupó el ingeniero Víktor Plutálov, el primero en organizar el trabajo en una exploración hullera de forma racional, como corresponde a un ingeniero que entiende de construcción.

Si la dirección de Paramónov se había caracterizado por los robos y la de Bogdánov por la persecución de los enemigos del pueblo y sus interminables borracheras, Plutálov nos mostró por primera vez qué era un frente de trabajo, no un lugar basado en la delación sino justamente en el trabajo, en la cantidad de metros cúbicos que cada uno podía extraer aun trabajando en las anormales condiciones

de Kolimá. Nosotros solo conocíamos la humillación de un trabajo inútil, interminable y absurdo.

Aunque es posible que nos equivocáramos. En nuestro trabajo obligado, esclavo de sol a sol —y quien conoce las costumbres del Sol polar sabe qué significa esto—, tal vez se ocultara cierto sentido superior, justamente el sentido estatal de lo absurdo del trabajo.

Plutálov trataba de mostrarnos el otro lado de nuestro propio trabajo. Plutálov era un hombre nuevo, acababa de llegar del Continente.

Su frase preferida era: «Porque yo no soy del NKVD.»

Por desgracia, nuestra expedición no encontró carbón y cerraron la zona. A una parte del personal la mandaron a Jeta (donde hacía de vigilante Anatoli Gidash), que estaba a una distancia de siete kilómetros, y a la otra a Arkagalá, a la mina del distrito hullero de Arkagalá. Allí fui yo, y al cabo de un año, «gripeando» en el barracón y temiendo pedirle la baja a Serguéi Mijáilovich Lunin, quien solo protegía a los hampones y a los favoritos de los jefes, marchaba a trabajar a la mina y sobrellevaba de pie la gripe como buenamente podía.

Fue allí, en el griposo delirio del barracón de Arkagalá, donde me entró un deseo irrefrenable de comer cebolla, que no probaba desde Moscú, y a pesar de que nunca había sido un admirador de esa dieta, no se sabe por qué razón me vino en sueños el ansia voraz de morder una cabeza de cebolla. Un sueño frívolo para un habitante de Kolimá. Así lo consideré al despertarme. Pero no me desperté

con el tañido del riel, como me ocurría normalmente, sino una hora antes del recuento.

Tenía la boca llena de saliva, clamando por comer cebolla. Y pensé que si se producía un milagro y aparecía una cabeza de cebolla, me curaría.

Me levanté. A lo largo de la pared, como en todos los barracones, se extendía una larga mesa flanqueada por dos bancos.

Dándome la espalda, con el chaquetón puesto, se hallaba sentado un hombre que de pronto se giró hacia mí. Era Bogdánov.

Nos saludamos.

—Bueno, tomemos al menos un té, por el encuentro; pero el pan, cada uno el suyo —dije, y fui a por una taza. Iván sacó la suya, y pan. Y nos pusimos a tomar té.

—Han cerrado el lago Chorni, ya no queda ni el vigilante. Se han ido todos, todos. Y yo, como contable, me he marchado con la última expedición y me he venido aquí. Pensé que aquí estaríais mejor de provisiones. Confié en hacerme con algunas conservas. Lo único que me queda en el fondo del saco es una decena de cabezas de cebolla. No había dónde meterlas, así que las eché en el saco.

Palidecí.

—¿Cebollas?

—Eso mismo, cebollas. ¿Por qué te pones así?

—¡Dámelas!

Iván Bogdánov le dio la vuelta al saco y unas cinco cabezas de cebollas resonaron sobre la mesa.

—Tenía más, pero las he ido repartiendo por el camino.

—No importa las que sean. ¡Cebollas! ¡Cebollas!

—¿Qué os pasa aquí? ¿Tenéis escorbuto?

—No es nada de eso. Luego te lo cuento. Después del té.

Y le conté toda la historia a Bogdánov.

Luego Iván Bogdánov trabajó en su especialidad, en la contabilidad del campo, y la guerra lo pilló en Arkagalá. Arkagalá era un centro administrativo del distrito, de modo que los encuentros entre un común y un preso con mis siglas se tuvieron que suspender. Pero a veces nos veíamos y charlábamos.

En el año cuarenta y uno, retumbó sobre mi cabeza el primer trueno: quisieron endosarme una causa falsa relacionada con una avería en la mina, pero el intento fracasó por la obstinación de mi compañero de trabajo, que era quien había provocado la avería, el marinero de la flota del mar Negro y preso común Chudakov; y cuando Chudakov, después de tres meses de celdas de castigo, salió en libertad, es decir, a la zona del campo, y nos vimos, me contó los detalles de su interrogatorio. Se lo expliqué todo a Bogdánov, pero no para pedirle consejo: en Kolimá nadie necesita consejos, de hecho ni siquiera tienes derecho a recibirlos, ya que puedes sobrecargar la psique de aquel a quien se lo pides y suscitarle una inesperada explosión debido a su deseo de darte una respuesta; aunque en el mejor de los casos ni siquiera te contestará, no prestará atención al asunto ni te será de ayuda.

Bogdánov se interesó por mi problema.

—Ya me enteraré. Se lo sonsacaré —dijo señalando con gesto expresivo al horizonte, en dirección a las caballerizas, donde se encontraba la casita del delegado—. Ya me enteraré. He trabajado para ellos. Soy un soplón. A mí no me esconderán nada.

Pero Iván no alcanzó a cumplir su promesa. Me mandaron a la zona especial de Dzhelgalá.

1970-1971

Yákov Yevséyevich Zavódnik

Yákov Yevséyevich Zavódnik era mayor que yo; durante la revolución tendría unos veinte años, incluso veinticinco. Formaba parte de una familia enorme, pero no de aquellas que se erigían en modelo de la familia judía. Con una apariencia típica y claramente judía —barba negra, ojos oscuros y nariz prominente—, Zavódnik no sabía hebreo y en ruso pronunciaba discursos breves e incendiarios, o más que discursos eran proclamas y frases que parecían órdenes. Yo me imaginaba fácilmente a Zavódnik en el papel de comisario militar durante la guerra civil, a un combatiente que lanzaba a los guardias rojos contra las trincheras de Kolchak, y los animaba a luchar siguiendo su propio ejemplo. Zavódnik fue en efecto comisario, un comisario militar en el frente de Kolchak, y obtuvo dos medallas de la Bandera Roja. Gritón y deslenguado, peleón, amigo del trago y «de mano muy suelta», como se dice en el argot del hampa, Zavódnik invirtió sus mejores años, su pasión, en expediciones, combates y ataques que daban sentido a su vida. Era Zavódnik un jinete extraordinario. Después de la guerra civil trabajó en Bielorrusia, en

Minsk, en cargos del sóviet junto a Zelenski, con quien había trabado amistad durante la guerra civil. Zelenski se trasladó a Moscú y se llevó consigo a Zavódnik al Comisariado del Pueblo de Comercio.

En 1937 Zavódnik fue arrestado por el «caso Zelenski», pero no lo fusilaron, sino que le echaron quince años de campos, que para principios del treinta y siete era una condena considerable. Como en mi caso, en su sentencia moscovita se señalaba que la condena debía cumplirse en Kolimá.

De carácter salvaje, la locura ciega que invadía a Zavódnik en los momentos cruciales de su vida, y que lo empujaba a cabalgar al encuentro de las balas de Kolchak, tampoco lo abandonó durante los interrogatorios. En Lefórtovo se abalanzó desde el banco sobre su instructor e intentó agredirlo en respuesta a la proposición de este de que desenmascarara al enemigo del pueblo Zelenski. En Lefórtovo le rompieron a Zavódnik la cadera y lo encerraron durante largo tiempo en el hospital. Cuando el hueso de la cadera se le soldó, mandaron a Zavódnik a Kolimá. Aquella cojera, heredada de Lefórtovo, la arrastró Zavódnik en las minas y en los campos de castigo de Kolimá.

A Zavódnik no lo fusilaron, le echaron quince años y cinco de propina, es decir, de privación de derechos. Su compañero de causa Zelenski hacía tiempo que ya estaba en la luna.[26] Zavódnik firmó en Lefórtovo todo lo que le

26. En el argot del hampa, «en el otro mundo».

pudiera salvar la vida; Zelenski fue fusilado y a él le rompieron una pierna.

—Es verdad, firmé todo lo que me pidieron. Después de que me rompieran la cadera y de que se me soldara el hueso, fui dado de alta de la clínica de la Butirka y llevado a Lefórtovo para proseguir la instrucción. Lo firmé todo, sin leer ninguno de los protocolos. Para entonces a Zelenski ya lo habían fusilado.

Cuando en el campo le preguntaban por la cojera, Zavódnik respondía: «Me viene de la guerra civil.» Pero en realidad aquella cojera le venía de Lefórtovo.

En Kolimá, el carácter salvaje de Zavódnik y sus explosiones de rabia desencadenaron enseguida una serie de conflictos. Durante su estancia en los yacimientos, Zavódnik recibió repetidas palizas de los guardias, de los vigilantes, debido a sus estruendosos y violentos escándalos, que además se producían por cualquier nimiedad. Así, Zavódnik se enfrascó en una pelea, organizó una auténtica batalla con los vigilantes de la zona de castigo por su negativa a cortarse la barba y el cabello. En los campos le pasan la maquinilla a todo el mundo: el derecho a conservar un cabello largo y peinado representa un privilegio y es un incentivo que los reclusos aprovechan sin falta. A los sanitarios presos, por ejemplo, se les permite llevar el pelo largo, y esta circunstancia siempre provoca cierta envidia. Zavódnik no era ni médico ni practicante, pero su barba era espesa, negra, larga. Su cabello, más que pelo, parecía una hoguera de fuego negro. Al defender su barba del afeitado, Zavódnik se lanzó contra

un vigilante, le echaron un mes de celda de castigo, pero siguió llevando su barba negra y fue rapado a la fuerza por los vigilantes. «Me sujetaban ocho hombres», contaba orgulloso Zavódnik; la barba le creció y Zavódnik la volvió a llevar de forma abierta y retadora.

La lucha por esta barba era un acto de afirmación del excomisario de guerra, su victoria moral después de tantas derrotas morales. Tras muchas aventuras, Zavódnik fue a parar por largo tiempo al hospital.

Estaba claro que no lograría ninguna revisión de su causa. No le quedaba más que esperar y seguir vivo.

Alguien sugirió a los de arriba que se podía dar buen uso al carácter, a la naturaleza del héroe de la guerra civil, a su talante vocinglero, obstinación, honradez personal e inagotable energía en el cumplimiento de sus obligaciones como vigilante o jefe de brigada del campo. Pero no había ni que hablar de ningún trabajo civil y legal para un enemigo del pueblo, para un trotskista. Y he aquí a Zavódnik con el estatus de miembro del equipo de convalecientes de cierto PS (Punto de Salud), de un ES (Equipo de Salud); como en el dicho en verso:

Primero el PS, el ES después,
una tablilla luego al pie, y adiós.

Pero a Zavódnik no le ataron ninguna tablilla al tobillo izquierdo, como se hace al enterrar a un preso del campo. Zavódnik se encargó de almacenar leña para el hospital.

En un planeta donde el invierno dura diez meses, este es un tema muy serio. El hospital central para presos emplea a cien hombres en esta tarea. El alerce alcanza la madurez a los trescientos, quinientos años. La tala de bosque destinada a leña del hospital era, por supuesto, un saqueo. La renovación del bosque era una cuestión que en Kolimá ni siquiera se planteaba, y si se tocaba el tema, se hacía como si fuera un detalle burocrático o una romántica quimera. Estos dos conceptos tienen mucho en común, y algún día los historiadores, los estudiosos de la literatura y los filósofos lo comprenderán.

En Kolimá el bosque crece en los desfiladeros y laderas, a lo largo del curso de los arroyos. De modo que Zavódnik, tras recorrer a caballo todos los grandes ríos y manantiales del entorno, le presentó su informe al jefe del hospital. Por entonces el jefe del hospital era Vinokúrov, un hombre dado al autoabastecimiento, pero no un granuja, no de aquellos que desean lo peor a los hombres. Se organizó una expedición al bosque y se preparó la leña. Claro que, como ocurría en todos los hospitales, quienes trabajaban eran gente sana, no los enfermos —aunque también había personal de los ES y PS, gente que debería haber estado trabajando en las minas desde hacía tiempo—, pero no había otra salida. Vinokúrov era considerado un buen gestor. La dificultad consistía en que cierta cantidad de combustible (¡muy grande!) se debía preparar al margen de todo cálculo oficial, e incluirla en un fondo de reserva, del cual los responsables y los administradores locales y el jefe del

campo acostumbraban a abastecerse sin control ni miramientos, de manera absolutamente gratuita e ilimitada. En el hospital, quien pagaba por bienes tales como la leña era la capa media de los contratados libres; mientras que los jefes de arriba los recibían de manera gratuita, y todo ello alcanzaba un importe nada desdeñable.

Pues bien, a la cabeza de esta compleja cocina del abastecimiento de leña se colocó a Yákov Zavódnik. Como no era idealista, aceptó de buen grado encabezar tanto las tareas de producción como las de almacenamiento, subordinado solo al jefe. Y junto con este, esquilaba al Estado cada día y cada hora sin remordimiento alguno de conciencia. El jefe del campo recibía huéspedes llegados de todo Kolimá, tenía un cocinero a su cargo y ofrecía un buffet libre, y Zavódnik, el jefe del almacén de leña, se hallaba con su puchero junto a la despensa cuando llegaba la comida. Zavódnik era de los jefes de brigada del campo, exmiembros del partido, que comían siempre con la brigada, de manera pública y sin aprovecharse personalmente del más mínimo privilegio personal ni en la ropa ni en la comida, salvo, tal vez, el de llevar su negra barba.

Yo también hice siempre eso mientras trabajé de practicante. Me vi obligado a dejar el hospital en la primavera de 1949, tras un sonado y serio conflicto en el que incluso se vio implicado Magadán. Y me mandaron de practicante al bosque, donde trabajaba Zavódnik, a una expedición en el bosque, a unos cincuenta kilómetros del hospital, en el manantial Duskania.

—Ya es el tercer practicante que echa Zavódnik; no le gusta ninguno, al muy perro.

Con estas palabras me daban ánimos mis compañeros.

—¿Y quién me hará entrega de la plaza?

—Grisha Barkán.

Conocía a Grisha Barkán, aunque no personalmente, sino por referencias. Barkán era practicante militar, de los repatriados, lo habían colocado en ese puesto del hospital hacía un año y trabajaba en la sección de tuberculosos. De este Grisha sus compañeros no tenían muy buena opinión, pero yo había aprendido a no tener en cuenta lo que dijeran informadores y soplones. Me sentía demasiado impotente ante este poder supremo de la naturaleza. Pero sucedió que, con motivo de algún aniversario festivo, publicamos un periódico mural y la mujer de Baklánov, nuestro nuevo instructor operativo, formaba parte de la redacción. Un día la esperaba yo junto al despacho de su marido, la había ido a ver para que me entregara los textos censurados, y en respuesta a mis golpes en la puerta oí que me decían: «¡Entre!» Y entré.

La esposa del instructor se hallaba sentada en un diván, mientras el propio Baklánov llevaba a cabo un careo.

—Barkán, usted escribe en su declaración que Savéliev —quien también había sido llamado al despacho—, que el practicante Savéliev ha injuriado al poder soviético y alabado a los fascistas. ¿Dónde se produjo esto? ¿En la cama del hospital? ¿Y cuánta fiebre tenía entonces Savéliev? ¿No es posible que delirase? Retire su denuncia.

Así es como me enteré de que Barkán era un soplón. Porque, lo que es Baklánov —el único instructor operativo que conocí en toda mi vida en el campo—, no producía la impresión de ser un auténtico instructor y no era un chekista,[27] claro. Había llegado a Kolimá directamente del frente y nunca había trabajado en los campos. Y no aprendió a hacerlo. Ni a Baklánov ni a su mujer les gustaba el trabajo en Kolimá. Tras cumplir su período de servicio, ambos regresaron al Continente y hace muchos años que viven en Kiev. Baklánov era de Lvov.

El practicante vivía en una isba aparte, y la mitad de esta hacía las veces de ambulatorio. La isba tocaba a los baños. Durante más de diez años, nunca me había quedado solo, ni de noche ni de día, de modo que experimenté aquella dicha con todo mi ser, impregnado además del delicado olor de los verdes alerces y de las incontables hierbas que florecían furiosas. Un armiño corrió por la última nieve, echaron a andar los osos tras levantarse de sus guaridas, haciendo temblar los árboles... Ahí empecé a escribir versos. Esos cuadernos se han conservado. Eran hojas de un tosco papel amarillo. Parte de las libretas eran de papel de embalaje, un papel blanco de la mejor calidad. Este papel, dos o tres rollos del papel más espléndido del mundo, me lo regaló el soplón Grisha Barkán. Tenía todo el ambulato-

27. Agente de la *Chegvicháinaya Komissia* (Cheka), comisión especial para la lucha contra la contrarrevolución y el sabotaje (1918-1922), origen de la policía política.

rio repleto de rollos; de dónde los sacó y adónde se los llevó, no lo sé. Trabajó poco tiempo en el hospital, se trasladó al yacimiento vecino, pero visitaba a menudo el hospital y se marchaba aprovechando los coches de paso.

Al presumido y bien plantado Grisha Barkán se le ocurrió un día viajar de pie sobre unos barriles, para no ensuciar de gasolina sus botas de cuero ni sus pantalones azules de hombre libre. La cabina estaba llena. El chófer le dejó que fuera en la caja aquellos diez kilómetros, pero en una subida el coche dio un salto y Barkán salió volando al camino y se quebró la cabeza contra las piedras. Vi su cuerpo en la morgue. La muerte de Barkán fue, creo, el único caso en que el destino no se puso del lado de un soplón.

Por qué Barkán no congenió con Zavódnik fue algo que descubrí enseguida. Seguramente mandó arriba alguna «señal» sobre un asunto tan delicado como el aprovisionamiento de leña, sin preocuparse de cuál era el motivo de aquella falsificación ni de quién salía ganando con ella.

En mi primer contacto con Zavódnik le dije que no quería saber nada de sus asuntos, pero también le rogué que no se metiera en los míos. Todas mis bajas del trabajo estaban fuera de discusión. Tampoco iba a aceptar ninguna indicación por su parte respecto a la prescripción de los días de descanso. Mi actitud hacia los hampones era bien conocida, de modo que Zavódnik no había de temer en este sentido ni presiones ni sorpresas.

Al igual que Zavódnik, yo también comía del caldero común. Los leñadores vivían en tres lugares distintos, situa-

dos en un radio de cien kilómetros alrededor del primer asentamiento. Y yo me desplazaba de un asentamiento a otro, pasando dos o tres noches en cada uno. La base era Duskania. En Duskania me enteré de algo muy importante para todo sanitario: de un bañero (había allí un tártaro venido de la guerra) aprendí a practicar desinfecciones sin la cámara necesaria para ello. Una cuestión de no poca importancia en los campos de Kolimá, donde los piojos son los constantes acompañantes del preso. Allí practiqué desinfecciones en bidones de hierro con un éxito del cien por cien.

Más tarde estos conocimientos míos causaron auténtica sensación en la administración de carreteras, porque los piojos no se ceban solo en el recluso, sino también en el escolta, en el soldado. Realicé muchas desinfecciones con invariable éxito, pero fue en Duskania, con Zavódnik, donde aprendí a hacerlo. Al ver que expresamente no me inmiscuía en sus complejas operaciones con los tocones, en sus pilas y sus metros cúbicos, Zavódnik se tornó más bueno, y al ver que yo no tenía ningún favorito, bajó del todo la guardia. Fue entonces cuando me contó su estancia en Lefórtovo, la lucha por defender su barba. Me regaló un libro de poemas de Ehrenburg. Le era completamente ajena cualquier tipo de literatura. No le gustaban ni siquiera las novelas y similares, se ponía a bostezar a las primeras líneas. Otra cosa eran los periódicos y las noticias políticas. Ante la prensa siempre reaccionaba. A Zavódnik le gustaban los hechos reales con personas reales. Y lo más importante es que se aburría, se angustiaba, no sabía en qué consumir sus fuerzas, y trataba de

rellenar el día con tareas cotidianas desde el momento en que se despertaba. Incluso dormía lo más cerca de su trabajo, junto a los trabajadores, al lado del río, de las balsas, dormía en la tienda o en un catre de un barracón cualquiera, sin colchón ni almohada, solo con el chaquetón bajo la cabeza.

En 1950, durante el verano, tuve necesidad de viajar a Bajaigá, a unos cuarenta kilómetros corriente arriba de Kolimá, donde en la orilla del río teníamos un asentamiento de presos al que debía llegarme para mi visita periódica de inspección. La corriente del Kolimá es fuerte, la lancha recorre estos cuarenta kilómetros en diez horas. De vuelta, en una balsa, se regresa en una hora, incluso menos. El piloto de la embarcación era un trabajador libre, además contratado, y era mecánico, una profesión muy buscada; como todo piloto y mecánico de Kolimá, justo antes de la partida de la lancha estaba muy borracho, pero borracho con conocimiento, a la manera de Kolimá: se aguantaba de pie y hablaba con sensatez, solo que hedía a alcohol. El piloto trabajaba en el transporte de los leñadores. La lancha tenía que haber salido la noche anterior, pero no zarpó hasta el amanecer de la blanca noche de Kolimá. El piloto estaba al tanto de mi viaje, claro está, pero en la lancha, a punto de partir, se instaló no sé qué jefe o un conocido del jefe, o simplemente un pasajero que había soltado un buen fajo y que, dándome la espalda, esperaba a que el piloto acabara de conversar conmigo.

—No quedan plazas. Que no quedan, te he dicho. Vendrás en el siguiente viaje

—Pero si ayer me dijiste…

—Qué importa lo que te dijera ayer... Hoy es distinto. Largo del desembarcadero.

Toda la conversación se desarrollaba sembrada de juramentos, en el más selecto repertorio de blasfemias de los campos de Kolimá.

Zavódnik vivía no lejos de allí, en la colina, dormía en una tienda y sin quitarse la ropa. Enseguida comprendió lo que sucedía y corrió hacia la orilla con la camisa puesta, pero sin gorro, tras haberse calzado de cualquier manera sus botas de goma. El piloto, con botas de caucho, se hallaba en el agua junto a la lancha, empujándola. Zavódnik se acercó al agua.

—¿Qué pasa, es que no quieres llevar al practicante o qué?

El piloto se enderezó y se dirigió a Zavódnik.

—¡Eso mismo! No lo llevo. ¡He dicho que no y es que no!

Zavódnik le dio un puñetazo en la cara al piloto, que cayó y desapareció bajo el agua. Yo ya pensaba que había ocurrido una desgracia y me dirigí al agua, pero el piloto se levantó con el agua chorreándole de su traje de lona. Se arrastró hasta la lancha, se encaramó en silencio a su sitio y puso en marcha el motor. Yo, con mi bolsa de sanitario, me senté en la lancha y estiré las piernas; la lancha zarpó. Aún no había oscurecido cuando atracamos en la desembocadura del Bajaigá.

Toda la energía de Zavódnik y todas sus fuerzas morales se concentraban en satisfacer los deseos de Vinokúrov,

el jefe del hospital. Era aquel un acuerdo mudo entre el señor y el esclavo. El señor carga por entero con la responsabilidad de proteger a un enemigo del pueblo, a un trotskista —destinado a vivir en campos especiales—, y el agradecido esclavo, sin esperar a cambio que se le descuenten los días trabajados ni ninguna otra reducción, crea para su señor bienes materiales en forma de leña, pescado fresco, caza, bayas y demás dones de la naturaleza. Zavódnik controlaba a sus leñadores con mano de hierro, vestía solo ropa de uniforme y comía del caldero común. El esclavo comprendía que su señor no se hallaba en condiciones de realizar gestión alguna para liberarlo anticipadamente, pero el señor le permitía al esclavo conservar la vida, en el sentido más literal, más elemental, de la palabra. Liberaron a Zavódnik tras cumplir su condena, su pena completa de quince años de calendario; en su caso no se le podían haber aplicado las reducciones por los días trabajados. Zavódnik salió en libertad en 1952, justamente el día en que cumplió la pena de quince años, a la que se le había condenado en 1937 en Moscú, en la cárcel de Lefórtovo. Zavódnik había comprendido hacía tiempo que era inútil escribir solicitando que le revisaran la condena. Zavódnik no recibió respuesta ni a una sola de las reclamaciones que escribió en los primeros e incautos años de Kolimá.

Zavódnik, que se hallaba constantemente metido en proyectos como el de una «helera» para las expediciones en el bosque, había diseñado y construido para los leñadores un vagón sobre ruedas, o, mejor dicho, no sobre ruedas

sino sobre un tractor-trineo. La brigada podía así viajar en busca de leña. Porque en Kolimá el bosque es escaso, se halla en la zona de la tundra boscosa, no hay árboles gruesos; y para no tener que montar las tiendas y talar troncos para construir isbas, se proyectó aquel vagón de uso permanente, sobre un trineo, con dos pisos de literas. Allí cabía cómodamente una brigada de leñadores, veinte personas con sus herramientas. Pero por entonces era verano, y el verano en Kolimá es muy caluroso, aunque solo es caluroso de día, porque por las noches hace frío; el vagón era un buen invento, pero mucho peor que una tienda de lona. Y en invierno las paredes del vagón eran demasiado frías, delgadas. Las heladas de Kolimá ponen a prueba cualquier conglomerado, cartón embreado o chapa, los desmenuza y quiebra. En invierno no se podía vivir en el vagón, y los leñadores regresaron a las isbas, un invento probado durante miles de años. Abandonaron el vagón en el bosque. Yo le aconsejé a Zavódnik que lo entregara al museo de Magadán, pero no sé si hizo caso a mis palabras.

Otra de las diversiones de Zavódnik y Vinokúrov eran los trineos aeropropulsados, una especie de deslizadores que volaban sobre la nieve. En la conquista del Norte se recomendaba fervientemente el empleo de los «aerotrineos», traídos de no se sabe qué lugar del Continente. Pero estos trineos necesitan de ilimitados espacios blancos, y el terreno de Kolimá está sembrado al cien por cien de tocones y socavones, ligeramente cubiertos de nieve, nieve que, durante la tempestad, cuando sopla el viento, sale volando

de todas las grietas. En Kolimá no abundaba la nieve, y los aerotrineos se rompieron en las primeras pruebas. Pero, como es natural, en sus informes Vinokúrov insistía muchísimo en estos vagones y en los trineos.

A Zavódnik lo llamaban Yákov Ovséyevich. No Evséyevich ni Evguénievich, sino Ovséyevich, en lo que insistía con su voz de trueno durante todos los controles y revistas, hecho que siempre sumía en el desconcierto a los encargados de pasar lista. Zavódnik era una persona absolutamente educada y con una letra caligráfica. Desconozco la opinión de Zúyev-Insárov en lo que se refiere a la caligrafía de Zavódnik, pero sorprendía su trazo firme, pausado y alambicado. No las iniciales «Ya» y «Z», con un descuidado rabito, sino un arabesco trazado con escrupulosa paciencia, arte que uno no puede adquirir si no es en la temprana juventud y en la prisión tardía. En el trazado de su apellido, Zavódnik consumía no menos de un minuto. Allí, de un modo refinadísimo y brillante, hallaban su lugar tanto la inicial «Ya» y la «O» de su patronímico, una «O» redondísima y peculiar, como su apellido, «Zavódnik», trazado con letras voluminosas y claras, y una enérgica rúbrica, que abarcaba solo el apellido, al que seguían unas volutas especialmente complicadas y peculiarmente aéreas, como si fueran la despedida de un pintor de una obra realizada con gran pasión. Lo comprobé muchas veces, y en cualquier situación, incluso montado, mientras escribía en una tablilla, la firma del comisario Zavódnik era siempre pausada, segura y clara.

Nuestras relaciones eran excelentes, más que buenas. Entonces —corría el verano de 1950— me propusieron regresar al hospital con el cargo de responsable de la sala de ingresos. Una sala de ingresos de un enorme hospital penitenciario, con mil camas, no es cualquier cosa; durante años no se había podido poner orden en aquel servicio. Por consejo de todas las organizaciones, me propusieron a mí. Me puse de acuerdo con Amósov, el nuevo médico jefe, sobre algunos de los principios que regirían el trabajo en la sala de ingresos, y acepté el cargo. Zavódnik vino corriendo a verme.

—Ahora mismo conseguiré que retiren esta orden, este apaño se va a ir al traste.

—No, Yákov Ovséyevich —le dije—. Usted y yo conocemos el campo. Su suerte depende de Vinokúrov, el jefe. Y el médico jefe se dispone a irse de vacaciones. A la semana de su partida, a usted le darán el alta del hospital. Por lo que se refiere a mi labor, Vinokúrov no tiene tanta importancia. Quiero dormir caliente, ya que esto es posible, y trabajar en algo, ser de provecho.

Yo comprendía que no conseguiría escribir poesía en la sala de ingresos, en todo caso solo en raras ocasiones. Todo el papel de Barkán ya estaba escrito. Escribía en él siempre que tenía un rato libre. El poema cuyo último verso dice «Puede helar en el paraíso» lo escribí en la desembocadura cegada del manantial Duskania; fueron versos garabateados en el cuaderno de recetas y publicados quince años después en el periódico *Literatúrnaya gazeta*.

Zavódnik no sabía que yo escribía versos, aunque tampoco habría comprendido nada. El territorio de Kolimá era demasiado peligroso para la prosa, uno podía arriesgarse a escribir versos, pero no notas en prosa. Esta es la primera razón por la que en Kolimá yo solo escribía versos. Es cierto que también tenía el ejemplo de Thomas Hardy, el escritor inglés que durante sus últimos diez años de vida no escribió otra cosa que poesía, y que a las preguntas de los periodistas respondía que le preocupaba la suerte que había padecido Galileo. Si Galileo hubiera escrito en verso, tal vez habría tenido menos disgustos con la Iglesia. Yo tampoco quería arriesgarme como Galileo, aunque, por supuesto, no por consideraciones relacionadas con la tradición literaria e histórica; simplemente mi olfato de preso me decía qué estaba bien y qué mal, dónde hacía calor y dónde frío, en el juego de la gallina ciega que yo mantenía con mi destino.

Y así fue, acerté de lleno: Vinokúrov se marchó y al cabo de un mes mandaron a Zavódnik a una mina, donde, por cierto, permaneció hasta que acabó su condena. Pero no hacía falta ser un adivino. Todo es muy simple, elemental, en ese arte o ciencia que llamamos vida. Básico.

Cuando queda en libertad un hombre como Zavódnik, en la cuenta corriente del recluso debe haber cero enteros y cero décimas. Así sucedió con Zavódnik. No dejaron que se marchara a Tierra Grande, claro, y el hombre se colocó de administrador en la base de automóviles de Susumán. Y aunque, como exrecluso, no le pagaban los complementos del Norte, el sueldo le bastaba para vivir.

En el invierno del cincuenta y uno me llegó una carta. La médica Mamuchashvili me trajo a Kolimá una carta de Pasternak. De modo que, con un permiso —trabajaba de practicante en la administración de carreteras—, me puse en marcha parando a los coches de paso. La tarifa de estos viajes —los fríos ya habían llegado— era de un rublo por kilómetro. Por aquel entonces yo trabajaba cerca de Oimiakón, el polo del frío, y de ahí alcancé Susumán. En Susumán, ya de regreso, me encontré en la calle a Zavódnik, que trabajaba como administrador de la base de automóviles. Más suerte no podía tener. A las cinco de la mañana, Zavódnik me montó en la cabina de un enorme Tatra con remolque. Dejé la maleta en la caja —podría haber viajado en la caja, pero el chófer quería satisfacer el deseo de su jefe y me subió a la cabina—. Me tuve que arriesgar: dejar la maleta sin vigilancia.

El Tatra volaba.

El camión iba de vacío, se paraba en cada poblado recogiendo a viajeros de camino. Unos bajaban, otros subían. En un pueblo pequeño, un soldado detuvo el Tatra e hizo montar a diez soldados llegados del Continente para cumplir el servicio militar. Ninguno de ellos había cobrado aún el intenso color moreno del Norte, no estaban quemados por el sol de Kolimá. A unos cuarenta kilómetros salió a nuestro encuentro un camión militar, que nos detuvo. Los soldados trasladaron sus cosas y siguieron su camino. Me invadió entonces cierta sensación de alarma, de duda. Le pedí al conductor que parara el camión y eché un vistazo a la caja. La maleta no estaba.

—Han sido los militares —dijo el chófer—. Pero los vamos a alcanzar, no se nos escaparán.

El Tatra roncó, rugió y se lanzó por la carretera. Y en efecto, al cabo de media hora, dio alcance al camión con los soldados, y tras adelantar al ZIS el conductor le cerró el paso con su Tatra. Recibí una explicación del hecho, y encontré mi maleta con la carta de Pasternak.

—Me he llevado la maleta pensando simplemente que era nuestra, sin ninguna mala intención —me explicó el cabo.

—Si dice que lo hizo sin mala intención, pues será que lo hizo sin mala intención; lo importante es el resultado.

Llegamos a Adigalaj y salí de nuevo a la caza de algún coche de camino a Oimiakón, o a Baragán.

En el año cincuenta y siete, yo ya vivía en Moscú y me enteré de que Zavódnik había regresado y que trabajaba en el Ministerio de Comercio, en el mismo cargo que había ocupado veinte años atrás. Me lo contó Yarotski, un economista de Leningrado que había hecho mucho por Zavódnik en los tiempos de Vinokúrov. Le di las gracias y me apunté la dirección de Zavódnik, le escribí y recibí una invitación para que lo visitara: podía ir directamente a su trabajo, donde me harían un pase y todo lo demás. La carta estaba firmada con el trazo caligráfico que yo tan bien conocía. Punto por punto, sin una voluta de más. Allí me enteré de que Zavódnik estaba «rematando» su período de vida laboral hasta que alcanzara la edad de jubilación, para la que le faltaban formalmente unos cuantos meses. Me lamenté de

que Yarotski no hubiera logrado regresar a Leningrado, a pesar de haber abandonado Kolimá mucho antes que Zavódnik y que yo, y de que ahora se viera obligado a quedarse en Kishiniov.

Yo conocía muy bien el caso de Yarotski, el caso de aquel joven comunista de Leningrado que había votado a favor de la oposición. No había razón alguna para que no viviera en la capital, pero Zavódnik dijo de pronto:

—El gobierno sabe lo que hace. Porque si lo mío y lo de usted está claro, tal vez lo de Yarotski sea algo completamente distinto.

Nunca más visité a Yákov Ovséyevich Zavódnik, aunque sigo siendo amigo suyo.

1970-1971

El ajedrez del doctor Kuzmenko

El doctor Kuzmenko dejó caer las piezas del ajedrez sobre la mesa.

—Qué maravilla —comenté mientras colocaba las piezas sobre el tablero de chapa. Era un trabajo de orfebrería muy fina. Inspirado en el tema de «Los tiempos turbios de Rusia».[28] Los infantes polacos y los cosacos rodeaban la elevada figura del Primer Impostor, el rey de las blancas. La reina blanca tenía los rasgos acusados y enérgicos de Marina Mniszech. Los *hetmans* Sapieha y Radziwill aparecían en el tablero como los oficiales del Impostor. Las negras aparecían

28. Época de crisis dinástica y política que siguió a la muerte del zar Fiódor I Ivánovich en 1598. Después del reinado de Borís Godunov (1598-1605), ocupó el trono Dmitri Ivánovich (1605-1606), el Falso Dmitri —aquí citado como el Primer Impostor—, casado con Marina Mniszech y apoyado por los polacos y la Iglesia católica, que se había hecho pasar por el zar Dmitri I, hijo de Iván el Terrible. Un segundo Falso Dmitri que también aspiraba al poder sitió infructuosamente el monasterio de la Santísima Trinidad y San Sergio, el centro espiritual de Rusia desde el siglo XIV. Estos «tiempos turbios» finalizaron en 1613 con la coronación del primer Románov, Mijaíl Fiódorovich, hijo del futuro metropolita Filaret.

en el tablero con aspecto monacal; las encabezaba el metropolita Filaret. Peresvet y Osliabia, ambos con armadura sobre una túnica monástica, sostenían sendas espadas cortas desenvainadas. Las torres del monasterio de la Santísima Trinidad y San Sergio se encontraban en las posiciones a8 y h8.

—Eso mismo: una maravilla. No me canso de mirarlas…

—Aunque —dije yo— hay una imprecisión histórica: el Primer Impostor no sitió el monasterio.

—Sí, sí —respondió el doctor—: tiene usted razón. ¿Y no le parece extraño que todavía hoy la historia no sepa quién fue ese primer falsario, Grisha Otrépiev?

—Esa no es más que una de las muchas hipótesis, y además poco probable. Y está la verdad que formuló Pushkin. Borís Godunov tampoco fue como aparece en Pushkin. Ahí se ve el papel del poeta, del dramaturgo, del novelista, del compositor y del escultor. A ellos les corresponde la interpretación del hecho. Es el siglo diecinueve, con su ansia de explicar lo inexplicable. A mediados del siglo veinte un documento habría desplazado todo lo demás. Y solo se creería en el documento.

—Tenemos la carta del impostor.

—Sí, el príncipe Dmitri dio muestras de que era un hombre culto, un gobernante instruido, a la altura de los mejores zares del trono ruso.

—Pero, de todos modos, ¿quién era? Nadie sabe quién fue este soberano ruso. Ya ve lo que es un misterio polaco. Y los historiadores, impotentes. Hasta da vergüen-

za. Si esto hubiera sucedido en Alemania, se habrían encontrado documentos, donde fuera. A los alemanes les gustan los documentos. Pero los encumbrados amos del impostor sabían bien cómo se guarda un secreto. ¡Cuánta gente asesinada entre aquellos que han tenido acceso a este enigma!

—Exagera usted, doctor Kuzmenko, negándonos la capacidad de guardar un secreto.

—No la niego, en absoluto. ¿Acaso la muerte de Ósip Mandelshtam no es un misterio? ¿Dónde y cuándo murió? Hay cien testigos de su muerte, causada por las palizas, por el hambre, por el frío (no hay discrepancias sobre las circunstancias de su muerte), pero cada uno de los cien se ha creado su propio relato, su leyenda. ¿Y la muerte del hijo de Guerman Lopatin,[29] asesinado solo por ser el hijo de Guerman Lopatin? Sus huellas se buscan desde hace treinta años. A los familiares de antiguos dirigentes del partido como Bujarin o Ríkov les han entregado certificados de defunción, cuyas fechas varían en muchos años, desde el treinta y siete hasta el cuarenta y cinco. Pero nadie se ha encontrado nunca con esta gente después del treinta y siete o el treinta y ocho. Todos estos certificados se hicieron para consolar a los familiares. Las fechas de las muertes son arbitrarias. Sería más acertado suponer que todos fueron fusilados no más tarde del treinta y ocho en los sótanos de Moscú.

—Me parece que…

29. Guerman Lopatin (1845-1918), político y revolucionario populista ruso, miembro del Consejo General de la I Internacional Comunista.

—¿Se acuerda usted de Kulaguin?

—¿El escultor?

—¡Sí! Desapareció sin dejar rastro, como desaparecían muchos. Se esfumó con otro apellido, apellido que en el campo le cambiaron por un número. Y el número se lo cambiaron de nuevo por un tercer apellido.

—He oído hablar de bromas así —dije.

—Este ajedrez es obra suya. Hizo las piezas en la prisión Butirka, de pan, en el año treinta y siete. Todos los arrestados que se encontraban en la celda de Kulaguin se pasaban el día masticando pan. Aquí lo importante es dar con el momento en que la saliva y la masa de pan entran en cierta fusión única, esto lo decidía el propio maestro, su labor consistía en sacar de la boca la masa lista para adoptar cualquier forma en las manos de Kulaguin y solidificarse por los siglos de los siglos como el cemento de las pirámides egipcias.

»Kulaguin hizo de esta manera dos juegos. El segundo era "La conquista de México por Cortés". Los tiempos turbios de los mexicanos. A los españoles y mexicanos Kulaguin se los vendió o entregó por nada a algún jefe de la prisión, pero "Los tiempos turbios" se los llevó consigo de viaje a Siberia. Están hechas con una cerilla, con las uñas; en la cárcel está prohibido cualquier objeto metálico.

—Aquí faltan dos piezas —dije—: la reina negra y la torre blanca.

—Lo sé —dijo Kuzmenko—. La torre ha desaparecido del todo, pero la reina negra, a la que le falta la cabeza, la tengo guardada en mi mesa de trabajo. Por eso hasta hoy

no sé cuál de los negros defensores del monasterio durante los tiempos turbios hacía de reina.

»La distrofia alimentaria es una broma terrible. A esta enfermedad de nuestros campos no se le dio su verdadero nombre hasta después del bloqueo de Leningrado. Porque hasta entonces se diagnosticaba como poliavitaminosis, pelagra, consunción debido a la disentería. Y así sucesivamente. Otro de los misterios por desentrañar. El misterio de la muerte en los campos. Los médicos tenían prohibido hablar o escribir sobre el hambre en los documentos oficiales, en las historias clínicas, en las conferencias, en los cursos de recapacitación.

—Lo sé.

—Kulaguin era un hombre alto, corpulento. Cuando lo trajeron al hospital pesaba cuarenta kilos, lo que pesaban sus huesos y su piel. Estaba en una fase irreversible de la distrofia alimentaria.

—A toda la gente que pasa hambre se le oscurece la mente en cierto momento terrible, padece un trastorno lógico, la demencia, una de las D de la célebre tríada de Kolimá: demencia, diarrea y distrofia. ¿Sabe usted qué es la demencia?

—¿La locura?

—Sí, es la locura, una locura adquirida, una debilidad mental sobrevenida. Cuando trajeron a Kulaguin, yo, el médico, comprendí enseguida que el paciente manifestaba síntomas de demencia desde hacía tiempo... Kulaguin no recobró la conciencia hasta su muerte. Llevaba consigo un saquito con las piezas de ajedrez, unas piezas que habían

resistido a todo, tanto a las desinfecciones como a la voracidad de los hampones.

»Kulaguin se comió, chupó, se tragó la torre blanca, y arrancó de un mordisco y se tragó la cabeza de la reina negra. Y no hacía más que mugir cuando los enfermeros intentaron arrebatarle de las manos el saquito. Tengo la impresión de que quería tragarse su obra, para simplemente eliminar, borrar su huella de este mundo.

»Había tenido que empezar a tragarse sus figuras de ajedrez unos cuantos meses antes. Habrían salvado a Kulaguin. Pero ¿le hacía falta a él esta salvación?

»Yo no dispuse que le extrajeran la torre del estómago. Durante la autopsia habría sido posible. Tampoco la cabeza de la reina… Por eso a este juego, al ajedrez, le faltan dos piezas. Le toca a usted, maestro.

—No —dije yo—. Se me han quitado las ganas de jugar…

[1967]

El hombre del barco

—Escriba, Krist, escriba —decía el anciano y cansado médico.

Eran más de las dos de la madrugada, la montaña de colillas crecía sobre la mesa en la sala de curas. Los vidrios de las ventanas se cubrían de una esponjosa y gruesa capa de hielo. Una niebla de color lila producida por la *majorka* llenaba la habitación, pero no había tiempo para abrir la ventanilla y airear la sala. Habíamos empezado el trabajo la tarde anterior, a las ocho, y no parecía tener fin. El médico fumaba un cigarro tras otro, liaba deprisa unos gruesos cigarrillos «marineros», arrancando trozos de papel de periódico. Y cuando quería descansar un poco, se liaba un pitillo, una pequeña «pata de cabra». Los dedos chamuscados por el humo de la *majorka*, como los de los campesinos, aleteaban ante mis ojos, el tintero escolar repicaba como una máquina de coser. Al médico se le estaban agotando las fuerzas, se le cerraban los ojos, y ya ni las «patas de cabra» ni los cigarros «marineros» podían vencer su cansancio.

—¿Y si nos hacemos un *chifir*? —propuso Krist.

—¿Y de dónde lo sacamos?

El *chifir* era un té particularmente fuerte que hacía las delicias de los hampones y de los conductores de largas distancias: cincuenta gramos por vaso, un remedio más que seguro contra el insomnio, la divisa de Kolimá, la divisa de los largos viajes, de los trayectos de varios días.

—No me gusta —dijo el médico—. Aunque no considero que el *chifir* sea pernicioso para la salud. He visto no pocos *chifiristas*. Y además se trata de una bebida conocida desde antiguo. No la han inventado ni los hampones ni los chóferes. Jacques Paganel se preparaba *chifir* en Australia e invitaba a tomar esta bebida a los hijos del capitán Grant. «Para un litro de agua, echar media libra de té y cocerlo tres horas», esta es la receta de Paganel... Y usted dice ¡chóferes!, ¡hampones! No hay nada nuevo bajo el sol.

—Acuéstese.

—No, luego. Tiene que aprender usted a interrogar a los pacientes y a hacer la primera exploración. Y ello a pesar de que esté prohibido por la legislación médica; pero en algún momento habré de dormir. Los pacientes se presentan durante todo el día. No pasará nada si la primera consulta la hace usted, un profesional con bata blanca. Quién sabe si es usted enfermero, practicante, médico o académico. Y aún aparecerá en algunas memorias como el médico de la zona, del yacimiento o de la administración.

—Pero ¿habrá memorias?

—Seguro. Si ocurre algo importante, despiérteme. Bien —dijo el médico—. Empecemos. Siguiente.

Ante nosotros se sentaba en un taburete un pacien-

te desnudo y sucio. Parecía más un esqueleto que un maniquí de prácticas.

—Una buena escuela para los practicantes, ¿no? —dijo el médico—. Y para los médicos también. Aunque un médico debería ver y saber algo completamente distinto. Todo lo que tenemos hoy delante es una cuestión de un perfil muy estrecho y harto específico. Si nuestras islas (¿me ha comprendido usted?), si nuestras islas se hubieran hundido bajo tierra... Escriba, Krist, escriba.

»Año de nacimiento: 1893; sexo: varón. Le ruego que preste atención a esta importante cuestión. Sexo: varón. Esta cuestión le interesa al cirujano, al especialista en anatomía patológica, al empleado de la morgue y al demógrafo de la capital. Pero al propio enfermo no le preocupa en absoluto, a él no le importa para nada su sexo.

Mi tintero repiqueteó.

—No, mejor que el paciente se ponga de pie, tráigale de beber agua caliente. Nieve derretida del bidón. El hombre entrará en calor y entonces procederemos al análisis *vita*, los datos de las enfermedades de sus padres —el médico dio unos golpes en la historia clínica con el folio impreso—; puede usted no recabar los datos, no gastar su tiempo en nimiedades. Esto es, las enfermedades padecidas: distrofia alimentaria, escorbuto, disentería, pelagra, avitaminosis A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z... Puede interrumpir la serie donde le parezca. Enfermedades venéreas: negativo; contactos con enemigos del pueblo: negativo. Escriba... «Ingresó por

quejarse de congelación de ambas plantas de los pies, ocasionada por el prolongado efecto del frío sobre los tejidos.» ¿Lo ha escrito? Sobre los tejidos… Cúbrase con la manta, así —el médico arrancó de la litera del médico de guardia una fina manta cubierta de manchas de tinta y la arrojó sobre los hombros del paciente—. Pero ¿cuándo nos van a traer esa maldita agua hirviendo? Haría falta té dulce, pero ni el té ni el azúcar están previstos en la sala de ingresos. Prosigamos. Estatura: media. ¿Qué estatura? No tenemos con qué medirla. Cabello: canoso. Estado nutricional —el médico observó las costillas y la piel estirada, pálida, seca, avejentada—. Cuando vea un estado nutricional como este, debe apuntar: «Por debajo del medio.»

Con dos dedos, el médico tiró de la piel del enfermo.

—Turgencia de la piel: débil. ¿Sabe usted qué es la turgencia?

—No.

—Es la elasticidad. ¿Qué tiene de terapéutico? No, este es un paciente quirúrgico, ¿verdad? Dejemos espacio en la historia clínica para Leonid Márkovich, que vendrá mañana, o, mejor dicho, hoy por la mañana. Lo examinará y escribirá lo que haga falta. Escriba en letras rusas: *status localis*. Ponga dos puntos. ¡Siguiente!

[1962]

Alexandr Gogoberidze

No han pasado más que quince años y ya he olvidado el patronímico del practicante del campo Alexandr Gogoberidze. Ocurre. ¡La esclerosis! Se diría que su nombre debería haberse clavado en las células de mi cerebro para siempre. Gogoberidze era una de esas personas de las que el mundo debería sentirse orgulloso, y yo he olvidado su patronímico. No solo fue el practicante de la sección de dermatología del hospital central para reclusos de Kolimá. Fue mi maestro de farmacología en los cursos para practicantes. Qué difícil fue encontrar un profesor de farmacología para aquellos veinte afortunados presos, para quienes estudiar en aquellos cursos era una garantía de vida, de salvación. Umanski, profesor en la Universidad de Bruselas, aceptó dar las clases de latín. Umanski era políglota, un brillante conocedor de las lenguas orientales, dominaba la morfología de la lengua más aún que la anatomía patológica, que también impartía en los cursos para practicantes. Por cierto, el curso de anatomía patológica tenía algunos espacios en blanco. Como conocía algo los campos (Umanski cumplía su tercera o cuarta condena, como todos, por asuntos rela-

cionados con Stalin en los años treinta), el profesor de la Universidad de Bruselas se negó en redondo a impartir a sus alumnos de Kolimá el capítulo donde se estudiaban los órganos sexuales, masculino y femenino. Y no por un pudor desmedido. En una palabra, se ofreció a los estudiantes la posibilidad de que estudiaran esa parte por su cuenta. Para las clases de farmacología había muchos voluntarios, pero sucedió que el encargado de impartir esta materia se había marchado «a la periferia», o «a la taiga», «al camino», como se decía entonces. Así y todo, el inicio de los cursos ya se había retrasado, y entonces Gogoberidze, en el pasado director de un importante instituto de investigación científica de farmacología, al ver que los cursos se hallaban a punto de naufragar, de manera inesperada dio su consentimiento. Y empezaron las clases.

Gogoberidze se hacía cargo de la importancia de estos cursos tanto para los veinte «estudiantes» como para Kolimá. Las clases enseñaban algo bueno y sembraban el saber. El poder de un practicante de campo es grande, y su provecho (o daño) es considerable.

Sobre esto hablamos los dos más tarde, cuando yo ya era un verdadero «matasanos» del campo y lo visitaba en su «cabina», en la sección de dermatología del hospital. Los barracones hospitalarios se construían según un diseño tipo, a diferencia de lo que ocurría en otras construcciones más alejadas de Magadán, donde los hospitales y los ambulatorios se parecían a cabañas enterradas «a la manera de la taiga». Por cierto, era tal el porcentaje de mortandad que se

hubo de abandonar aquellas cabañas y convertir en centros médicos los barracones de los presos. También hacían falta locales para el famoso grupo C, los pacientes temporalmente liberados del trabajo, cuyo número no paraba de crecer de modo imparable. La muerte es la muerte, digas de ella lo que digas. En las explicaciones uno puede mentir y obligar a los médicos a inventarse los más alambicados diagnósticos: cualquier combinación de letras del teclado con el sufijo «osis» o «itis», en cuanto se tenía la más mínima posibilidad de remitirse a algo ajeno, con tal de encubrir lo evidente. Pero incluso entonces, cuando era imposible encubrir lo evidente, en ayuda de los médicos surgían pronto términos como «poliavitaminosis», «pelagra», «disentería» o «escorbuto». Nadie quería pronunciar la palabra «hambre». No fue hasta después del bloqueo de Leningrado cuando en los diagnósticos de patología anatómica y, más raramente, en los diagnósticos clínicos de las historias clínicas apareció el término de «distrofia alimentaria». Esta denominación sustituyó al instante la avitaminosis y simplificó las cosas. Justamente entonces cobraron gran popularidad los versos de *El meridiano de Púlkovo*, de Vera Inber:

La llama de una derretida vela,
todos los síntomas escuetos
de lo que en lenguaje sabio
llaman los médicos distrofia alimentaria.
Y que ni un latinista ni un filólogo definen
con la simple palabra «hambre».

Pero el profesor Umanski, como especialista en anatomía patológica, era tanto un filólogo como un latinista. Y durante muchos años anotó en los protocolos de la sección los indescifrables «osis» e «itis».

Alexandr Gogoberidze era un hombre callado, pausado; en el campo aprendió a contenerse, a tener paciencia y a valorar a la persona no por su vestimenta —el chaquetón y el gorro de los campos—, sino por toda una serie de signos inexplicables pero también inconfundibles. Las simpatías se sustentan justamente en esos rasgos imperceptibles. Aunque dos personas no hayan intercambiado ni dos palabras, ya sienten una afinidad anímica mutua, o enemistad, o indiferencia o precaución. «En libertad», este proceso es más lento. Pero por aquel entonces estas simpatías o antipatías subconscientes surgían con mayor convencimiento, más deprisa y de manera inequívoca. La enorme experiencia de la vida del preso en el campo, la tensión de sus nervios o la gran simplicidad en las relaciones humanas, la gran sencillez en el conocimiento de los hombres, es la razón de que estas consideraciones resulten infalibles.

En el barracón del hospital —una construcción con dos salidas y con un pasillo en medio— había unas habitaciones llamadas «cabinas» que se podían convertir fácilmente en un almacén, un botiquín o un *box* hospitalario, en un lugar aislado. En estas «cabinas» es donde acostumbraban a vivir los médicos y los practicantes reclusos. En lo que se refiere a las condiciones de vida, aquel era un privilegio más que sustancial.

Las «cabinas» eran diminutas, dos por dos metros o dos por tres. En la misma habitación se encontraba la cama, una mesilla y a veces algo parecido a una minúscula mesa. En medio de la «cabina», ya fuera invierno o verano, ardía una pequeña estufa, parecida a las estufas para las cabinas de los conductores de Kolimá. La estufa en cuestión y la leña para esta, unos pequeños troncos, también robaban no poco de espacio habitable a quien ocupara el cuarto. Pero, de todos modos, era un espacio propio, como un apartamento moscovita independiente. Una pequeña ventanilla, cubierta por una gasa. El resto del espacio de la «cabina» lo ocupaba Gogoberidze. De enorme estatura, ancho de hombros, con manos y pies de gran tamaño, la cabeza siempre afeitada, orejas también grandes, se parecía mucho a un elefante. La blanca bata de practicante le iba estrecha, lo cual intensificaba esta «zoológica» impresión. Solo los ojos de Gogoberidze no eran de elefante, eran los grises y veloces ojos de un águila.

Gogoberidze pensaba en georgiano pero hablaba en ruso, rebuscando lentamente las palabras. Comprendía y captaba el sentido de lo dicho al instante, se notaba por el brillo de sus ojos.

Creo que pasaba con creces de los sesenta cuando nos encontramos en 1946, cerca de Magadán. Las grandes palmas de sus manos se veían rechonchas y, como las de los ancianos, azuladas. Andaba lentamente, casi siempre con un bastón. Llevaba gafas de hipermétrope, gafas «de viejo», que se ponía con un movimiento acostumbrado de la mano.

Pronto descubrimos que este cuerpo gigante aún conservaba gran elasticidad de movimientos y todo su peligro.

El jefe inmediato de Gogoberidze era el doctor Krol, médico especialista en enfermedades de la piel, condenado por un delito común, no se sabe si por especulador o por una estafa. Adulador, amigo de las risitas y de las ordinarieces, en sus clases aseveraba a los estudiantes que estos «nunca se quedarían sin mantequilla» si estudiaban las enfermedades de la piel. Huía de la «política» como del fuego (aunque ¡quién no la temía en aquellos años!). Corrupto y especulador del campo, chanchullero, constantemente en contacto con los ladrones, que le traían sus «trapos y botines».

Los ladrones tenían desde hacía tiempo a Krol «en el anzuelo» y hacían con él lo que querían. Gogoberidze nunca le dirigía la palabra a su jefe, hacía su trabajo, ponía inyecciones y vendas, prescribía, pero no hablaba con Krol. Pero un día, al enterarse de que Krol le había exigido a un recluso —no a un hampón, sino a un «civil»— unas botas de cuero para ingresarlo en la sección y que el soborno ya se había entregado, tras atravesar a grandes zancadas toda la sala, se dirigió al cuarto de Krol. Krol ya se encontraba en su despacho, la habitación estaba cerrada con una pesada barra hábilmente confeccionada por alguno de sus pacientes. Gogoberidze arrancó la puerta y entró en el cuarto de Krol. Tenía el rostro morado, las manos le temblaban. Rugía y berreaba como un elefante. Agarró las botas y con aquellas mismas botas de cuero fustigó a Krol en presencia de los enfermeros y los pacientes. Y las retornó a su propietario. Gogoberidze

se dispuso a esperar la visita del encargado o del comandante. Seguro que el comandante, tras la esperada denuncia de Krol, encerraría a aquel alborotador en una celda de castigo, o podría ser que el jefe del campo enviara a Gogoberidze a trabajos físicos comunes; en casos «criminales» como aquel, la edad avanzada no podía librarlo del castigo. Pero Krol no redactó denuncia alguna. No le salía a cuenta poner al descubierto, por poco que fuera, sus turbios manejos. Y el médico y el practicante siguieron trabajando juntos.

A mi lado, en el pupitre escolar, se sentaba el estudiante Barateli. No sé por qué artículo había sido condenado, no creo que por el cincuenta y ocho. Barateli me lo dijo en cierta ocasión, pero en aquellos tiempos los códigos penales eran tan alambicados que me olvidé del artículo. Barateli no dominaba el ruso y suspendió el examen de ingreso, pero Gogoberidze trabajaba en el hospital desde hacía tiempo, allí lo respetaban y conocían, de modo que supo lograr que admitieran a Barateli. Gogoberidze lo instruyó, durante todo un año le dio de comer de su ración, le compraba *majorka*, azúcar, y Barateli trataba al anciano con gratitud y afecto. ¡Faltaría más!

Pasaron los ocho meses de estos estudios heroicos. Yo me dispuse a marchar, ya en calidad de verdadero practicante, a trabajar a un nuevo hospital situado a quinientos kilómetros de Magadán.

Fui a despedirme de Gogoberidze. Y entonces el hombre me preguntó lentamente, muy lentamente:

—¿No sabrá usted dónde está Eshba?

Me formuló la pregunta en octubre de 1946. Eshba, uno de los miembros más conocidos del Partido Comunista de Georgia, había sido represaliado hacía muchísimo, en los tiempos de Yezhov.

—Eshba murió —le dije—. Lo mataron en la Serpantínnaya casi acabado el treinta y siete, o, quién sabe, a lo mejor sobrevivió hasta el treinta y ocho. Estuvo conmigo en la mina Partizán, pero a finales de 1937, cuando en Kolimá «empezó todo», a Eshba, junto a muchos otros, se lo llevaron, tras «pasar lista», a la Serpantínnaya, donde se encontraba la cárcel de instrucción de la administración minera del Norte y donde durante todo el treinta y ocho se llevaron a cabo casi ininterrumpidamente los fusilamientos.

Serpantínnaya, ¡vaya nombre! Allí la carretera zigzaguea entre las montañas como una serpentina, por eso los cartógrafos llamaron así el lugar. Porque los cartógrafos gozaban de grandes derechos. En Kolimá incluso existe un río con nombre de fox-trot, el Río-Rita, y el Lago de los tímalos danzarines, y manantiales denominados Nejái, Chekói y ¡Nu![30] Así se distraían los estilistas.

Durante el invierno de 1952 tuve ocasión de viajar, como en los tiempos de las postas, con renos, con perros, a caballo, en la caja de un camión, a pie, de nuevo en un camión —un enorme Tatra checoslovaco—, a caballo, con

30. Exclamaciones más o menos vulgares, equivalentes a «vale», «vaya» y «¡a ver!», respectivamente.

perros y con renos, al hospital donde en otra época, hacía ya un año, había yo trabajado. Allí fue donde me enteré por los médicos de aquel hospital, donde había estudiado, que Gogoberidze —su condena era de quince años más cinco de privación de derechos— había sobrevivido a la pena y se le había deportado de por vida a Yakutia. Aquello era aún más duro que una residencia a perpetuidad en el poblado más cercano al campo, pero es lo que solía hacerse entonces, y así fue incluso más tarde, casi hasta 1955. Gogoberidze consiguió que lo dejaran en un poblado de Kolimá, sin que lo deportaran a Yakutia. Estaba claro que el organismo del viejo no soportaría un viaje como aquel por el Extremo Norte. Gogoberidze se instaló en el poblado de Yágodni, en el kilómetro 543 de Magadán. Allí trabajó en el hospital. En mi viaje de regreso a mi lugar de trabajo en Oimiakón, me detuve en Yágodni y fui a visitar a Gogoberidze. Este guardaba cama en la clínica para los contratados libres, se hallaba internado como enfermo, no en calidad de practicante ni de farmacéutico. ¡Hipertensión! ¡Una elevadísima hipertensión!

Entré en el pabellón. Mantas rojas y amarillas, iluminadas intensamente desde algún rincón lateral, tres camas vacías y en la cuarta, tapado con una chillona manta amarilla hasta la cintura, yacía Gogoberidze. Me reconoció enseguida, pero casi no podía hablar por el dolor de cabeza.

—¿Cómo se encuentra?

—Así, asá. —Sus ojos grises brillaban con la fuerza de costumbre. Se le habían multiplicado las arrugas.

—A ver si se mejora, si se cura.

—No sé, no sé.

Nos despedimos.

Y esto es todo lo que sé de Gogoberidze. Ya en el Continente, me enteré por algunas cartas de que Alexandr Gogoberidze había muerto en Yágodni, sin alcanzar, a pesar de todo, a verse rehabilitado en vida.

Esta es la vida de Alexandr Gogoberidze, al que se dio muerte por el solo hecho de ser el hermano de Leván Gogoberidze.[31] En cuanto a Leván, véanse las memorias de Mikoyán.

1970-1971

31. Leván Gueórguievich Gogoberidze (1896-1937), dirigente comunista georgiano. Como muchos de los protagonistas de la revolución, fue detenido, juzgado y fusilado en 1937.

Lecciones de amor

—Es usted una buena persona —me dijo no hace mucho nuestro constructor de pasarelas, el carpintero de la brigada que arreglaba las pasarelas por las que corren las carretillas con el mineral y la arena hacia el aparato de lavado, el «tambor»—. Usted nunca habla mal ni dice groserías de las mujeres.

El constructor era Isái Rabinóvich, exdirectivo de la Compañía Estatal de Seguros de la Unión Soviética. Cuando viajó para hacerse cargo del oro de los noruegos por la venta de la isla Spitzberg en el mar del Norte, se encargó de trasladar, en medio de una tormenta, los sacos de oro de un barco a otro con el fin conspirativo de borrar toda huella. El hombre había vivido casi toda su vida en el extranjero, manteniendo lazos de amistad durante largos años con muchos de los hombres más ricos del mundo, con Ivar Kreuger, por ejemplo. Ivar Kreuger, el rey de las cerillas, acabó suicidándose, pero en 1919 aún estaba vivo e Isái Rabinóvich y su hija fueron huéspedes suyos en su casa de la Riviera francesa.

El gobierno soviético buscaba encargos en el extranjero, y el contacto con Kreuger era Isái Rabinóvich. En

1937 lo detuvieron y le echaron diez años. En Moscú se habían quedado su esposa y su hija, sus únicos familiares. La hija se casó durante la guerra con un *attaché* de la Marina de Estados Unidos de América, el capitán de primer rango Tolly. El capitán Tolly recibió a su cargo una nave de guerra en el océano Pacífico y abandonó Moscú para dirigirse a su nuevo destino. Ya con anterioridad el capitán Tolly y la hija de Isái Rabinóvich le habían escrito una carta al campo de concentración, a su padre y futuro suegro, en la que el capitán le pedía permiso para casarse. Rabinóvich, tras lamentarse y refunfuñar, dio su consentimiento. También los padres de Tolly le mandaron su bendición. El *attaché* naval se casó. Cuando este se marchó, a su esposa, la hija de Isái Rabinóvich, no la dejaron acompañar a su marido. Los esposos se divorciaron enseguida y el capitán Tolly partió a su nuevo destino, mientras que su exesposa se quedó trabajando en un cargo sin importancia del Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores. Dejó de escribir a su padre. El capitán Tolly tampoco escribió ni a su exesposa ni a su exsuegro. Pasaron dos años enteros de guerra y a la hija de Rabinóvich la mandaron en comisión de servicio a Estocolmo, para un breve viaje. Allí la esperaba un avión especial, y la esposa del capitán Tolly viajó para reunirse con su marido...

Tras estos hechos, Isái Rabinóvich empezó a recibir cartas con sellos norteamericanos y en inglés, lo cual irritaba sobremanera a los censores... La historia de aquella fuga tras dos años de espera —ya que el capitán Tolly no creía

en modo alguno que su boda moscovita hubiera sido una simple aventura moscovita— era una de esas historias que nosotros tanto necesitábamos. Yo nunca me había dado cuenta de si hablaba o no de las mujeres, de si lo hacía bien o mal, pues lo cierto es que todo había sido exterminado y olvidado hacía tiempo, y ni se me pasaba por la cabeza tener algún encuentro con mujeres. Para ser un onanista a la manera carcelaria, en primer lugar hacía falta saciar el hambre. A un pervertido, a un onanista como también a un pederasta, es imposible imaginárselo hambriento.

Había un hermoso muchacho de unos veintiocho años, capataz en la construcción de un hospital, el recluso Vaska Shvetsov. El hospital estaba adscrito a una granja estatal donde trabajaban mujeres, la vigilancia era escasa y además comprada, y Vaska Shvetsov gozaba de una popularidad colosal.

—He conocido muchas tías, muchas. La cosa es sencilla. Lo único es que, no me creerá, pero ya casi tengo treinta años y nunca he estado con una mujer en una cama, no he tenido ocasión. Siempre ha sido con prisas, sobre no sé qué cajones, sacos, y en un santiamén... Porque desde niño estoy en la cárcel...

Otro se llamaba Liubov,[32] era un hampón, o, mejor dicho, un «podrido», un «soplón podrido», y lo cierto es que de un «soplón» como aquel suelen salir tipos que por su malvada fantasía pueden superar la imaginación enfer-

32. *Liubov*, nombre de mujer que significa «amor».

miza de cualquier común. Liubov, un tipo alto, sonriente, tirando a caradura, siempre en movimiento, contaba de su buena fortuna:

—He tenido suerte con las tías, no lo niego, mucha suerte. Antes de venir a Kolimá estaba en un campo de mujeres. Nosotros éramos carpinteros en el campo, y al capataz le di unos pantalones casi nuevos, grises eran, para que me mandara allí. La tarifa era una ración de pan, una pieza de seiscientos gramos, y el acuerdo consistía en que la mujer debía comerse esa ración mientras te acostabas con ella. Y lo que no se comiera, yo tenía derecho a reclamarlo. Este negocio era ya viejo, no lo habíamos inventado nosotros. Pero yo era más listo que ellas. Eso era en invierno. Me levantaba por la mañana, salía del barracón y metía el pan en la nieve. Lo congelaba y se lo llevaba a que lo royera congelado; no era mucho lo que conseguía comer. Ya ve qué bien vivíamos…

¿Puede una persona inventarse algo semejante?

Y quién puede imaginarse un barracón de mujeres por la noche, un barracón donde todas son lesbianas, un barracón en el que no quiere entrar ningún vigilante ni ningún médico que conserve algo de humano y adonde les gusta ir a los vigilantes y a los médicos erotómanos. O a Nadia Grómova, una hermosa muchacha de diecinueve años. Cubierta de lágrimas, una lesbiana, un «hombre» en el amor lésbico, con el pelo cortado a lo chico, con pantalones de hombre, que se sentó en la sala de ingresos, para horror de los enfermeros, en el sagrado sillón de la responsable de

la sala, solo un sillón, hecho por encargo, en el que encajaba el trasero de la responsable, una Nadia Grómova deshecha en lágrimas porque no la ingresaban en el hospital.

—El médico de guardia no me ingresa porque cree que soy... Y yo le juro por mi honor que nunca, nunca... Pero míreme usted las manos, fíjese en lo largas que tengo las uñas, ¿cómo podría...?

Y el indignado enfermero, el viejo Rakita, tras escupir, soltó exasperado:

—Oh, zorra, más que zorra.

Nadia Grómova lloraba y no podía entender por qué nadie quería comprenderla: porque había crecido en los campos rodeada de lesbianas.

Y el lampista encargado de las tuberías, Jardzhíev, un joven sonrosado de veinte años, excombatiente del ejército de Vlásov y que ya había estado encarcelado en París por robo. En la prisión de París, a Jardzhíev lo violó un negro. El negro tenía sífilis, de la variedad más virulenta que se dio en la última guerra. Jardzhíev tenía un condiloma en la vía rectal, una formación sifilítica, conocida como «coliflor». Lo mandaron de la mina al hospital con el diagnóstico de *prolapsus recti*, es decir, «desprendimiento del recto». En el hospital hacía tiempo que cosas así ya no sorprendían: a un soplón que arrojaron de un camión en marcha y que sufrió múltiples fracturas en la cadera y las rodillas, el practicante del lugar le diagnosticó un «*prolapsus* del camión». El lampista Jardzhíev era muy buen lampista, una persona necesaria en el hospital. Que tuviera sífilis resultaba cómodo:

siguió todo el tratamiento mientras trabajaba en el montaje de la calefacción de vapor de manera completamente gratuita, ocupando una cama en el hospital.

En la siguiente cárcel, en Butirka, de las mujeres casi no se hablaba. Allí todos aspiraban a parecer buenos padres de familia, y tal vez lo fueran; incluso algunas esposas, que no eran miembros del partido, iban a las visitas y les hacían transferencias de dinero, mostrando que Herzen tenía razón cuando, en el primer tomo de sus memorias, *Pasado y reflexiones*, alababa a las mujeres de la sociedad rusa tras el 14 de diciembre.[33]

No sabría decir si pertenece al capítulo del amor la pervertida conducta de un hampón con su perra, con la que convivía a la vista de todo el campo como si fuera su mujer. Y la corrompida perra movía la cola y se comportaba con cualquier hombre como una prostituta. Por esta causa, quién sabe por qué, no se juzgaba, si bien en el Código Penal existe un artículo dedicado a la «zoofilia». Aunque sabe Dios la cantidad de gente que no era juzgada en los campos por mil causas. Tampoco juzgaron al doctor Penelópov, un viejo pederasta cuya mujer era el practicante Volodarski.

Como tampoco sé si pertenece a nuestro tema la suerte de una mujer de baja estatura que nunca estuvo de-

33. Por no haber acatado la autoridad del nuevo zar, Nicolás I, los dekabristas que se habían rebelado el 14 de diciembre de 1825 fueron o bien ajusticiados, o bien mandados a Siberia. A muchos de ellos los siguieron sus esposas, ejemplo tradicional en Rusia de entrega y lealtad.

tenida, llegada al lugar con su marido y sus dos hijos hacía unos cuantos años. A su marido lo mataron; era un capataz, y una noche, en medio de la oscuridad, chocó contra una pala que arrastraba una cabria, y la pala le golpeó al marido en la cara; lo trajeron aún vivo al hospital. El golpe fue justo en medio del rostro. Todos los huesos de la cara y de la caja craneal por debajo de la frente estaban hundidos, pero el hombre seguía con vida, vivió aún varios días más. La mujer se quedó sola con dos niños pequeños, de cuatro y seis años, un niño y una niña. Pronto se volvió a casar, con el guardabosques, y vivió con él tres años en la taiga, sin aparecer por los poblados. Dio a luz otros dos niños en esos tres años, un niño y una niña, y los parió sin ayuda, el marido simplemente le entregaba con manos temblorosas las tijeras y ella misma ataba y cortaba su propio cordón umbilical y untaba de yodo el extremo cortado. Con sus cuatro hijos vivió en la taiga un año más, después el marido pilló un catarro del oído, no fue al hospital, se le declaró una inflamación purulenta del oído medio, luego la infección avanzó hacia el interior y, cuando le subió la fiebre, vino al hospital. Se le practicó una operación urgente, pero ya era demasiado tarde y el hombre murió. La mujer regresó al bosque sin verter una lágrima, ¿de qué sirve llorar?

¿Tiene alguna relación con nuestro tema el horror que experimentó Ígor Vasílievich Glébov, quien olvidó el nombre y el patronímico de su mujer? La helada era intensa; las estrellas, altas y brillantes. Por la noche los guardias son más personas; durante el día temen a los jefes. Por la

noche nos dejaban calentarnos por turnos junto al *boiler*; se trataba de una caldera donde el agua se calentaba con vapor. De la caldera salían unos tubos que corrían cargados de agua caliente hacia las galerías, y allí el picador perforaba los orificios con la ayuda del vapor y los dinamiteros hacían explotar el mineral. El *boiler* se encontraba dentro de una casucha hecha de tablas, y cuando la caldera se calentaba, en el cuarto hacía calor. El trabajo de calderero era el más envidiado en la mina, el sueño de todos. Para este trabajo se aceptaban también hombres condenados por el artículo cincuenta y ocho. En 1938, en todas las minas hacían de caldereros los ingenieros; los jefes no confiaban particularmente en los hampones para desempeñar aquella «técnica», temían las partidas de cartas o algo parecido.

Pero Ígor Vasílievich Glébov no era calderero. Era un minero de nuestra brigada, y antes del treinta y siete había sido profesor de filosofía en la Universidad de Leningrado. Fueron el frío, el hielo y el hambre los que hicieron que olvidara el nombre de su mujer. En medio de la helada no se puede pensar, el frío bajo cero te priva de las ideas. Por eso instalan los campos en el Norte.

Ígor Vasílievich Glébov se encontraba junto al *boiler* y, levantándose con las manos el chaquetón y la camisa, se calentaba el vientre desnudo y helado contra la caldera. Se calentaba y lloraba, y las lágrimas no se le helaban en las pestañas y en la cara, como a cada uno de nosotros, porque junto a la caldera hacía calor. Al cabo de dos semanas, Glébov me despertó en medio de la no-

che en el barracón, con la cara risueña. Se acordó: Anna Vasílievna se llamaba. Y yo no lo reñí, sino que traté de dormirme de nuevo. Glébov murió en la primavera del treinta y ocho, era demasiado voluminoso, demasiado grande para la ración del campo.

Los osos no me parecían de verdad más que en el parque zoológico. En la taiga de Kolimá y ya antes en los bosques de los Urales del Norte me había encontrado unas cuantas veces con ellos, siempre de día, y siempre me habían parecido unos osos de juguete. También durante aquella primavera, cuando en todas partes asomaba la hierba del año anterior y ni uno de los relucientes brotes verdes se había enderezado aún, cuando solo se mostraban con su verde encendido el *stlánik* y los alerces todavía pardos con sus garras encendidas que olían a pinaza... Pues en Kolimá solo huelen los jóvenes alerces y el rosal silvestre en flor.

Un oso pasó corriendo junto a la isba donde vivían nuestros guardianes, nuestra escolta: Izmáilov, Kóchetov y un tercero cuyo apellido no recuerdo. Este último el año anterior venía a menudo al barracón de los reclusos y le tomaba prestados a nuestro jefe de brigada el gorro y el chaquetón. El hombre viajaba «a la carretera» para vender bayas de vaccinieo a tanto el vaso, o todo «de una vez», y con la gorra de servicio le resultaba incómodo. Los soldados eran tranquilos, comprendían que en el bosque uno se debía comportar de modo distinto que en un poblado. Los soldados no nos insultaban ni obligaban a nadie a trabajar. Izmáilov era el superior. Cuando tenía que ausen-

tarse escondía el voluminoso fusil debajo del suelo, levantando con el hacha, cambiando de lugar las pesadas tablas de alerce. Al otro, Kóchetov, le daba miedo esconder el fusil debajo de las tablas y siempre lo llevaba encima. Aquel día solo estaba en la casa Izmáilov. Al oír decir al cocinero que había visto pasar un oso, se puso las botas, agarró el fusil y salió a la calle en ropa interior, pero el oso ya se había ido hacia el bosque. Izmáilov y el cocinero salieron corriendo tras él, pero no lo vieron por ninguna parte, el pantano era infranqueable, de modo que regresaron al poblado. Este se hallaba en la orilla de un pequeño manantial de montaña, pero la otra orilla casi caía a plomo, cubierta de unos alerces bajos y escasos, así como de arbustos de *stlánik*.

La montaña entera se mostraba al descubierto, de arriba abajo, hasta el agua, y parecía muy cercana. Vimos a los osos en un pequeño claro, uno grande y el otro de menor tamaño, la hembra. Estaban luchando, rompiendo alerces, arrojándose piedras el uno al otro; lo hacían sin prisas, sin prestar atención a los hombres que se encontraban abajo, ni a las isbas de troncos de nuestro poblado, que eran cinco en total, junto a las caballerizas.

Izmáilov, en ropa interior de algodón, con su fusil, y tras él los habitantes del poblado, unos con un hacha y otros con un palo de hierro, y el cocinero, con un enorme cuchillo de cocina en la mano, se acercaban sigilosamente por el lado del viento hacia los osos, que jugaban. Se detuvieron cuando creyeron que estaban lo suficientemente

cerca, y entonces el cocinero, agitando el enorme cuchillo sobre la cabeza del guardia Izmáilov, dijo con voz ronca:

—¡Dale, dale!

Izmáilov colocó el fusil sobre un viejo alerce caído y los osos oyeron algo, o bien el presentimiento que toda presa tiene de la presencia del cazador, un presentimiento que indudablemente existe, los previno del peligro.

La osa echó a correr ladera arriba, corría hacia lo alto más veloz que una liebre, pero el viejo macho no echó a correr, no, el animal avanzó a lo largo de la montaña, sin prisas, después aceleró el paso, atrayendo sobre sí todo el peligro, algo que el animal, sin duda, adivinaba. Resonó un disparo de escopeta, y en aquel instante la osa desapareció tras la cresta de la montaña. El oso corrió más deprisa, corrió por entre los troncos derribados del bosque, por el prado, sobre las rocas musgosas, pero en aquel instante Izmáilov se las arregló para disparar de nuevo con el fusil, y el oso cayó rodando por el monte, como un leño, como una roca enorme, rodó directamente por el desfiladero hasta el grueso hielo del arroyo, que solo se funde a partir de agosto. Sobre el hielo cegador yacía el oso inmóvil, caído sobre un costado, parecido a un enorme juguete infantil. Murió como una fiera, como un caballero.

Muchos años antes, en una expedición geológica, caminaba yo con un hacha por una senda de osos. Me seguía el geólogo Majmútov con una escopeta de pequeño calibre al hombro. El sendero bordeaba un enorme árbol hueco y medio podrido, y sobre la marcha golpeé el tronco

con la parte roma del hacha, y del hueco cayó sobre la hierba una comadreja. El animal estaba a punto de parir y a duras penas podía moverse por el camino, ni siquiera intentó huir. Majmútov agarró su escopeta y le descerrajó un tiro a bocajarro. No logró matarla, solo le arrancó las patas, y el diminuto y ensangrentado animalillo, aquella agonizante madre parturienta, se arrastró en silencio hacia Majmútov hasta morderle sus botas de lona. Sus ojos brillantes expresaban, ajenos al temor, toda su furia. Y el geólogo se asustó y echó a correr por el sendero huyendo de la comadreja. Y se me antoja que bien puede darle gracias a su Dios de que yo no lo despachara allí mismo, en aquella senda de osos. Había en mis ojos algo por lo que Majmútov no me llevó consigo en su siguiente viaje geológico…

¿Qué sabemos del dolor ajeno? Nada. ¿Y de la felicidad de los demás? Aún menos. Hasta de nuestro propio dolor intentamos olvidarnos, y la memoria es concienzudamente débil en lo que se refiere al dolor y la desgracia. Saber vivir es saber olvidar, y nadie lo sabe tan bien como los habitantes de Kolimá, como los presos.

¿Qué es Auschwitz? Es literatura o…, porque lo que Stefa recordaba de Auschwitz era la rara alegría de su liberación, y es que la mujer, más tarde, entre otras decenas de miles de seres, víctima de la espiomanía, fue a parar a algo mucho peor que Auschwitz, la mandaron a Kolimá. En Kolimá, claro está, no había cámaras de gas, aquí preferían acabar con la gente, «terminarla», y el resultado era de lo más consolador.

Stefa era enfermera en la sección femenina de tuberculosos del hospital para presos; todas las enfermeras se elegían de entre los pacientes. Durante decenas de años nos mintieron haciéndonos creer que las montañas del Extremo Oriente eran algo semejante a Suiza, y que la «Calva del Abuelo» era lo más parecido a Davos. En los informes médicos de los primeros años de los campos de Kolimá, la tuberculosis ni siquiera se mencionaba, o solo aparecía muy de vez en cuando.

Pero los pantanos, la humedad y el hambre hicieron su trabajo, los análisis del laboratorio mostraban que la tuberculosis crecía y confirmaban la mortalidad por causa de esta enfermedad. Aquí no podían escurrir el bulto, como ocurriría en el futuro con la sífilis de los campos, de la que decían que era alemana, que había sido traída de Alemania.

A los tuberculosos empezaron a ingresarlos en los hospitales, a liberarlos del trabajo; la tuberculosis se ganó su «derecho de ciudadanía». Pero ¿a qué precio? El trabajo en el Norte era más pavoroso que cualquier enfermedad; los sanos ingresaron sin temor en las secciones de tuberculosos, engañando a sus médicos. A los declaradamente tuberculosos, a los pacientes agonizantes, les recogían los «catarros», estas mucosidades se envolvían con cuidado en un trapo y se guardaban como un talismán; y cuando recogían los análisis para el laboratorio, algunos se tragaban las mucosidades ajenas «con los benditos bastoncillos» y las esputaban en el recipiente preparado para el laboratorio. El especialista del laboratorio era una persona espabilada y de fiar, lo

cual era más importante que tener formación médica, según el criterio de la autoridad médica de entonces, y obligaba al investigado a esputar el contendido en su presencia. Ningún intento de desenmascarar la trampa servía; la vida en el campo y el trabajo en la helada intemperie eran más pavorosos que la muerte. Los hombres sanos pronto se convertían en enfermos. Y desde entonces ocupaban ya, con todas las de la ley, su merecida cama.

Stefa era enfermera, se dedicaba a lavar, y montañas de ropa interior de percal sucia y un olor penetrante a jabón y lejía, a sudor humano y a caliente y nauseabundo vapor inundaban «su lugar de trabajo»...

[1963]

Noches atenienses

Cuando acabé los cursos de practicante y me fui a trabajar a un hospital, la cuestión más importante en el campo —vivir o no vivir— quedó resuelta y vi claro que solo un tiro o un hachazo, o la cúpula celeste caída sobre mi cabeza, me impedirían vivir hasta el día que los cielos me hubieran señalado.

Todo esto lo sentía con todo mi cuerpo de presidiario, sin participación alguna del pensamiento. O, mejor dicho, el pensamiento sí estaba presente, pero sin ninguna preparación lógica, sino como una revelación que culminase unos procesos puramente físicos. Estos procesos llegaban a mis agotadas, a mis torturadas y escorbúticas heridas, heridas que no se cerraban durante decenas de años en el cuerpo del preso, en el tejido humano, un tejido a prueba de roturas y que, para mi propio asombro, conservaba una reserva colosal de fuerzas.

Vi que la fórmula de Tomás Moro se llenaba de un nuevo contenido. Moro, en su *Utopía*, definió cuáles son los cuatro principales deseos del hombre, cuya satisfacción constituye la máxima felicidad. En primer lugar, Moro situó el

hambre, que se satisface con el alimento ingerido; el segundo deseo en intensidad es el sexual, el tercero la micción y el cuarto la defecación.

Justamente de estas cuatro satisfacciones básicas nos veíamos privados en el campo. A los jefes el amor les parecía un sentimiento que se podía expulsar, encadenar, deformar… «En toda tu vida verás jamás un c… vivo», esta era la gracia habitual que soltaban los jefes del campo.

Las autoridades luchaban contra el amor por medio de circulares, velando por el cumplimiento de la ley. La distrofia alimentaria era un fiel aliado, un socio poderoso del poder en su lucha contra la libido del hombre. Pero también los otros tres deseos experimentaban, merced a la fuerza del destino encarnado por la autoridad carcelaria, las mismas alteraciones, las mismas deformaciones, las mismas mutaciones.

El hambre era inagotable. Nada puede compararse con la sensación del hambre, de un hambre latente —el estado perpetuo del preso si pertenece al artículo cincuenta y ocho, si es de los «terminales»—. Nadie ha cantado el hambre de los «terminales». Cómo se recogen las escudillas en el comedor y se lamen los platos ajenos. Las migajas de pan que se echan sobre la palma de la mano y se lamen se mueven camino del estómago tan solo por una especie de reacción cualitativa. No es sencillo satisfacer esta hambre, de hecho es imposible. Pasarán muchos años antes de que el preso se desacostumbre de su constante disposición a comer. Por mucho que coma, al cabo de media hora querrá comer de nuevo.

¿Y la micción? Porque la incontinencia urinaria es una enfermedad común en el campo, donde los hombres pasan hambre hasta convertirse en «terminales». ¿Qué satisfacción puede producir el hecho de orinar cuando de la litera de arriba te caen en la cara unos orines ajenos, que no obstante soportas? Tú mismo te hallas en las literas de abajo por casualidad, porque podrías estar arriba y orinar tú sobre el que se encuentra abajo. Por eso lanzas denuestos sin convencimiento, simplemente te secas la orina de la cara y sigues durmiendo profundamente, con un único sueño: unas barras de pan que se deslizan como ángeles por el cielo en vuelo rasante.

La defecación. Para los «terminales», defecar no es tarea fácil. Desabrocharse los pantalones a una temperatura de cincuenta grados bajo cero es algo imposible de llevar a cabo; por lo demás, el «terminal» va de vientre una vez cada cinco días, refutando los manuales de fisiología e incluso los de fisiología patológica. Se trata de la expulsión de unas bolas secas de excrementos: el organismo ha exprimido todo lo que puede conservar algo de vida.

Ningún «terminal» obtiene satisfacción alguna, ninguna sensación agradable, del acto de defecar. Al igual que en el caso de la orina, el organismo funciona al margen de la voluntad de uno, y el «terminal» debe apresurarse a bajarse los pantalones. El preso, ese astuto medio animal, aprovecha la defecación para descansar, como un respiro en el *via crucis* de la mina de oro. La única astucia del preso en su lucha contra el poder del Estado: de su millonario ejército

de soldados guardianes, de las organizaciones sociales y las administraciones gubernamentales. El «terminal» se resiste a esta poderosa fuerza con el instinto de su propio trasero.

El «terminal» no confía en el futuro. En todas las memorias, en todas las novelas, se le ridiculiza tratándolo de gandul, de tipo que molesta a sus compañeros, que traiciona a la brigada, a la mina, al plan de extracción de oro, al yacimiento. Cualquier escritor espabilado puede ridiculizar al «terminal». Ya se han hecho intentos de este género; esta clase de escritor considera que reírse del campo no tiene nada de malo. A todo le llega su momento, viene a decir. La broma no tiene el camino vedado al campo.

A mí, en cambio, estas palabras me parecen blasfemas. Yo creo que componer y bailar una rumba llamada *Auschwitz* o el blues *Serpantínnaya* es algo que solo puede hacer un sinvergüenza o un aprovechado, lo cual a menudo viene a ser lo mismo.

Los campos no pueden ser un tema para una comedia. Nuestra suerte no puede ser objeto del género humorístico. Y nunca será objeto del humor, ni mañana ni dentro de mil años.

Nunca podremos acercarnos con una sonrisa a los hornos crematorios de Dachau ni a los desfiladeros de la Serpantínnaya.

Los intentos de descansar tras desabrocharse los pantalones, de sentarse por un segundo, menos de un segundo, por un instante, de abstraerse de la tortura que representa el trabajo, es algo digno de respeto. Pero solo realizan este

intento los novatos, porque después cuesta aún más enderezar la espalda, resulta aún más doloroso. Pero el novato emplea a veces esta manera ilegal de descansar y roba estos minutos de la jornada de trabajo, que pertenecen al Estado.

Y entonces interviene el guardián, fusil en mano, para desenmascarar a este peligroso delincuente que se dedica a simular que trabaja. En la primavera de 1938, en la galería de oro de la mina Partizán, yo mismo fui testigo de cómo el guardián, blandiendo el fusil, le exigía a mi compañero:

—¡Muéstrame tu mierda! Es la tercera vez que vas. ¿Dónde está la mierda? —acusando al «terminal» medio difunto de ser un simulador.

La mierda no apareció.

Al «terminal» Seriozha Klivanski, compañero mío en la universidad, segundo violín del teatro Stanislavski, lo culparon ante mis propios ojos de ser un saboteador, de descansar de manera ilegal mientras defecaba en medio de un frío de sesenta grados bajo cero, lo acusaron de entorpecer el trabajo del grupo, de la brigada, de la zona, del yacimiento, del territorio, del Estado: como en la conocida canción sobre la herradura a la que le faltaba un clavo.[34] Acusaron a Seriozha no solo los guardias, los vigilantes, los jefes de bri-

34. Canción popular inglesa, conocida en Rusia por la adaptación del poeta Samuil Marshak, que narra en clave de humor la sucesión de desgracias desencadenadas por la falta de un clavo en una herradura: la caída del caballo del comandante, la muerte de este, la derrota en la batalla, la conquista y el saqueo de la ciudad... Todo porque a la herradura le faltaba un clavo.

gada, sino también sus propios compañeros de trabajo, ese trabajo salutífero por el que se redimían todas las culpas.

Lo cierto es que, en efecto, en el intestino de Seriozha no había mierda; en cambio, sí que había ganas de «hacerlo». No hacía falta ser un médico, no ya de Kolimá sino uno cualquiera de la capital, del Continente, de antes de la revolución, para entender todo aquello y podérselo explicar a los demás. En aquel momento Seriozha esperaba que le pegaran un tiro por la sencilla razón de que en su intestino no había mierda.

Pero no lo fusilaron.

Lo hicieron más tarde, algo más tarde, en la Serpantinka, durante las «acciones» en masa de los tiempos de Garanin.

Mi disputa con Tomás Moro se ha alargado un poco, pero ya llega a su fin. Estos cuatro sentidos, que fueron pisoteados, hechos pedazos, aplastados —pero cuya eliminación no representó el fin de la vida—, resucitaron todos ellos, no obstante. Después de la resurrección —no importa que fuera una resurrección deformada, monstruosa— de cada uno de estos cuatro sentidos, el preso del campo, sentado en la letrina, nota con interés que algo blando corre por su ulceroso intestino, se desliza indoloro, como una caricia cálida, y hasta parece que a las heces les cuesta dejar atrás los intestinos. Las heces caen entre salpicaduras, con un chapoteo, en el agujero. En la fosa séptica, las heces flotan largo rato en la superficie sin encontrar dónde ponerse; esto es el comienzo, un milagro. Puedes incluso

orinar por fases, interrumpiendo la micción a tu antojo. Y también esto es un pequeño milagro.

Ya empiezas a cruzar la mirada con una mujer y sientes una especie de interés vago, no terrenal; no es emoción, no, pues aún ignoras, por cierto, qué es lo que te ha quedado para poder ofrecérselo y si es reversible el proceso de la impotencia; o mejor sería decir: de la castración. La impotencia para el hombre, la amenorrea para la mujer, es la obligada y constante consecuencia de la distrofia alimentaria, o, dicho en pocas palabras, del hambre. Es el cuchillo que el destino clava a todos los presos en la espalda. La castración no surge debido al largo período de continencia en la prisión, en el campo, sino por otras causas, más directas y más definitivas. El secreto está en la ración del campo, al margen de cualquiera de las fórmulas de Tomás Moro.

Es más importante vencer el hambre. Y todos tus órganos se ponen en tensión para no comer demasiado. La tuya es un hambre de muchos años. Divides con dificultad el día en el desayuno, la comida y la cena. Durante largos años, todo lo demás no existe en tu cerebro, en tu vida. Comer algo suculento, hasta hartarte, comer como es debido, es algo que no puedes hacer: tienes ganas de comer todo el tiempo.

Pero llega la hora, el día, en que con fuerza de voluntad logras desechar de tu mente la idea de la comida, del alimento, la preocupación de si tendrás gachas para la cena o no te las darán hasta la mañana del día siguiente. En Kolimá no hay patatas. Por eso las patatas están excluidas

del menú de mis sueños gastronómicos, porque si no los sueños dejarían de serlo: se convertirían en algo demasiado irreal. Los sueños gastronómicos de los habitantes de Kolimá giran alrededor del pan pero no de los pasteles, alrededor de las gachas de sémola, de alforfón, de avena, de cebada o de mijo, pero no de la patata.

Me he pasado quince años sin probar la patata, y cuando, ya en libertad, en Tierra Grande, en Turkmén, un pueblo de la región de Kalinin, la probé, la patata me pareció algo venenoso, un plato desconocido y peligroso, como cuando a un gato le intentan meter en la boca una sustancia peligrosa para su vida. Tuvo que pasar un año para que me acostumbrara de nuevo a la patata. Pero tan solo me acostumbré, pues hasta hoy no estoy en condiciones de paladear una guarnición de patata. Me he convencido una vez más de que los consejos de la medicina del campo, con sus «tablas de sustitución» y sus «normas de alimentación», se fundamentan en consideraciones profundamente científicas.

¡Y dale con la patata! ¡Que vivan los tiempos precolombinos! El organismo humano puede prescindir de la patata.

Más poderoso que pensar en comer, en la comida, es un nuevo sentimiento, una nueva necesidad que Tomás Moro olvidó por completo en su burda clasificación de los cuatro deseos.

El quinto deseo es la necesidad de los versos.

Cualquier sanitario culto, cualquier colega en este infierno, tiene un cuaderno donde apunta, con las más va-

riadas y casuales tintas, versos ajenos, no citas de Hegel o de los Evangelios, sino justamente versos. Resulta pues que, después del hambre, de la pulsión sexual, de la defecación y la micción, esta es la siguiente necesidad.

La necesidad de escuchar poesía, algo que no tuvo en cuenta Tomás Moro.

Y todos tienen versos.

Dobrovolski se saca del bolsillo interior una gruesa y sucia libreta de la que salen unos sonidos celestiales. El exguionista de cine Dobrovolski trabajaba de practicante en el hospital.

Portugálov, el responsable de la brigada cultural del hospital, sorprende con ejemplos de su memoria de actor, aún intacta, engrasada con el aceite de su labor cultural, eso sí. Portugálov no lee nada en ningún papel, todo lo dice de memoria.

Yo tenso mi cerebro, que en el pasado tanto tiempo dedicó a los versos, y, para mi propio asombro, veo como, al margen de mi voluntad, en mi garganta aparecen palabras hacía mucho olvidadas. De mi garganta no surgen versos míos, sino de mis poetas preferidos: Tiútchev, Baratinski, Pushkin, Ánnenski.

Somos tres en la sección quirúrgica de curas, donde trabajo de practicante y hago guardias. El practicante de guardia de la sección de oftalmología es Dobrovolski; Portugálov es un actor de la brigada cultural. El local es mío, y lo es también la responsabilidad por aquella velada. Pero nadie piensa en la responsabilidad, todo se lleva a cabo sin

cita previa. Fiel a mi vieja costumbre, o más que vieja inveterada, de primero hacer y luego pedir permiso para ello, empecé aquellas lecturas en nuestra sala de curas infecciosas de la sección quirúrgica.

Una hora de lectura de versos. Una hora de retorno al mundo mágico. Todos estamos emocionados. Yo incluso le dicté a Dobrovolski el *Caín* de Bunin. Aquellos versos se me quedaron en la memoria por casualidad; Bunin no es un gran poeta, pero para ser una antología oral, compuesta además en Kolimá, sonaba más que decentemente.

Estas noches poéticas empezaban a las nueve de la noche, después de pasar lista en el hospital, y terminaban hacia las once o las doce. Dobrovolski y yo estábamos de guardia, y Portugálov podía llegar tarde. Celebramos unas cuantas noches poéticas como aquellas, noches que luego en el hospital recibieron el nombre de atenienses.

No tardamos en descubrir que todos nosotros admirábamos la lírica rusa de principios del siglo veinte.

Mi aportación fueron Blok, Pasternak, Ánnenski, Jlébnikov, Severianin, Kámenski, Bieli, Yesenin, Tíjonov, Jodasiévich, Bunin. De entre los clásicos: Tiútchev, Baratinski, Pushkin, Lérmontov, Nekrásov y Alexéi Tolstói.

La aportación de Portugálov fueron Gumiliov, Mandelshtam, Ajmátova, Tsvietáieva, Tíjonov y Selvinski. Y de entre los clásicos: Lérmontov y Grigóriev, al que Dobrovolski y yo solo conocíamos de oídas, y cuyos asombrosos versos no apreciamos en su justa medida sino en Kolimá.

Dobrovolski aportó a Marshak, con sus traducciones

de Burns y Shakespeare; a Maiakovski, Ajmátova y Pasternak, hasta las últimas novedades del *samizdat* de la época. «A Lili en lugar de una carta» lo leyó justamente Dobrovolski, y también «El invierno se acerca»[35] nos lo aprendimos de memoria entonces. La primera versión, la de Tashkent, del futuro «Poema sin héroe» [36] la leyó también Dobrovolski. Píriev y Ladínina le habían enviado al exguionista este poema junto con *Los tractoristas*.

Todos comprendíamos que los versos son versos y que los no versos no lo son, que en poesía la fama no quiere decir nada. Cada uno de nosotros tenía sus propias cuentas pendientes con la poesía; yo llamaría aquello la «prueba de Hamburgo»[37] si el término no estuviera tan gastado. Decidimos de común acuerdo no perder el tiempo durante nuestras noches poéticas incluyendo en nuestra antología poética oral a nombres como Bagritski, Lugovskói o Svetlov, aunque Portugálov hubiera pertenecido al mismo grupo literario que alguno de ellos. Nuestra lista hacía tiempo que se había sedimentado. Nuestra votación era un secreto bien guardado, pues habíamos elegido los mismos nombres muchos años atrás, en Kolimá, cada uno por separado. La elec-

35. De Borís Pasternak (1943).

36. De Anna Ajmátova.

37. Expresión que indica un modo de establecer el lugar real y no oficial que ocupa un individuo en una escala objetiva de valores. Se remonta a una obra del formalista Víktor Shklovski en la que este menciona los combates de boxeo que al parecer se celebraban en Hamburgo, lejos del público y de los managers, para decidir qué púgil era el mejor.

ción coincidía en los nombres, en los poemas, en las estrofas e incluso en los versos, marcados de manera especial por cada uno de nosotros. La herencia poética del siglo diecinueve no nos satisfacía, nos parecía insuficiente. Cada uno recitaba lo que recordaba y había apuntado en el ínterin de estas noches poéticas. No tuvimos tiempo de pasar a los poemas de cada uno —pues quedó claro que los tres escribíamos o habíamos escrito poesía—, pues nuestras noches atenientes se vieron interrumpidas de manera repentina.

En la sección quirúrgica se trataba a más de doscientos pacientes presos, y todo el hospital disponía de mil camas para reclusos. Parte del pabellón en forma de T estaba dedicado a pacientes contratados libres. Era una medida inteligente y beneficiosa. Los médicos, que eran reclusos, y entre los cuales había no pocas lumbreras a escala nacional, tenían oficialmente el derecho de tratar a los pacientes libres como médicos de consulta, hallándose a mano y preparados en cualquier momento del día, del año, de los decenios…

Durante el invierno de nuestras veladas poéticas aún no existía la sección de los libres. Para los pacientes libres solo había una sala de dos camas en la sección quirúrgica del hospital penitenciario, para el caso de una hospitalización urgente, de un traumatismo debido, por ejemplo, a un accidente automovilístico. La sala no solía estar vacía. En aquella ocasión se encontraba en ella una muchacha de unos veintitrés años, una joven comunista moscovita de las que habían respondido al llamamiento del partido para di-

rigirse al Extremo Norte. Estaba rodeada por todas partes de criminales, pero esto no la cohibía: era la secretaria de la organización de jóvenes comunistas de cierta mina vecina. La muchacha no pensaba en los criminales y se comportaba con naturalidad, más bien porque desconocía la especificidad de Kolimá. La chica se moría de aburrimiento. La enfermedad por la que la paciente había sigo ingresada quedó descartada. Pero la medicina es la medicina, y la muchacha se vio obligada a permanecer ingresada el período de cuarentena estipulado, para luego, tras cruzar el umbral del centro sanitario, desaparecer en el helado abismo. La chica tenía buenos contactos hasta en la administración de Magadán. Por eso mismo la habían ingresado en un hospital penitenciario para hombres.

La muchacha me preguntó si podía asistir a una de las veladas poéticas. Y yo le di permiso. En cuanto empezó la lectura de turno, la chica entró en la sección de curas de infecciosos y se quedó hasta el final del encuentro. También asistió a la velada siguiente. Estos encuentros se producían durante mis guardias, al tercer día, tras dos de pausa. Pasó una velada poética más, pero al empezar la tercera la puerta de la sección de curas se abrió de par en par y atravesó el umbral el mismísimo jefe del hospital, el doctor Dóktor.

El doctor Dóktor me odiaba. Y yo no dudaba de que alguien lo informaría de nuestras reuniones. Los jefes de Kolimá acostumbraban a actuar del modo siguiente: si les llegaba una «señal», tomaban medidas. Aquí, a la palabra

«señal» se le asignó el sentido de información mucho antes de que naciera Norbert Wiener, y con este sentido se empleaba siempre en las causas carcelarias o judiciales. Pero si no hay «señal», es decir, una declaración, una denuncia verbal, sino un «soplo» formal o una orden de la autoridad superior, que ha captado la «señal» antes —desde la montaña no solo se ve mejor, también se oye mejor—, entonces los jefes rara vez emprenden por iniciativa propia un examen oficial del nuevo fenómeno que se haya producido en la vida del campo a su cargo.

El doctor Dóktor no era así. Él consideraba su vocación, su deber, su imperativo moral perseguir a todos los «enemigos del pueblo» bajo todas las formas posibles, por cualquier motivo, en cualquier circunstancia y ante cualquier posibilidad.

Plenamente convencido de que podía dar con algo importante, entró en tromba en la sala de curas sin haberse puesto siquiera la bata que le tendía el practicante de guardia de la sección terapéutica, el exoficial rumano, el favorito del rey Mihai, el rubicundo Pomane. El doctor Dóktor entró en la sala de curas con la chaqueta de cuero puesta, modelo copiado de la guerrera militar de Stalin; incluso las rubias patillas, parecidas a las de Pushkin —el doctor Dóktor se vanagloriaba de su parecido con el poeta—, se le erizaban por la emoción de la caza.

—¡Ah-ah-ah! —aulló el jefe del hospital, recorriendo con la mirada a cada uno de los asistentes y deteniéndose en mí—: ¡Es a ti a quien busco!

Me levanté y, con las manos pegadas a los costados, le informé tal como manda el reglamento.

—¿Y tú de dónde sales? —El doctor Dóktor dirigió su dedo acusador a la muchacha, que estaba sentada en un rincón y que no se había levantado pese a la presencia de la autoridad.

—Estoy aquí ingresada —dijo en tono seco la muchacha—, y le ruego que no me tutee.

—¿Cómo que está ingresada?

El comandante, que había entrado junto con el doctor Dóktor, le informó del estatus de la paciente.

—Bien —dijo amenazador el doctor Dóktor—. Ya lo aclararemos. ¡Esto no quedará así! —Y abandonó la sala de curas. Tanto Portugálov como Dobrovolski hacía tiempo que se habían escabullido.

—¿Qué va a pasar ahora? —me preguntó la muchacha, pero en su tono no se notaba temor, sino solo interés por la naturaleza jurídica de los futuros acontecimientos. Curiosidad, y no temor o miedo por su suerte o la de los demás.

—A mí no creo que me pase nada —dije—. Pero a usted la echarán del hospital.

—Pues si me echa —dijo la chica—, a este doctor Dóktor le voy a organizar una buena. Como abra el pico se las verá con todas las altas instancias de Kolimá habidas y por haber.

Pero el doctor Dóktor se quedó callado. A la muchacha no la echaron. El doctor Dóktor estudió sus posibilidades y pasó por alto el suceso. La muchacha permaneció en

el hospital el tiempo estipulado por la cuarentena y después se marchó, se esfumó en la nada.

A mí el jefe del hospital ni siquiera me arrestó, no me encerró en la celda de castigo ni me mandó a trabajos comunes. Pero en el informe de rendición de cuentas de turno que pronunció en la reunión general de los empleados del hospital, en la sala de cine con sus seiscientas butacas llenas a rebosar, el jefe contó con todo detalle el horroroso espectáculo que él, el jefe del hospital, había visto con sus propios ojos en la sección quirúrgica durante su ronda de inspección, cuando el practicante —aquí citó mi nombre y apellido— se encontraba en la sala de operaciones comiendo bayas del mismo plato que una mujer que lo había ido a visitar. Allí, en la sala de operaciones...

—No era en la sala de operaciones, sino en la de curas de la sección de infecciosos.

—¡Da igual!

—¡No da nada igual!

El doctor Dóktor entornó los ojos. Quien levantó la voz fue Rubántsev, el nuevo responsable de la sección quirúrgica, un cirujano militar, llegado del frente. El doctor Dóktor, sin hacer caso del crítico, siguió con sus invectivas. El nombre de la mujer no se pronunció. El doctor Dóktor, el dueño absoluto de nuestras almas, corazones y cuerpos, por alguna razón no desveló el apellido de la heroína. En casos similares, en los informes o en las órdenes siempre se describen todos los detalles posibles e imaginables.

—¿Y qué le pasó a aquel practicante recluso por tan manifiesta transgresión, hecho además comprobado personalmente por el propio superior?

—Pues nada.

—¿Y a la mujer?

—Tampoco.

—Pero ¿quién era ella?

—Nadie lo sabe.

Alguien le había recomendado al doctor Dóktor que por aquella vez contuviera su furor administrativo.

Al cabo de medio año o un año de aquellos acontecimientos, cuando el doctor Dóktor hacía tiempo que ya no trabajaba en el hospital —gracias a su celo lo trasladaron a un cargo mejor, más alto—, un practicante que había sido compañero mío en los cursos, cuando pasábamos por el pasillo de la sección quirúrgica, me preguntó:

—¿Es esta la misma sala de curas donde transcurrían vuestras noches atenienses? Dicen que allí…

—Sí —le contesté—, la misma.

1973

Viaje a Ola

Un día soleado de Magadán, un resplandeciente domingo, vi el partido de los equipos locales Dinamo-3 y Dinamo-4. El hálito de las unificaciones estalinistas engendró esta tediosa unificación de nombres. Tanto en la final como en las eliminatorias anteriores, todos los equipos se llamaban Dinamo, cosa que, por cierto, era de esperar en la ciudad en la que nos encontrábamos. Yo me sentaba lejos, en las gradas superiores más alejadas, y fui víctima de una ilusión óptica, me pareció que los jugadores de ambos equipos corrían muy lentamente preparando la combinación que los llevaría al gol, y que la pelota, cuando se lanzaba contra la portería, realizaba en el aire una trayectoria tan lenta que todo el lanzamiento se podía comparar con una retransmisión televisiva ralentizada. Pero las tomas ralentizadas de televisión aún no habían nacido, como tampoco había nacido la televisión, de modo que mi comparación sería un pecado bien conocido en la teoría literaria. Las tomas cinematográficas a cámara lenta sí existían en mis tiempos, salieron a la luz antes que yo, o eran contemporáneas mías. Podría haber comparado aquel partido de

fútbol con una filmación a cámara lenta, pero luego me di cuenta de que la cuestión no tenía que ver con la filmación, sino simplemente con que el partido se producía en el Extremo Norte, en otras latitudes y altitudes, donde el movimiento del jugador se ralentiza, así como toda la vida de sus moradores transcurre lentamente. No sé si entre los jugadores había alguna de las víctimas de la conocida venganza contra los futbolistas organizada por Stalin. Este se inmiscuía no solo en la literatura o la música, sino también en el fútbol. El equipo del CSKA, el mejor del país, campeón entonces, fue disuelto en 1952, después de perder en las Olimpíadas. Y aquel equipo nunca se recuperó. Entre los que jugaban el partido en Magadán no debían de encontrarse aquellos jugadores. Pero, en cambio, sí podía jugar el cuarteto de los hermanos Stárostin —Nikolái, Andréi, Alexandr y Piotr—, todos ellos jugadores de la selección nacional. En mis tiempos, en la época que narramos, como se expresan los historiadores, todos los hermanos Stárostin estaban encerrados bajo la acusación de espionaje a favor de Japón.

Al presidente del VSFK —el Consejo Superior de Cultura Física—, Mántsev, lo eliminaron, lo fusilaron. Mántsev era un viejo bolchevique, de los que habían participado activamente en la insurrección de octubre. Esta fue la causa de que lo eliminaran. La sinecura que Mántsev ocupaba en los meses anteriores a su muerte no podía, claro está, calmar ni saciar la sed de venganza de Stalin.

En la sección local de Magadán me dijeron:

—No tenemos nada que objetar a que parta usted al Continente, a Tierra Grande. Búsquese un trabajo, pida la baja y podrá marcharse; por nuestra parte no vamos a poner objeción alguna, ni siquiera tiene que dirigirse a nosotros.

Era un viejo truco, un juego que yo conocía desde niño. Una situación sin salida, la necesidad de comer tres veces al día, obligaba a los exreclusos a escuchar semejantes sermones. Entregué mis primeros documentos obtenidos en libertad, mis delgados documentos de hombre libre, a la sección de personal del Dalstrói, mi libro de vida laboral con una sola anotación y una copia del certificado conforme había acabado los cursos de practicante, con el visto bueno de dos médicos, antiguos profesores. Al tercer día llegó una nota en la que pedían practicantes para Ola, poblado del distrito nacional, donde el poder estatal protegía a la población contra los reclusos, contra el torrente de millones de presos que corrían por sus tierras dirigiéndose al Norte por la carretera de Kolimá. Armán, Ola eran poblados de la costa del mar de Ojotsk conocidos desde tiempos remotos, en los que se detuvo, si no Colón, sí al menos Erik el Rojo. En Kolimá incluso existía una leyenda toponímica según la cual el río y hasta la región se llamaron así por el nombre Colón (Kolumb, en ruso), ni más ni menos, ya que se decía que el famoso navegante recorrió estos lugares repetidamente durante su visita a Inglaterra y Groenlandia. La costa estaba protegida por la ley. Allí no podían vivir todos los antiguos presos; a los hampones, antiguos o pre-

sentes, retirados o en activo, no se les permitía instalarse en estos parajes. Pero yo, como hombre recién liberado, tenía derecho a visitar aquellas islas afortunadas. Allí había pesca, lo cual quería decir: comida. Había caza: otra vez, comida. Había granjas agrícolas: comida, por tercera vez. Y también rebaños de renos: por cuarta vez, comida.

Los rebaños de renos —y al parecer también yaks, que Berzin introdujo al principio de su labor en el Dalstrói— representaban un importante problema para el Estado. Pues necesitaban de enormes dotaciones. Entre el sinfín de curiosidades, recuerdo los inútiles esfuerzos en adiestrar durante largos años a los perros pastores para que protegieran los rebaños de renos. Los perros pastores —que por toda la Unión Soviética se encargaban de vigilar a los hombres, de conducir las «etapas» de presos y de buscar a los fugados en la taiga, todo ello con el mayor de los éxitos— se negaban de plano a vigilar los rebaños de renos, de modo que la población local se veía obligada a controlar sus renos con las habituales *laikas*. Son muy pocos los que conocen este asombroso hecho histórico. ¿Cuál era el problema? ¿Acaso en el cerebro de los perros se había introducido un programa apto para los humanos pero no para los renos? ¿Sería esto? La caza en grupo que, por ejemplo, practican los lobos contra los rebaños de renos contiene todos los elementos para la protección de los renos. Pero ningún perro pastor aprendió nunca a vigilar rebaños. No se consiguió ni reeducar a perros experimentados ni educar a cachorros para que se convirtieran en pastores y no en cazado-

res. El intento acabó en fracaso, en una completa victoria de la naturaleza.

Y fue justamente a esta Ola, llena de renos, de pesca y de bayas, adonde expresé mi deseo de viajar. Allí los sueldos eran, por supuesto, dos veces más bajos que en los campos, que en el Dalstrói, pero, en cambio, se combatía a los vagos, los ladrones y los borrachos con medidas estatales, sencillamente se los deportaba de la zona de Magadán a las tierras del Dalstrói, donde regían otras leyes. El presidente del Comité Ejecutivo tenía derecho a este tipo de deportaciones —sin juicio ni instrucción—, medidas que retornaban al justo al mundo de los pecadores. Estas disposiciones no afectaban, claro está, a los autóctonos. Para las deportaciones no se llevaban a cabo procedimientos complicados: hasta Magadán había por mar unos cien kilómetros, y por la taiga, treinta. El miliciano agarraba al pecador y lo conducía al purgatorio de la prisión de tránsito de Magadán, el «centro de cuarentena», que era de tránsito también para los libres, cuyos derechos eran los mismos que los de los reclusos. Todo aquello me resultaba atractivo, de modo que acepté ir a trabajar a Ola.

Pero ¿cómo llegar hasta Ola? Ciertamente me pagarían las dietas desde el momento en que me entregaran el contrato, un documento sacado a través del túnel de una ventanilla por la mano perfumada de algún teniente-inspector del departamento de personal, pero el invierno aquí pasaba rápido y yo quería alcanzar el lugar de trabajo, porque a los novatos no los dejan en el mismo Ola.

¿Esperar un coche? Dejé la decisión en manos del instituto de la opinión pública, pedí consejo —como si fuera el Gallup— a todos los vecinos que se hallaban en la interminable cola del departamento de personal, y el 99% se inclinaron por la lancha. Me decidí a viajar en la lancha que salía de la bahía Veseli. Y allí tuve una suerte fantástica, asombrosa. Por la calle me encontré a Borís Lesniak, quien con su mujer Savóyeva tanto me había ayudado en uno de mis años de hambruna, en los faraónicos tiempos de las vacas flacas.

Existe en la ciencia de la vida una expresión bien conocida: «Una buena racha.» Se suele tener o poca o mucha suerte. Las desgracias, dicen, nunca vienen solas. Los fracasos tampoco ocurren de uno en uno. Al día siguiente, pensando en cómo podía montarme en la lancha, me encontré en la calle a Yarotski, el ex contable jefe del hospital. Yarotski trabajaba en la bahía Veseli y su mujer me permitió lavar la ropa en su casa, de modo que me pasé todo el día lavando a placer lo acumulado durante todo el camino mientras había estado en manos del subteniente Fraguin. Y en esto también tuve suerte. Yarotski me escribió una nota para el controlador. La lancha realizaba un viaje al día; subí con mis dos maletas: una de ellas estaba vacía, lo cual era una astucia de hampón, y en la otra llevaba mi único traje, un traje barato de color azul comprado en la Orilla Izquierda cuando aún era un preso, así como mis cuadernos con las poesías, unas libretas finas, aunque ya no hechas con el papel de Barkán. Los cuadernillos se iban llenando paula-

tinamente de versos, rimas al margen de mi voluntad, y no debían infundir sospechas a quien me los robara. Pero no me los robaron. La lancha zarpó a la hora convenida y me llevó a Ola, al hospital de tuberculosos para la población local. El hotel-barracón era también la sección sanitaria del distrito, encabezada por un médico joven. El responsable estaba de viaje de servicio, de modo que me tocaba esperar dos o tres días. Aproveché para familiarizarme con Ola.

El poblado estaba vacío, deshabitado. Había empezado el descenso de la *keta* y la *gorbuscha* desde sus lugares de desove hasta mar abierto, acompañado de las mismas prisas que en el ascenso, de la misma pasión por atravesar lo más rápidamente posible el desfiladero. Los mismos pescadores se hallaban agazapados en las mismas emboscadas. Hombres, mujeres y niños, jefes y subordinados: todo el poblado estaba junto al río durante aquellos días de captura del pescado. Las fábricas de pescado, las de ahumado y las de salazón trabajaban las veinticuatro horas del día. En el hospital solo quedaba el personal de guardia, los pacientes convalecientes también se habían marchado todos a pescar. De vez en cuando, por el polvoriento poblado pasaba algún carro con un cajón enorme hecho de tablas de dos metros en el que bullía un mar plateado de *ketas* y *gorbuschas.* Alguien gritaba con voz desesperada: «¡Senka, Senka!» ¿Quién podía gritar así en aquel enloquecido día de pesca? ¿Un vago? ¿Un saboteador? ¿Un enfermo grave?

—¡Senka, dame una pieza!

Y Senka, sin detener el carro, tras soltar por un mo-

mento las riendas, lanzaba al polvo del camino una enorme *keta* de dos metros, centelleante a la luz del sol.

Un anciano del lugar, guarda nocturno y practicante de guardia, cuando le insinué que no estaría mal comer alguna cosa, si es que los dueños de la casa tenían alguna cosa, me dijo:

—¿Qué quieres que te demos? Solo tenemos sopa de *keta*, de ayer, pero es de *keta*, no de *gorbuscha*. Allí la tienes. Ve y caliéntala. Aunque siendo de ayer no creo que te la comas. Nosotros, por ejemplo, la del día anterior ni la probamos.

Tras comerme medio puchero de aquella *keta* del día anterior y descansar, me fui a bañar a la orilla. Sabía qué significaba nadar en el mar de Ojotsk, en sus aguas sucias, frías y saladas, pero, para enriquecer mi cultura general, nadé un rato.

El poblado de Ola era un lugar polvoriento. Los carros, al atravesarlo, levantaban una nube de polvo. Pero el calor se había instalado allí hacía tiempo, y si este polvo se convertiría más adelante en barro petrificado, como ocurría por ejemplo en la región de Kalinin, eso es algo que no supe nunca. El día que pasé en el poblado de Ola me ayudó a ver dos peculiaridades de este paraíso del Norte.

La inusitada cantidad de gallinas de raza italiana, unas aves de alas blancas: los lugareños solo criaban esta raza de gallinas, al parecer por ser muy ponedoras. En aquellos tiempos, un huevo valía en el mercado de Magadán cien rublos. Y como todas las gallinas se parecían entre sí, cada

amo marcaba con pintura las alas de sus gallinas. La combinación de colores —dado que no había suficiente con los siete— convertía a las gallinas en futbolistas de un espectáculo de masas y recordaba a los desfiles con banderas nacionales o a un mapa geográfico. En una palabra, parecían cualquier cosa menos una bandada de gallinas.

La segunda peculiaridad eran las vallas todas iguales de las casas. Estaban muy pegadas a ellas; el terreno era diminuto, pero de todos modos era algo. Pero dado que las vallas de tablones compactos o de alambre de espino eran un privilegio del Estado, y el seto ruso era una cerca poco segura para su dueño, todas las vallas de las casas de Ola estaban cubiertas de viejas redes. Este detalle le daba al poblado belleza y colorido, como si todo el mundo en Ola estuviera cubierto de papel milimetrado para un estudio detallado: las redes de pescar protegían a las gallinas.

Me habían destinado a la isla de Siglán, en el mar de Ojotsk, pero la responsable de la sección del distrito no me aceptó por mi «ficha» y me propuso regresar de nuevo a Magadán. No me pareció un gran contratiempo, de modo que recogí mis documentos. Por casualidad, los documentos de estos viajes de servicio se han conservado. Debía hacer lo posible por regresar a Magadán, subirme a la misma lancha que me había llevado al lugar. Esto no resultó fácil, y no porque yo fuera un pobre vagabundo sin papeles o un exrecluso.

El piloto de la lancha vivía de manera permanente en Ola, y hacerlo volver a su lancha, a su trabajo, no resultó

sencillo. Después de tres días de borrachera, en los que la lancha había estado parada, por fin sacaron al piloto a rastras de su querida isba y lo condujeron lentamente, ora dejándolo en el suelo, ora poniéndolo de pie, a lo largo de unos dos kilómetros hasta el embarcadero, donde se encontraba la lancha y se había reunido un numeroso grupo de pasajeros, unas diez personas. Lo arrastraron no menos de una hora, si no fueron dos. Una enorme mole se acercó al lugar, se introdujo en la cabina del piloto y puso en marcha el motor Kawasaki. La lancha se estremeció, pero aún faltaba mucho para la partida. Después de todo tipo de golpecitos y frotamientos, las manos del piloto ocuparon su lugar acostumbrado en el timón. Nueve pasajeros de los diez (el décimo era yo) se lanzaron hacia la cabina del piloto implorándole que parara y diera media vuelta. La hora de la marea baja había pasado y ya no llegaríamos a tiempo a Magadán. De todos modos tendríamos que regresar o mantenernos a la deriva en mar abierto. Por toda respuesta retumbó un rugido del piloto, viniendo a decir que a todos los pasajeros les podían dar por donde les cupiera, porque él, el piloto, no se iba a perder la marea alta. Y el Kawasaki se lanzó a mar abierto. La mujer del piloto pasó el gorro a todo el pasaje a modo de colecta para que el piloto pudiera darse «un trago»; yo le di un billete de cinco rublos. Salí a cubierta para ver como jugaban las focas y las ballenas y como se acercaba Magadán. Magadán no aparecía por ninguna parte, solo se veía una costa rocosa hacia la que nos aproximábamos pero que no podíamos alcanzar.

—Salta, salta —oí de pronto aconsejarme a una mujer que no era la primera vez que viajaba por mar de Ola a Magadán—. Salta, salta, que te tiraré las maletas; aquí aún se toca fondo.

La mujer saltó y levantó las manos. El mar le llegaba a la cintura. Comprendiendo que la marea no espera, arrojé al mar mis dos maletas —fue entonces cuando bendije a los hampones por aquel sabio consejo— y salté también, para palpar el resbaladizo pero sólido y firme fondo del océano. Atrapé entre las olas mis maletas, sometidas no solo a la acción de la sal marina sino también a la ley de Arquímedes, y me dirigí a la costa tras el resto de mis compañeros de viaje, que con sus maletas sobre la cabeza se acercaban a la orilla adelantándose a las olas de la marea. Me encaramé al muelle de la bahía Veseli y saludé con la mano a Ola y al piloto por última vez en mi vida. El piloto, comprobando que todos los pasajeros habían llegado felizmente a puerto, dio media vuelta a su Kawasaki y regresó a Ola, a acabarse de beber lo que quedaba.

1973

El teniente coronel del servicio de sanidad

Fue el miedo a la vejez lo que condujo al teniente coronel Riúrikov a Kolimá; se acercaba la jubilación, y los sueldos del Norte duplicaban los moscovitas. El teniente coronel del servicio de sanidad Riúrikov no era ni cirujano, ni terapeuta ni venereólogo. En los primeros años de la revolución, Riúrikov, un estudiante obrero, se presentó en la Facultad de Medicina, en la universidad, y acabó sus estudios como neuropatólogo, pero se le había olvidado todo hacía tiempo —no trabajó nunca, ni un solo día, de médico práctico—, siempre hizo de administrador, de médico jefe del hospital, de responsable. También aquí llegó como jefe de un hospital penitenciario, el hospital central, un centro para mil camas. No es que no tuviera suficiente con el sueldo de jefe de uno de los hospitales moscovitas. Riúrikov, el teniente coronel del servicio de sanidad, había pasado de los sesenta hacía bastante y llevaba una vida solitaria. Sus hijos ya eran mayores, los tres trabajaban de médicos en alguna parte, pero Riúrikov no quería ni oír hablar de vivir a cuenta de sus hijos o de recibir alguna ayuda. Ya de joven había llegado a la firme resolución de

que nunca dependería de nadie, y que si ocurría lo contrario era mejor morir. Había otro aspecto relacionado con el asunto, algo sobre lo que el teniente coronel Riúrikov trataba de no hablar ni siquiera consigo mismo. La madre de sus hijos hacía tiempo que había muerto, no sin antes arrancar de Riúrikov una extraña promesa: que nunca se casara con nadie más. Riúrikov le dio la palabra a la difunta y desde entonces, desde los treinta y cinco años, mantuvo firmemente su promesa, sin que nunca se le ocurriera pensar en ninguna otra solución al problema.

Le parecía que si planteaba el asunto de cualquier otro modo, su decisión afectaría a algo doloroso y sagrado, lo cual sería peor que un sacrilegio. Luego se acostumbró y ya no le costó mantenerse fiel a su promesa. No se lo contó a nadie, no pidió consejo a nadie, ni a sus hijos ni a las mujeres con las que intimaba. La mujer con la que había vivido los últimos años, una médica del hospital, tenía hijos del primer marido, dos niñas en edad escolar, y Riúrikov quería que esta familia también viviera algo mejor. Esta era la segunda razón que lo había obligado a emprender tan decisivo viaje.

Había una tercera razón, esta más propia de un chiquillo. La cuestión es que, en toda su vida, el teniente coronel Riúrikov solo había estado en el distrito Tumski de la región de Moscú, donde había nacido, y en la ciudad de Moscú, donde había crecido, estudiado y trabajado. Incluso en sus años jóvenes, antes de casarse y en sus años de estudiante en la universidad, Riúrikov siempre pasaba las

vacaciones y los períodos de descanso con su madre en el distrito Tumski. Le resultaba incómodo y le parecía poco decente marcharse de vacaciones a algún lugar de reposo o a cualquier otro. Temía demasiado los remordimientos de su propia conciencia. La madre vivió largos años, no se avino a la idea de ir a vivir con su hijo, y Riúrikov lo comprendía, tras haber pasado la mujer toda la vida en la aldea natal. La madre murió justo antes de la guerra. Riúrikov no fue a parar al frente, aunque sí vistió el uniforme militar, y durante toda la guerra fue jefe de un hospital en Moscú.

No había estado nunca ni en el extranjero, ni en el Sur, ni en el Este ni en el Oeste, y a menudo pensaba que cualquier día cercano se moriría sin haber visto nada. Especialmente le interesaban y apasionaban los vuelos árticos y, en general, toda aquella vida extraordinaria y romántica de los conquistadores del Norte. No solo Jack London, a quien el teniente coronel Riúrikov tenía en gran estima, había alimentado su interés por el Norte, sino también los vuelos de Slépnev y Grómov y el viaje del *Cheliuskin*.

¿Sería posible que muriera sin haber visto nunca lo que más admiraba? Y cuando le propusieron viajar al Norte por tres años, Riúrikov comprendió al instante que allí estaba el cumplimento de sus deseos, que era una suerte, un premio para todos sus años de esfuerzo. Y aceptó sin pedir consejo a nadie.

Solo había una circunstancia que a Riúrikov le desazonaba un poco. Lo habían destinado a un hospital penitenciario. Él sabía, por supuesto, que en el Extremo Nor-

te, al igual que en el Extremo Oriente, el cercano Sur y el cercano Oeste, había campos de trabajo. Pero habría preferido un trabajo entre personal libre. Solo que no había vacantes, y además el sueldo de los médicos contratados libres en los hospitales para presos era, otra ventaja, mucho más alto. De modo que Riúrikov dejó a un lado sus dudas. En las dos entrevistas que las autoridades mantuvieron con el teniente coronel, este aspecto no se pasó por alto ni se enmascaró, sino que, al contrario, se subrayó. Al teniente coronel le llamaron seriamente la atención sobre el hecho de que en el lugar se hallaban enemigos del pueblo, enemigos de la patria, que entonces eran utilizados para colonizar el Extremo Norte, criminales de guerra que aprovechaban cualquier momento de debilidad o indecisión de los mandos para cometer sus pérfidos y aviesos fines, y que hacía falta dar muestras de un altísimo grado de vigilancia en lo que se refería a este contingente. En tales términos se expresó la autoridad. Vigilancia y firmeza. Pero que Riúrikov no se asustara. Todos los contratados libres del hospital y el considerable colectivo de miembros del partido que trabajaban en las durísimas condiciones del Norte serían sus fieles ayudantes.

No era eso lo que Riúrikov había visto en sus subordinados durante treinta años de trabajo administrativo. Estaba harto de los desfalcos contra la propiedad estatal, de las intrigas de unos contra otros, de las borracheras. Riúrikov se alegró de oír lo que le contaban, se diría que lo alentaban a participar en la guerra contra los enemigos del

Estado. Y él, en su sector, sabría cumplir con su deber. Riúrikov llegó al Norte en avión, sentado en un asiento con muelles. El teniente coronel tampoco había volado nunca: hasta entonces no había tenido la oportunidad, y la sensación fue extraordinaria. No le entraron náuseas, solo en los aterrizajes le dio un poco de vueltas la cabeza. Lamentó sinceramente no haber volado antes. Las rocas y los colores nítidos del cielo boreal lo llenaron de entusiasmo. Se sintió alegre, se sintió casi un muchacho de veinte años, y ni siquiera quiso quedarse unos cuantos días para familiarizarse con la ciudad, ansiaba ponerse a trabajar.

El jefe de la administración de sanidad le cedió su propio ZIS-110 y el teniente coronel llegó al hospital central, que se hallaba a quinientos kilómetros de la «capital» de la región.

El amable jefe de la sección de sanidad no solo avisó al hospital de la llegada del teniente coronel. El jefe anterior se marchaba al Continente de vacaciones y aún no había dejado libre la vivienda. Junto al centro sanitario, a unos trescientos metros de la carretera, se encontraba la llamada Casa de la dirección, uno de los hoteles de carretera para los más altos mandos, para los cargos con grado de general.

Allí pasó la noche Riúrikov, que contempló con sorpresa las cortinas de terciopelo bordadas, las alfombras, objetos esculpidos en hueso, enormes armarios hechos a mano para ropa también cosida a mano.

No deshizo las maletas. Por la mañana tomó té y se dirigió al hospital.

El edificio del hospital se había construido poco antes de la guerra para una unidad militar. Sin embargo, aquel gran edificio de tres pisos en forma de T situado en medio de un desnudo roquedal era un punto de orientación demasiado cómodo para la aviación enemiga (la técnica avanzó mucho en el transcurso del tiempo que llevó tomar la decisión de construir el edificio y ejecutar su construcción), y el edificio dejó de ser útil para sus amos y se entregó a la medicina.

Durante el corto período de tiempo en que el edificio fue abandonado por el regimiento y permaneció sin vigilancia, se destruyeron la canalización y las conducciones de agua, y la central eléctrica de carbón, con sus dos calderas, quedó del todo inservible. Como no llegaba carbón, quemaron la madera y todo lo que pudiera arder, y en el transcurso del último festejo de los militares, estos quemaron en la central eléctrica todas las butacas de la sala de espectáculos.

La administración restauró poco a poco todo aquello, gracias al trabajo gratuito de los pacientes-presos, y ahora el hospital tenía un aspecto impresionante.

El teniente coronel se presentó en su despacho y quedó perplejo ante sus dimensiones. En Moscú nunca había tenido ocasión de disponer de un despacho personal de semejante tamaño. A escala moscovita no era un despacho sino una sala para reuniones, para unas cien personas.

Habían echado abajo las paredes de las habitaciones vecinas para formar una sola estancia; las ventanas estaban cubiertas de cortinas de tela con magníficos bordados, y el sol rojo del otoño vagaba por los marcos dorados de los

cuadros, por el tapizado en cuero, hecho a mano, de los divanes, y avanzaba por la superficie pulida de un escritorio de dimensiones colosales.

Todo esto le gustó al teniente coronel. El hombre se impacientaba por fijar ya sus horas de visita, pero esto no se podía hacer de inmediato y solo lo consiguió pasados dos días. El jefe anterior tampoco quería retrasar su partida; hacía tiempo que había reservado el billete de avión, antes incluso de que el teniente coronel Riúrikov hubiera abandonado la capital.

Esos días estuvo observando a la gente, el hospital. El centro disponía de una gran sección terapéutica, la dirigía el médico Ivánov, exmédico militar y exrecluso. La sección neuropsiquiátrica la dirigía Piotr Ivánovich Polzunov, también un exrecluso, aunque con el grado de doctor. Era una categoría de personas que levantaba especiales sospechas; a Riúrikov ya lo habían puesto sobre aviso en Moscú. Se trataba de individuos que, por un lado, habían pasado por la escuela de los campos, enemigos sin duda alguna, pero que, por otro lado, tenían derecho a relacionarse con los libres, los contratados. «Su odio al Estado no termina el día en que reciben el documento de libertad —pensaba el teniente coronel—. Aunque, de todos modos, tienen otros derechos, ocupan otra posición que me obliga a creer en ellos.» Al teniente coronel no le gustaron los dos responsables-reclusos. No sabía cómo tratarlos. En cambio, le gustó sobremanera el responsable de la sección quirúrgica, el cirujano de regimiento Grómov: era un contratado libre, aunque no pertenecía

al partido, había luchado en la guerra y aquí, en su sección, todos iban más rectos que un palo; mejor que mejor.

El propio Riúrikov solo había probado el servicio militar durante la guerra, en concreto como médico, por eso la subordinación militar le gustaba más de lo debido. El elemento organizativo que aportaba a la vida era sin duda útil, y Riúrikov recordaba, a veces disgustado y ofendido, sus trabajos anteriores a la guerra: las interminables conversaciones persuasivas, las explicaciones, los soplos, las promesas poco seguras, en lugar de una breve orden y un informe con total precisión y claridad.

Por eso del cirujano Grómov le gustaba que supiera trasladar el estado de cosas del hospital militar a la sección quirúrgica del centro. Visitó a Grómov en el mortal silencio de los pasillos hospitalarios, ante los inmaculados tiradores de bronce.

—¿Con qué limpias los tiradores?

—Con bayas de vaccinieo —le informó Grómov, y Riúrikov se sorprendió; para limpiarse los botones de la guerrera y el capote, él se había traído de Moscú una crema especial. Y resulta que aquí bastaba con bayas de vaccinieo.

En la sección quirúrgica todo brillaba de lo limpio que estaba. Los suelos bien fregados, los cajones de aluminio bien bruñidos, los armarios con su instrumental…

Pero tras las puertas de las salas respiraba un monstruo de mil caras que a Riúrikov le infundía cierto temor. Le parecía que todos los presos tenían la misma cara: tipos llenos de ira y de odio…

Grómov abrió una de las salas pequeñas ante su jefe. El pesado olor a pus, a ropa sucia, no le gustó a Riúrikov, y el teniente coronel cerró la puerta y siguió su camino.

Aquel día se marchaba el jefe anterior con su esposa. Resultaba agradable pensar que al día siguiente ya sería el jefe de todo aquello. Se quedó solo en el enorme apartamento de cinco habitaciones con su amplio balcón-veranda. Las habitaciones estaban vacías; los muebles del jefe anterior, los espléndidos armarios con espejos, hechos a mano, unos secreteres de imitación de caoba, una cómoda de madera tallada: todo aquel sueño de un propietario era del jefe anterior. Los divanes de blandos asientos, los pufs, las sillas: todo esto era propiedad del jefe anterior. El piso aparecía ahora desnudo, vacío.

El teniente coronel Riúrikov le ordenó al administrador de la sección quirúrgica que le mandara un catre y la ropa de cama del hospital, y el administrador también le llevó, por su cuenta y riesgo, una mesilla de noche, que colocó junto a la pared en la gran habitación.

Riúrikov se puso a ordenar sus cosas. Sacó de la maleta la toalla y el jabón y los llevó a la cocina.

Lo primero que hizo fue colgar en la pared su guitarra adornada con un lazo rojo descolorido. No era una guitarra cualquiera. Al principio de la guerra civil, cuando el poder soviético aún no condecoraba con medallas ni con distintivo honorífico alguno —en el dieciocho Podvoiski escribió un artículo a favor de la introducción de medallas, y lo cubrieron de improperios tildándolo de «despojo del

zarismo»—, en el frente premiaban los méritos de guerra no con medallas sino con armas nominales o con guitarras o balalaicas.

Así fue como el guardia rojo Riúrikov se vio recompensado por los combates de Tula: se le entregó una guitarra. Riúrikov no tenía oído musical, y únicamente cuando se quedaba solo tocaba con cuidado y temor una u otra cuerda. Las cuerdas resonaban y el viejo regresaba siquiera por un instante al gran y querido mundo de su juventud. Así guardó su tesoro durante más de treinta años.

Hizo la cama, colocó sobre la mesilla un espejo, se desvistió y, tras meter los pies en los zapatos, en ropa interior, se acercó a la ventana y miró: alrededor se alzaban unas montañas que parecían rezar de rodillas. Como si mucha gente hubiera llegado al lugar para asistir a algún milagro: para rezar, pedir consejo o que les señalaran el camino.

A Riúrikov le pareció que tampoco la naturaleza tenía la respuesta a su propia suerte, que también la naturaleza buscaba una respuesta.

Descolgó la guitarra de la pared, y en medio de la noche, en aquella habitación vacía, los acordes resultaron demasiado sonoros, especialmente ceremoniosos e impresionantes. Como siempre, tocar la guitarra lo calmó. Fue entonces, entre aquellos acordes nocturnos de guitarra, cuando tomó sus primeras decisiones. Se llenó de fuerza de voluntad para llevarlas a cabo. Se echó en el camastro y se durmió al instante.

Por la mañana, ya antes de empezar su día de trabajo

en su nuevo y espacioso despacho, Riúrikov hizo llamar al teniente Maxímov, su ayudante en el área económica, y le dijo que solo ocuparía una de las cinco habitaciones, la más grande. Que las restantes se las entregasen a otros empleados sin alojamiento. El teniente Maxímov, algo incómodo, intentó explicarle que aquello no era propio de su cargo.

—¿No ve que no tengo familia? —dijo Riúrikov.

—El jefe anterior solo tenía a su mujer —dijo Maxímov—. Además, le vendrán a ver un sinfín de jefes de la capital, le visitarán y se quedarán en su casa.

—Pueden instalarse en la casa donde pasé la primera noche. Está aquí mismo, a dos pasos. En una palabra, haga lo que le he dicho.

Pero Maxímov se presentó en el despacho varias veces más a lo largo del día para preguntarle a Riúrikov si había cambiado de idea. Y solo cuando el nuevo jefe empezó a enfadarse el teniente se rindió.

El primero en ser recibido fue Koroliov, el responsable local de Interior. Después de las presentaciones y de un breve informe, Koroliov dijo:

—Tengo que pedirle un favor. Mañana viajo a Dólgoye.

—¿Qué es eso de Dólgoye?

—Es el centro del distrito; está a ochenta kilómetros de aquí… Va allí un autobús grande cada mañana.

—Pues vaya usted.

—No, no me ha comprendido —dijo con una sonrisa Koroliov—. Le pido permiso para poder usar su coche personal…

—¿Yo tengo un coche personal? —preguntó Riúrikov.

—Sí.

—¿Y chófer?

—Y chófer.

—¿Y Smolokúrov —este era el apellido del jefe anterior— viajaba a alguna parte con su coche personal?

—Viajaba poco —respondió Koroliov—, esta es la pura verdad. Poco.

—Hagamos una cosa. —Riúrikov lo comprendió todo y tomó la siguiente decisión—: Tú te vas en autobús. Y el coche, que de momento se quede quieto. En cuanto al chófer, lo transferís al taller para que trabaje con los camiones. No necesito el coche. Y si tengo que ir a algún sitio, ya cogeré la ambulancia o un camión.

La secretaria entreabrió la puerta.

—Quiere verle el lampista Fedótov, dice que es muy urgente…

El hombre estaba asustado. De su inconexo y apresurado relato, Riúrikov comprendió que en el apartamento de Fedótov, que se hallaba en la planta baja, se había hundido el techo; el estucado estaba hecho añicos y goteaba. Hacía falta reparar el techo; la sección de obras no quería hacerlo y el propio lampista no tenía suficiente dinero para encargarse de la obra. Y además era injusto. Quien debía pagar era el responsable de que el techo se hubiera hundido, por muy miembro del partido que fuera… Porque lo que caía de arriba…

—Espera un momento —lo interrumpió Riúrikov—. ¿Cómo es que gotea? ¿Acaso arriba no vive gente?

Riúrikov comprendió a duras penas que en el piso de arriba tenían un cerdo, que el estiércol y la orina se acumulaban y que por eso el estucado del apartamento de abajo se había hundido, de modo que el cerdo se orinaba sobre las cabezas de los vecinos de abajo.

Riúrikov se enfureció.

—¡Anna Petrovna! —le gritó a la secretaria—, haga el favor de llamar al secretario de la organización del partido, que venga aquí con el sinvergüenza del dueño del cerdo.

Anna Petrovna alzó espantada los brazos y desapareció.

Al cabo de diez minutos, Mostovói, el secretario de la organización del partido, entró en el despacho y se sentó ante la mesa. Los tres, el lampista, Mostovói y Riúrikov, se mantenían callados. Así pasaron unos diez minutos.

—¡Anna Petrovna!

Anna Petrovna se asomó a la puerta.

—Pero ¿dónde está el dueño del cerdo?

Anna Petrovna desapareció.

—Al dueño del cerdo lo tiene usted delante, es el camarada Mostovói —dijo el lampista.

—¡Conque es eso! —exclamó Riúrikov, y se puso en pie—. De momento váyase a casa. —Y acompañó al lampista a la puerta.

—Pero ¿cómo se ha atrevido usted? —se puso a gritarle Riúrikov a Mostovói—. ¿Cómo ha tenido el coraje de criar en su piso…?

—Para de gritar —le dijo con calma Mostovói—. ¿Y dónde querías que lo tuviera? ¿En la calle? Ya veremos qué

pasa cuando te agencies unas gallinas o un cochino. Lo he pedido muchas veces: dadme un apartamento en una planta baja. Pero no me lo dan. En todas las casas pasa lo mismo. Lo único es que este lampista tiene la lengua muy suelta. A esta gente el jefe anterior sabía cerrarle el pico. Tú, en cambio, prestas oídos a cualquiera.

—Toda la reparación va por su cuenta, camarada Mostovói.

—Ni hablar, esto no va a quedar así...

Pero Riúrikov ya estaba llamando para que fuera el contable y dictarle la orden.

La sesión de visitas se echó a perder, se torció. El teniente coronel no tuvo ocasión de conocer ni a uno solo de sus asistentes, no hizo más que colocar un sinfín de veces su firma en un sinfín de papeles que desplegaban ante él unas manos hábiles y avezadas.

Cada uno de los informantes se armaba de un enorme artilugio con papel secante que había sobre la mesa del jefe —una torre del Kremlin tallada a mano con unas estrellas rojas de plástico— y secaba con esmero la firma del teniente coronel.

Así siguieron las cosas hasta la hora de comer; después de la comida, el jefe recorrió el hospital. El doctor Grómov, un individuo de piel encarnada y dientes blancos, lo estaba esperando.

—Quiero ver cómo trabajan —dijo el jefe—. Muéstreme a quién le dan hoy el alta.

Por el extremadamente espacioso despacho de Gró-

mov se movían en fila los pacientes. Riúrikov veía por primera vez a quienes debía curar. Ante él desfilaba una sucesión de esqueletos.

—¿Tiene usted piojos?

El paciente se encogió de hombros y miró asustado al doctor Grómov.

—Perdone, pero estamos en la sección quirúrgica... ¿Cómo quiere que tengan...?

—Eso no es asunto nuestro —dijo en tono alegre el doctor Grómov.

—¿Y les da el alta?

—¿Hasta cuándo tenerlos, entonces? ¿Y los días-cama?

—Y a este, ¿cómo se le puede dar el alta? —Riúrikov señaló a un enfermo con oscuras heridas purulentas.

—A este, por robarles el pan a sus vecinos.

Llegó el coronel Akímov, el jefe de aquella imprecisa unidad militar —regimiento, división, cuerpo o ejército— destacada en el enorme espacio del Norte. Esta era la unidad militar que en otro tiempo se había construido para sí misma el edificio del hospital. Akímov se veía joven para sus cincuenta años, estirado y alegre. También se alegró Riúrikov. Akímov se había traído a su mujer enferma:

—Nadie la puede ayudar, pero ustedes aquí tienen médicos.

—Ahora lo dispongo —dijo Riúrikov, e hizo una llamada. Anna Petrovna apareció por la puerta con expresión de estar en plena disposición de cumplir las órdenes que se le dieran.

—No hay prisa —dijo Akímov—. No es el primer año que estoy aquí. ¿Quién quiere usted que examine a mi mujer?

—Por ejemplo, Stébelev. —Stébelev era el responsable de la sección terapéutica.

—No —dijo Akímov—. A tipos como Stébelev los tengo también en mi casa. Hace falta que la vea el doctor Glushakov.

—De acuerdo —dijo Riúrikov—. Pero el doctor Glushakov es un recluso. ¿No le parece a usted...?

—No, no me lo parece —replicó con firmeza Akímov, y en sus ojos no se reflejaba sonrisa alguna. Se quedó un rato callado, para proseguir—: La cuestión es que mi mujer necesita un médico, y no... —añadió el coronel sin acabar la frase.

Anna Petrovna se fue corriendo a encargar un pase y un permiso de salida para Glushakov mientras el coronel Akímov le presentaba a Riúrikov a su esposa.

Al poco trajeron del campo a Glushakov, un viejo arrugado y canoso.

—Se le saluda, profesor —dijo Akímov levantándose y saludando con la mano a Glushakov—. Ya ve: vengo a pedirle un favor...

Glushakov propuso examinar a la esposa del coronel en la sección sanitaria del campo («allí lo tengo todo a mano, en cambio aquí no me aclaro»), y Riúrikov llamó a su adjunto en el campo para que les hicieran un pase al coronel y a su esposa.

—Oiga, Anna Petrovna —se dirigió Riúrikov a la secretaria cuando los visitantes ya se habían ido—. ¿Es cierto que Glushakov es tan buen especialista como dicen?

—Es más de fiar que los nuestros, la verdad —respondió con una risita Anna Petrovna.

El teniente coronel Riúrikov suspiró.

Cada día vivido adquiría para Riúrikov un color nuevo, irrepetible. Había días de derrotas, de fracasos, días de dicha, días de bondad, días de compasión, días de desconfianza, días de ira... Todo lo que se producía durante un mismo día tenía un determinado carácter, y a veces Riúrikov sabía adaptar sus decisiones, sus actos, a ese «trasfondo», que parecía no depender de su voluntad. Ese día era un día de dudas, de desencantos.

El comentario del coronel Akímov afectó a algo importante, fundamental, en la vida actual de Riúrikov. Se diría que se había abierto una ventana sobre cuya existencia Riúrikov ni siquiera se había atrevido a pensar hasta la visita del coronel Akímov. Resultaba que la ventana no solo existía, sino que por ella se podía ver algo que Riúrikov no había visto ni percibido antes.

Aquel día parecía confabularse con el coronel Akímov. El nuevo responsable provisional de la sección quirúrgica, el médico Braude, informó que las operaciones otorrinolaringológicas programadas para aquel día se aplazaban porque el orgullo del hospital —la perspicaz especialista y virtuosa cirujana Adelaida Ivánovna Simbírtseva—, una vieja especialista discípula del célebre Voyachek, recientemente

incorporada al centro, «se había hinchado de narcóticos», en palabras del doctor Braude, y ahora se subía por las paredes en la sala de curas de la sección quirúrgica. Hacía añicos cualquier objeto de vidrio que cayera en sus manos. ¿Qué hacer? ¿Se la podría atar, llamar a los soldados y llevarla a su casa?

El coronel Riúrikov dispuso que no se atara a Adelaida Ivánovna, sino que le taparan la boca con su chal, la llevaran a su casa y la encerraran allí. O bien que le introdujeran por la boca algún somnífero —clorhidrato, sin falta una dosis doble— y la trasladaran dormida. Pero que la llevaran contratados libres, no presos.

En la sección de neuropsiquiatría un enfermo había matado a su vecino con una pica de hierro afilada. El doctor Piotr Ivánovich, el responsable, había informado que el homicidio se había debido a cierto odio de sangre entre comunes, ambos enfermos; tanto el homicida como la víctima eran ladrones.

En la sección terapéutica, la de Stébelev, el administrador, un preso había robado y revendido cuarenta sábanas. Lvov, el delegado, ya había localizado las sábanas; estaban bajo una barca, junto al río.

La responsable de la sección femenina reclamaba para sí una ración de oficial, y el asunto se estaba decidiendo en algún despacho de la capital.

Pero lo más desagradable fue lo que le comunicó Anísimov, su adjunto para las cuestiones del campo. Anísimov permaneció largo rato sentado en el mullido sofá de cuero

del despacho de Riúrikov, a la espera de que cesara la sucesión de visitantes. Y cuando ambos se quedaron solos, le dijo:

—¿Qué hacemos entonces con Liusia Popóvkina, Vasili Ivánovich?

—¿Con qué Liusia Popóvkina?

—¡No me diga usted que no sabe nada!

Resultó que era una presa exbailarina, con la cual había estado liado Semión Abrámovich Smolokúrov, el jefe anterior. La mujer no trabajaba en parte alguna y servía solo para solaz de Smolokúrov. Seguía sin trabajar («ya hace casi un mes», pensó Riúrikov) y aún no se había tomado disposición alguna.

A Riúrikov le entraron ganas de lavarse las manos.

—¿Qué disposición? Mándela de inmediato al diablo.

—¿A una brigada de castigo?

—¿Por qué necesariamente a una de castigo? ¿Acaso es culpable de algo? A ti sí que te va a caer una buena. ¡Todo un mes sin trabajar!

—La manteníamos en custodia —dijo Anísimov.

—¿Para quién? —Y Riúrikov se levantó y echó a andar por la habitación—. Mándela de inmediato, mañana mismo.

Cuando Piotr Ivánovich subía por la estrecha escalera de madera al piso de arriba para ver a Antonina Serguéyevna, pensó que en los dos años que llevaban trabajando juntos en ese hospital no había estado nunca en la casa de la médica jefe. Se sonrió al comprender por qué lo invitaban. Así era, con esta invitación le abrían a él, un exreclu-

so, las puertas de las «altas esferas» locales. Piotr Ivánovich no comprendía a las personas como Riúrikov, y no comprendiéndolas, las despreciaba. Le parecía que el teniente coronel había elegido un camino especial en su carrera, el camino de un «limpito» entre grandes comillas, de un «limpito» que quería convertirse ni más ni menos que en el jefe de la administración de sanidad. Y allí estaba, retorciéndose entre muecas, haciéndose pasar por un santo inocente.

Piotr Ivánovich acertó de pleno. La habitación llena de humo estaba a rebosar. En ella también se encontraba el médico radiólogo, así como Mostovói y el contable jefe. La propia Antonina Serguéyevna servía de una tetera de aluminio del hospital un té caliente y aguado.

—Pase, Piotr Ivánovich —le dijo la mujer cuando el neuropatólogo se quitó la gabardina—. Empecemos.

Y Piotr Ivánovich pensó: «Aún no está mal», y se puso a mirar en otra dirección.

El jefe del campo empezó:

—Les he invitado, señores —Mostovói alzó las cejas—, para comunicarles una noticia pero que muy desagradable. —Todos se echaron a reír. También rió Mostovói, interpretando asimismo algo literario en la frase.[38] Mostovói se tranquilizó, pero la palabra «señores» siempre lo alarmaba, incluso cuando se trataba de una broma o un lapsus.

38. Se trata de la misma frase que en la escena final de la comedia *El inspector*, de Gógol, anuncia la llegada del verdadero inspector.

—¿Qué vamos a hacer? —intervino Antonina Serguéyevna—. En un año nos quedaremos en la miseria. *Él*, en cambio, ha venido para tres años. A todos se nos ha prohibido tener a presas como sirvientes. ¿Por qué razón han de padecer estas desdichadas muchachas dedicándose a trabajos comunes? ¿Y por quién? Por ese. De la leña ya ni hablo. El año pasado no ingresé en la libreta ni un rublo. A fin de cuentas, yo tengo hijos.

—Todos tenemos hijos —dijo el contable jefe—. Pero ¿qué se puede hacer en esta situación?

—Mandarlo a hacer puñetas —rugió Mostovói.

—Haga el favor de no decir esas cosas en mi presencia —replicó el contable jefe—. En caso contrario, me veré obligado a informar a quien corresponda.

—Ha sido una broma.

—Pues haga el favor de no hacer ese tipo de bromas.

Piotr Ivánovich levantó la mano.

—Hay que llamar a Churbakov. Y usted, Antonina Serguéyevna, tiene que hablar con él.

—¿Por qué yo? —Antonina Serguéyevna se ruborizó.

Churbakov, el mayor del servicio de sanidad, jefe de la administración de sanidad, era célebre por sus desatados excesos y por lo desmedido de sus borracheras. En casi todos los yacimientos tenía hijos, de médicas, practicantes, enfermeras y auxiliares.

—Tiene que ser justamente usted. Y tendría que darle a entender a Churbakov que el teniente coronel Riúrikov pretende ocupar su puesto, ¿entendido? Dígale al mayor

que él hace poco que es miembro del partido, en cambio Riúrikov...

—Riúrikov lo es desde 1917 —añadió con un suspiro Mostovói—. Pero ¿qué falta le hace el puesto de Churbakov?

—Vaya, no entiende usted nada. Piotr Ivánovich tiene toda la razón.

—¿Y si escribimos a Churbakov?

—¿Y quién le lleva la carta? ¿Acaso hay alguien que no tema por su cabeza? ¿Y si interceptan a nuestro mensajero o, más sencillo aún, él mismo se presenta directamente en el despacho de Riúrikov? Historias así ha habido.

—¿Y por teléfono?

—Por teléfono solo se le puede invitar. Usted sabe bien que Smolokúrov tenía sus escuchas.

—Bueno, este no los tiene.

—Quién sabe. En una palabra: precaución y diligencia, diligencia y precaución...

[1963]

El comisario militar

El propio Valentín Nikoláyevich Traut, uno de los tres cirujanos que realizó la operación —la extracción de un cuerpo extraño del esófago—, registró la intervención en el cuaderno de operaciones. Aquí el médico jefe no era Traut, sino Anna Serguéyevna Novikova, discípula de Voyachek, una otorrinolaringóloga de la capital, una belleza sureña que nunca había estado en prisión, como tampoco ninguno de los dos asistentes, Traut y Lunin. Justamente porque la cirujana jefe era Novikova, la operación se aplazó hasta dos días después de la fecha prevista. Durante cuarenta y ocho horas, a la brillante discípula de Voyachek le echaron cubos de agua, la empapuzaron de amoníaco, le hicieron un lavado de estómago y de intestinos y la llenaron de té bien cargado. Al cabo de dos días a Anna Serguéyevna le dejaron de temblar los dedos y empezó la operación. Alcohólica empedernida y drogadicta, en plena resaca vertía el contenido de todos los frascos en una única oscura taza o plato y se tragaba aquella pócima para, de nuevo borracha, dormirse otra vez. En estos casos bastaba con poco. Pero en aquel momento Novikova, en bata y con la mascarilla puesta,

gritaba a los ayudantes y daba breves órdenes. Tenía la boca enjuagada, bien lavada. Y solo de vez en cuando les alcanzaba a sus ayudantes el olor de su aliento. La enfermera ayudante del cirujano meneaba la nariz inspirando aquel inoportuno hedor y sonreía levemente bajo la mascarilla para borrar presurosa la sonrisa. Los ayudantes no sonreían ni pensaban en el olor del aliento. La operación exigía gran atención. Traut ya había hecho antes operaciones como aquella, aunque en raras ocasiones, mientras que para Lunin era la primera vez. En cambio, para Novikova era una ocasión para mostrar su gran clase, sus manos de oro, su insuperable nivel.

El paciente no comprendía por qué la operación se aplazaba un día y otro, pero mantenía la boca cerrada, aquí sus órdenes sobraban. El paciente vivía en la casa del jefe del hospital, y le habían dicho: ya te llamarán. Al principio le dijeron que la operación la practicaría Traut, luego pasó otro día y le comunicaron que lo operarían al día siguiente, y no Traut sino Novikova. Todo esto resultaba muy doloroso para el paciente, pero era un militar y además había llegado no hacía mucho del frente, así que se armó de paciencia. El paciente tenía un rango muy alto, estrellas de coronel, era el comisario militar de una de las ocho circunscripciones de Kolimá.

Al final de la guerra el teniente Konónov comandaba un regimiento, no quería abandonar el ejército, pero en tiempos de paz se necesitaban otros empleos. A todos los que pasaban por la recalificación se les proponía proseguir

su servicio en el ejército con el mismo grado pero en las tropas del Ministerio de Interior, que se empleaban en la seguridad de los campos. En 1946 toda la seguridad de los campos se transfirió a unidades militares, no a las tropas de Interior, sino a los militares, con sus medallas y órdenes. A todos se les mantenía el grado anterior, la ración polar, el empleo, las vacaciones y todas las ventajas de estar en el Dalstrói. Konónov —que tenía mujer y una hija— se hizo enseguida cargo de la situación y ya en Magadán se puso terco y no aceptó trabajar en los campos. Mandó a la mujer y a la hija al Continente y a él le dieron el empleo de comisario militar de distrito. Su «negocio» se extendía por cientos de kilómetros de carretera —en una franja de diez kilómetros a cada lado—; allí vivía gente que el comisario militar debía tener en cuenta. Konónov comprendió rápidamente que reclamar la presencia de alguien era una pérdida de tiempo para los reclamados. Tardaban una semana en llegar al poblado donde se hallaba el comisario. Y otra semana de vuelta. Por eso toda la administración y la correspondencia se llevaban a cabo aprovechando el paso de viajeros ocasionales, y una vez al mes o más a menudo el propio Konónov recorría en coche su zona. Se las arreglaba bien con su trabajo, de modo que esperaba, si no un ascenso, sí al menos que se acabara el «Norte», que lo trasladaran y desmovilizaran, y olvidarse de las estrellas de coronel. Todo esto junto, el Norte y las incomodidades, dio lugar a que Konónov poco a poco empezara a beber. Precisamente por eso Konónov no se explicaba cómo se le podía haber

metido en el esófago un hueso tan grande, que se sentía al tacto y que le oprimía las vías respiratorias, hasta el punto de hacerle hablar con dificultad, entre susurros.

Konónov, con su cuerpo extraño en el esófago, podía por supuesto llegarse a Magadán, donde en la administración había médicos que lo hubieran ayudado... Pero Konónov había trabajado cerca de medio año en la caja de reclutas y sabía que el centro más alabado era la Orilla Izquierda, un gran hospital para reclusos. Las libretas militares de todos los empleados del centro —hombres y mujeres— se hallaban en el despacho de Konónov. Cuando el hueso se le atravesó en la garganta y tuvo claro que ninguna fuerza lo expulsaría sin la ayuda de los médicos, Konónov cogió el coche y se presentó en el hospital para presos de la orilla izquierda.

Entonces el jefe del hospital era Vinokúrov. El hombre comprendía bien que una operación exitosa fortalecería el prestigio del hospital, a su cargo desde hacía poco. La mayor parte de las esperanzas estaban puestas en la discípula de Voyachek, pues especialistas como ella no los había en Magadán. Lo malo era que un año atrás Novikova también había trabajado en Magadán. «O acepta el traslado a la Orilla Izquierda o la despedimos del Dalstrói.» «¡A la Orilla Izquierda, a la Orilla Izquierda!», gritaba Novikova en la sección de personal. Antes de Magadán Novikova había trabajado en Aldán, y antes de Aldán en Leningrado. De todas partes la echaban cada vez más lejos, al Norte. Cien promesas, mil juramentos rotos. En la Orilla Izquierda es-

taba a gusto, allí aguantaba. La alta cualificación de Anna Serguéyevna se percibía en cualquiera de sus observaciones. Visitaba como otorrinolaringóloga tanto a los libres como a los reclusos, trataba a pacientes y practicaba operaciones. Hacía sus consultas y de pronto empezaba la borrachera; los pacientes quedaban desatendidos, los libres se marchaban y a los presos los controlaba el practicante. Anna Serguéyevna ni se asomaba por la sección.

Pero cuando se presentó Konónov y se vio claro que había que operarlo, mandaron sacar de la cama a Anna Serguéyevna. La dificultad consistía en que Konónov debía estar ingresado en el hospital por largo tiempo. La extracción de un cuerpo extraño era una operación limpia. En aquel gran hospital había, claro está, dos secciones quirúrgicas, la de infecciosos y la aséptica, con distinto personal, en la aséptica bastante competente pero en la de infecciosos no tanto. Había que vigilar cómo evolucionaba la cicatrización de la herida, sobre todo tratándose del esófago. Por supuesto, para el comisario encontrarían una sala aparte. Konónov no quería ir a Magadán; allí, en la capital de Kolimá, con su grado de coronel no tenía nada que hacer. Lo admitirían, claro, pero que se olvidara de atenciones y cuidados. Allí los generales y sus esposas les robaban el tiempo a los médicos. Allí Konónov se moriría. Y morirse por aquel maldito hueso en la garganta a los cuarenta años... Konónov entregó todos los impresos, todos los que le pidieron. Comprendía que era una cuestión de vida o muerte. Konónov sufría.

—Valentín Nikoláyevich, ¿va a operarme usted?

—Sí, yo mismo —dijo inseguro Traut.

—¿A qué esperamos, entonces?

—Aguardemos un día más.

Konónov no entendía nada. Lo alimentaban por la nariz, le introducían la comida, de manera que no se moriría de hambre.

—Mañana lo examinará otro médico.

Condujeron a la doctora hasta la cama de Konónov. Sus hábiles dedos enseguida localizaron a tientas el hueso y lo palparon de manera casi indolora.

—¿Y bien, Anna Serguéyevna?

—Mañana por la mañana.

En estas operaciones la mortandad era de un treinta por ciento. Konónov ocupó la sala de los posoperatorios. El hueso resultó ser tan grande que a Konónov hasta le daba vergüenza mirarlo; se lo llevaron en un vaso y lo dejaron allí unas cuantas horas. Konónov permaneció ingresado en la sala de posoperatorios. El jefe le llevaba periódicos de vez en cuando.

—Todo va bien.

Konónov se hallaba en una sala diminuta, donde apenas cabía una cama. Transcurrían los plazos de control, todo iba bien, mejor imposible; se hizo notar la habilidad de la discípula de Voyachek, ¡pero los plazos de control resultaban angustiantes! El preso, el recluso, aún puede contener este sentimiento en determinados márgenes materiales, sabe administrarlos con la ayuda del convoy, las rejas,

las revisiones, las listas, el reparto de la comida; pero ¿y el coronel? Konónov pidió consejo al jefe del hospital.

—Hace tiempo que esperaba esa pregunta: un hombre es siempre un hombre. Está la angustia, claro. Pero no puedo darle el alta antes de que pase un mes; es demasiado alto el riesgo y raro el éxito como para no tenerlos en cuenta. Puedo darle permiso para que se traslade a la sala de los reclusos, hoy se encontrará a cuatro pacientes, usted será el quinto. De este modo, tanto los intereses del hospital como el suyo se mantendrán en equilibrio.

Konónov aceptó sin dudarlo. Era una buena solución. El coronel no tenía miedo de los presos. Lo que conocía del hospital lo convenció de que los presos eran personas como las demás y que, de todos modos, a él, al coronel Konónov, no lo iban a morder, ni confundir con cualquier chekista o fiscal, pues, quiérase o no, el coronel Konónov era un militar de carrera. Konónov no iba a estudiar, a observar a aquella gente, a sus nuevos vecinos. Simplemente le resultaba aburrido estar solo, eso era todo.

Muchas semanas se pasó aún el coronel rondando por los pasillos con su bata gris. La bata era del hospital, de preso. Por la puerta entreabierta veía yo al coronel, envuelto en la bata, escuchando atentamente al «novelista» de turno.

Yo era entonces el practicante jefe de la sección quirúrgica, pero luego me trasladaron al bosque, y Konónov desapareció de mi vida como se esfumaban miles de personas, dejando una huella apenas perceptible en mi memoria, una simpatía apenas recordada.

Otra vez, en cierta conferencia médica, evocó el apellido de Konónov un ponente, el médico jefe del hospital, el mayor de sanidad Koroliov. Era un militar llegado del frente, amante del trago y la comida. Duró poco como médico jefe del hospital; no podía reprimir el deseo de aceptar pequeños sobornos, o una copa de alcohol del botiquín, y después de un escándalo sonado fue desposeído de su cargo de jefe y apartado de su empleo, pero luego volvió para reaparecer ya en calidad de jefe de la sección de sanidad de la Administración del Norte.

Después de la guerra, en Kolimá, en el Dalstrói, atraído por los altos sueldos, irrumpió un aluvión de aventureros y falsarios que se ocultaban de los tribunales y de la cárcel.

Fue nombrado jefe del hospital un tal mayor Alekséyev, un militar que llevaba una Estrella Roja y los distintivos de mayor. Un día Alekséyev vino andando a verme, interesándose por mi zona, pero no me hizo pregunta alguna y se marchó de vuelta. El centro médico del bosque se hallaba a veinte kilómetros del hospital. Apenas tuvo tiempo de regresar cuando aquel mismo día fue arrestado por unos tipos llegados de Magadán. Alekséyev fue juzgado por el asesinato de su mujer. No era ni médico ni militar, pero consiguió con unos papeles falsos escapar de Magadán para alcanzar los matorrales de nuestra orilla izquierda y esconderse en ellos. La medalla y las hombreras, todo era falso.

Aún antes, al hospital Orilla Izquierda viajaba con frecuencia el jefe de la sección de sanidad de la Administra-

ción del Norte. Este empleo lo ocupó después el borracho de nuestro jefe. El recién llegado, muy bien vestido, un perfumado solterón, recibió el permiso para ejercer y asistía a las operaciones.

—He decidido reconvertirme en cirujano —susurraba con una sonrisa paternalista Paltsin.

Pasaban los meses, y siempre que había una operación Paltsin se presentaba en su coche llegado de la Administración del Norte, del poblado de Yágodni, comía con el jefe y le tiraba discretamente los tejos a la hija de este. Nuestro médico el doctor Traut se fijó en que Paltsin no dominaba la terminología médica, pero el frente, la guerra…; todos creían en el nuevo médico y lo introducían de buena gana en los misterios de las operaciones y más aún en lo que era la diuresis. Y de pronto a Paltsin lo arrestaron; de nuevo un asesinato en el frente. Ni siquiera era médico, sino un colaborador encubierto de los nazis.

Todos esperaban que con Koroliov pasara algo parecido. Pues no, todo estaba en regla: la medalla, el carné del partido, la graduación. Era pues este Koroliov, como médico jefe del hospital, quien exponía su informe en una conferencia médica. El informe del nuevo médico jefe no era ni peor ni mejor que cualquier otro informe. Traut era por supuesto un intelectual, discípulo de Krauze, un cirujano del gobierno, cuando este trabajaba en Sarátov.

Pero el tono directo, la sinceridad y el trato democrático hallan eco en cualquier corazón; por eso, cuando el médico jefe, el jefe de los cirujanos de la Orilla Izquierda, en

una conferencia científica de médicos llegados de toda Kolimá, se dispuso a narrar con gusto un gran logro quirúrgico...

—Uno de nuestros pacientes se tragó un hueso; un hueso como este —y Koroliov mostró el hueso—. ¿Y qué creen? Pues lo extrajimos. Los médicos que lo lograron están aquí, y el paciente también.

Pero el paciente no estaba. Al poco me puse enfermo, me trasladaron a trabajar a una expedición en el bosque, regresé al cabo de un año al hospital para dirigir la sala de admisiones, empecé a trabajar y casi al tercer día de estancia en la sala de admisiones me encontré con el coronel Konónov. El coronel se alegró lo indecible al verme. Todos los mandos habían cambiado. Konónov no se encontró ningún conocido; solo yo lo conocía y lo conocía bien.

Hice todo lo que podía: las radiografías, los volantes para el médico, llamé al jefe, le expliqué que se trataba ni más ni menos que del héroe de la famosa operación de la Orilla Izquierda. Todo resultó estar en orden con Konónov, y antes de la partida vino a verme a la sala de admisiones.

—Te debo un regalo.

—No acepto regalos.

—Pero si se los hice a todos. Tanto al jefe del hospital como a los cirujanos y a la enfermera; hasta a los enfermos que estuvieron conmigo: un corte de tela para un traje. A ti no te encontré. Quiero darte las gracias. Con dinero, porque de todos modos te servirá.

—No acepto regalos.

—Bueno, pero te traeré una botella.

—No aceptaré su coñac, no se moleste.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Nada.

Se llevaron a Konónov al despacho de rayos X, y una enfermera libre de radiología, que vino a llevarse a Konónov, dijo:

—¿Es el comisario miliar, no?

—Sí, lo es.

—Veo que usted lo conoce bien.

—Sí, lo conozco. Estuvo internado aquí, en el hospital.

—Ya que usted no necesita nada, pídale que me ponga el sello en la libreta militar de que he pasado la revisión. Soy komsomol, miembro de las Juventudes Comunistas, y veo que se presenta esta ocasión se diría que providencial: ahorrarme recorrer esos trescientos kilómetros.

—Bueno, se lo diré.

Konónov regresó, le expuse la petición de la enfermera.

—A ver, ¿dónde está?

—Ahí la tiene.

—A ver, dame la libreta; no llevo encima los sellos, pero te la devuelvo sellada dentro de una semana.

Y Konónov se metió el carné en el bolsillo. El coche arrancó tras la puerta.

Pasó una semana, pero el comisario militar no se presentó. Pasaron dos semanas... Un mes... Al cabo de tres meses la enfermera vino a verme.

—¡Qué error he cometido! Tenía que haber... Aquí ha habido alguna trampa...

—¿Qué trampa?

—No sé, pero me expulsan del Komsomol.

—¿Y por qué la expulsan?

—Por relacionarme con un enemigo del pueblo y por haberme desprendido de la libreta militar.

—Pero si se la dio al comisario militar.

—No, no fue así. Yo se la di a usted, y usted tal vez al comisario... Esto es lo que están dilucidando en el comité. A quién se la he entregado, si a usted o al comisario. Les he dicho que a usted. ¿Por qué se la di a usted?

—Así es, pero yo se la entregué al comisario en su presencia.

—No quiero saber nada. Solo sé que ha ocurrido una terrible desgracia; me expulsan del Komsomol y me echan del hospital.

—Tendría que ir al poblado, al comisariado militar.

—¿Y perder dos semanas? Eso es lo que tenía que haber hecho desde el principio.

—¿Cuándo va a ir?

—Mañana.

Al cabo de dos semanas me encontré a la enfermera hecha una furia.

—¿Qué tal?

—El comisario militar se ha marchado al Continente, ya se ha dado de baja. Ahora he de hacer nuevos trámites: sacarme una libreta nueva. Le prometo que con-

seguiré que lo echen del hospital, que lo manden a una mina de castigo.

—¿Y yo qué tengo que ver?

—¿Y quién si no? Ha sido una hábil trampa; así me lo han explicado los de Interior.

Hice lo posible por olvidarme de la historia. Al fin y al cabo, nadie me había acusado de nada ni llamado a ningún interrogatorio; pero el recuerdo del coronel Konónov se tiñó de nuevos tonos.

De pronto una noche me llamaron a la recepción.

—¡Es este! —gritaba desde el otro lado de la barrera el coronel Konónov—. ¡Déjenme pasar!

—Pase. Me habían dicho que se iba usted al Continente.

—Me proponía irme de vacaciones, pero no me dejaron. Conseguí que me dieran de baja y me despedí. Del todo. Me marcho. He venido a despedirme.

—¿Solo a despedirse?

—No. Cuando entregaba mis asuntos, en un rincón de la mesa me encontré una cartilla militar, y no podía acordarme de ninguna manera de dónde la había sacado. Si hubiera estado a tu nombre, lo habría recordado. Porque en la Orilla Izquierda desde entonces no he vuelto a estar. Aquí está todo arreglado. El sello y la firma; toma y dásela a aquella dama.

—No —contesté—, se la dará usted mismo.

—¿Cómo? Pero si es de noche.

—La llamaré para que venga con un correo de su

casa. Porque se la debe dar usted mismo en persona, coronel Konónov.

—Tú mismo.

La enfermera llegó corriendo y Konónov le entregó su documento.

—Ya es tarde. Ya he mandado todas las solicitudes; me han expulsado del Komsomol. Espere, escriba unas palabras en el impreso.

—Ruego que me perdone.

Y el coronel desapareció en la niebla helada.

—Le felicito. Si estuviéramos en el treinta y siete, por bromas como esta lo habrían fusilado —dijo furiosa la enfermera.

—Sí —dije—. Y a usted también.

1970-1971

Riva-Rocci

La muerte de Stalin no aportó esperanzas de ningún género a los corazones endurecidos de los presos, no azuzó los motores, que ya trabajaban a más no poder, cansados de bombear la sangre cada vez más espesa por los gastados vasos.

Pero por todas las ondas radiofónicas —que rebotaban repetidamente con su eco en las montañas, la nieve, el cielo— se arrastraba, de litera en litera, por todos los rincones de la vida carcelaria, una sola palabra, una palabra importante que prometía resolver todos nuestros problemas: quién sabe si declarar pecadores a los santos o castigar a los malvados, o bien encontrar un sistema indoloro para retornar a su lugar todos los dientes rotos.

Surgieron y corrieron las clásicas voces: rumores sobre una amnistía.

Las fechas señaladas de cualquier Estado, desde los aniversarios hasta los tricentenarios, pasando por las coronaciones de los herederos, los cambios de poder e incluso de gabinete, todo ello desciende de las cimas celestiales al mundo subterráneo en la forma de una *amnistía*.

Es el modo clásico en que se comunican los de arriba con los de abajo.

Es el bulo tradicional en el que todos creen, la forma más burocrática en que se expresan las esperanzas carcelarias.

El gobierno, en respuesta a las tradicionales expectativas, da justamente ese paso y proclama la susodicha amnistía.

Tampoco ha renunciado a esta costumbre el gobierno de la época posestalinista. Al cual se le antojó que llevar a cabo este tradicional acto, repetir este real gesto, significaba cumplir con cierto deber moral ante la humanidad, y que la propia forma de la amnistía en cualquiera de sus modalidades estaba llena de un contenido significativo y tradicional.

Para que cualquier nuevo gobierno cumpla con un deber moral, existe una vieja forma tradicional cuyo incumplimiento significaría ignorar su obligación ante la historia y el país.

La amnistía se preparó, pues, incluso con carácter de urgencia, para no apartarse del modelo clásico.

Beria, Malenkov y Vishinski movilizaron a juristas fieles e infieles y les dieron la idea de la amnistía; el resto ya fue fruto de la técnica burocrática.

La amnistía arribó a Kolimá el 5 de marzo de 1953 y alcanzó a unas gentes que habían vivido toda la guerra entre el ir y venir del péndulo del destino carcelario, desde la ciega esperanza hasta la más profunda desesperación —ante cada derrota militar y cada victoria—. Y no hubo ser lo suficientemente perspicaz o sabio como para deter-

minar qué era mejor, más salvador para el preso, si las victorias de su país o las derrotas.

La amnistía les llegó a los trotskistas y otros enemigos del pueblo que habían sobrevivido a los fusilamientos de Garanin, al frío y el hambre de las minas de oro de Kolimá del año treinta y ocho, los campos de exterminio de Stalin.

A todos los que no habían sido exterminados, apaleados hasta morir por las botas y las culatas de los guardias, jefes de brigada, capataces y encargados, a todos los que habían sobrevivido tras pagar por entero el precio de su vida, los suplementos dobles, triples, añadidos a las condenas de cinco años que los presos traían consigo de Moscú a Kolimá…

En Kolimá no hubo presos condenados a cinco años por el artículo cincuenta y ocho. Los condenados a cinco años eran una estrecha, una finísima capa de condenados en 1937, hasta el encuentro de Beria con Stalin y Zhdánov en la dacha de Stalin en junio de 1937, cuando las condenas de cinco años cayeron en el olvido y se dio permiso para emplear el método número tres con el fin de conseguir las confesiones.

Pero de esta breve lista, de la diminuta cifra de los condenados a cinco años, no hubo ni uno que, al llegar la guerra o en el transcurso de esta, no recibiera su complemento de diez, quince o veinticinco años.

Y aquellos casos aislados entre los ya raros casos de condenados a cinco años que no habían recibido una segunda condena, que no habían muerto y que no habían ido

a parar al archivo número tres, aquellos hacía tiempo que habían salido libres y se habían incorporado al servicio —al oficio de matar— en calidad de capataces, vigilantes, jefes de brigada, jefes de zona, en aquellos mismos yacimientos de oro, y se habían puesto ellos mismos a exterminar a sus antiguos compañeros.

En Kolimá, en 1953, solo recibían penas de cinco años los condenados por juicios locales y por delitos comunes. Y eran muy pocos. En estos casos, a los instructores sencillamente les había dado pereza endosarles el artículo cincuenta y ocho. O dicho de otro modo: la causa era tan convincente, tan clara por su carácter común, que no hacía falta recurrir a la vieja pero terrible arma del artículo cincuenta y ocho, este artículo universal que no se apiadaba ni del sexo ni de la edad del condenado. El preso que había cumplido su pena por el artículo cincuenta y ocho y era abandonado en el lugar de su perpetua deportación se las arreglaba para que lo encerraran de nuevo, pero por algún delito respetable para los hombres, Dios y el Estado, como un robo o un desfalco. En una palabra, el preso que había sido condenado por un delito común podía darse por muy satisfecho.

Kolimá era un lugar para reincidentes, tanto políticos como comunes.

La cima de la perfección jurídica en los tiempos de Stalin —aquí confluían dos escuelas, dos polos del derecho común, la de Krilenko y la de Vishinski— fueron las llamadas «amalgamas», en las que se fundían dos delitos, uno

político y el otro común. Y Litvínov, en la famosa entrevista en la que afirmó que en la URSS no había presos políticos sino criminales de Estado, no hacía más que repetir las palabras de Vishinski.

Encontrar y endosar un delito común a un preso puramente político era justamente la esencia de las «amalgamas».

Porque formalmente Kolimá era un campo especial, como Dachau, para reincidentes, tanto comunes como políticos. De hecho, los mantenían juntos. Por una orden de arriba. Por una orden de arriba indiscutible y teórica, a los comunes que se negaban a trabajar, Garanin los convirtió de amigos del pueblo a enemigos y los juzgó por sabotaje, por el artículo 58, punto 14.

Así todos salían ganando. A los hampones más relevantes los habían fusilado en el treinta y ocho, mientras que a los de menor talla les endosaban quince, veinte, veinticinco años si se negaban a trabajar. Los instalaban junto a los «civiles», los del artículo cincuenta y ocho, lo que permitía a los hampones vivir a sus anchas.

Garanin no era en modo alguno favorable a los comunes. El coqueteo con los reincidentes era una manía de Berzin. Garanin revisó la herencia de Berzin también en este sentido.

Como en un proyector de diapositivas siguiendo el programa escolar, ante la mirada de los jefes de prisión, que lo habían visto todo y estaban acostumbrados a todo, prohombres pioneros de la causa carcelaria, entusiastas de los

trabajos forzados, en el decenio adosado a la guerra —desde el treinta y siete hasta el cuarenta y siete—, unas veces sustituyéndose y otras completándose, como la fusión de los rayos de colores en la experiencia de Beach, aparecían grupos, contingentes, categorías de presos en función del modo en que el rayo de la justicia iluminaba a tal o cual grupo, aunque no era un rayo sino una espada que cortaba cabezas, que mataba del modo más real.

En la mancha iluminada del proyector de diapositivas que dirigía el Estado aparecían los reclusos, los llamados ITL, no los ITR (trabajadores técnicos e ingenieros) sino los ITL (campos de trabajo correccional). Pero a menudo la similitud de las letras traía consigo la cercanía de las suertes. Los exreclusos, los antiguos presos, son todo un grupo social, con su eterno estigma de la injusticia; los presos del futuro son todos aquellos cuya causa ya se ha abierto, pero cuya instrucción no ha concluido, y también aquellos cuya instrucción de la causa aún no se ha iniciado.

En una canción burlesca de los internos que circulaba por los correccionales de los años veinte, las primeras colonias de trabajo, un autor anónimo, el Boyán o el Pimen[39] de los comunes reincidentes, comparaba en sus versos la suerte en libertad con la que se disfruta en un correccional, decantándose por la segunda:

39. Figuras legendarias de la cultura rusa: la primera, el mítico bardo del *Canto del príncipe Ígor*; y la segunda, el monje cronista de *Borís Godunov*, de Alexandr Pushkin.

A nosotros nos espera la libertad,
en cambio, a vosotros ¿qué?

La broma dejó de serlo del todo en los años treinta y cuarenta. En las altas esferas se había planeado mandar a los campos a los deportados y a los desterrados, a quienes se prohibía residir en un número de ciudades (o «centros de población», como también se llamaban en las instrucciones) que oscilaba entre una y quinientas.

Tres detenciones, según la aritmética clásica, equivalían a una condena. Y dos condenas eran motivos jurídicos suficientes para aplicar el poder de las rejas, del campo de trabajo.

Durante aquellos años, en la propia Kolimá existían —cada uno con su administración, con su estado mayor— los contingentes A, B, C, D y E.

El contingente E lo formaban quienes eran mandados a los yacimientos secretos de uranio, ciudadanos plenamente libres, vigilados en Kolimá con un secretismo mayor que cualquier Beideman.[40]

Junto a las minas de uranio, adonde, por su carácter secreto, no se permitía el acceso de los presos corrientes, se hallaba el yacimiento Kátorzhni.[41] Allí no solo había números y vestidos a rayas, sino que se levantaban horcas y se

40. Mijaíl Beideman (1839-1887), revolucionario populista ruso que pasó largos años en prisión.

41. *Kátorzhni* significa «de trabajos forzados».

ejecutaban penas de muerte de manera totalmente real, previo cumplimiento de todos los preceptos legales.

Junto al yacimiento Kátorzhni se hallaba la mina del Berlag, que también tenía sus números pero no era de trabajos forzados, donde el recluso tenía un número —una chapa, una ficha— en la espalda, donde los presos marchaban acompañados de un convoy reforzado y con una escolta doble de perros guardianes.

Yo mismo viajé allí, pero no llegué, pues se escogía a los reclusos por sus fichas. Muchos de mis compañeros fueron a estos campos con números.

Allí no se estaba peor sino mejor que en un campo de trabajo correccional ordinario y de régimen común.

En un campo de régimen común el recluso es presa de hampones y vigilantes, así como de los jefes de brigada, responsables salidos de entre los mismos presos. En cambio, en los campos numerados cubría los servicios gente libre; tanto en la cocina como en el quiosco se empleaba gente libre. En cuanto al número en la espalda, no era nada grave. Con tal de que no te quitaran el pan ni te obligaran a trabajar tus propios compañeros, sacándote a palos la norma necesaria para cumplir el plan. El Estado pedía a los «amigos del pueblo» que lo ayudaran a eliminar físicamente a los enemigos del pueblo. Y los «amigos» —hampones y comunes— lo hacían en el sentido puramente físico de la palabra.

Además, allí al lado se hallaba la mina en la que trabajaban los condenados a reclusión carcelaria, pero los tra-

bajos forzados eran más ventajosos, los años de condena se sustituían por el «aire libre» de un campo de trabajo. Quien cumplió su condena en la cárcel sobrevivió y quien fue a parar al campo murió.

Durante la guerra, la llegada de contingentes se redujo a cero. De las cárceles, todo género de comisiones de «descarga» mandaban a los condenados no a Kolimá sino al frente, a purgar sus penas en los regimientos de castigo.

La lista de los presos de Kolimá descendía de manera catastrófica, aunque de Kolimá no se mandaba a nadie al Continente, a luchar en el frente; ni uno de los presos se marchó al frente, aunque, como es natural, fueron muchas las peticiones con la intención de purgar la propia culpa, de presos de todos los artículos, salvo de los hampones.

La gente se moría de la muerte natural de que se muere en Kolimá, y la sangre que corría por las venas de los campos especiales empezó a circular con cada vez mayor lentitud engendrando sin parar trombos y desajustes.

Se intentó inyectar sangre fresca con los criminales de guerra. En los años cuarenta y cinco y cuarenta y seis se llevaron a los campos barcos enteros de novatos repatriados, que eran desembarcados en la rocosa costa de Magadán, directamente por lista, sin expedientes personales ni otras formalidades. Las formalidades, como ocurre siempre, quedaban rezagadas respecto a la vida auténtica. De modo que por lista, registrados en una hoja de papel de fumar, arrugada por las sucias manos de los guardianes.

Toda esta gente (y eran decenas de miles) ocupaba en

las estadísticas de los campos un lugar plenamente formal desde un punto de vista jurídico: el de los «no inventariados».

También aquí había distintos contingentes: la desbordante fantasía jurídica de aquel tiempo aún espera su descripción detallada.

Había grupos (muy grandes) con condenas —«anotaciones»— por entero formales: «A seis años, pendiente de comprobación.»

La suerte de un detenido se decidía en función de su conducta durante seis años enteros en Kolimá, donde seis meses ya era un plazo fatídico, mortal. Pero estamos hablando de seis años, no de seis meses ni tampoco de seis días.

La mayoría de estos condenados a seis años murió víctima del trabajo, y quienes sobrevivieron fueron liberados el mismo día, por la resolución del XX Congreso del partido.

Sobre estos «no inventariados» —los presos llegados a Kolimá según las listas— trabajaba día y noche el aparato de la justicia llegado del Continente. En unas estrechas casuchas subterráneas, en los barracones de Kolimá, los interrogatorios se sucedían día y noche, y Moscú tomaba las decisiones pertinentes: a este quince años, a aquel veinte y al otro la pena máxima. No recuerdo absoluciones o sobreseimientos, aunque tampoco puedo saberlo todo. Tal vez sí hubo sobreseimientos y rehabilitaciones completas.

A todos estos encausados, al igual que a los condenados a seis años, en realidad también en proceso de instruc-

ción, los obligaban a trabajar de acuerdo con todas las leyes de Kolimá: por tres negativas a trabajar, fusilamiento.

Estos llegaron a Kolimá para reemplazar a los trotskistas muertos, o aún vivos pero agotados a tal extremo que no eran capaces de arrancar no solo un gramo de oro de las rocas, sino un gramo siquiera de estas mismas rocas.

Los traidores a la patria, los merodeadores llenaron los barracones y chabolas que la guerra había dejado vacíos. Repararon las puertas, cambiaron las rejas de los barracones y chabolas, desenrollaron el alambre de espino en torno a las zonas de los campos, refrescaron los lugares donde hervía la vida, aunque sería más correcto decir donde hervía la muerte, en el año treinta y ocho.

Además del artículo cincuenta y ocho, la mayoría de los detenidos fueron condenados por un artículo especial, el ciento noventa y dos. Este artículo ciento noventa y dos, que pasó totalmente desapercibido en los años de paz, floreció en todo su esplendor con los primeros disparos de los cañones, las primeras explosiones de las bombas y las primeras ráfagas de las ametralladoras. Por entonces el artículo ciento noventa y dos, al igual que todo artículo como es debido en semejante situación, se fue llenando con pleno éxito de añadidos, notas, puntos y parágrafos. Al instante apareció el artículo ciento noventa y dos «a», «b», «c», «d» y «e», hasta agotar todo el alfabeto. Cada letra de este amenazador abecedario se rellenó de partes y parágrafos. Así, el artículo ciento noventa y dos «a», parte primera, parágrafo segundo. Cada parágrafo se vio acompañado de notas, y el

aparentemente humilde artículo ciento noventa y dos se hinchó como una araña, y por su diseño más parecía una espesa selva.

Ningún parágrafo, parte, punto, letra castigaba a menos de quince años ni liberaba del trabajo. El trabajo era la principal preocupación de los legisladores.

A todos los condenados por el artículo ciento noventa y dos, en Kolimá, les esperaba el invariable y ennoblecedor trabajo, solo trabajos comunes con pico, pala y carretilla. Y sin embargo, no era el artículo cincuenta y ocho.

El artículo ciento noventa y dos se aplicaba durante la guerra a las víctimas de la justicia de las que no se podía exprimir acusación alguna de propaganda, traición o sabotaje.

O si el instructor, falto de la suficiente fuerza de voluntad, no daba la talla y era incapaz de endosarle el estigma de moda a un viejo delito, o si la resistencia de la persona física era tal que el instructor se cansaba del asunto y no se decidía a emplear el método número tres. Este mundo de la instrucción tiene sus mareas altas y bajas, sus modas. Su lucha clandestina por ejercer influencia.

La sentencia siempre es el resultado de una serie de acciones y de causas a menudo externas.

Aquí no se ha descrito la psicología de esta labor creativa, ni siquiera se ha colocado la primera piedra de esta importante construcción de nuestro tiempo.

Pues bien, precisamente por este artículo ciento noventa y dos, con quince años de condena, fue llevado a

Kolimá Mijaíl Ivánovich Novikov, un ingeniero constructor de Minsk.

El ingeniero Novikov era un hipertenso severo, con una presión alta constante del orden de doscientos cuarenta en el margen superior del aparato de Riva-Rocci.

Hipertenso crónico, Novikov vivía bajo el constante peligro de un derrame o un ataque de apoplejía. Todo esto lo sabían en Minsk y en Magadán. A Kolimá estaba prohibido llevar enfermos como aquel. Para eso existían justamente los exámenes médicos. Pero a partir de mil novecientos treinta y siete, en todos los centros médicos de las prisiones, de los campos de tránsito y demás —y en la etapa Vladivostok-Magadán esta orden se vio confirmada por partida doble para los reclusos de las campos especiales, para los de Actividades Contrarrevolucionarias Trotskistas y, en general, para el contingente destinado a vivir y sobre todo a morir en Kolimá—, se suprimieron todas las limitaciones relacionadas con la invalidez o la edad.

A los dirigentes de Kolimá les propusieron que ellos mismos se deshicieran de la escoria siguiendo al revés la misma vía burocrática: actas, listas, comisiones, «etapas» y mil visados.

Y en efecto llegó de vuelta mucha escoria.

No solo mandaban a las minas de oro a los débiles y a los cojos, no solo a los viejos de sesenta años, sino también a los tuberculosos y a los cardíacos.

En esta lista, el hipertenso no parecía un enfermo sino un remolón sano, un tipo de mejillas sonrosadas que

no quería trabajar pero sí comerse el pan del Estado. Se zampaba la ración, pero no daba nada a cambio.

Justamente uno de aquellos remolones de mejillas sonrosadas era a ojos de los superiores el ingeniero Novikov, un preso de la zona de Baragón, cercana a Oimiakón, donde en el verano de 1953 se encontraba la administración de carreteras de los campos de trabajo correccional del Noreste.

Por desgracia, no todos los médicos de Kolimá saben usar el aparato Riva-Rocci, aunque medir el pulso, notar el batir de la sangre, es algo que debe saber hacer cualquier sanitario, sea enfermero o médico.

Todos los centros médicos fueron dotados de aparatos Riva-Rocci, al igual que de termómetros, gasas y yodo. Pero en el centro al que me destinaron como practicante libre —mi primer trabajo como hombre libre en diez años— no había ni termómetro ni gasas. Solo tenían un aparato Riva-Rocci; no estaba roto, como los termómetros. En Kolimá, dar de baja un termómetro roto es un problema, por eso para borrarlo de la lista, para darlo de baja, la gente guarda los añicos de vidrio como si fueran esquirlas de Pompeya o fragmentos de una vasija hitita.

Los médicos de Kolimá se han acostumbrado a prescindir no solo del aparato Riva-Rocci sino también del termómetro. El termómetro, incluso en el hospital central, solo se lo ponían a los enfermos graves, al resto les medían la fiebre «por el pulso», y lo mismo se hacía en los innumerables ambulatorios penitenciarios.

Todo esto lo conozco bien. En Baragón comprobé que el aparato de Riva-Rocci estaba en perfectas condiciones, salvo que el practicante al que fui a sustituir no lo usaba.

En los cursos de practicante se me instruyó bien en el uso del aparato. Practiqué con él un millón de veces durante mis estudios, me encargaron la misión de tomar la tensión a la población de los barracones de inválidos. De manera que, en lo que se refiere al Riva-Rocci, yo estaba bien preparado.

Me hice cargo del personal incluido en la lista, unas doscientas personas, así como de los medicamentos, los instrumentos y los armarios. Aquello no era ninguna broma, yo era un practicante libre, aunque un antiguo preso; vivía ya fuera de la zona, no en una «cabina» aislada del barracón, sino en una residencia de empleados libres, con cuatro catres, un aposento más pobre, más frío y más incómodo que mi cabina en el campo.

Pero tenía que seguir adelante, mirar hacia delante.

Los insignificantes cambios en mi vida cotidiana no me quitaban el sueño. No bebía alcohol y, en cuanto al resto, todo se hallaba dentro de la norma tanto humana como carcelaria.

Ya el primer día de visitas me esperaba en recepción un hombre de unos cuarenta años, cubierto con un chaquetón de preso, que quería hablar a solas conmigo.

En el campo yo no hablo a solas con nadie, todas estas charlas acaban en propuestas de sobornos, y además tanto las promesas como el soborno se llevan a cabo al tun-

tún, por si acaso. En ello hay una razón profunda; un día aclararé el tema con todo detalle.

Pero entonces, en Baragón, había algo en el tono del enfermo que me obligó a escuchar su petición.

El hombre me pidió que lo examinara de nuevo, aunque había pasado una exploración general hacía solo una hora.

—¿A qué se debe su petición?

—A lo siguiente, ciudadano practicante —dijo el hombre—. La cuestión es que estoy enfermo, ciudadano practicante, y en cambio no me libran del trabajo.

—¿Cómo es eso?

—Me duele la cabeza y me retumban las sienes.

Apunté en el libro: «Mijáil Ivánovich Novikov.»

Le tomé el pulso. Latía tan rápido que era imposible medirlo. Alcé la vista perplejo del reloj de arena de un minuto.

—¿Puede usted utilizar este aparato? —me susurró Novikov, y me indicó el Riva-Rocci que se encontraba en un rincón de la mesa.

—Pues claro.

—¿Y me puede tomar la tensión?

—Por favor, ahora mismo si quiere.

Novikov se apresuró a desvestirse, se sentó junto a la mesa y se colocó el manguito en torno a su «manguito», o sea a su mano, o más exactamente a su brazo.

Me puse el fonendoscopio en los oídos. El pulso resonó a grandes golpes y el mercurio del Riva-Rocci se lanzó

enloquecido a las alturas. Apunté los datos que mostraba el aparato: doscientos sesenta y ciento diez.

—¡Deme el otro brazo!

El resultado fue el mismo.

Apunté con firmeza en el cuaderno: «Dar de baja del trabajo. Diagnóstico: hipertensión 260/110.»

—¿O sea que mañana puedo no trabajar?

—Claro.

Novikov se echó a llorar.

—Pero ¿cuál es tu problema? ¿Qué es lo que no funciona?

—La cosa es, practicante —Novikov se dirigió a mí evitando añadir «ciudadano», en cierto modo recordándome mi condición de exrecluso—, que el practicante al que usted ha sustituido no sabía usar el aparato y me decía que estaba estropeado. Yo, en cambio, ya era hipertenso en Minsk, desde que vivía en el Continente, en libertad. Y me trajeron a Kolimá sin tomarme la tensión.

—Pues bien, de momento quedas liberado del trabajo, luego te darán la invalidez y te marcharás, si no a Tierra Grande, sí al menos a Magadán.

Al día siguiente me llamaron al despacho de Tkachuk, el jefe de nuestro campo penitenciario, que tenía el grado de sargento. Según las normas, el cargo de jefe de un campo debía ocuparlo un teniente, por eso Tkachuk se agarraba con todas sus fuerzas a su empleo.

—Veo que has dado de baja del trabajo a Novikov. Lo he comprobado: es un simulador.

—Novikov no es un simulador sino un hipertenso.

—Voy a pedir por teléfono una comisión. Una comisión médica. Y entonces le podremos dar de baja del trabajo.

—No, camarada jefe —dije, llamando a Tkachuk como hacían los libres, aunque me resultaba más habitual llamarlo «ciudadano jefe», como había hecho hasta hacía un año—. No, camarada jefe. Primero yo lo doy de baja del trabajo, después usted llame cuando quiera a la comisión. La comisión o aprobará mi decisión o me echará del empleo. Puede usted escribir una denuncia contra mí, pero le ruego que no se inmiscuya en mis asuntos estrictamente médicos.

Allí acabó mi conversación con Tkachuk. Novikov se quedó en el barracón y Tkachuk llamó a su comisión médica. Estaba formada por tan solo dos médicos, los dos con sendos aparatos de Riva-Rocci, uno con uno nacional, igual que el mío, y el otro con uno japonés, trofeo de guerra, que tenía un manómetro redondo. Pero al manómetro era fácil acostumbrarse.

Le tomaron la tensión a Novikov, y los resultados coincidieron con las míos. Le redactaron un acta de invalidez y Novikov se quedó esperando en el barracón una «etapa» de inválidos o un convoy de paso para partir a Magadán.

En cuanto a mí, mis jefes incluso me agradecieron el servicio.

Mi enfrentamiento con Tkachuk llegó a oídos de los presos del barracón.

La liquidación de los piojos que conseguí llevar a

cabo gracias al sistema que descubrí en el hospital central, consistente en abrasar la ropa dentro de bidones de petróleo, es una lección aprendida en la Segunda Guerra Mundial. La liquidación de los piojos en el campo, el carácter portátil del artilugio, la desinfección, la fiabilidad y rapidez del invento, la máquina «mata-piojos» fabricada según mi sistema me reconciliaron con Tkachuk.

Novikov, en cambio, se aburría esperando su «etapa».

—Pero podría hacer trabajos ligeros —dijo Novikov cierta tarde, en la recepción—. Si usted me lo pide.

—Yo no se lo voy a pedir —le dije. La cuestión Novikov se había convertido en un asunto personal, una cuestión de prestigio personal.

Pero nuevos y virulentos sucesos borraron del escenario el drama del hipertenso y los milagros de la máquina de exterminar piojos.

Llegó la amnistía, que pasó a la historia como «la amnistía de Beria». El texto se imprimió en Magadán y se repartió por los rincones más perdidos de Kolimá, para que la humanidad penitenciaria valorara la medida, se regocijara, la estimara y se postrara reverente en agradecimiento por aquella decisión. La amnistía afectaba a todos los presos, estuvieran donde estuvieran, que veían así restablecidos todos sus derechos.

Quedaron en libertad todos los del artículo cincuenta y ocho, con todos sus puntos, partes y parágrafos, sin excepción, con el restablecimiento de todos sus derechos, siempre y cuando fueran condenados de hasta cinco años.

Por el artículo cincuenta y ocho solo habían condenado a cinco años en los nebulosos albores del año treinta y siete. Esa gente o había muerto o ya era libre, o bien había recibido una nueva condena.

Las condenas que Garanin había aplicado a los hampones —juzgados por sabotaje, por el artículo cincuenta y ocho, punto catorce— fueron conmutadas, y los hampones salieron en libertad. Fueron reducidas toda una serie de condenas por artículos relacionados con delitos comunes, incluido el ciento noventa y dos.

Esta amnistía no afectaba a los condenados por el artículo cincuenta y ocho con una condena más, sino tan solo a los comunes reincidentes. Era la típica jugada estalinista.

Ningún hombre podía salir de los límites del campo si antes había sido condenado por el artículo cincuenta y ocho. Siempre que no empleemos el término *hombre* en el sentido del hampa. *Hombre*, en el argot del hampa, significa «hampón, atracador, miembro del mundo criminal».

Esta es la conclusión principal a la que se puede llegar sobre la amnistía de Beria. Beria tomaba el relevo de Stalin.

Quedaban libres solo los hampones, aquellos presos a los que tanto había perseguido Garanin.

Gracias a la amnistía de Beria, todos los comunes quedaron libres y «limpios», restablecidos en todos sus derechos. En ellos el gobierno veía a auténticos amigos, un firme punto de apoyo.

El golpe no sorprendió a los presos del artículo cincuenta y ocho, que estaban acostumbrados a sorpresas peores que aquella.

A quien sorprendió fue a la administración de Magadán, que esperaba algo completamente distinto. El golpe sorprendió sobre todo a los propios hampones, cuyo cielo quedó de pronto limpio. Por Magadán y por todos los poblados de Magadán vagabundeaban asesinos, ladrones, violadores, gente que en cualquier caso tenía que comer cuatro o al menos tres veces al día, y si no era un suculento cocido de cordero, sí al menos unas gachas de mijo.

Por eso lo más sensato que podía hacer un jefe práctico, lo más sencillo e inteligente, era preparar lo más rápido posible un transporte para que esta poderosa ola siguiera su avance hacia el Continente, hacia Tierra Grande. Las vías eran dos: Magadán y después por mar hasta Vladivostok, el itinerario clásico de los moradores de Kolimá, con todos los hábitos y la terminología heredados de los tiempos de Sajalín, del manual de los tiempos de los zares, del zar Nicolás.

La segunda vía era a través de la taiga hasta Aldán y desde allí, siguiendo el curso superior del Lena, en barco río abajo. Esta vía era menos popular, pero tanto los libres como los fugitivos también alcanzaban el Continente con este itinerario.

La tercera vía era la aérea. Pero los vuelos árticos del Sevmorput, a causa de las inestables condiciones meteorológicas para el vuelo en el Ártico, eran cualquier cosa me-

nos seguros. Y además el Douglas de carga, con catorce plazas, no podía resolver en modo alguno aquel problema de transporte.

Pero la gente ansía alcanzar la libertad, por eso tanto los hampones como los civiles se apresuraban en formalizar sus documentos y salir de allí, pues podía ocurrir, y esto lo comprendían hasta los hampones, que el gobierno recapacitara y cambiara de opinión.

Los camiones de todos los campos de Kolimá fueron requisados con la misión de transportar esta turbia marea.

De modo que no había esperanzas de que a nuestros hampones, los de Baragón, los sacaran del lugar.

Entonces los mandaron en dirección al río Lena, para que desde allí se movieran por su cuenta río abajo, desde Yakutsk. La compañía naviera del Lena les proporcionó un barco a los liberados y, tras mandarles con la manita un saludo de despedida, suspiró aliviada.

Durante el trayecto se comprobó que no había suficientes provisiones. Nadie tenía nada que pudiera cambiar con los lugareños, ni había quien les vendiera algo comestible. Los hampones, que se hicieron con el mando del barco (apresando al capitán y el timonel), en su reunión general tomaron la siguiente decisión: usar a los civiles, sus acompañantes en el barco, como alimento. Los hampones eran muchos más que los civiles. Pero incluso si los hampones hubieran sido menos la decisión no habría sido otra.

A los civiles los acuchillaron y los cocieron uno tras otro en las calderas del barco, y al llegar a su destino to-

dos habían sido liquidados. Parece que se salvó el capitán o el timonel.

El trabajo en las minas se detuvo y tardó mucho en recuperar su ritmo acostumbrado.

Los hampones tenían prisa; podía descubrirse el error. También el mando se apresuraba en deshacerse de aquel peligroso contingente. Pero no se trataba de un error, sino de una acción del todo consciente, decidida libremente por Beria y sus servidores.

Conozco bien los detalles de esta historia. Porque en aquella «etapa» se marchó de Baragón un amigo y compañero de causa del inválido Novikov, Blumshtein. Este se apresuró en abandonar el engranaje de la máquina, intentó acelerar su marcha, y cayó en el intento.

Llegó una orden de Magadán que conminaba a acelerar por todos los medios el esclarecimiento y los trámites de las causas. Se crearon unas comisiones especiales, parecidas a los tribunales móviles, que entregaban los documentos en el lugar de la condena y no en la administración, en Magadán, para debilitar en la medida de lo posible la amenazadora y turbulenta presión de estas oleadas. Oleadas que no podríamos llamar humanas.

Las comisiones traían a los lugares de reclusión los expedientes ya listos, a quién un descuento, a quién una conmutación, a quién nada de nada y a quién la plena libertad. El grupo de liberación, así se lo denominaba en la administración del campo, trabajó como es debido.

Nuestro campo —una expedición de carreteras con

presos temporales, muchos de ellos comunes— quedó prácticamente vacío. La comisión que vino al efecto entregó con todo el ceremonial acostumbrado, con la misma orquesta de viento cuyas trompetas plateadas daban el toque preceptivo tras la lectura de las órdenes de fusilamiento en las minas en el año treinta y ocho, las órdenes de salida a más de un centenar de los habitantes de nuestro campo.

Entre estas cien personas con su libertad o su rebaja de condena (que debía firmarse de la manera más formal en un papel impreso con sus sellos y rúbricas), hubo una persona que no firmó nada ni aceptó recibir el documento de su causa.

Esta persona fue Mijaíl Ivánovich Novikov, mi hipertenso.

El texto de la amnistía de Beria aparecía pegado en todas las vallas del campo, y Mijaíl Ivánovich Novikov tuvo tiempo de estudiarlo, reflexionar y tomar una decisión.

Según sus cálculos, debía salir libre sin más, no por reducción de pena alguna. Sin más, como los hampones. En cambio, en los documentos solo le rebajaban los años de condena, de modo que aún le faltaban unos meses para salir en libertad. Novikov no aceptó el documento y no firmó nada.

Los representantes de la comisión le dijeron a Novikov que no podía negarse a aceptar la notificación del nuevo cálculo de su condena. Que en la administración examinarían de nuevo el asunto y si descubrían un error lo corregirían. Pero Novikov no quería creer en semejante al-

ternativa. No aceptó los documentos y en respuesta redactó una queja; la redactó un abogado, el paisano Blumshtein, también de Minsk, con quien Novikov había compartido tanto la cárcel de Bielorrusia como los campos de Kolimá. En el barracón de Baragón incluso dormían juntos y, como dicen los hampones, «comían juntos». Mandó la queja de réplica señalando el cálculo que él había hecho de su propia condena y el resultado.

Así, Novikov se quedó solo en el vacío barracón de Baragón, cargando con el mote de bobo por no querer creer a sus superiores.

Semejantes quejas de réplica, que acostumbran a mandar personas agotadas, cansadas, en momentos en que asoma para ellos cierta esperanza, son algo muy raro en Kolimá y en general en los campos.

El documento fue mandado a Moscú. ¡Faltaría más! Solo Moscú podía poner en discusión sus propios conocimientos jurídicos y el resultado de tales conocimientos. Eso también lo sabía Novikov.

El turbulento y sangriento torrente avanzaba por las tierras de Kolimá, por las carreteras, abriéndose camino hacia el mar, hacia Magadán, hacia la libertad de Tierra Grande. Otra turbia marea recorría el Lena, tomaba al asalto los embarcaderos, los aeropuertos, las estaciones ferroviarias de Yakutia, de la Siberia Oriental y Occidental, y alcanzaba Irkutsk, Novosibirsk, para seguir su curso más allá, hacia Tierra Grande, desembocando en otras turbulentas oleadas que llegaban de Magadán y de Vladivostok, igual de san-

grientas que las anteriores. Los hampones alteraron el clima de las ciudades, en Moscú atracaban con la misma facilidad que en Magadán. No fueron pocos los años consumidos, la gente que cayó, antes de que aquella oscura marea fuera encerrada de nuevo.

Miles de nuevos «cuentos» corrieron por los barracones de los campos, a cuál más amenazador, más fantástico.

Con el correo «del zar» de Moscú, de Magadán, nos llegó al campo no un cuento —las bolas raramente viajan en correo oficial— sino un documento sobre la plena puesta en libertad de Novikov.

Novikov recibió los documentos tarde, cuando el resopón de la amnistía ya había tocado a su fin, y se puso a aguardar un coche de camino que lo llevara, temiendo pensar siquiera en emprender el mismo camino que Blumshtein.

Novikov se pasaba los días conmigo, acostado en mi camastro, en el ambulatorio, y esperaba, esperaba...

En este tiempo, después de la desbandada de la amnistía, Tkachuk recibió su primera remesa de presos. El campo no se clausuraba, resultó que aumentaba y crecía. A nuestro Baragón se le destinó un nuevo espacio, una nueva zona, donde se levantaban nuevos barracones, y por lo visto también con su propio cuerpo de guardia, sus torres, una celda de castigo y la plaza de armas para distribuir el personal para el trabajo. En el frontispicio del arco del portón del campo ya se había clavado la consigna «Honor y gloria al trabajo, ejemplo de entrega y heroísmo».

Mano de obra había toda la que se quisiera, los barra-

cones ya estaban construidos, pero el corazón del jefe del campo de trabajo se sentía inquieto: faltaban los parterres, el césped con sus flores. Todo aquello se podía conseguir: la hierba y las flores, el césped y los márgenes con sus setos; solo faltaba la persona que pudiera jalonar los parterres y el césped. Y sin parterres ni césped, sin la simetría carcelaria, ¿qué campo era aquel, aunque fuera de tercera clase? Baragón quedaba lejos de Magadán, de Susumán, de Ust-Nera.

Pero también la tercera clase necesita de flores y simetrías.

Tkachuk interrogó uno a uno a todos los presos del campo, viajó al campo vecino, en parte alguna había una persona con formación técnica que pudiera dibujar sin un nivel un plano de un campo de césped con sus parterres.

La persona indicada era Mijaíl Ivánovich Novikov. Pero Novikov, ofendido como se sentía, no quería ni oír hablar del tema. Las órdenes de Tkachuk no eran órdenes para él.

Tkachuk, en cambio, absolutamente persuadido de que el preso todo lo olvida, le propuso a Novikov que jalonara el campo. Pero resultó que la memoria del preso es mucho más terca de lo que pueda creer un jefe de campo.

El día de la «puesta en marcha» del campo se acercaba. Y nadie podía diseñar los parterres de flores. Dos días antes de la inauguración del campo, Tkachuk, tragándose todo su orgullo, se dirigió a Novikov sin darle órdenes ni consejo alguno, sino solo con un ruego.

A la petición del jefe del campo de trabajo, Novikov contestó del modo siguiente:

—Que yo haga algo en el campo a petición suya está totalmente excluido. Pero, para echarle una mano, le sugiero esta solución: pídale a su practicante que me lo pida él, y el tema estará resuelto en menos de una hora.

Toda esta conversación, acompañada con las correspondientes maldiciones y denuestos dirigidos a Novikov, me la transmitió Tkachuk. Tras estudiar la situación, le pedí a Novikov que nivelara el campo. La cosa acabó en un par de horas, al cabo de las cuales el campo resplandecía de limpio. Se habían trazado los parterres, plantado las flores e inaugurado el campo de trabajo.

Novikov se marchó de Baragón con la última «etapa», antes de que llegara el invierno del cincuenta y tres, cincuenta y cuatro.

Nos vimos antes de su partida.

—Le deseo que se vaya usted de aquí, que se libere de verdad —me dijo un hombre que se había liberado a sí mismo—. Las cosas van por ahí, se lo aseguro. Daría lo que fuera por encontrarme con usted en algún lugar de Minsk o de Moscú.

—Todo eso son bobadas, Mijaíl Ivánovich.

—No, no, no son bobadas. Soy adivino. ¡Presiento, presiento su libertad!

A los tres meses yo estaba en Moscú.

[1972]

Índice

Varlam Shalámov (Vólogda 1907-Moscú 1982), hijo de un pope, viajó en 1924 a Moscú donde, tras trabajar en una fábrica, inició estudios de derecho. En 1929 fue detenido y condenado a tres años de campo de trabajo en la región de los Urales por difundir el testamento de Lenin, crítico con la brutalidad de Stalin. En 1932 regresó a Moscú; allí trabajó en revistas y escribió poemas y relatos. En 1937 fue detenido de nuevo y condenado a cinco años de trabajos forzados en la región de Kolimá, en Siberia. En 1943 volvió a ser acusado de propaganda antisoviética y fue sentenciado a permanecer en Siberia diez años más. Durante su cautiverio, Shalámov realizó unos cursos de enfermería. Gracias a su trabajo como practicante logró sobrevivir hasta ser liberado en 1953. Fue rehabilitado en 1956. La primera edición en ruso de *Relatos de Kolimá*, su obra cumbre, apareció en Londres en 1978. Autor de una extensa obra poética, ensayística y autobiográfica, Shalámov es una de las figuras esenciales de la literatura del siglo XX.

PAISAJES NARRADOS, 52

Varlam Shalámov lleva a cabo un nuevo intento de transmitir a los futuros lectores la experiencia del gulag y lo hace como lo ha hecho siempre, con sus inmensas dotes de narrador. *El guante o RK-2* (RK son las iniciales de *Relatos de Kolimá*) reúne los últimos veintiún cuentos —la forma literaria escogida por el autor en el sexto volumen será la del ensayo— que Shalámov dedicó a la vida en los campos de trabajo siberianos. Escritos en su gran mayoría entre 1970 y 1973, estos relatos ponen de manifiesto que, a pesar del deterioro de su salud, resultado de largos años de privaciones, el autor no renunció nunca a la ingente tarea de encontrar las palabras justas que traduzcan la herida de Kolimá, su paso por un mundo deshumanizado en el que ha sobrevivido milagrosamente. Este volumen es el quinto de los seis que forman el ciclo general, que ahora se publica íntegro por primera vez en castellano y de acuerdo con la estructura que Shalámov dio a su obra.